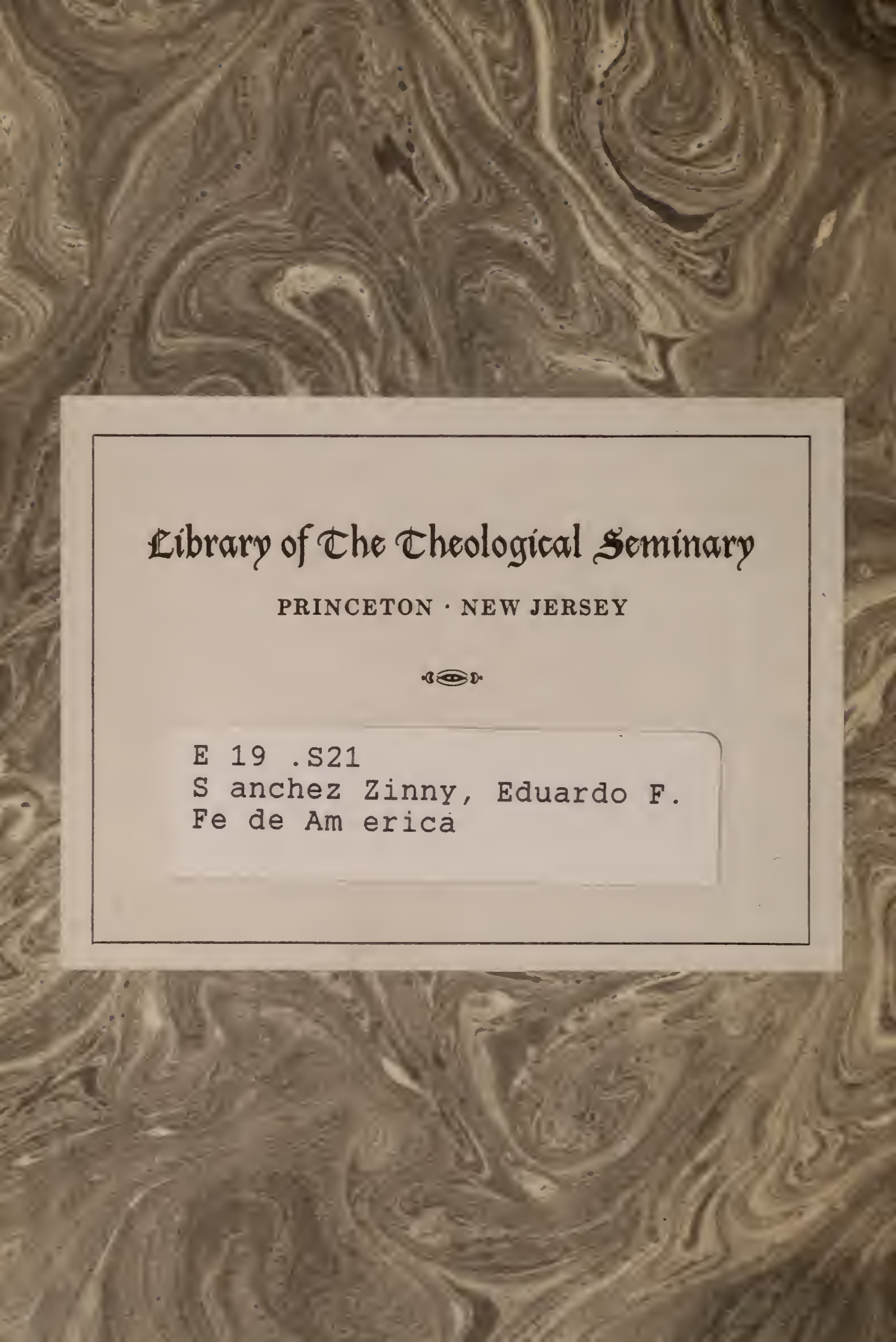
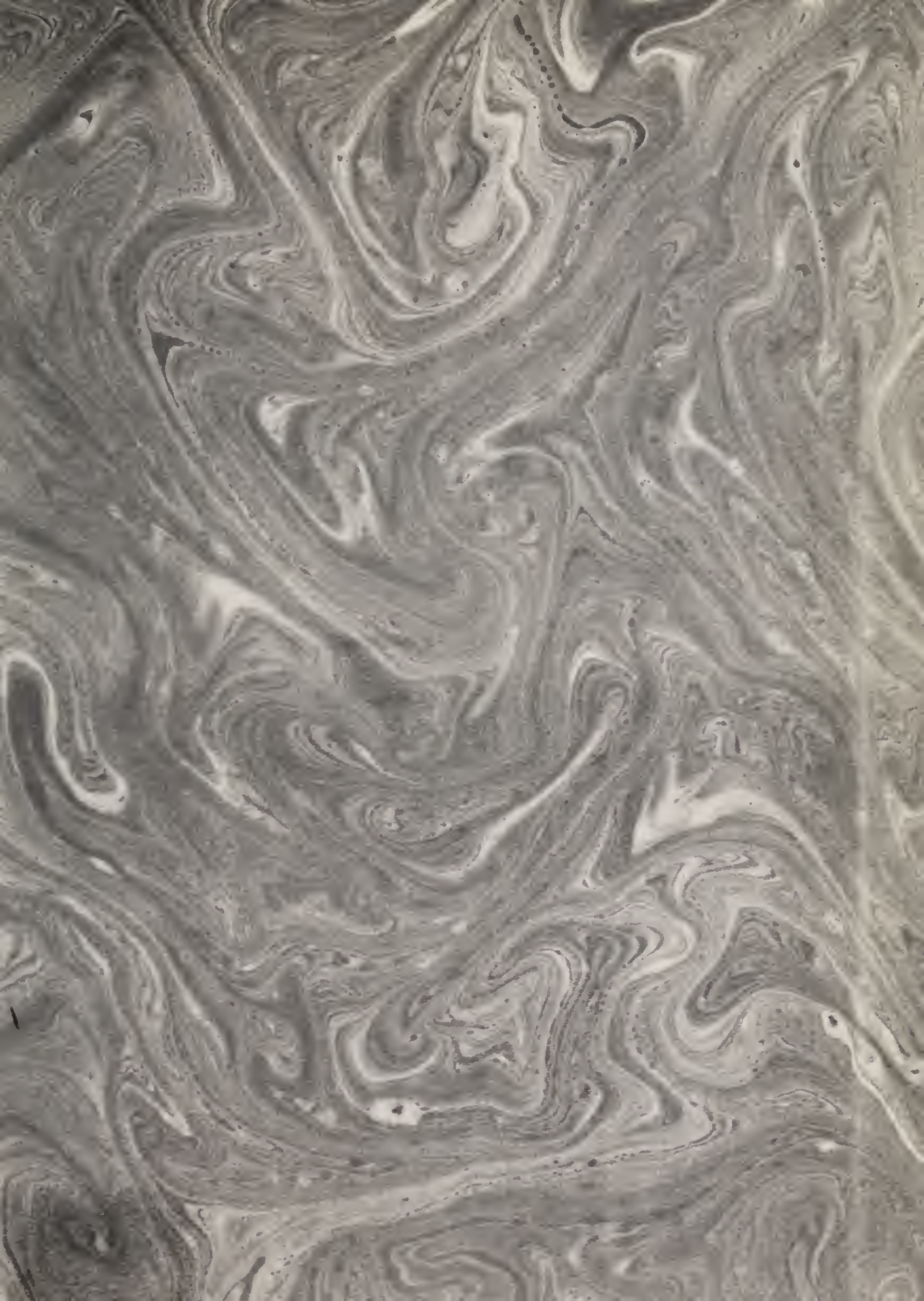






# FE DE AMERICA

*POR*

E. F. SANCHEZ ZINNY




EDITORIAL AYACUCHO
BUENOS AIRES

# FE DE AMERICA

# FE DE AMERICA

POR

E. F. SANCHEZ ZINNY

PRÓLOGO DE

*JOSUÉ GOLLÁN (h.)*

Ex Rector de la Universidad Nacional
del Litoral

EDITORIAL AYACUCHO
BUENOS AIRES

IMPRESO EN ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE

*Terminóse de imprimir el 26 de agosto de 1946 en los Talleres Gráficos Ayacucho, Córdoba 2240, Bs. Aires*

# INDICE

*A MI MADRE,*

*y junto con ella a todas las madres, cuyos amores y dolores son de la humanidad, del Universo.*

# PRÓLOGO

*Los prodigiosos adelantos de la ciencia han convertido al mundo en una "gran vecindad" que exige el recíproco entendimiento de las naciones, a fin de establecer un nuevo orden jurídico internacional que asegure paz, libertad y justicia para todos. Dos guerras han ganado las democracias, pero han perdido la paz que debió suceder a la primera y están en peligro de perder la que ahora se debate penosamente en un juego de encontrados egoísmos y recelos. Porque no es posible llegar a un acuerdo efectivo si se sigue discutiendo con la misma mentalidad de antes. Los conceptos de nacionalidad y soberanía deben rejuvenecerse para su propia seguridad, mas ello constituye, sin duda, un arduo problema, porque los sentimientos e intereses nacionales se exacerban a poco que desde el exterior se los roce. Sólo la comprensión individual del cambio que imponen las circunstancias y la grandeza de la causa que se persigue puede hacer originar, en cada país, una corriente moderadora de su propio nacionalismo, que imponga, en todos, orientaciones concordantes que conduzcan a una honesta cooperación internacional. Hay, pues, que cambiar la mentalidad de las gentes para que, sin menoscabo para los sentimientos patrióticos que son indestructibles, y fácilmente excitables, se interesen por la universalización de la sociedad humana y comprendan que sólo la vigencia de una ley de convivencia internacional puede asegurar al hombre paz y bienestar, objetivo de la civilización en una nueva etapa.*

*Se trata, entonces, ante todo, de un problema de educación imprescindible. No encararlo con decisión es alejar toda posibilidad de paz. Por su naturaleza queda a nuestro continente la posibilidad de iniciar y propagar la corriente unificadora de los pueblos en pos de un mismo ideal.*

América *jugando un papel preeminente en esta nueva etapa de la civilización no es profecía ni esperanza, es compromiso suyo y reclamo del mundo. Pero su misión, noble y humanitaria, se halla perturbada por influencias extrañas. Urge por ello, una tarea de esclarecimiento que desbroce el camino de las realizaciones y facilite la administración de los esfuerzos. A ese fin responde este libro en el que el autor, insistiendo en realidades vernáculas, contribuye a hacer conciencia del destino de América y, refiriéndose a los problemas del momento, apremia voluntades. Radica el estudio de los acontecimientos en sus fuentes sentimentales, grita verdades y, aunque angustiado, confía optimista en el poder de las fuerzas espirituales y nos habla del "renacimiento de las potencias de la voluntad, limpiando las almas de cobardías morales, de dudas bastardas y de opresiones".*

*Claros son sus conceptos en estas horas turbias, que hacen difícil la empresa de América, difícil porque la visión de su destino irrevocable ha sido obscurecida en no pocos, por las fuerzas de la regresión operando en el mundo entero. Errores, injusticias, fraudes, crearon un clima propicio a la impostura, el escepticismo político, clima en el que los demócratas confiaron demasiado en la bondad de sus principios y en las enseñanzas de la experiencia, mientras el enemigo actuaba cínica e inescrupulosamente, enemigo vigoroso en la lucha afortunada y tenaz para rehacerse en la derrota, y siempre temible, porque no hay medio que no utilice ni pasión que no explote en su beneficio. Hasta la influencia telúrica propia de América se halla perturbada. La fuerza de captación que el medio ambiente americano ejerce sobre el alma del extranjero llegado hasta sus playas en busca de una vida mejor, ha sido debilitada por un influjo antidemocrático que lo conduce a la deslealtad para con su patria de adopción. Y el mal alcanza también a nativos, porque ese influjo maligno y foráneo se lo adereza con atributos y sofismas nacionales. Influencia extraña*

*a la que se agrega la propia deficiencia de la actual defensa de la democracia, punto débil que el enemigo explota con habilidad; el hecho de que en la contienda por la libertad juegan también su suerte grandes intereses económicos, y entonces aparecen defendiendo una misma causa usufructuarios de monopolios y privilegios y hombres e instituciones desinteresadas de los negocios, idealistas que velan por la dignidad del espíritu y el progreso de la cultura; aparecen así luchando juntos quienes teniendo preocupaciones y propósitos fundamentalmente distintos, aman y necesitan para sus actividades del imperio de la libertad.*

*La defensa de la Libertad exige acción inteligente, pero también sacrificios de todo orden y, sobre todo, eliminación de intereses mezquinos.*

*Alfonso Reyes*[1] *advirtiendo que nuestra América no se enfrentaría con un mundo fácil, anunció en 1943 un derrumbamiento económico no exento de ventajas, por cuanto permitiría rever tradiciones y prescindir de adiposidades que embarazan a viejas culturas. Recordó entonces, a maestros y escritorse, su deber de orientar la voluntad de América hacia la toma de posición en la cultura, instándolos "al examen de conciencia, al expurgo de la herencia humana, para preparar a nuestros pueblos en la hora de la pobreza universal". Acción que recomendaba "ejercer sobre todas las juventudes, para quienes todo es nuevo, lo nuevo y lo viejo, y que con igual facilidad orgullosa asimilan lo uno y lo otro en la hora de desembocar en la vida".*

*Y concretando su pensamiento sobre la "posición de América" Reyes menciona a Scheller cuando define los tres órdenes del saber y sus respectivos apogeos: "En la India, el saber de salvación y la técnica vital y psíquica del poder del hombre sobre sí mismo; en la China y Grecia, el saber culto; en Occidente, a partir del siglo XII, el saber práctico de las ciencias positivas especiales". "Ha llegado —agrega Reyes—, la hora que se abra camino una nivelación, y al mismo tiempo una integración de estas tres direcciones parciales del espíritu. El puro saber de salvación nos convertiría en pueblos pos-*

1. ALFONSO REYES, *Posición de América* en *Cuadernos Americanos*. Vol. VIII, Nº 2, de 1943. México.

*trados, de santones mendicantes y enflaquecidos; el puro saber de cultura en sofistas y mandarines; el puro saber de dominio en bárbaros científicos que, como sabemos, es la peor especie de barbarie. Sólo el equilibrio nos garantiza lealtad a la tierra y al cielo." Lograr ese equilibrio es, sin duda, ardua tarea, pero es la que nos ha tocado en suerte, y en ella corresponde papel importante a los intelectuales, a los escritores, que han de contribuir a esclarecer inteligencias y a incitar voluntades.*

*Sánchez Zinny sabe que "hasta la libertad se torna negativa en el encierro de la voluntad y el hermetismo de la conciencia" y cumple una vez más su deber de escritor.* Fe de América, *libro escrito con hondo sentido americano y profunda confianza en la estirpe democrática y en la misión libertadora de América, está inspirado en la historia. Lo anima una inquietud patriótica y humanitaria y lo conforma una emoción intensa y apremiante. Puesto bajo la advocación de los héroes de la Libertad, lo dedica a los estudiantes de América, en quienes confía la Libertad su suerte. En sus páginas el autor entraña en el espíritu de América lo que fué su propia génesis, su aliento vital, animado por el maravilloso espíritu de la tierra y pone un ideal al esfuerzo del hombre americano forjador de una nueva era de la civilización universal, era que llama del "esplendor de América".*

JOSUÉ GOLLÁN (h.)

I

# ¡ESTUDIANTES DE AMÉRICA!

De cómo, al ponerse este libro bajo la advocación de los héroes de la libertad y dedicarlo a los estudiantes de América, se habla de una misma cosa.

*Pongo este libro bajo la advocación de los HÉROES DE LA LIBERTAD DE AMÉRICA. Deliberadamente eludo precisarlos en nómina alguna. Semejante propósito atentaría, en cierta manera, contra la justicia. Nadie ignora la destacada actuación de los prohombres que combatieron en todas las regiones del continente por la libertad de su tierra. Harto conocidos son sus nombres y el bronce los impone a la admiración respetuosa de la posteridad. Pero, a la par de esas figuras inolvidables, miles de otros héroes anónimos pusieron también sus anhelos y sus vidas en la magnífica cruzada que nos hizo libres. Fueron jefes o soldados; clérigos o civiles; hombres y mujeres, hasta niños . . . Pelearon con las armas de la guerra y de la paz. Conquistaron laureles en los campos de batalla y en la organización democrática de sus países. Pusieron tanto empeño en uno como en otro de sus beneméritos esfuerzos. Y tanto valen. Tanto los que la Historia recuerda, como los inadvertidos en las crónicas gloriosas. No es posible olvidarlos.*

*Si pueden unos simbolizar la gesta heroica, en todos está la gesta misma. Idéntica grandeza los une en el recuerdo y la gratitud, haciendo de los* héroes de la libertad americana, *un solo hombre simbó-*

*lico, pues sólo uno es el espíritu que los animara: el espíritu de América.*

*Recordando a nuestros* héroes, *coloco este libro bajo la éjida de la gloria. Y así va a vosotros,* Estudiantes de América. *Para vosotros han sido las vigilias afanosas y las esperanzas puestas en sus páginas. Ved en ellas el anhelo de todas las patrias, emergiendo en la* Gran Patria *que se extiende entre dos polos del universo, dividiendo los océanos.*

Estudiantes de América: *Sois, junto a la esperanza continental, la esperanza del mundo. Jamás la Historia de la Humanidad ha asignado a tierra alguna tan desmesurada misión cual la que toca a América cumplir. Debéis arrancar de la generosidad de nuestro suelo y del espíritu que flota sobre las cosas, la realidad de la más hermosa abstracción del deseo humano. Debéis corporizar las palabras de Jesús de Nazaret en hechos tangibles, en formas racionales y prácticas a la vida de los pueblos. ¡Vuestra obra es construir para el mundo el edificio de la Paz!*

Estudiantes de América: *Al poner en contacto vuestros sentimientos con las enseñanzas del saber, con las investigaciones de la ciencia y la influencia de la cultura humana, ya tenéis perfectamente marcado el camino de América. Una senda que no admite desviaciones ni rodeos, pues corre a la luz del sol durante el día, y bajo el signo de las estrellas en la noche. Señales son éstas que no borra ninguna voluntad mal pergeñada. Y son también estos signos los que el destino colocara para guiarnos sin errores en el volar de las ideas. Así, "con los pies en la tierra y la vista en el cielo", cual el lema romántico de la Universidad de Tucumán, marchad siempre,* Estudiantes de América. *De la tierra y el cielo vendrán las luces de vuestro entendimiento para juzgar las miserias que los hombres han acumulado en edades cavernarias de su existencia. Y, sobre t odo, para contemplar en el horizonte diáfano de nuestro cielo, flamear en un sólo haz, todas las banderas de las patrias de América, en un alarde de luz y de armonía.*

II

## HABLO DE URGENCIAS...

*Donde el autor expresa sus inquietudes.*

Jamás los Anales de la Humanidad expusieron con igual crudeza y en forma tan ecuménica, la trágica visión de un cataclismo semejante al que todavía agita la existencia humana. Y, tan enorme cual es el espanto que aun flota en la atmósfera del mundo, es urgente que los hombres, arrancándolos del contagio bestial de estos momentos, busquemos en nuestras propias conciencias, en lo más íntimo de nuestros corazones, remedio a los terribles males que pretenden adueñarse de las almas.

Hablo de urgencias. Pero el término es parco, expresando cuánta celeridad ha menester para despojarnos de la estúpida indiferencia que mantuvo el criterio con el cual hemos llegado al infortunado extremo presente. No hay velocidad adecuada al apremio de una inmediata revisión de los falsos principios que sustentaron y aun sustentan la desdicha del género humano.

Obedezco a esa premura. Obedezco a ese mandato que me llega de todos los que sufren: lamento de las madre, de las esposas, de las novias, de los niños; de esos pequeños seres indefensos que miran con ojos azorados un mundo asolado por las furias y llaman a sus padres sin comprender todavía la larguísima ausencia de la muerte. Es el clamor de la sangre de los que han caído bajo la metralla o muertos entre horrores inverosímiles, de odios y salvajismos más inverosímiles aun. Pero, como si ese enorme alarido estremeciendo al mundo fuera

poco, como si su acento inmenso no tuviera suficiente magnitud para quebrar la pertinaz sordera del egoísmo y hacer vibrar las fibras más atrofiadas de corazones endurecidos por la mezquindad, se oyen voces que pretenden explicar lo inexplicable . . .

A causa de vivir sosteniendo prejuicios nefastos y sustentando la ficción de verdades cuya falsedad fuera mil veces demostrada, el mundo se debate hoy ante el espanto de la muerte. La humanidad, progresivamente, ha venido buscando el nivel racional de su vida. Pero, a la par de la natural evolución de la civilización, los hombres arrastraron el bagaje de remotas tradiciones anacrónicas, avasallando el desarrollo normal del pensamiento. De esta manera envenenaron las ideas y pusieron confusión en las conciencias y odio en los corazones. Mientras tanto, de las abstracciones ideológicas del materialismo, ventajosamente aprovecharon quienes usaban la riqueza en predominios políticos o económicos.

¡Estudiantes de América!, a vosotros me dirijo especialmente; pero desearía que mi palabra llegara a los oídos de todos los hombres de la Tierra. Anhelo despertar en ellos las voces que oyeron en sus cantos de cuna; quisiera renovarles la emoción de sus frases de amor, el acento fraterno del consejo amable, y, junto a todas esas cordiales voces del cariño, las voces de las cosas que ponen en el recuerdo los encantos pretéritos que nos hacen buenos. Voces que, tan pronto traen perfume de las flores, auras de los campos, susurros del arroyo, brisas del mar, como las visiones inolvidables de los bosques majestuosos, de las montañas azules y de los valles dorados por el sol.

Todos los corazones de todos los hombres de todas las latitudes, han palpitado con estas exaltaciones del espíritu. Todas las almas de los hombres del mundo, han sentido muy hondo esas emociones. Y todos por igual fueron conmovidos por el dolor y la alegría, sufriendo y gozando por idénticas causas.

Si lo que dejo dicho está perfectamente identificado al conocimiento simplista del individuo más rudimentario; si ya es imposible confundir a nadie con preeminencias raciales que hagan de un ser humano algo distinto a otro ser humano, ¿cómo es posible que no podamos entendernos en cuestiones que son accesorias a esa gran verdad proclamada por Jesús hace veinte siglos?

Por eso mis palabras, dedicadas a mis hermanos de América, van

también para los hombres que constituyen la gran hermandad humana. Van, procurando que en medio del combate diario de la vida, meditemos en nosotros; dentro y fuera de nosotros mismos. Y que de vez en cuando saltemos el redil de lo material y cotidiano, para penetrar en la región del ideal y cosechar en sus campos de luz, la fuerza moral que pueda traducirse en abnegación a favor de los que andamos por la Tierra.

Os invito a meditar. Emancipemos al espíritu de las preocupaciones mediocres; desprendido de la máquina social, dejará de ser una pieza más en su mecanismo para regresar a la conciencia de *ser* y la integridad del pensamiento. Entonces comprenderemos plenamente el dolor de nuestra soledad y comprenderemos, sobre todo, la necesidad de vivir en íntima y orgánica correlación con nuestros semejantes.

Estas reflexiones me recuerdan a Joaquín V. González, inolvidable maestro y uno de los espíritus más elevados de la argentinidad. Sus palabras tienen la unción inocultable de quién lleva el corazón a flor de labios y un sueño de belleza en su alma de poeta. Bajo el númen de tan altas excelencias, nos habla de la hermandad de los hombres. "Estas interferencias —expresa—, que bajo la faz económica o interesada, es el egoísmo comunicado o colectivo, bajo su faz moral es la generación del amor, de la simpatía del deseo de cooperación para una obra más vasta, que higieniza el ambiente de la vida. Pero, es más todavía: es de una idealidad sublime; e intensificada por la contemplación, descubre vías, espacios y lugares nuevos para el reposo de las fuerzas laborables, para el vuelo de las ideas y para el solaz de los corazones. Y hay más todavía: no sólo nos pertenecemos a nosotros y a nuestros compatriotas o semejantes, sino a un conjunto más vasto de cosas y seres que constituyen el universo, la fuente perenne de la vida, de las ideas y de la verdad."

No considera él la *verdad* patrimonio de un reducido núcleo de elegidos, ni surgiendo del limitado espacio de un país ni un continente. Es más vasta en su realidad genética y en sus alcances morales, pues abarca la totalidad del conocimiento universal. Como principio inalterable, emerge de la estrecha comunión de todos los seres animados y de todas las cosas que están sobre la Tierra. Es inmutable e indivisible y su misma vastedad la oculta, a veces, a la medida de nuestro entendimiento.

Todo esto invita a hondas meditaciones. Sólo cuando el espíritu alcanza el imperio de la razón y el sentimiento, por encima de las costumbres de la irracionalidad, encuéntrase la luminosa senda de las verdades eternas. Y viene a mi memoria aquel *ocio* dentro del cual los antiguos ponían las excelencias del pensamiento, la admiración y las seducciones del ensueño. *Ocio* ennoblecido por la contemplación de la vida superior, principio fundamental de nuestro desenvolvimiento, de toda educación racional y del perfecto cultivo de nuestra propia naturaleza. Con ella, únicamente, podrá mantenerse la integridad de nuestra condición humana.

González proclama, sobre las formas comprobatorias de la observación, la experiencia y el razonamiento, los superiores alcances de la meditación. Apoya esta reflexión — donde la metafísica pareciera adquirir, en las abstracciones del pesamiento, mayor trascendencia que las verificaciones concretas de la causalidad científica —, reproduciendo la definición de quien llama "un príncipe de la filosofía de la época en que vivimos" y que dice: "La más alta verdad, es la que sólo podemos comprender sumergiéndonos en ella misma. Y cuando nuestra conciencia está plenamente sumergida en ella, entonces nos damos cuenta de que no es una nueva adquisición, sino que ya somos una sola unidad con ella. Así, por la meditación, cuando nuestra alma está en verdadera relación con la verdad suprema, entonces todas nuestras acciones, palabras, conducta, se hacen verdaderas."

Y, al conjuro de la vieja práctica del *ocio* de la antigüedad; de la meditación en que hunden sus almas — pletóricas de sueños creadores y de ideales — los pensadores, los estudiosos y los artistas, ve González la magnífica actividad del organismo social universal. Siente que "cada filósofo en la academia, cada monje en su comunidad, cada obrero en su fábrica, cada ciudadano en su patria, cada espíritu en su medio humano, se vuelven almas activas del organismo social a que pertenecen, poniendo cada uno en su función lo mejor de sí mismos, concurren a hacer más llevadera, más fecunda y más bella la vida que estamos forzados a vivir."

Existe un equilibrio cósmico, dentro del cual el género humano es quizá la más deleznable de las fuerzas en eterno movimiento. Sin embargo, por pertenecer a él, los hombres nos atribuimos preeminencias

sólo sustentadas por nuestra propia vanidad. Así, cual pretendemos el dominio de la materia cuyo alcance está en el campo de nuestro genio, con igual audacia procuramos dirigir a nuestro antojo los infinitos secretos de la vida, estructurando en las sombras de lo ignoto el destino de seres y de cosas. Con tal osadía hemos querido concretar los sueños, poner leyes a la esperanza y dar formas de realidad al ideal. Pero, ¿qué es el ideal? Es la meta inalcanzable de la divinidad estimulando eternamente los nobles esfuerzos de la vida. Blanca luz que señala, en la noche de los tiempos, el camino de los hombres en el perenne andar de su existencia. Visión estimulante de todo lo grande y de todo lo bueno de que es capaz el corazón humano. Y en él, cual expresión suprema, Dios, símbolo altísimo y sumo de lo perfecto.

Tercamente hemos extraviado el camino del ideal en procura del inmediato beneficio materialista. Envanecidos por las conquistas del conocimiento, despreciamos lo abstracto del ensueño sin precio ni mercado. Después de dominar todas las fuerzas patentes de la naturaleza, en el florecimiento de la civilización más completa alcanzada por el hombre, podemos comprobar hasta dónde la prosperidad material está distanciada del progreso moral de la humanidad.

La visión de la riqueza encegueció a los hombres desatando sus perversos instintos hasta quebrar el equilibrio de la razón, de la justicia y del amor. Era el peso de lo malo rompiendo la armonía universal. El *pro domo sua* del discurso de Cicerón.

¿Sabemos qué es lo malo? Es la sangre de los crímenes, el botín del saqueo, el sufrimiento, el dolor, la mentira, el dominio, las preeminencias del hombre sobre el hombre, la esclavitud, el hambre, el engaño, la miseria. Lo malo es todo lo que priva de la saludable alegría de vivir y pone dureza en el gesto y llanto en los ojos de los seres. Y lo malo tiene un solo precio que la humanidad no puede eludir en forma alguna; es el que paga con igual moneda de sangre, de dolor y de lágrimas. Jamás dejó de abonar esta deuda de sus errores.

Cruzamos un momento de la Historia del Mundo, donde los hombres volverán a pagar sus faltas para que el equilibrio vuelva a ajustarse al fiel de la balanza. Pero, si ésa es la ley y a ella llegamos acumulando culpas; si hemos extendido el dolor y la injusticia para conservar a su vera falsos principios de un origen acomodaticio y

de una moral no menos falsa, aun tenemos que acusarnos de un delito mayor. Es el crimen que significa realizarlo a sabiendas; el enorme agravante ilevantable de lo premeditado, verificando hasta dónde es cierto que debajo de cada epidermis social late la barbarie.

Con plena conciencia se ha especulado con palabras de torcido sentido, hasta que éste cobrara formas *intocables* en un proceso de rutinaria conformación mental. A través de virtudes inexistentes y a pesar del racional convencimiento adverso, aceptamos tradiciones estáticas en manifiesta negación con la vida. Según Condorcet, el hábito tiene, desgraciadamente, el funesto poder de familiarizar la débil razón humana con aquello que debiera serle odioso. Por ello, quizá, nos faltó valor para arrostrar al *fetichismo,* los *dogmas* y la *ignorancia.* Nos faltó valor para gritar la verdad a pleno pulmón, aunque, como a Galileo, otra Inquisición, instituyéndose en tribunal de la felicidad humana, nos amenazara con la hoguera.

Sin embargo, tal como la Tierra se movía, no menos exacto es que la Creación universal se funda en la verdad. La mentira como el error —que es su forma inconsciente— no existen en la vida de los seres orgánicos ni inorgánicos, ni en ningún lugar del campo denominado de las ciencias naturales. La mentira y el error son vocablos para el uso exclusivo de los hombres (no sé si otros seres de la fauna animal, usufructúan esas seudoconvencionales palabras).

Con todo, su presencia ha sido descollante en la Historia de la Humanidad, y así hemos llegado a la etapa actual, donde, al decir de Hostos, el "hombre se hace más malo cuanto más conoce el mal, o se hace menos bueno cuanto más conoce el bien, o se hace más indiferente al bien cuanto mejor sabe que el destino final de los seres de razón consciente, es practicar el bien para armonizar los medios con los fines de la vida".[2]

En todas las épocas, los grupos dirigentes han aprovechado su situación de privilegio para aumentar sus ventajas de todo orden y afirmar su permanencia en el poder. Y se han servido de la mentira como argumento político en la mayoría de los casos. Conocida es la lucha del absolutismo contra la educación de las masas. Cuando

2. Eugenio María Hostos, *Moral Social.* Ed. Losada. Bs. Aires.

este sistema fué prácticamente inaplicable, hicieron decididas campañas a favor de ciertos *slogans* que removieran recelos ancentrales ya absurdos, o se batiera el parche del nacionalismo y el patrioterismo. Tras las escondidas ficciones de la dignidad de la patria, de la soberanía de la Nación o de las necesidades económicas de los pueblos siempre explotados, siguieron lucrando los mismos grupos de los poderosos, de los usufructuarios de la fuerza, ya sea ésta representación del capital o militarismo, que ambas siempre han marchado de la mano. No hay ejércitos sin dinero, ni hay capitalismo que no se apoye en la fuerza armada para obtener el sometimiento y sus mayores éxitos. El hecho logró tal perversión de la verdad, que se llegó a conquistar especiosamente a los pueblos, haciéndolos solidarios de una lucha económica en que se beneficiaban exclusivamente los grupos dirigentes. Los hombres incitados perversamente por mentiras adecuadas, sólo obtenían al fin una medalla al valor o una cruz en la larga fila de tumbas jalonando los campos de batalla.

Dije que nos falta valor y esto sigue avergonzándolos. Fué y es un acto de cobardía no gritar la verdad, para redimirnos del oprobio que mancha una civilización tan brillante por fuera y tan bárbara íntimamente.

Estas páginas a mis hermanos de América, están inspiradas en ese necesario valor de gritar la verdad. Verdad que surge de la sangre y de la muerte; del hambre y de la desolación; del dolor y de las angustias de los hombres. Y va a los hombres, para que ellos mediten hondamente sobre el destino futuro de los hombres que vendrán. De nuestros hijos.

Tócame cumplir con este libro una misión superior, pero, advierto asimismo, el imperio de las circunstancias y la obligación ineludible de poner cada uno sus fuerzas al servicio de la humanidad afligida. Además, no dejo de comprender que más vale un intento — aunque sea torpe — que no intentarlo siquiera. Por lo pronto, queda la intención fervorosa de quien ofrece a sus hermanos de América una esperanza. Y mi esperanza está en soñar que nuestro continente aparezca engendrando generaciones de hombres que devuelvan a la vida un sentido ideal pleno de optimismo, haciendo del sentimiento suprema fuerza propulsora. Mi esperanza está en soñar un renaci-

miento de las potencias de la voluntad, limpiando las almas de cobardías morales, de dudas bastardas y de opresiones.

Hablo dominado por la angustia de horas sombrías para el mundo. Hablo saturado del dolor inmenso que hoy sufre la humanidad bajo el peso implacable de sus faltas. Pero, estas sombras oscureciendo el horizonte de la vida, no son suficientes para ocultar la luz que resplandece en los corazones. Por ello he nombrado a la esperanza, virtud precursora a todo alumbramiento.

Movido por tan singulares impulsos escribo estas páginas. Su contenido intenta llevar al espíritu de los ciudadanos de América, la certidumbre de su realidad vernácula, estructurada a influjo de la tierra americana. Y en una síntesis brevísima, trataré de ofrecer aquellos problemas que entiendo deben ser claramente dilucidados para facilitar la comprensión integral de la tesis expuesta. Dentro de este criterio analítico, ascenderemos de lo actual y real a lo ideal; "de lo visible e inmediato, a lo invisible y remoto; de lo concrèto a lo abstracto, de lo material a lo inmaterial." Es decir, verificadas por método experimental, llegaremos a conclusiones inspiradas en el más venturoso amor de la humanidad, sin negar el de la patria.

Escribo para los americanos. Pretendo que mis hermanos de este hemisferio tengan conciencia cabal del sentido y realidad de América, para que de esa manera, tengamos, asimismo, conciencia del sentido y realidad de nuestro propio destino. Para identificarnos con América, que es encontrarnos nosotros mismos, basta rememorar cómo nuestra tierra del Nuevo Mundo fué puerto de salvación de la Europa, "granja de libre trabajo para millones de emigrados, tribuna de su pensamiento libre, altar de su libre fe, baluarte desde donde defender, con el suelo de la patria de adopción, sus libertades individuales y colectivas, conquistadas de hecho al romper sus compromisos con los Estados de donde huían a través del Atlántico."

Este capítulo preliminar advierte, unido a mi dolorosa inquietud, la tremenda inquietud universal. He expuesto en sus líneas, el escenario moral donde el mundo se debate. Sirva él de fondo a los acontecimientos presentes.

La humanidad vive la zozobra del momento; el peso angustioso de sucesos inciertos. Sería inaudito aceptarlos sin protestas; no es

posible, bajo ningún pretexto, imaginar que los terribles sacrificios realizados puedan ser, una vez más, otras esperanzas perdidas. Ningún hombre, ninguna mujer, nadie que haya sentido en sus entrañas las congojas enormes de estos años trágicos, puede conformarse con la inutilidad de la muerte de millones de seres; con la inutilidad del sufrimiento torturante de la humanidad; con el derrumbamiento de los más bellos exponentes del ingenio, acumulados en esfuerzos de siglos; con la destrucción de notables monumentos de la inteligencia; con el desastre de la civilización de occidente, para volver a poner en la discusión de los problemas de la vida, los mismos argumentos, las mismas mezquindades, las mismas ambiciones que nos llevaron al caos de 1939.

No entraré en el análisis de las razones que puedan alegarse. Baste recordar, únicamente, el precio pagado en sangre y martirios para que esas razones pierdan su eficacia. Y si no fuera posible; si la Europa es impotente para arrojar el bagaje de odios e intereses que la ata al infortunio, queda a América, libre de tales prejuicios inhibitorios, alzar su pabellón sin mácula, agitar sus banderas de libertad y de justicia y proclamar el amor y la comprensión, para hacer de nuestro continente un refugio y un baluarte de la civilización futura.

Lejos de mí la idea de profetizar el porvenir. Tampoco hace falta. Los hechos consumados y las actuales divergencias haciendo inconciliables los intereses y pretensiones de los países europeos, están al alcance de cualquiera. Y de cualquiera también, están nuestras posibilidades de ventajosa unidad americana, presagiando la del universo. La misión de Europa en la dirección del mundo, ha caducado. Corresponde a nuestro continente, constituído con naciones de un nuevo tipo político, con miras a una unidad de espíritu y de cultura, y sin las taras de una historia irrenunciable, hacer efectivo el mandato del destino.

Hasta aquí, en confusa yuxtaposición, he ido colocando inquietudes y deseos a la par de lo que creo el predominio de América en la reintegración espiritualista del sentimiento humano, en las ideas y en la civilización actual. Pero antes de dar término al presente capítulo, será oportuno enunciar lo que tratará este libro. Procuro, ante todo, significar el valor de América como fuerza renovadora de la

moral, reiterando los conceptos de un eminente sociólogo, profesor de Oxford, cuando en 1908 decía a sus discípulos que "las creencias y conceptos que poseen la virtud de organizar los espíritus de los hombres, a través de largos lapsos de tiempo, en sistemas de acción, y en los cuales el presente se subordina a un ideal en el futuro, serían los destinados a regir el mundo..." Y agregaba, condensando su pensamiento: "La potencia en el futuro de la civilización está en la *ciencia de la emoción del ideal en el espíritu colectivo.*"

Cuando hablo de una moral emergente de los simples sentimientos rectores de los actos de la vida, quiero referirme a la que fluye de la emoción idealista mencionada. Su vigor conceptual se engendra en la tierra; de tal suerte el lazo es indisoluble y natural. Se alcanza la moral al hacerse conciencia del individuo y ello únicamente se obtiene con la objetivación de una existencia en la cual se armonice al hábito de lo honesto, la virtud del trabajo y el espíritu de la justicia, dentro del campo promisorio de la libertad.

Discurriré en estas páginas cómo la libertad anima íntegramente el pensamiento y la voluntad del hombre americano. Cómo, nacida del medio físico, se transforma en clima moral. América extrae de la libertad sus energías impulsadoras, convertidas en sistema de acción; pero también la libertad induce al amor y a la cooperación en ideal y ley de la vida, sea cualquiera el espejismo de otras doctrinas y su prestigio y duración. De acuerdo a esta concepción, fácil es comprender nuestra realidad, expresada, mejor dicho, identificada a su verdadero espíritu con la unión de todos los países del continente, en un augurio de unión universal.

Las circunstancias presentes han actualizado la realidad de América, que apareció cual elevado alcance de las almas cuando, casi simultáneamente con el Renacimiento y la Reforma, la Historia señala la etapa maravillosa del descubrimiento. Igual, también, a como tales acontecimientos despertaron la conciencia de su época, la Unión de América tiene hoy un significado universal y el más hondo sentido humano. Hermanados sus pueblos con seres de todas las razas, demuestran no sólo una posibilidad negada en sus países de origen, sino que la libertad y el reconocimiento de los derechos fundamentales del hombre y la dignidad y el valor de la personalidad humana, crean la igualdad afectiva capaz de acercamientos hasta ahora imposibles.

El problema, solucionado parcialmente dentro de los límites de las naciones americanas, con núcleos sociales de distintas razas, prueban la factibilidad de extender el hecho al continente íntegro.

En este libro se probará cómo América posee la virtud de asimilar inmediatamente a los hombres que llegan a sus tierras. Asimilación que no se refiere únicamente al carácter material de las ventajas conquistando el esfuerzo, sino que gana los espíritus, prontamente nivelados al sentir y al desear americano. De tal manera se realiza la unidad profunda y poderosa que resulta no de la identidad de gobierno y destino, sino de la similitud de anhelos en los elementos sociales, condicionando la similitud de instituciones, de costumbres, de ideas y de sentimientos. Es decir, de acuerdo con Guizot, esa "unidad reside en los hombres mismos que la sociedad reúne y no en las formas de su acercamiento; la unidad moral, en fin, muy superior a la unidad política, y la única que es capaz de fundarla".[3]

3. François Guizot, *Histoire de la Civilisatión en France.*

III

# ¡EL MILAGRO DE AMÉRICA!

*La libertad en la Europa del siglo XV, época del descubrimiento.*

Terminaba la Edad Media y el Renacimiento abría sus ventanas a las esperanzas de la vida. Durante siglos, los seres se atormentaron en un mundo pleno de dolor, a la espera de una muerte redentora. De pronto, se presintió la visión de una existencia distinta; la idea de la bienaventuranza confiada al cielo, podía encontrarse en la realidad terrena. Y, con el Renacimiento, pasaron los días de quietud meditativa, para dar lugar al dinamismo en expresión individualista. Un extraño entusiasmo afloró en la voluntad de todos por ser actores en el inmenso escenario donde, hasta entonces, fueran simples figuras extáticas. Y desearon realizar; poner alas a la imaginación creadora; a las potencias escondidas del genio. Sin embargo, la libertad que vivía en la mente afiebrada de los artistas, dando formas a la belleza en la línea, el volumen y el color, no existía en el mundo agitado por las turbulentas ambiciones de los señores y las controversias dogmáticas que llevaron a la *Reforma.*

El descubrimiento de América, realizado al comenzar las luchas religiosas, llegó en momentos en que el catolicismo romano era duramente combatido por los adversarios del Papa. Un eminente historiador argentino, don Bartolomé Mitre, comentando ese período, escribía: "Antes de finalizar el siglo xv, la Europa había perdido su

equilibrio moral, político y mecánico. Después de la invasión de los bárbaros del Norte, que le inocularon un nuevo principio de la vida, sin extirpar el germen de decadencia heredado del antiguo imperio romano destruído, su civilización estaba a punto de desmoronarse otra vez. No existía en ella una sola nación coherente y sus agrupaciones inorgánicas eran compuestos heterogéneos de razas y particularismos antagónicos, basados en la conquista y la servidumbre, que la fuerza ataba y desataba. Sus fuentes productivas estaban casi agotadas y su porvenir era un problema sombrío. La libertad de los hombres esclavizados era apenas una esperanza latente que ardía como luz moribunda en el fondo de algunas conciencias. El privilegio de unos pocos, era la regla dominante y la ley niveladora que pesaba sobre las cabezas de la gran comunidad avasallada. La moral política de los pueblos y de sus pensadores era la del príncipe de Maquiavelo, que anteponía la razón de Estado a todos los derechos humanos, justificando todos los medios por los resultados y esto era un adelanto relativo . . . " [4]

A la caída de Roma, la civilización greco-latina sufrió la influencia oriental, mientras los árabes, dominadores de las costas mediterráneas de África, invadían a Europa por la península ibérica. No es del caso discurrir si esta conjunción de antagonismos ideológicos, religiosos y culturales, no impregnó de un sentido más universal el espíritu europeo coetáneo. Sólo puede asegurarse que tanto en lo que estaba como en lo que venía, la libertad era una palabra sin significado positivo. Un instintivo anhelo inalcanzable; un sueño inexpresado de las conciencias atormentadas. Pero debió alentar en las recondideces de las almas; en lo más profundo del deseo, cual suma condición de una felicidad que la religión admitía únicamente en el más allá, oscuro y terrible de la muerte. Quedaba, pues, unido al instinto de libertad que anima a los seres, esa tremenda amenaza. Todo se conjuraba a encerrar un derecho, — el más natural de los derechos —, entre las leyes inexorables del medio social, político y religioso. Hubo más aun, reduciendo el terreno de las posibilidades; el mismo comercio quedó restringido a las vías terrestres, ante el dominio musulmán del Mar Mediterráneo. Y el azote de la guerra

4. BARTOLOMÉ MITRE, *Obras Completas de.* V. I. I Historia. Ed. ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina. Bs. Aires. 1938.

se convirtió en una manera existencial, en una función: matar. Mal ambiente era ese para crear a su amparo, el respeto a libertad alguna, cuando tan poco valía la vida misma. Fué entonces que el sueño de un visionario transformó en realidad el milagro de América y perpetuó para la eternidad de los siglos el nombre de Colón.

¡Milagro de América! Así, cual un milagro, debió nacer al conocimiento de Europa, lo que desde ese instante fué una esperanza de todo aquello imposible que el hombre soñara. Más tarde, esas ilusiones concretáronse en su realidad interpretativa: la libertad.

Ahora, mares ignorados ofrecen comarcas desconocidas y fantásticas a la curiosidad de las gentes. Un hálito de plenitud embriagadora abre lejanías luminosas a la visión humana y a la esperanza de logros insospechados. Nada como la ilusión, para poner los campos ilimitados del deseo al alcance de la voluntad. Ninguna libertad es más amplia, más cabal, que aquella que vive en nosotros mismos, con la cèrtidumbre de ser el cumplimiento de todo afán. Entonces, cualquier realidad tangible o cualquier obstáculo al albedrío, pierde trascendencia y es pequeño ante el volumen inmenso del ensueño hecho promesa.

Amplitud semejante sólo es dable a la imaginación; y ¿cuál argumento podrá excitarla con mayor potencia que la existencia de esas tierras lejanas de riquezas fabulosas, donde cabían realidades en las más osadas esperanzas?

Cada época histórica estructura su sentido normativo en los aconteceres de pueblos y de hombres. Pero, por encima de las normas impuestas, viven latentes ciertos anhelos primarios tocantes al instinto humano, a preceptos reglamentando los actos y a primigenios sentimientos. Son los que responden al sentido íntimo y mismo de la vida, donde el amor y la libertad alientan cual sumos exponentes. Las acciones reflejas que conforman la sociedad, pueden reducirlos a los límites más estrechos, pero no hay fuerza capaz de anularnos en absoluto. Vivirán en forma latente, emergiendo a través del menor resquicio cuando la pasión rompe los diques de costumbres coercitivas.

El milagro de América franqueó las puertas a esos escondidos anhelos y ofreció campo magnífico a las más estupendas especulaciones del pensamiento. Su mismo carácter inverosímil, maravilloso, que puso la imaginación en las tierras recién descubiertas, dió alas a los

deseos reprimidos y creó una seguridad en base a las mismas impacientes aspiraciones. Desde ese instante, junto a la felicidad presentida, emergió en poderosa certidumbre la idea de libertad. Libertad que para los europeos del siglo XV, era sinónimo de distancia, de alejamiento, de soledad. Únicamente en tales condiciones podían creer en una libertad posible. Por eso América, en su inmensa lejanía, brindábales tan ansiadas oportunidades; y a partir de entonces todos los individuos fueron a la conquista y a la colonización, con el convencimiento de que allí moraba la libertad, sin trabas, ampliamente.

Ya lo he dicho otra vez. Inmensos fueron los motivos substanciales de exaltación anímica en esos seres impulsados por el fanatismo de la fe y el fanatismo del oro, tras de los que escondían afanes indefinidos pero ambiciosos de libertades barruntadas. Y, en pos de los apetitos de una época brutal, América depositó en las conciencias el germen de principios que elevaron los conceptos comunes, en una transformación espiritual que ha influído, más que ningún otro acontecimiento, en la civilización del género humano.

Apunté el influjo de la imaginación, creando lo que el deseo acumulaba en el deseo de una posible realización. Eran, de acuerdo a los tiempos, junto a quimeras y leyendas forjadas por la ficción de una época de espanto, las reacciones renacentistas de una dicha vislumbrada. De tal suerte iban en estrecha unión esa violencia temporaria y el aspirado y aun ignoto contento de algo presumido. Para todo ello, movían la fantasía anhelos fervorosos, viejas esperanzas. Era la eterna búsqueda de lo inexistente en el florido campo de la ilusión. Y América era ilusión, sobre las estupendas realidades obtenidas. Era el embrujo de la realidad, creando la quimera y otras realidades incubadas a favor del suelo. Mitre lo describe: "No en vano la imaginación popular, anticipándose a los tiempos, supuso que la fuente de Juvencio soñada por los antiguos, que comunicaba en sus ondas la inmortalidad y la eterna juventud, se encontraba en el nuevo continente descubierto por Colón. Trasplantada al suelo virgen de la América la civilización decrépita de la Europa, con sus gérmenes vivaces de progreso, se rejuveneció y se aclimató en él, en condiciones de igualdad, sin poderes monárquicos ni teocráticos, sin privilegios ni aristocracia, y desarrollóse libremente en su atmósfera propicia. Abierto este nuevo e inmenso campo a la actividad humana

operóse una evolución superorgánica, "en que los hechos revelan una educación del vástago y la cooperación de los antecesores muestra el germen de un nuevo orden de fenómenos" (Spencer). Fué una verdadera renovación del orden social en la materia viva con arreglo a la ley de la naturaleza. El resultado fué la organización de una democracia de hecho y una sociedad nueva. Para el efecto bastó que el hombre dejara en Europa su carga de servidumbres seculares, se transportase a otro continente vacante y entregado a su espontaneidad rehiciese su propio destino, prevaleciendo sus instintos sanos y conservadores en la lucha por la vida." [5]

Hasta aquí he procurado exponer un aspecto no muy trillado y quizá poco científico, de cómo el descubrimiento de las entonces llamadas Indias Occidentales, enfervorizó en Europa una idealización de la libertad. Sin duda alguna, pocas veces la humanidad vió, tal como entonces, perspectiva tan dilatada para desarrollar en su conciencia la idea de libertad. Es decir, para apreciar la posibilidad de desprenderse totalmente de servidumbres seculares, en lo que ellas contrariaban sus íntimas predisposiciones volitivas. Y los hombres entendieron cómo, en las nuevas tierras descubiertas, estaba la ocasión de arrancarse del poder absoluto de las monarquías, de las extorsiones económicas del Estado, de las persecuciones e imposiciones religiosas o dogmáticas, de los prejuicios inflexibles y atrabiliarios de la sociedad, y, por fin, del clima terrible que pesaba sobre el espíritu y la acción individual en las postrimerías del siglo xv. Ello no supone la comprensión cabal de tal alternativa, sino la intuición de algo factible y deseable. No podría pretenderse otra postura en quienes ignoraban lo que hoy son derechos comunes reconocidos a todos los individuos. América provocó la explosión de cosas presentidas e instintivamente deseadas, pero que nadie osaba proferirlas por desacostumbradas y extrañas. El descubrimiento estableció la relación coordinada entre la fantasía de esa tierra distante y prometiente y las aprehensiones brotadas espontáneamente de los espíritus. Entonces, de la intuición surgió, a modo de una certidumbre inmediata, algo inarticulado, jamás oido de labio alguno, pero accesible a la realidad, posible a ese presentimiento refugiado en el fondo de las almas.

5. MITRE. Ibídem.

Eso ocurrió en el siglo XV, cuando el milagro de América engendró el milagro de la libertad en lo incongruente de un anhelo inmanifestado pero latente, instintivamente vivo en lo mas hondo de la subconsciencia. Sin embargo, ha menester diferenciar lo que en rigor era distinto, y es el concepto de libertad europeo y el que desde entonces apareció en el Nuevo Mundo. Uno, descubríase como un anhelo; el otro existe como una realidad original, incubada al calor de ese anhelo convertido en verdad. A partir de ese instante, esa palabra genérica supone dos imágenes intelectuales, dos expresiones anímicas de una misma cosa, con estimativas y realidades dispares. Europa y América han tenido de la libertad entendimientos distintos; para una, es conquista intelectual, la concreción de una lucha milenaria; para la otra, algo orgánico, natural, nacido con la vida misma y de existencia virtual en los seres y las cosas.

A grandes rasgos, quedan expuestos cuales fueran los fundamentos conceptuales, o, mejor, axiomáticos o de fe religiosa, que constituyeron la vida política europea de ese entonces. Empero, justo será advertir las especiales características democráticas que la España de los Reyes Católicos ofrecía. Ello tendrá muy destacada influencia en la estructuración política de las colonias hispano-americanas. Sobre todo, debe admitirse para la España de Isabel, un profundo sentido religioso que se manifiesta en su cultura y extiende integralmente en la vida nacional. Todavía y a imperio de esa reina magnífica, el dogmatismo no había rebasado el humano límite de la razón, como ocurrirá muy pronto bajo el absolutismo de los Austrias. Así, bien lo expresa un ilustre español de nuestros días: "Dios sobre todos, pero Dios era el bien supremo y todo hombre tenía derecho a caminar en su luz a la luz de su propia razón. Consciente o inconscientemente, este principio pasaba a la esfera política; el rey por encima de todos, pero el rey era la encarnación de la ley y todo hombre tenía derecho a cumplir la ley según su propio criterio".

Más adelante, teniendo en cuenta la transformación de estos conceptos al término de los monarcas de Castilla y Aragón, añade el aludido escritor unos versos de Calderon en la *Vida es sueño,* que dicen:

"En lo que no es justa ley
"No ha de obedecer al Rey.

Ellos corresponden al siglo siguiente, cuando suena ya la reacción popular contra la autoridad de los Habsburgo, que olvidaron el sentido democrático en que vivieron los vasallos de los Reyes Católicos. Con todo, y a pesar del indudable influjo traido más tarde por las ideas y procedimientos arbitrarios de Austrias y Borbones en el gobierno que España impuso a sus colonias, nunca pudieron destruirse los cimientos iniciales, ni anularse la vitalidad de las instituciones municipales que aparecen junto a las primeras ciudades levantadas por los descubridores hispanos en suelo americano.

Extenso es el tema y mucho lo dicho y escrito en pro y contra el régimen que España adoptara para sus posesiones de América. No obstante, del cúmulo de teorías y explicaciones pertinentes, queda en pie la génesis comunal que dió a las organizaciones americanas su raigambre democrática. En plena evolución, subsiste, asimismo, en lo mas hondo de las conciencias, ese cómodo andar de la esperanza por tierras de América tras un ideal de libertad. De tal suerte, dos fueron las potencias propulsoras del sentido anímico y vital del iberoamericano. Uno, la herencia democrática e individualista de la España del descubrimiento. Otro, la ilusión de los hombres todos de Europa, soñando comarcas lejanas donde se concretara su concepción de la libertad. Y América predeterminó el liberalismo individualista en sus hijos, prefigurando los sueños, las esperanzas y las ilusiones de todos los que ansiaron ser libres. Fácil le fué conseguirlo, pues era el fruto, la consecuencia obligada de esos sueños, de esas esperanzas, de esas ilusiones puestas en fuerzas de realidad, en verdad de verdades. Todo gran acontecer es el resultado directo de un gran afan impulsor. Y el anhelo de libertad incubado en siglos, en milenios de años, por el dolor, por el tormento, por la miseria de Europa, no podía ser semilla vana en las vírgenes y fecundas tierras de América. Allí germinó y frutificó esa simiente que ponía dignidad y contento en la vida de los hombres. Allí germinó el principio fundamental del derecho, reconociendo la igualdad de todos los seres humanos. Allí germinó la semilla que puso en los corazones el sentimiento fraterno que une a los individuos ante el infortunio y el dolor. Esa fué la esencialidad espiritual y anímica de América sobre todas las especulaciones racionales; sobre todas las conclusiones científicas; sobre todas las causas y motivos diversos que elaboran y

ordenan las leyes sociales, políticas, económicas y religiosas. Debemos tener en cuenta estas fuerzas espirituales que obran sobre la voluntad y sobre la inteligencia, para hacer más armoniosa y buena la especie humana.

Cuando Europa, agobiada por sus rencores, por el bagaje acumulado en siglos de luchas criminales, vióse imposibilitada de reaccionar a favor de ella misma, aparece América. América allegó todos los deseos de felicidad, todos los perdones imperdonables, todos los olvidos. Y, sobre ese cúmulo de imposibles, la autonomía de ser. Estupenda revelación descubriendo sendas nuevas al entendimiento connatural; sindéresis de un porvenir igualitario, cuyos alcances estaban en el logro de la justicia, anulando monopolios y privilegios. Unicamente la justicia, fuente irremplazable y regular de la felicidad humana, encontraría la expansión que ha menester la ecuanimidad del juicio en los luminosos campos de la libertad.

IV

# ¡VÉRTIGO!

*La evolución de las ideas en Europa.*

Los últimos tres decenios han marcado un ritmo vertiginoso y perturbador en la evolución de las ideas. Y ante tan desconcertante confusión, gran parte de la humanidad se debate sin hallar aun su verdadero centro de equilibrio.

Hasta la primera década del siglo XX, el desarrollo del pensamiento en las grandes masas humanas, logró conservar cierto paralelismo con los adelantos que el hombre iba poniendo al servicio de la existencia universal. Aunque el grado de civilización de la comunidad mundial, siempre estuvo en retardo respecto al conocimiento de ciertos núcleos escogidos, esta equidistancia se iba salvando periódicamente en la marcha constante del perfeccionamiento general. Innumerables factores propendían a conservar tal orden en la evolución de las ideas, pero, sobre todos ellos, se destacaba una causa principal: la lentitud de las comunicaciones. Ella mantenía el ritmo accesible a una preparación previa a la comprensión. La gran masa humana tenía tiempo para ir asimilando los nuevos descubrimientos y técnicas, que la ciencia, las artes, la industria y el comercio ponían en beneficio de la vida.

Sin embargo, desde que la máquina de vapor entregó sus energías a la mayor celeridad de las comunicaciones terrestres, fluviales y marítimas, un nuevo ambiente moldeó el alma y el cuerpo de los

seres humanos. Fué un proceso paulatino, una revolución silenciosa, que obró sin que la advirtiéramos ni nos diéramos cuenta de su importancia. Carrel lo anota como uno de los acontecimientos más dramáticos de la Historia de la Humanidad. Asimismo, la máquina transformó los viejos sistemas de la industria, y al darle otro módulo, determinó variaciones fundamentales en la existencia de los hombres.

Empero, el gran paso inicial dado por James Watt en 1777 fué superado muchas veces. De pronto, el vértigo de la velocidad se exaltó en ley de la vida moderna universal y la tranquilidad apacible de la familia se desvaneció en su torbellino enloquecido, que modificaba tanto las relaciones de los hombres, como la de las naciones del mundo. No obstante ello, pareciera que Europa existiera al margen de tan trascendental acaecimiento. Sus países permanecieron enredados todavía en las fronteras físicas y en la ideología anacrónica de las épocas del caballo y de la deligencia. En cambio en América sus efectos fueron inmediatos. Wells lo hace notar, observando como los Estados Unidos, extendiéndose hacia el oeste, une por ferrocarril sus fronteras a través del vasto continente, haciendo posible un rápido y continuo acceso a Wáshington. "Representó, pues — escribe —, la unidad en una escala que, con otros sistemas hubiera sido imposible".

Desaparecida la intimidad del hogar, el pequeño grupo fué absorbido por el rebaño. Gozar de la soledad llegó a ser placer de millonarios y los pueblos debieron amoldarse a la vida en común. Entonces, la vulgaridad de la multitud invadió las casas y hasta en los lugares más lejanos y aislados llegó la máquina en forma de teléfono, radio, discos de gramófonos o cintas cinematográficas. De esta manera el gusto mediocre y el trasudor de la grey humana conformó los placeres e impregnó la psicología popular.

En 1914 comienza el desborde provocado por el antagonismo de dos épocas. Una, todavía inestructurada entre el andamiaje fantástico del adelanto industrial y el incremento de los descubrimientos científicos. Época de soberbia belicista y dominio económico, ambos sustentados por el torbellino alucinante de las nuevas potencias puestas en alocada acción. La otra, fraguada en siglos, enquistada en tradiciones inapropiadas, e incapaz de concierto frente al raudo dinamismo de la naciente era. Sin embargo, nada más definitivamente

apremiante que la muerte para crear defensas a la vida. Con todo, la mayoría de los esfuerzos se concretaron a triunfar de la muerte con la muerte misma. Y millones de seres pagaron con su aliento esa macabra carrera hacia la vida, por los caminos de la sangre y de las tumbas.

El saldo de la primera etapa de la hecatombe, fué una tregua de 25 años. En dicho período, la humanidad hubo de enfrentar el monstruoso avance de una ciencia que excedió la capacidad comprensiva del individuo común. Si ello fué consecuencia de la actividad científica en el aspecto intelectivo, no menos funesta sería la resultante en la faz moral, social y económica del género humano. Además, con la realidad de la guerra, afloraron otros problemas sociales, ocultos hasta entonces por prejuicios e intereses. Al derrumbarse el andamiaje de una organización cimentada en el egoísmo de unos pocos sobre el dolor de muchos, o sobre la ficción de una moral convencional, surgió la reacción antagónica. Su injusticia, era la consecuencia de la vieja injusticia, y, por encima de los mismos derechos racionales, primaron las potencias del instinto. Durante un cuarto de siglo el mundo alimentó el desorbitado deseo de vivir una existencia absurda. Como si la inmensa tragedia que durante cuatro años castigara sus errores, hubiese aniquilado los principios éticos y su cabal basamento humano. El maquinismo, creado por su genio, reemplazó las fuentes inefables del sentimiento. Y todo contribuyó a hundir el mundo civilizado en un clima deshumanizante, donde las más hermosas expresiones de amor y belleza, fueron despreciadas como argumentos de épocas fracasadas e inútiles.

Los seres vivieron entonces el vértigo de lo incomprendido, asidos a los apetitos más bajos del instinto. Era el único resto del pasado. Al individualismo, que fué una aspiración del siglo XIX, le sucedió una mediocre estandarización de formas, maneras y sentimientos. Y esta reversión brusca de una hermosa esperanza metafísica al realismo de la materia; este hundimiento total de lo que pudo llamarse la conciencia *humana*, para dar paso a una conciencia *mecanista*, elaborada en los conceptos arrancados de la materia inerte, y supeditada a un nacionalismo inconcebible, produjo la falsa creencia de que la vida podía ser expresada en lenguaje matemático. El aspecto económico dominó toda otra representación de la existencia.

Las ciencias de la materia elevaron el grandioso edificio de la civilización actual, nueva Torre de Babel que pretendió el dominio total de lo existente, incluso nosotros mismos. Despreciadas las fuerzas espirituales, sólo obtuvo valor positivo el *Homos œconomicus,* esclavo del alimento, encadenado a sus instintos, mientras su cerebro forjaba incesantemente los eslabones de la cadena que lo ataba a sus prodigiosas creaciones técnicas de la mecánica.

Al conjuro de los nuevos descubrimientos, nacieron nuevos valores extrahumanos. Las observaciones humanistas de los sabios, de los filósofos, de los poetas y de los grandes místicos de todas las épocas, se desvanecieron ante la potencia de los cálculos y de las técnicas científicas de la materia.

El hombre actual vive el agitado clima de su realidad irrenunciable y de las artificiales creaciones provocadas por sus crecientes necesidades. Al perderse la grandeza de su espíritu, la ética y estética de su mundo moral tomó la forma de ecuación y valor de cifra.

Creó entonces una civilización negada al ideal y la poesía, inspiradas en el beso de un sol creador y benigno y en las dulzuras venturosas del amor. Y esa civilización, conquista del genio humano, convirtióse a poco en conquistadora del destino humano. El hombre perdió el contralor de su propia fuerza multiplicada una y mil veces por el poder monstruoso y absorbente de la máquina.. Así, las campiñas alegres, los arroyos cantarinos, los bosques umbríos y legendarios de la vieja Europa, fueron paulatina e inexorablemente transformándose para dar lugar a las fábricas y los talleres, donde se forjaban los elementos exigidos por la nueva era. Hasta el cielo azul que antes entonara la alegría de vivir a plena luz, inspirando el verbo de los enamorados y de los poetas, fué ensuciado por el hollín y el humo de las usinas. De esta manera, también, el medio geográfico sufrió la influencia perturbadora que la civilización mecanista imponía a la existencia humana. Y el influjo rígido de la mecánica penetró en el alma de los hombres y borró la emoción y la esperanza de sus corazones y la fantasía de sus mentes, dominadas ahora por las fórmulas científicas de la materia.

El hombre había creado la máquina para su servicio exclusivo, y en su ofuscada vanidad pretendió forzar la evolución natural, abandonándose al mundo de su inventiva. No advirtió que, sin ha-

ber llegado a comprender plenamente los poderes inmensos que la Naturaleza le ofrecía dispersos, él los puso en movimiento. Su ingenio le abrió las puertas secretas de ciencias cuyo dominio no consiste sólo en conocerlas y aprovechar el dinamismo que ellas proporcionan a la vida. Faltaba crear una conciencia moral apropiada, común y general a todos los seres, capacitándolos para soportar las nuevas *presiones anímicas* que tales cambios producirían en la humanidad. Fué cuando para defender un industrialismo que desbordaba los límites del Estado, se agudizó el nacionalismo. Y la Nación-Estado, convertida en Super-Estado se apropió de la libertad individual de los ciudadanos.

La mayor tragedia de esta etapa en la Historia de la Humanidad, es la enorme distancia que separa a las actividades del pensamiento científico, con la gran masa de la colectividad humana. Mientras se estructura un mundo monstruoso de hierro y de elaboración química, la mayoría de los hombres viven con una mentalidad de varios siglos atrás, inhibidos de captar o comprender su verdadera posición presente, en un escenario imprevisto e incomprensible para ellos. Carrel hace una clara exposición de esta manifiesta disparidad entre el pensamiento científico y la mentalidad de gran mayoría de la colectividad humana. También nos habla del divorcio del hombre en su condición de tal, con sus propios creaciones.

Dice Carrell: "Las aplicaciones de los descubrimientos científicos han transformado el mundo material y el mundo mental. Estas transformaciones ejercen sobre nosotros una profunda influencia. Su desgraciado efecto se debe al hecho de que han sido llevadas a cabo sin consideración alguna para nuestra naturaleza. Nuestra ignorancia de nosotros mismos, ha dado a la Mecánica, a la Física y a la Química, el poder de modificar al azar las formas ancestrales de la vida.

"El hombre debería ser la medida de todo. En cambio, no es sino un extraño en el mundo que él mismo ha creado. Ha sido incapaz de organizar este mundo para sí mismo, porque no poseía un conocimiento práctico de su propia naturaleza. De ahí que el enorme avance alcanzado por la ciencia de la materia inanimada sobre las de los seres vivientes, sea una de las mayores catástrofes que jamás sufriera la Humanidad. El ambiente nacido de nuestra inteli-

gencia y de nuestras invenciones, ni se ajusta a nuestro tamaño ni a nuestra forma. Nos sentimos desgraciados. Degeneramos moral y mentalmente. Los grupos y las naciones en los cuales la civilización industrial ha alcanzado su mas alto desarrollo, son precisamente aquellos que se están debilitando antes y cuya vuelta a la barbarie es la más rápida. Pero no se dan cuenta de ello. Se encuentran sin defensa contra el ambiente hostil de que la Ciencia les ha rodeado. En verdad, nuestra civilización, como aquellas que le han precedido, ha creado ciertas condiciones de existencia que, por razones todavía oscuras, hacen imposible la vida misma. La intranquilidad y las miserias de los habitantes de las ciudades modernas provienen de sus instituciones políticas, económicas y sociales, pero, sobre todo, de su propia debilidad. Somos las víctimas del retraso de las ciencias de la vida sobre las de la materia." [6]

Para aquéllos que fundan los hechos y la misma evolución del pensamiento en las abstracciones científicas, parecerá absurda y sin comprobación analítica, mi teoría sobre el "Espíritu de América". Sin embargo, — ya lo hemos visto — álguien ha expresado esa extraña disparidad existente entre el conocimiento de la materia inerte y el de la vida. Advierte como la Astronomía, la Mecánica y la Física, están basadas sobre conceptos que pueden ser expresados en fórmulas matemáticas. Al conjuro de los cálculos e hipótesis, persiguen una realidad mas allá de la región del pensamiento común, hasta indecibles abstracciones compuestas solamente por ecuaciones de símbolos. Pero, ellos mismos, al estudiar los grandes fenómenos de la vida espiritual, se sienten abrumados por el cúmulo de hechos que pueden describir, pero que son incapaces de definir concretamente con ecuaciones algebráicas.

Hemos aprehendido el secreto de la constitución y las propiedades de la materia, logrando el dominio de casi todo cuanto existe sobre la superficie de la Tierra, pero vanos fueron hasta ahora los mayores esfuerzos para penetrar el secreto de nosotros mismos. Nos conformamos, pues, con explicarnos al hombre, únicamente dentro del campo de la metafísica. Y su concepción varía de acuerdo a nuestros sentimientos y nuestras creencias.

6. ALEXIS CARREL, *La Incógnita del Hombre*. Ed. J. Gil. Bs. Aires. 1937.

Hasta la primera década de la actual centuria, el significado espiritual y político de América deluíase ante el tradicional prestigio de Europa, cuna de la civilización de occidente y rectora indudable del pensamiento ecuménico. Advertíase, empero, el rebullir de ideas nuevas y, sobre todo, el encono nacionalista provocado por la creciente economía del mundo. Y el influjo de los intereses en juego conformaban una mentalidad *sui generis,* despojada de los atributos espirituales, para enfrentar con libertad *moral* una realidad franca y totalmente económica. Este choque de elementos positivos, gravitó en la política y el pensamiento de los pueblos europeos y, en menos grado, se expandió por el mundo, aflojando los conceptos que fundamentaron en el siglo XIX —sobre los derechos del hombre y del ciudadano— el régimen político de los Estados modernos.

Hago notar cómo los fenómenos que intervienen en la evolución de las ideas, señalando características notables en el pensamiento general de Europa, repercuten en el proceso ideológico universal. La intensidad de impregnación depende del clima cultural en cada región.

Al internacionalizarse la revolución industrial —pesando sobre el régimen político de las naciones del mundo— descúbrese un nuevo aspecto del poder omnímodo del capital dominando la total actividad humana. Siempre el oro concretó la ambición del hombre y el capital significó una fuerza. Pero la limitaba el fraccionamiento de las grandes reservas repartidas en diversos países. En ésto intervenían también las dificultades de las comunicaciones.

Pasaré por alto el conocido proceso que nos trae a lo actual desde la aparición de los bancos y sociedades anónimas por acciones. Omitiré, asimismo, entrar en el análisis de las ventajas que tal sistema produjo en el progreso de las grandes industrias y de la misma civilización presente. Todo ello lo doy por sabido del lector y no expondré, contra las mencionadas ventajas, otras objeciones que las que muestran como el precio pagado por ellas no las compensan. Me limitaré a enunciar el caso concreto, es decir: señalar en el crecimiento del capital monopolizado por algunos centenares de individuos convertidos en magnates de las finanzas del mundo, el origen del verdadero poder que gobierna al universo y al destino mismo de la humanidad.

Por ahí he dicho que la máquina dominó al hombre; puede añadirse que el oro lo esclavizó. Así, el oro sin patria, el oro emblema de la codicia y el egoismo humano, estimuló la ambición de la mayoría de los seres al punto de inhibir de sus conciencias los fundamentos de la moral, del sentimiento y de su instinto mismo. Todo, absolutamente todo, queda supeditado a la sugestión embrujada de su hechizo.

Bajo la exaltación del industrialismo y sobre el pedestal de la riqueza, se creó una nacionalidad y una religión por encima de todas las patrias y todos los credos. Es la universalización de la técnica y de la codicia puestas en suprema aspiración en el orden universal, como es el renunciamiento de todo sentimiento humano y de toda conmiseración en lo individual. El *medio* moral de la civilización no fué capaz de desprenderse de sus instintos, ni de sus símbolos.

He hablado del *maquinismo* y del *industrialismo*. Son revoluciones concordantes pero distintas. Una, es la consecuencia del progreso de la ciencia organizada y la otra, comprende su desarrollo social y financiero. Sobre ambas actúa el *capital*, factor económico que aparece con las primeras manifestaciones del intercambio comercial en la Historia de la Humanidad.

El capital dirige y usufructúa el trabajo. Lo estimula y lo domina. Y crece en proporción al desarrollo de toda actividad productiva. Jamás tuvo patria, como no tiene patria el esfuerzo ni la necesidad del hombre. Su acrecentamiento lo desarraiga cada vez más. Cuando las rápidas comunicaciones redujeron el globo, al capital le fué más fácil proceder al monopolio de las fuentes mundiales de producción. Su influencia mueve, a la par de los grandes intereses nacionales, todos los resortes de que depende la organización mundial de la existencia. Controla los medios de comunicación telegráfica y las líneas de navegación; las empresas noticiosas y la prensa; los mercados de productos y los bursátiles. Y, sobre todo, la producción que representa la subsistencia de los pueblos y los de absoluta necesidad para las industrias. Principalmente la fuerza motriz: carbón y petróleo.

Los trusts petroleros, aunque con etiquetas de diferentes países, son la expresión del capital sin nacionalidad. Aparecen como com-

pañías de determinadas potencias para obtener su apoyo diplomático, político y militar, instigado siempre por la poderosa influencia de los consorcios. A la sombra de banderas distintas, el mismo problema enciende la guerra en el Chaco; la agitación en Palestina; la conquista en Abisinia; la sublevación de los drusos, etc. Bajo la apariencia de *soberanías* atacadas, de violación de fronteras, amenazas raciales o cualquier otra mistificación mas o menos hábil, el cañón truena y miles de hombres mueren sin saber que tras ellos, anónimos intereses son los verdaderos causantes de tales conflictos y sus únicos beneficiarios.

Pero no bastaba el contralor de la vida para satisfacer al capitalismo monopolista internacional. Y se hizo el monopolio de la industria bélica, el contralor de la muerte.

A ella fué acondicionada toda la actividad vital de los últimos cincuenta años. Al finalizar la primera década del siglo XX, la carrera armamentista en los países de Europa, insumía la mayor parte de los presupuestos de los Estados interesados en obtener por la presión de su poderío militar, supremacías y ventajas. Esta puja, donde en compleja trabazón concurrían los intereses monopolistas más heterogéneos, aparecía bajo la fórmula cautivante del patriotismo, con el apoyo ambicioso del militarismo. De esta manera emerge en los acontecimientos de la era contemporánea el poder obsorbente y progresivo de la Nación-Estado, acaparando la iniciativa privada y destruyendo la libertad individual.

La tremenda conflagración que envolviera al mundo durante seis años terribles, fué la explosión obligada de esa puja del hombre contra el hombre. Del hombre circunscripto a su estructura humana dentro de una evolución limitada, contra el hombre en paradigma de su alcance intelectual, de su potencia creadora, de su genio científico. Uno, exponente psíquico y moral retrasado al clima vigente y otro, índice acabado de ese clima. Entre ellos, una laguna de incomprensión, con lo tremendamente paradojal de que ambos viven la misma hora del mismo día de sus existencias distintas.

He procurado explicar como el desarrollo del pensamiento humano fué perdiendo cada vez mas vertiginosamente ese contacto de comprensión entre las grandes masas populares y las élites de la inteligencia. Mejor dicho, distanciándose su capacidad intelectiva,

con el rapidísimo progreso y los descubrimientos de la ciencia. Jamás la Historia Universal ofreció, con lo aparentemente favorable al perfeccionamiento de la vida humana, un peligro mayor a esa misma vida. Podría explicarse ésto, imaginando una celosa pistola cargada, en manos de una inocente criatura. Vale decir, la ciencia fué entregando a los hombres, instrumentos que, para usarlos racionalmente, requerían una cultura y una preparación moral adecuada. Ante todo, exigían comprender el valor *humano* de esos elementos. Las consecuencias mostraron cuán lejos estaba el hombre común, la humanidad misma, de usufructuar sus propias conquistas.

Nadie sospechaba tampoco que a la par de los descubrimientos, a la par del activo progreso de la ciencia puesto en logros industriales, nacía una nueva capacidad en función, que salía de los carriles comunes del sentimiento, deshumanizándolo. Es decir, el hombre iba creando a su capricho, o por influencia de fuerzas desplazadas de sus propios descubrimientos y ajenas a él, una nueva naturaleza. Arrancábase del mundo esencial, para internarse en lo conceptual, y, tal imposible, tenía que desplomarlo como otro Ícaro, en la más espantosa de las caídas.

¡Y cayó! No fué el fracaso de los geniales productos de su inteligencia, sino que ellos, como la pistola en manos del niño, requerían un criterio moral de que carecían. Cayó en la hecatombe más horriblemente trágica que vieron los siglos, pues, unida a la realidad del desastre, había en el fondo de las almas, la profunda convicción del error que a todos arrastraba a la desgracia. Y hubo dolores inauditos; hubo martirios pavorosos en un reinado de muerte y de espanto. Millones de seres pagaron su culpa de ser hombres y pagaron el precio de una ciencia que era orgullo de nuestra civilización y prometida felicidad para la especie. Millones de cadáveres cubrieron la tierra y se hundieron en los mares. Y los campos fueron asolados, quemadas las alegres alquerías, incendiadas las ciudades y destruídos los templos. Una inmensa nube oscureció el cielo y la ruina extendió sus alas de hambre y de miseria sobre el universo. Pero nada es capaz de acabar con la vida, a pesar del hombre. Pues cuando el hombre se alza, como Satanás, en lucha con la existencia, del corazón de los propios hombres brotarán fuerzas imbatibles de defensa. Ninguna lección se aprende de manera más cabal, más pro-

fundamente, como la que surge de la experiencia. Y cuando más dolorosa es ésta, mas honda es la convicción de su verdad.

Y aquí ocurre algo desconcertante. Si la mejor comprensión de las abstracciones intelectuales queda reducida a una minoría de la colectividad, las verdades fundamentales y sus enseñanzas, son instintivamente captadas por las grandes masas populares, pues ellas responden directamente al sentimiento, sobre las especulaciones cerebrales. Entonces, al hacerse conciencia pública, será preciso otra fuerte reacción emocional para reformarla.

Respecto a estas ideas, recuerdo que Bergehot [7] supone que, en principio, la sociedad humana se estructura y adquiere solidez cuando forma una gran área de acciones reflejas, "una costra de costumbres", que es la tradición y obra como coraza defensiva. Luego, para progresar, esa misma sociedad necesita romper aquella cáscara y así sucesivamente. Bergehot atribuye a la fuerza psicológica de la imitación, la formación y perpetuación de las costumbres. Y pone en la discusión la puerta del progreso. Ahora, la guerra ha abierto esa puerta y el cambio ventajoso se hará, sin duda alguna, primero, porque así lo imponen las terribles circunstancias, y segundo, por que el impulso viene de la gran mayoría, inspirado en el dolor.

Necesario es comprender todos, pequeños y grandes, sabios e ignorantes, que la vida, con sus dolores y alegrías, sus afanes y sus sueños, sus virtudes y torpezas, es patrimonio común a la especie humana. Nunca como ahora, esta certidumbre se ha extendido y hecho carne tan profundamente en la conciencia universal. Queda, sin embargo, planteada la lucha entre lo que nace y lo que acaba; esta pugna ha menester una comprensión que nos lleve a admitir todos los derechos que no sean adversos a la libertad, ni a la justicia, ni a la dignidad de los hombres. Y a negar todo lo que, cimentado en supersticiones o símbolos anacrónicos, atente contra la vida.

7. *Physics and Politics.*

# V

## LA LIBERTAD

*La evolución de las ideas en América.*

La Historia de América empieza con el descubrimiento. América al revolucionar amplia y poderosamente los conocimientos del siglo XV, también incide hondamente en las ideas de esa época. Como etapa de transformación social y económica, encauza la civilización universal con las verificaciones de la realidad geográfica. "Asimismo, al señalar el surgimiento de una época, América adquiere el sentido magnífico de su propio destino. Aureolando su nombre, emerge el pensamiento de su fuerza orientadora." [8]

Inmediatamente de aparecer al conocimiento universal, se manifiesta la atracción subyugante de sus tierras en la fantasía y voluntad de los europeos. No es únicamente el embrujo alucinante de la aventura, en un período donde las consejas maravillosas de los puertos hablan de comarcas lejanas y extraordinarias. Palpitaba bajo tales visibles apariencias, el abstruso anhelo que empuja a la humanidad hacia el devenir de su destino.

Alguien lo anota con acierto: las poblaciones indígenas de entonces y mismo las actuales, representan lo que en física llámase inercia.

8. RODOLFO A. FITTE y E. F. SÁNCHEZ ZINNY, *Génesis de un sentimiento democrático.* Bs. Aires. 1944.

Nota: Para evitar una nueva exposición de lo ya tratado en nuestro trabajo con el señor Fitte, advierto que los párrafos entre comillas son reproducciones del capítulo I, titulado *América,* del libro aludido, con ligeras modificaciones.

El factor positivo, dinámico, es el europeo. Sólo su impulso cuenta en la sociología americana. En pos de los primeros descubridores y del período colonial, llegan al Nuevo Mundo hombres de todas las razas. Ya no es el deslumbramiento de la aventura mítica tras lo sobrenatural en sueños de poder o riqueza; ahora es la ilusión de la conquista de la felicidad por el trabajo y la plena libertad de las almas. Ocurre entonces la portentosa comprobación de que las razas humanas no influyen en la diferenciación mental del individuo. América ofrece esta evidencia irrecusable al producir la aleación racial más extraordinaria de tipos dispares por sus caractersíticas físicas y morales, *identificados en la virtualidad suprema y exclusiva de un anhelo.* Aparecen los *genios* de América, engendrando en el espíritu de sus hijos la trilogía más sublime del pensamiento humano: *libertad, igualdad y fraternidad.*[9] Era la promesa y la fuerza expansiva de su destino singular.

Cuando Europa es sacudida violentamente por la ideología revolucionaria de la Francia de 1789, y la enorme aventura napoleónica. Cánning, poeta y ministro de Gran Bretaña, reconociendo los derechos de las colonias españolas al libre ejercicio de su soberanía, plantea el futuro de la civilización de occidente, apuntalado por un mundo que surgía. Es cuando América, al ascender de su simple posición en la geografía, expone un nuevo sentimiento que satura a la humanidad con deslumbrantes ilusiones, estimulando todas las actividades incluso las intelectuales. Luego de agregar inmensos territorios a las comarcas conocidas, impulsa el pensamiento espiritual y da, asimismo, empuje formidable al conocimiento científico, en una etapa prodigiosa de la Historia Universal.

"A partir del siglo XVII, la colonización de las tierras americanas empieza a dar frutos. El oro y la plata del Nuevo Mundo provocan en Europa las primeras fiebres de inflación. Enriquécese el comercio, y las industrias entran en una era de prosperidad, multiplicándose el número de artesanos. Tales factores de independencia económica en núcleos de la pequeña burguesía, propendió a laicizar la cultura. Se despierta una extraña confianza de los hombres en el poder de su

9. En *Génesis de un sentimiento democrático* hemos tratado los *genios* de América, como los símbolos de su expresión telúrica, conformando el alma de los americanos.

voluntad y de su inteligencia, y florece el espíritu crítico. Con la conciencia de la propia personalidad, disminuye el miedo a los poderosos y el miedo a los castigos infernales con los que la Iglesia amenazaba a los seres. Ya en el siglo XVII se comenzó, tímidamente, a meditar en planes de reformas. La colonización, la multiplicación de las industrias y el incremento del comercio, engendró la idea de protesta; una vaga e indefinida protesta, que al fin, si no cuaja en rebeldía, era una insinuada amenaza y un aviso. Todos los hombres, aun los más humildes, se reconocieron poseedores de un alma y con derechos respetables ante cualquier poder.

"Abre, pues, el descubrimiento, un nuevo derrotero al progreso, haciendo posible el movimiento de la *Reforma,* y permitiendo más tarde, que la idea de libertad llegue al campo social y político".

Junto a los hombres vienen a América las ideas y la experiencia de otras civilizaciones. América acoge a los seres y el pensamiento total del universo. Todo, en la magnitud del panorama inmenso, encuentra dilatado campo, plenitud de expansión. Arraigo y vigor. Cual en una enorme retorta caldeada por las luchas de la conquista y la emancipación, las ideas bullen en el choque de las más opuestas teorías, hasta sedimentar la exaltación de la personalidad humana, de su dignidad y una voluntad solidaria y defensiva. De tal suerte, cuando los pueblos del Nuevo Mundo ya independientes, constituyen las naciones de América, a despecho de sus tradiciones locales o el atavismo de sus herencias originales, un sólo ideal flamea en sus banderas, e idénticos principios fundamentan sus instituciones políticas y sociales. Un nuevo sentido universal de redención y democracia los inspira y los alienta.

La libertad de América tiene un contenido inseparable del suelo. Engéndranla, sobre la voluntad de los hombres, las cosas que los circundan, la tierra. Está y vive en lo animado e inanimado del suelo americano. Los primeros seres blancos llegados a ella sienten el contagio de ese sentimiento puesto en condición vital, en atmósfera, en clima. En esos primitivos pobladores hispanos influyeron, sin duda, la rutina de sus vidas anteriores, los prejuicios enclavados en sus hábitos y las fórmulas políticas, sociales y religiosas, conformando sus conciencias. Tales inhibiciones desaparecen en sus hijos nacidos en el Nuevo Mundo. Sorprendidos lo anotan los mismos progenitores al

finalizar el siglo xvi. Entre otros, el tesorero Hernando de Monsalvo, en 1579, escribiendo desde Asunción a España, decía: "Estas provincias han menester gente española sobre todo, porque es muy poca, y van cada día en más creciendo los hijos de la tierra, así criollos como mestizos, que de cinco partes de la gente de los cuatro son de ellos y van cada día en mayor aumento. Los criollos y mestizos tienen muy poco respeto a la justicia, hacen cada día muchos cosas dignas de castigo y no se castiga ninguna, tienen muy poco respeto a sus padres y mayores, son muy curiosos con las armas, grandes arcabuceros y diestros a pie y a caballo; son fuertes en el trabajo y amigos de la guerra ... y muy amigos de novedades cada día." Aparecía ya el independiente espíritu criollo rompiendo los lazos del absolutismo feudal, para buscar en la inmensidad del territorio esas "novedades" que no eran otra cosa que las ideas de libertad forjando el alma americana. Iniciábase así la gestación de un convivencia social, puesta en relación con el medio y las posibilidades.

Azara, mucho más tarde, describía al criollo en estos términos: "Tienen tal idea de su igualdad, que creo que aun cuando el Rey acordase títulos de nobles a algunos particulares, ninguno los consideraría como tales. El mismo virrey no podría conseguir un cochero o un lacayo español (criollo)."

Luego, al referirse al antagonismo espiritual que dividía a los nativos de sus progenitores, denunciaba la profunda diferenciación que, superando la influencia racial, constituye el temperamento y el carácter de los americanos. Sorprende, sin duda, esa espontaneidad en la transformación sentimental de padres a hijos. Particularmente asombra la rapidez de la captación del medio al alma del individuo. Pocas veces —o quizá nunca— la historia nos muestra esa veloz transmutación de un carácter y de su manifestación en actos, y esto es lo que constituye su originalidad. Expone cómo, comenzando desde el punto de vista más real, se alcanza un ideal próximo al ensueño. En tal sentido los americanos, desde su primera generación, van acumulando fuerzas sentimentales y morales, para llegar a la explosión definitiva de su ansia de libertad. Sobre esto, escribe Azara: "Existe una especie de alejamiento, o más bien dicho, adversión decidida de los criollos o hijos de españoles nacidos en América, hacia los europeos y el gobierno español. Esta adversión es tal, que la he visto

reinar entre el hijo y el padre, entre el marido y la mujer, cuando unos eran europeos y los otros americanos . . . "[10]

Sutilizando la diferencia de nuestra revolución con la francesa, donde los hombres actúan dirigiendo el movimiento con tanto poder como el movimiento mismo, podríamos llegar a una interesante conclusión, original por su hondo sentido democrático. En Francia nace como reacción intelectual, en una encrucijada preparada por la evolución morfológica y apoyada en factores propicios; aquí surge como inspiración natural al desarrollo de nuestra propia existencia, aunque pueda imponerse definitivamente con la participación de elementos imprevistos y favorables. La determinan las distancias, a cuyo amparo fermentan ambiciones de caudillos y la soberbia de todos. Distancias a la metrópoli y distancias entre las poblaciones diseminadas en la inmensidad del continente. Creó la lejanía un singular sentido de la responsabilidad en el gobierno y fomentó el exceso. Pero, creó asimismo, la aptitud de ver y de ser en el individuo, bajo la bóveda infinita del desierto. Dedúcese de esto cómo la génesis de la revolución, más que a la influencia filosófica de una época — que pudo y fué causa concurrente — pertenece al predominio del desierto y a la modalidad emergente de las condiciones que la geografía imponía a la existencia. Con tales antecedentes nútrese el ideal de las masas populares, sustentando en su realidad político-social la República, que da al movimiento revolucionario su genuina índole democrática.

En tanto, los siglos elaboraron nuevos conceptos, emergentes de la armónica conjunción de la vida con el medio físico. Nadie entonces se explicaba ese arraigo de lo imponderable, convertido en sentido real, en deseo; pero todos comprendieron ese deseo. Y pusieron en él la suprema fuerza de la voluntad. Al comenzar el siglo XIX, las invasiones inglesas en el Río de la Plata, descubrieron esa fuerza y la evidenciaron. La caída de Fernando VII abre la compuerta al deseo y lo pone en acción, cristalizado en fórmula y programa.

Este ensayo lleva la intención de radicar el estudio de los acontecimientos en sus fuentes sentimentales. Son ellas las que crean el clima psíquico necesario al desarrollo de las ideas. Los hombres son

10. F. DE AZARA, *Viajes.* 1796. Los comisionados reales y sabios viajeros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en 1735, hacen declaraciones coincidentes sobre el antagonismo entre españoles y americanos.

meros exponentes de los acontecimientos; efectos a veces de causas desconocidas para los coetáneos. Adviértese en el constante movimiento evolutivo, la lucha de los prejuicios contra la reacción natural de las cosas; el encuentro de la rutina, convertida en razón por permanencia, contra la auténtica razón desprendida del ambiente temporario. En este escenario, confuso para los actores, resalta siempre esa fuerza poderosa que, a pesar de la voluntad de los hombres, va organizando la vida en etapas de perfeccionamiento ascendente.

América, a imperio de su propia modalidad, no pudo aceptar racionalmente la división en castas de la sociedad. En 1542, el P. Las Casas, al hacer la defensa de los indios, propugna, en cierta manera, el reconocimiento de los derechos naturales del hombre. ¡Y nace de este continente tan humano esfuerzo! A pesar del atraso intencionado y aun primitivo de importantes sectores de población, y de los prejuicios raciales importados, nivela a los seres el derecho y las obligaciones. Acatando su justicia, correspondió a un gran americano del norte, Abraham Lincoln, acabar con la esclavitud de los africanos en los Estados Unidos, después de cuatro años de cruenta lucha. Sin embargo, algunos de los pasajes más elocuentes en la declaración de la independencia de los Estados Norteamericanos — primitivamente escritos por Tomás Jefferson — protestaba contra la esclavitud. Estos párrafos fueron excluídos más tarde por los representantes de los Estados del Sur, fuertemente impregnados de fanáticas prevensiones que hacían más ventajosos sus intereses económicos. La actitud de Lincoln demuestra la fortaleza del espíritu de libertad en América, inspirando el espíritu de libertad en sus hijos. Y a ese concepto iban implícitos los de igualdad y fraternidad de la trilogía democrática. Así lo expresa en su carta a su amigo Josué F. Speed, diciendo:

"¿Cómo puede quien quiera aborrecer la opresión de los negros estar a favor de la degradación de ciertas clases de blancos? Me va pareciendo que nuestros adelantos en degeneración se hacen demasiado rápidos. Al hacernos una nación, declaramos que "todos los hombres han sido creados iguales". En la práctica estamos declarando hoy día, que "todos los hombres han sido creados iguales, con excepción de los negros". Cuando el partido de los "Nada-Saben" [11]

11. El partido de los Nada-Saben, llevaba a cabo una campaña nacional, apelando a los mismos prejuicios que caracterizó, años más tarde, al Ku-Klux-Klan

llegue imponerse, se dirá: "todos los hombres han sido creados iguales, con excepción de los negros, los extranjeros y los católicos romanos". Cuando esto llegue a ser, preferiré yo emigrar a algún país donde no se pretenda amar la libertad, a Rusia, por ejemplo, donde el despotismo se sirve sin aliños y sin la amalgama de la hipocresía".[12]

Las ideas y los hechos se generan entre sí, en el flujo y reflujo de la propia existencia. De tal manera, la crónica de los acontecimientos señalan voliciones anteriores y engendran los propósitos por los que la voluntad luchará en el devenir. Muestran, además, el proceso oculto e inflexible del medio, forjándolo todo en armonía con su naturaleza.

Europa fué la colonizadora por derecho de descubrimiento, por su civilización, por el afán de sumar tierras a sus imperios y por la ambición de riquezas materiales. Españoles y portugueses se destacan en la inicial aventura del descubrimiento. Traen el doble fanatismo religioso y utilitario, sostenido por un intenso individualismo. Individualismo codicioso, egosíta, eternamente insatisfecho. Pletóricos de coraje y audacia, vuélcanse intrépidos y tesoneros bajo el signo de la cruz y de la espada. Alucinados por el oro, encuentran fuerzas para las empresas más inverosímiles y crueles y para las más elevadas esperanzas.

Contrariando la bula del Papa Alejandro VI (1494), que dividía entre España y Portugal el nuevo continente descubierto, ingleses, daneses, suecos y más tarde holandeses y franceses, pretendieron posesionarse de parte de las llamadas Indias Occidentales. Al fin sólo quedaron como rivales en América: españoles, portugueses, ingleses, franceses y holandeses.

El absolutismo de su época vino con los conquistadores. Pero, desde los primeros instantes, el ambiente impuso su ley. Ante su imperio sugestivo, la misma majestad de los reyes perdía su prestancia autoritaria. La potencia idealista que fluía de las tierras de América no fué sojuzgada por los titanes de la conquista, sino a la inversa, fueron ellos los que obedecieron ese callado y misterioso mandato de

12. La actitud de Lincoln trajo la guerra, es decir, encontró fuerte oposición en los mismos Estados de la Unión. Sin embargo, ya no había esclavitud en ningún país del continente colombino. Todas las repúblicas, inmediatamente de obtener su independencia, abolieron cualquier derecho del hombre sobre el hombre, como algo abominable a la libertad y a la dignidad humana.

los genios del viento, de las pampas, de los ríos, de los bosques y de las montañas. Era una fuerza superior a todo lo que los hombres pudierno imaginar con su ingenio y su poder.

Apenas comenzado el siglo XIX, los soldados de Gran Bretaña creyeron que el descontento de la colonia hispana del Río de la Plata, inmanente a un sistema comercial despótico, podía ser buen argumento en el juego de conquistas guerreras. Los derrotados veteranos de S. M. B. vieron absortos luchar un pueblo de pastores, movilizado por la defensa de los anhelos nacidos en suelo americano. Poco más tarde, España misma contempla sorprendida cómo sus hijos del Plata se alzan contra ella, tras el romántico presentimiento incubado en la tierra, de su propia emancipación.

Los ingleses desembarcan y colonizan en regiones del norte americano. Vienen impulsados por su fervor religioso y disidencias dogmáticas. Impedidos de practicarlas en sus lares, buscan libertad de expresión en comarcas del Nuevo Mundo. Allí encuentran la serenidad negada y en ellas establecen los primeros núcleos de lo que luego sería la república democrática más extensa y poderosa del mundo. Importan sus costumbres hogareñas, continuando sus actividades de comerciantes y labriegos. Y alcanzan, con metódica persistencia, holgura en la existencia privada y progreso colectivo. Traen los sajones su sistema de gobierno, con derechos y garantías reconocidos, propagados en la nueva patria a despecho de los representantes reales.

Ya estaban en América los plantadores de Virginia y de Maryland cuando llegaron los puritanos, *Peregrinos* de la Nueva Inglaterra. Venían —dice Mitre— "fuertemente impregnados del espíritu republicano de la madre patria, de cuya revolución fueron autores, y de los principios democráticos de las repúblicas de Suiza y Neerlandia que les dieron asilo, llevaron de esta última el tipo ideal del gobernante de un pueblo libre en la figura austera de Guillermo de Orange, que presagiaba a Wáshington. Fuertes en la conciencia de sus derechos innatos, se transportaron sin garantía alguna a su nuevo teatro de acción, declarando que *"si más tarde se pretendiese oprimirles, aun cuando se ordenase con un sello real tan grande como una casa, ellos encontrarían medios eficaces para nulificarlo*".

Del *Pacto del Mayflower*, firmado voluntariamente por los puritanos llegados en ese barco apenas pisan tierra en el Cabo Cod, el 11 de noviembre de 1620, bien pudo decir Juan Quincy Adams, en 1802: "Posiblemente sea el único ejemplo en la historia de la humanidad de un compromiso social, positivo y original que los filósofos especulativos han imaginado como único legítimo fundamento para el gobierno. Tenemos aquí el asentimiento personal y unánime de todos los individuos de una comunidad a la asociación *mediante la cual habría de hacerse una nación.* Los colonos de todas las restantes colonias europeas se habían conformado con los privilegios que les conferían sus respectivas constituciones, sin mirar más allá del sello real puesto en el pergamino para medir el alcance de sus derechos y el reglamento de sus deberes . . ."

Cabe añadir, si es cierto que el espíritu ordenado de los *peregrinos del Mayflower* se tradujo reglamentando su vida futura, con las normas preestablecidas en el Pacto y ajenas a toda otra ordenanza, estas últimas, nunca fueron muy obedecidas por los mandatarios reales, en ninguna parte del Nuevo Mundo durante la época colonial. En ello concurrían tanto los que respondían a Londres, como a Madrid o Lisboa. Puede atribuirse el hecho a la distancia, aunque será más justo imputarlo a la libertad inspirada en el desierto, insolente hasta la licencia y el atropello.

Grandes desemejanzas hubo entre la política inglesa y la iberolusitana. Nada hay en la América sajona parecido a nuestras audiencias, virreinatos y capitanías generales. Allí todo parte de la iniciativa individual: de abajo. A la inversa, en la América latina parte de arriba. Los sajones en el norte constituyen el primer núcleo del Estado con el *township,* la municipalidad. Nosotros tuvimos los cabildos, pero en el último grado de la escala administrativa. Los ingleses, con un criterio realista, hicieron del régimen colonial una empresa económica, concediendo las tierras y la administración a compañías comerciales o propietarios. Adviértase, sin embargo, que ni España ni Inglaterra, cada una en su escala, podían sustraerse al medio, a la moral de su civilización, a los prejuicios de su época. Obedecían, pues, a razones temporarias y a la herencia; a tales causas cedieron en la adopción de sus políticas coloniales. No obstante, el absolutismo español era integral; pesaba lo mismo en lo político que

en lo religioso y económico. Inglaterra permite ciertas libertades cívicas y de creencias, pero su método económico poco difiere del hispano. Ambos países hicieron del monopolio, eje del sistema, sacrificando al interés de las metrópolis el de sus colonias.

En todos los casos se corría tras al aventura alucinante del lucro; pero, las características morales de los colonos del norte y esas libertades que el gobierno inglés admitió para ellos, favoreció el incremento del régimen representativo. Nadie, fuera ya propietario o compañía, se opondría a tolerar ciertos derechos democráticos, cuyo ejercicio, al mantener satisfecho al colono, favorecía indudablemente sus intereses. El hecho de que los bienes generales fueran discutidos en el mismo plano jerárquico, permitió iniciar la administración colectiva y más tarde el mismo gobierno, dentro de derechos comunes prácticamente aceptados. Desde entonces, quedaba descartado cualquier obstáculo a lo que suponían beneficios mutuos y luego, respeto mutuo.

Virginia, en 1619 convoca a la primera asamblea general, de acuerdo a la Carta de 1606 autorizada por el monarca. Se trataba de resolver desaveniencias de forma y la Compañía administradora solicitó la reunión integrada por el gobernador, representantes de la Compañía y una Cámara de burgueses compuesta de dos diputados por cada uno de los distritos de la colonia. Dichos diputados fueron elegidos por el pueblo, de manera que ese año de 1619, fué el primero que un pueblo americano ejerciera sus derechos en un acto de democracia representativa. A este acontecimiento se ha llamado "la feliz aurora de la libertad legislativa en América".

Bancroft anota este caso en su *Historia de los Estados Unidos,* agregando que fué "Virginia el primer Estado del mundo, compuesto de burgos separados y dispersos en un inmenso territorio, donde el gobierno se organizó según los principios del sufragio universal". Maryland obtiene su Carta fundamental en 1632, dándole participación independiente en su legislación y gobierno representativo, por diputados y mayoría de sus habitantes. Con estas primeras asambleas, se fundó en las colonais americanas del norte el *self-government,* gobierno propio.

A pesar de distinciones de detalle, tanto en los dominios ingleses como en los españoles, originalmente halláronse analogías democráticas de gobierno. Eran las que emergían del *township,* municipalidad,

y del cabildo. Después, las ventajas estuvieron decididamente por las colonias inglesas al ir decayendo el poder comunal entre nosotros y preponderando para los sajones. Puede advertirse que en esto influyó también, el elemento étnico. Ya en 1700, la inmigración irlandesa presbiteriana — "escoceses de Irlanda" —, y alemana, era mayor que la inglesa. Tanto a una como a otra, los atrajo una tierra donde el hombre medio gozaría de libertad religiosa y podría participar en el gobierno. Representaba América un país nuevo y rico, en el que a todos sería posible lograr una vida mejor.

En 1649 se estableció en Maryland la tolerancia religiosa, aunque ya en 1639, en Providence — Rhode Island —, Williams fundó una colonia donde, por primera vez un país cristiano aceptaba la separación de la iglesia del Estado. Más tarde Jefferson, en el estatuto de Virginia — poco antes de la Revolución — exponía que: "El Congreso no dictara ninguna ley respecto al establecimiento de una religión, ni prohibiera el libre ejercicio de ninguna de ellas."

Tan manifiestas pruebas de liberalismo fueron la inmediata consecuencia del sentido positivo del régimen colonial inglés. Por primera medida, ejecutó sin ambages lo que España y otros países realizaron bajo el signo de la cruz y el pretexto de civilizar pueblos salvajes. Despojada de toda ficción, es una compañía comercial inglesa la que funda la primera colonia europea en Jamestown en 1607. A ella, como a las de Plymouth y Boston años más tarde, van los que, por persecuciones religiosas o huyendo de la miseria, esperaron encontrar mejores oportunidades en el Nuevo Mundo. Antes de un siglo, en 1700, los colonos llegaron a la cifra de 250.000 almas.

Comenzado el siglo XVIII, además de los irlandeses y alemanes, afluyen a las colonias del norte, suecos, noruegos y daneses; y, en menor escala, holandeses, franceses, españoles y judíos. Recién, mediado el siglo XIX, la inmigración se hace con austríacos, húngaros, italianos, polacos, rusos y de los países balcánicos, pero ya esto escapa a los límites del presente ensayo.

Al apuntar sucintamente la conglomeración racial que sedimentó la población de los Estados Unidos, sólo busco parangonarla con la de las colonias hispanas. España prohibió la entrada de extranjeros en sus posesiones bajo las más severas penas y, sobre todo, cuidó celosamente la religión y la intransigencia de la iglesia católica. La Inqui-

sición se encargaba de velar con los castigos más terribles la omnipotente autoridad de Roma.

Hasta promediar la segunda parte del siglo XIX, la población latinoamericana de las emancipadas colonias de España y Portugal, eran, con raras excepciones, descendientes de españoles y portugueses. Y únicamente amainó la rigidez religiosa después de dictadas las leyes constituitivas de las respectivas naciones.

Con iberos y lusitanos había llegado la violencia de la espada y de la cruz; el absolutismo político y el hermetismo religioso. Y si la riqueza se detiene en las arcas de los poderosos, un anhelo de perfección moral desborda de los núcleos sociales con potencia incontenible.

Las sabias leyes de Castilla y Aragón y las providencias de los Consejos de Indias, son normas y enseñanzas que la ambición, el egoísmo y la codicia de los funcionarios coloniales desvirtuaron. Con todo no consiguieron hacer olvidar sus fundamentos, y de ellos se nutrieron las poblaciones del Nuevo Mundo. La tradición de los viejos fueros de Castilla y Aragón, animó y dió espíritu a las organizaciones comunales de la América hispana. Fué la sólida base sobre la cual edificaron los colonos, una vez pasada la fiebre subyugante del oro en la explotación de los veneros. Por su parte, un siglo más tarde, a la América del norte llevan los ingleses nociones prácticas de libertad y un fuerte espíritu moral que templó el carácter de los colonos.

Estructuradas en naciones las antiguas colonias americanas aceptan, en el orden político, instituciones emanadas y regidas por la soberanía popular. Su voluntad es reconocida en la constitución y orientación de sus gobiernos ulteriores y definitivos. Fué así que adoptaron el sistema republicano, con el sufragio universal como forma normativa y consagratoria de los cargos electivos en la administración estatal. Sin excepción, las constituciones sancionadas expresan los derechos, garantías y obligaciones que atañen por igual en lo civil a los habitantes y en lo político a los ciudadanos de los flamantes Estados. La libre expresión de las ideas está en todas ellas minuciosamente especificada, como la de practicar libremente el culto de su devoción. La libertad de imprenta merece, asimismo, categóricas garantías. El derecho privado, asegura, en códigos especiales, el respeto de la propiedad, la libertad de contratar y la libre realización de toda útil iniciativa social.

Tanto las colonias emancipadas de Gran Bretaña, como las independizadas de España, abrazaron el sistema republicano democrático de gobierno. De toda América puede excluirse únicamente al Brasil, que habiendo el 12 de octubre de 1822 proclamado su independencia de la corona de Portugal, adopta el régimen monárquico constitucional, con Don Pedro I de emperador. Poco propicio era el clima americano para tales formas gubernamentales, y el imperio de los Braganza, a pesar de la liberalidad de sus dos monarcas, sentíase en deuda con las exigencias espirituales de la tierra. Cumpliendo su destino, el 15 de noviembre de 1889 se promulgó la República Federativa de los Estados Unidos del Brasil.

Vemos, pues, que muchos factores étnicos y morales divergían fundamentalmente entre los libres países americanos. Sin embargo, el sólo hecho de la Revolución que, tanto a las colonias inglesas del norte — 1775 —, como a las españolas del sur — 1810 —, y luego a las portuguesas, transformara en repúblicas independientes, pone de relieve la unanimidad del sentimiento de América. Es la expresión más auténtica del espíritu de sus hijos. Nada como ese movimiento convulsivo de todos los pueblos del Nuevo Mundo, en defensa de su libertad y de sus derechos, señala en forma tan cabal su sello americano. Durante cuarenta y nueve años — de 1775 a 1824 —, se gesta y frutifica el *Proceso de la Libertad en América.* Es evidente que en esa etapa se realiza algo superior a lo que surge visiblemente del encadenamiento de los hechos. Hay más de lo explícitamente determinado por causas y sucesos concurrentes; algo implícito y remoto que flota en el ambiente, está en las cosas y nutre el deseo inexpresado, pero latente en los hijos de América. Es lo imponderable concretándose en una realidad: la independencia. Y la independencia de América, por encima de todas las causas, razones y motivos que quieran explicarla, nace al conjuro de la misma vida americana. Es el sentido integral de esa vida de libertad, ampliado de lo individual a lo colectivo. Se ha dicho y tiénese como verdad de sociología política, como las revoluciones no se consuman sino cuando las ideas, los sentimientos y las predisposiciones morales e intelectuales del hombre, se convierten en conciencia individual de la gran masa. Esto, innegable cuando los factores inciden sobre los sentimientos o sobre las necesidades de la

comunidad, no corresponde exactamente al proceso de la emancipación americana. Usan dichos argumentos quienes sufren el influjo de otros pueblos con otros problemas históricos, originados por fuerzas y tradiciones extrañas a los americanos. La libertad y el propósito de emancipación, está en los primeros hombres blancos nacidos en América. Brevemente hemos expuesto esta decidida actitud, apareciendo antes de terminar el siglo XVI.

No pertenece a razas, ni a climas; tampoco responde a presiones ideológicas políticas ni religiosas. Es común a los americanos; está en ellos totalmente. Sus actos son fuerzas vivas incorporadas a las cosas en armónica compenetración. Se desarrollan bajo la influencia del medio y toman la dirección física y moral que éste les señala. La colonización americana desde su origen hasta el presente, entraña un sentido de libertad, un instinto de independencia y un principio de individualismo que necesariamente nos lleva a la democracia. No hubo en ello preparación previa, sino espontaneidad. No hubo proceso evolutivo, sino el desarrollo gradual preciso a la capacidad de acción. Cuando esa capacidad fué alcanzada, la independencia se hizo una realidad impostergable. No era la pugna de tal o cual región; era la lucha de América íntegra. Wáshington, San Martín y Bolívar realizan la gesta, de la que Miranda fuera precursor glorioso.

Desde entonces, con los vaivenes comunes a las nuevas organizaciones políticas y sociales, las repúblicas de nuestro hemisferio van cubriendo las etapas de su evolución. No obstante, a pesar de las notables diferenciaciones raciales, de idioma, de religión y de cultura, uno, únicamente uno, la libertad, sigue siendo el espíritu propulsor, el alma inspiradora de la voluntad americana.

Toda reforma social o política, evoluciona en dos grandes períodos-tiempo. Orienta el primero un propósito convertido en exigencia de la comunidad, y, aunque en apariencia conforma la etapa, únicamente plantea y prepara el cambio predeterminado. De tal suerte, nótase en los plazos evolutivos de este primer plazo, la confusa interferencia de lo nuevo pugnando por ser, con lo vetusto, defendiendo su permanencia. El avance queda sujeto al incremento ascendente de la ilustración, cultura e inteligencia de la opinión pública ,es decir, de la masa en evolución.

El segundo período se alcanza cuando el progreso espiritual, y moral, llega al límite de intelección adecuada. No obstante, este último plazo puede abreviarse por circunstancias extraordinarias. Es cuando el dolor despierta a las conciencias de sus errores primitivos.

Las viejas civilizaciones fueron estratificando las etapas de su desarrollo milenario. Cada una sedimentó enseñanzas aprovechadas por las que vinieron. Sin embargo, ello no supone que alcanzaran una sabiduría y una felicidad a la que la humanidad no llegó. ¿Por qué? Porque a la par de las enseñanzas intelectuales se han sumado las creadas por la desconfianza, en el encuentro de las bajas pasiones ingénitas al género humano. Entonces, junto a la verdad, emerge la conveniencia y la ventaja; como del odio nace la mentira. Pero no bastaron esas expresiones del instinto salvaje del hombre; añádense a ellas las exigencias materiales de la vida, el alimento. Y los desniveles de la fortuna, provocando la miseria y el hambre, frente al poderío y al hartazgo. Sobran estos antecedentes para ilustrar la confusa realidad en que se agitan los hombres. Realidad de tan complejas facetas, cual es de inmensa la incomprensión en que los individuos se encuentran respecto a sus más esenciales principios vitales de orden y solidaridad.

No incumbe al presente trabajo un profundo análisis de los fenómenos psicosociológicos; simplemente cumplo al enunciarlos con el propósito de facilitar el desarrollo de mi tesis.

Con toda intención observé, al hablar de América, que nuestro continente aparece con el descubrimiento. Deliberadamente elimino su existencia precolombina, para referirme a la que aparece con el hombre blanco europeo. No entro a discutir razones ni aciertos; sólo me propongo tomar un punto de arranque. Reduzco, pues, esta tarea, al estudio comparativo de nuestra civilización y la europea, partiendo de las comunes raíces que determinaron la civilización occidental. A ella pertenecemos, por encima de las venerables influencias de otras remotas culturas vernáculas. Por lo demás, ninguna de ellas contrariaba los conceptos esenciales de libertad y dignidad humana, y en eso, como en muchas otras cosas, se elevaron sobre las civilizaciones coetáneas de Europa y Asia.

Simplificaré el fenómeno — sin caer en falta — admitiendo que, sobre los vestigios de las viejas culturas de la América precolombina,

se ha edificado la actual civilización americana, como un trasunto universalizado de la occidental europea. Y en ello no hay superposiciones forzadas, pues nada ni nadie es capaz de hacerlo, cuales son de estériles los esfuerzos para detener el orden y la marcha del tiempo. Cada civilización es la resultante del pasado inmediato estructurando el presente dentro de modalidades, hábitos y exigencias vigentes, y propendiendo a un futuro, con las ilusiones espirituales y las proyecciones materiales en constante actividad. El dinamismo acrece en cada nueva etapa y la acción se expande, multiplicada en nuevas acciones reflejas, con un ritmo ascendente cada vez más acelerado.

La mecánica de una evolución con períodos de mayor velocidad, nos aparta de las fuentes originales en proporción a dicha misma celeridad. En la medida de la distancia, queda el valor y la visión del pasado. El recuerdo, lazo de unión de lo sucedido y lo que sucede, actúa en la mente con menos intensidad hoy que ayer. A ello coadyuva el cúmulo de nuevas imágenes que el vértigo de la actual civilización va interponiendo.

Todo esto contribuye a formar dos campos distintos en nuestra conciencia. Uno, activo, pleno de visiones cambiantes y vigorosas. Son las expresiones de una realidad en permanente movimiento, en avance constante, cuyo dominio absorbe cualquier otra idea perceptiva. En el segundo campo, lo tradicional y lejano obra en la subconsciencia, donde se guardan resúmenes de las viejas culturas, junto a los conceptos familiares. Moran allí modalidades remotísimas, transformadas por el tiempo en atavismos o presentimientos, provocando voliciones heredadas. Entre la nebulosa impenetrable de lo subconsciente, la poca intensidad de las percepciones inhiben cercanías o por lo menos accesibilidades, en ese abstruso campo de nuestra conciencia psíquica. Lo accesible al recuerdo queda insumido en la procesión bullente, agitada, multiforme y siempre renovada de lo actual.

Me he extendido en reflexiones que creo atinentes a mi asunto. La conciencia de un hombre en una época cierta, supone virtualmente la conciencia de esa época. En otro sentido, ella es el escenario reducidísimo donde al igual que en el inmenso de la comunidad, se desarrolla el complejo fenómeno de vida, con variaciones y afinidades. De lo apuntado puede desprenderse una generalización psicológica de nues-

tra época, donde la humanidad vive más por impulso que por la razón. Empero, la razón del impulso no pertenece a las masas populares, a la generalidad, sino a reducidos núcleos superiores y dirigentes.

He procurado hasta aquí señalar las fuerzas psíquicas que mueven la voluntad, crean sentimientos y estructuran el carácter individual y colectivo. Sin embargo, sobre las potencias del alma, elaboradas en siglos de existencia, gravita el medio físico con la influencia del clima y las posibilidades económicas. Ya he expuesto cual fuera el bagaje histórico de la Europa del siglo XV, cuando América se descubre. Era entonces la culminación de un proceso iniciado en las remotísimas edades de la existencia humana. Cuando en el siglo XVI vienen a América los europeos, transportaron junto a sus cuerpos, el sentido anímico de su época. Representaban el elemento activo del proceso cultural y social de una etapa en Europa. No podían desprenderse de sus hábitos, de sus tradiciones, de sus creencias, de sus odios, de sus amores, de todo lo que integra el alma humana con sus vicios y sus virtudes. Venían con ellos, porque eran ellos mismos.

Pero, tanto las pasiones como las exigencias materiales, se elaboran de acuerdo a un clima moral y físico ineludible. Responden a imposiciones del medio, que tanto extreman las emociones espirituales, como agudizan los reclamos del instinto y de la economía humana. Llegados al Nuevo Mundo, las condiciones sociales, políticas y económicas se transforman sensiblemente. Y el desierto penetra impetuoso en el espíritu que ordena la vida americana. A poco cristalizaba en el alma de sus hijos, como una intención nueva de libertad, de salud moral, de dignidad.

Han cambiado de medio físico; ahora encuentran campo abierto a cualquier actividad manual, a la libre producción y un nuevo factor económico pesa sobre la voluntad y sobre el sentimiento. Al inflexible hermetismo de una Europa dominada por leyes coercitivas de señores insaciables y una población extenuada por guerras y miserias, enfrentaron, bajo el azul limpio de un cielo inconmensurable, el territorio inmenso, ofreciendo generoso sus riquezas al trabajo. Y era, sobre todo, la libertad de andar; de recorrer llanuras y montañas, cuya posesión estaba al alcance de cualquiera. Con ese singular sentido de la propiedad casi ilimitada, surgió la conciencia de la libertad;

de una libertad en que todo era libre, inmensa y gloriosamente libre. El alma se impregnó de esa atmósfera, de esa luz, de ese canto misterioso y alegre del ofrecimiento total.

La libertad en América provoca en la conciencia y el alma de sus hijos un desprendimiento de toda tradición foránea, constreniendo su expansión franca y desinteresada. Conviértese el pasado en una reliquia respetable, pero que no influye ni en los sentimientos ni en la conducta con el imperioso apremio de lo irrenunciable. De ese pasado cuyo mandato, para los que más tarde vienen al Nuevo Mundo, caduca en los puertos de Europa, sólo llegan los hábitos, las costumbres y un recuerdo. América, a tales hábitos y costumbres, pone un alma distinta: ¡su alma propia!

Durante cuatrocientos años, en nuestro continente se fué plasmando el Alma de América y una civilización espiritualista. Era la compenetración del desierto en el espíritu de los hombres; de ese contacto nace la libertad en sentido conceptual y en condición física. Inspira la conducta y anima la acción. A su conjuro se realiza la Historia de América, prologando la nueva Historia Universal.

No se si he logrado destacar esa división psíquica, ese divorcio con el pasado, que permite hacer de América un mundo moral, jurídico y político distinto al europeo. Es en esa división, en esa diferencia que la tierra ha impuesto en el carácter de los hombres, que América estructura su concepto social y puede hoy esperar la unión y solidaridad de todas las repúblicas, desde Alaska al Cabo de Hornos, paradigna de la suprema solidaridad humana.

VI

# DOS CUNAS DE LA HISTORIA

*Una luz deslumbrante de los tiempos remotos, pareciera resurgir en tierras de América.*

Hace muchos siglos, quince antes de nuestra era, una tribu de pastores abandonó sus lares a la vera del Danubio y emprendió largas jornadas hacia el sur en procura de tierras mejores y mejores climas donde apacentar sus ganados y construir sus rudas viviendas. Eran los helenos, descendientes de Heleno, hijo de Decaulión y de Pirra. Conducidos por el clan de los *aqueros,* escalaron las montañas de Tesalía y el Peloponeso, e invadiendo la península griega; sus indígenas, los *pelasgos* fueron muertos; sus haciendas saqueadas y sus mujeres convertidas en esclavas.

Todo no fué tan fácil, sin embargo; otros enemigos encontraron los helenos a quienes no podían derrotar con sus toscas hachas de piedra. Eran los *egeos,* dominando las islas que servían de puentes entre Asia y Europa. Dos ciudades, Micenas y Tirinto, alzaban sus muros de rocas en la península griega, sobre cuyos torreones brillaban las espadas metálicas y las lanzas de los soldados egeos que las defendían. Pero los helenos aprendieron a manejar las armas de hierro que sus adversarios traían de Tebas y Babilonia y los vencieron. Así, durante siglos, fueron imponiéndose sobre las ciudades del Egeo y, dueños de Grecia y de las islas, pusieron sus plantas en las riberas

pobladas del Asia Menor. Troya, el último gran baluarte comercial de la civilización antigua, fué destruída el siglo XI antes de Cristo.

No es del caso — cediendo a explicable seducción — internarnos en la historia de Grecia por sumaria que sea. Además, nadie la ignora. Evocándola aquí, solamente procuro anotar semejanzas a través del tiempo. Semejanzas y coincidencias. Si con ella comenzó realmente la historia de Europa, puede parangonarse con la historia de América, que también inaugura una nueva etapa de la historia del Mundo. Ambas se inician con la invasión de los que más tarde fueran sus territorios, por hombres llegados de lejanas comarcas, andando o navegando. Y la posesión se consolidariza por el arraigo de seres que representan — dentro de compleja mestización — el predominio de las dos razas mediterránea y nórdica. Fouillée nos dice al respecto: "El carácter de los antiguos griegos está de acuerdo con lo que ha debido producir la mezcla de las dos razas mediterránea y gálata; se sabe que éstas son las más inteligentes de todas, como lo atestigua la historia de los diversos pueblos en que se han mostrado. La vieja sangre pelásgica e ibero-bereber, un poco ruda y dura, más salvaje y reconcentrada, no explicaría por sí sola esta vivacidad ligera, esa voluntad movible, aventurera y expansiva que se encuentra en los griegos. Además, esta mezcla ha tenido por teatro un país particularmente apto para su desarrollo".

Los galos son pueblos de lengua céltica. Según Seignobos, se establecieron en las grandes islas del nordeste en dos migraciones. Hacía el siglo IX, la primera ocupa Irlanda y el norte de Inglaterra, donde su lengua originó el *gaélico* hablado en Irlanda y en Escocia. Por el siglo V se produce la segunda; fué la de los *Britanni,* que dejaron su nombre a Gran Bretaña. "Su lengua — escribe Seignobos — ha sido origen del *galés* en Inglaterra y del *bretón* en Francia. Por el mismo tiempo, partieron de Francia invasiones en diferentes direcciones: hacia el sudoeste, donde los celtas, mezclados a los iberos, formaron, en España, el pueblo guerrero de los *celtíberos;* hacia el este, en el sur de Alemania y hasta Hungría y en Serbia, donde quedaron nombres de lugares célticos; por el lado del sudeste, donde los galos ocuparon, en Italia, la región del Po y de los Apeninos. Su última migración en Europa fué la de los *belgas,* que ocuparon el nordeste de

Francia. La dominación de los celtas se extendió entonces de un extremo a otro de Europa, desde el bajo Danubio hasta España e Irlanda".

La raza mediterránea a la que pertenecieron sin duda los verdaderos pelasgos, como los mimos, selagos y carios de Grecia, en Italia se llaman etruscos, sardos y sicilianos, y en otras partes de Europa iberos, viejos ligures, etc. En Francia se les denominó raza de Cro-Magnon. Tenían los cabellos y los ojos negros y la estatua regular; raza enérgica y viva, de pasiones ardientes y reconcentrados, poseían una inteligencia despierta y una voluntad paciente y tenaz.

Antes de dar término a la oscura crónica de tan remotas migraciones, donde se confunden las características raciales en una continua mestización, debo advertir cómo los tipos de raza pura son una especulación ideal de la antropología. "En la vida real —expresa Seignobos— no se encuentran sino muy pocos individuos que reúnan todas las caractersíticas de un mismo tipo; casi todos los hombres presentan rasgos de muchos tipos diferentes; casi siempre los miembros de una misma familia, padre e hijos o hermanos, no tienen los mismos caracteres de raza."

Desde su descubrimiento, América fué la meta de los hombres de todas las razas del mundo. Sin embargo, los tipos preponderantes responden a los hombres rubios del centro y norte europeo y a las razas mediterráneas. He planteado el parangón de la vieja Grecia —cuna de la civilización europea— con América —el más joven de los continentes conocidos— porque hay en ello un paralelismo singular. Tanto en la Hélade remota, como en el actual continente colombino, razas indígenas y otras llegadas de África y Asia contribuyen a su conformación étnica. Pero lo ocurrido entonces, como lo que ocurrirá ahora, es la preeminencia de las más capaces en una sedimentación de cultura progresiva.

Grecia, como América, nacen divididas. Las distancias en una y la configuración geográfica en la otra, cooperan a esa circunstancia. Sin embargo, Grecia y América ofrecen esta singularísima condición: a pesar de que cada pueblo conserva su independencia y su fisonomía propia y a despecho de los predominios raciales actuantes, denotaban los helenos y manifiestan los americanos, una unidad enteramente

moral que no excluye rivalidades. La característica social en Grecia y en América es el individualismo, unido, empero, a la posibilidad de asociación por esa misma homogénea particularidad.

¿Qué fué la anfictionia de Delfos — la más grande de las federaciones griegas — sino, en esencia, la confederación de los Estados americanos emancipados, en naciones orgánicas? La anfictionia de Delfos crea una especie de derecho público de los helenos, sobre la unidad religiosa y en base a la defensa de sus intereses generales. La Constitución de Filadelfia — aproximadamente 2900 años más tarde — crea el derecho público de los americanos, sobre el reconocimiento de los derechos individuales y la tolerancia religiosa. Y ambos — Grecia y América — respetando su individualismo genial, plantean y realizan la unidad moral.

La idea de algo superior a nosotros, pero que armonice con nuestra naturaleza, algo en que poder confiar nuestras dudas y con cuya fe alcancemos la confianza y la esperanza, es un necesidad común al hombre, común a la humanidad de todos los tiempos. Fué el origen de la mística religiosa y la definición introspectiva de Dios. "Esta necesidad — escribe Huxley — ha sido sentida por todos aquellos para quienes la vida ha sido algo más que un problema de satisfacción, de instinto y deseos . . . Digo todos. Puede haber raras criaturas que, seguras de la fuerza de su cuerpo y de su espíritu, y en un desarrollo amplio y libre de sus facultades, posean una confianza tal, que no sientan nunca esa necesidad. Son como aquellos a quienes Wordsworth nos pintó en la *Oda al deber*.

*"Hay quienes no preguntan si Tus ojos están fijos en ello;*
*quienes en la verdad y en el amor, donde no puede haber engaño,*
*confían en el instinto genial de la juventud:*
*¡felices corazones! irreprochables y sin mancha,*
*ellos cumplen Tu obra y no lo saben".*

"Pero tales individuos son raros; o diríamos que su tipo de mentalidad, aunque no tan raro en los primeros años de la vida, sólo por el más singular de los azares cumple su curso sin descender al valle

donde el finito intelecto humano se traba en lucha desigual con problemas infinitos." [13]

Descubre lo reproducido que, excediendo cualquier sugestión, aun las que atañen a las necesidades más fundamentales del hombre, puede vivir la ilusión en potencia volitiva cual genial expresión de juventud. Si ese descenso al valle donde el intelecto humano lucha con los problemas de la vida, es obra de la edad, vale decir, del tiempo, cabe imaginarnos que existe un plazo donde apréstase el combate. Dicho término tiene una medida para el hombre y otra medida para los pueblos. La juventud individual es un brevísimo instante dentro de lo que puede ser la juventud de un país o de un continente. Lo que para uno son años, para los otros son siglos.

Quiero hablaros de esa juventud; en ella está lo que Grecia ofrecía a la civilización de Europa y lo que América brinda en la civilización del mundo. Flores de primavera . . .

América es el espíritu de la juventud de un Mundo Nuevo; el despuntar de las esperanzas humanas, entreabriendo su alma al soplo de la vida. Cuando aparece en la Historia, los viejos pueblos arrastraban ya, fatigados, el peso de milenios de dolor, de odios y de miserias en tradiciones agobiantes. América apareció al conocimiento universal, cual un símbolo de libertad redentora. Libertad al esfuerzo, sin las cadenas del dominio brutal; libertad en las almas, para soñar y creer en el amor y la belleza de los seres y las cosas. El descubrimiento de América fué el descubrimiento de la *Libertad*. La realidad de uno, daba sentido y realidad a la otra. Fundaba, asimismo, una dignidad viril, traducida en voluntad. Voluntad que animó las generaciones americanas en la actividad constante del pensamiento por el esfuerzo cotidiano; inspiró su fe en la justicia, su fe en el amor y su respetuoso culto por la evolución de las ideas.

Cuando medito en el resurgir animoso que significó América en un mundo agotado por sus pasiones y encadenado a sus prejuicios milenarios, llegan a mí, cual revoloteo de brillantes mariposas, las palabras que Rodó pone en labios de Próspero, el viejo y venerado maestro, al platicar por última vez con sus jóvenes discípulos. Vuelo

13. JULIÁN HUXLEY, *Ensayos de un biólogo.*

sutil de las ideas, renovando en mi recuerdo sabias enseñanzas y la belleza de la forma. ¿Cómo traducirlas mejor que ofreciéndolas a mis lectores, con el oro auténtico de su prosa? Permitidme, pues, el placer de releer, al transcribirlas, las nobles páginas del maestro. Habla de la juventud que yo extiendo de los seres animados a lo inanimado y a la tierra toda americana. Es la mocedad integral de un Mundo Nuevo, que así lo llamaron con estupor y acierto aquellos argonautas que siguieron la estela dejada en el océano por las tres carabelas inmortales del Gran Almirante. Próspero dice que esa juventud es una fuerza y un tesoro, y agrega, con la unción del augur prediciendo el destino en el vuelo de las aves. "Amad este tesoro y esa fuerza: haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros." Yo os digo con Renán: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso que es la Vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita complementarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores."[14]

El ideal no muere. Pero el ideal es un reflejo luminoso del deseo poniendo lejanías a la realidad. Hay una relación entre lo que tenemos y lo que anhelamos: reducid vuestro deseo y más corto será el andar de la esperanza; pero, magnificad la apetencia y la ilusión se remontará al infinito para colmar el ensueño. Proseguir en la progresiva exaltación del ideal, fué, en todos los tiempos, función y obra de la juventud. De los hombres y los pueblos jóvenes. Vanamente preténdese sofocar esta magnífica obstinación de la esperanza. Ante ella, poco importa el raciocinio ni la experiencia.

¿Por qué podemos suponer una transfiguración del espíritu griego

14. Rodó, *Ariel.*

al hombre americano? Podría apoyarse en que tanto Grecia como América, adoptan —a través de espíritus analíticos, limpios de prevenciones atávicas— los conocimientos de dos viejas civilizaciones, engendrando un nuevo concepto de la moral y la dignidad humana, en función de la libertad y la justicia. Que en ambos se constituye el conglomerado social por la sedimentación de razas vigorosas, constituyendo un tipo étnico apropiado a una evolución genial. Que elaboran su tradición genérica con estos elementos superiores, sin el lastre de anacronismos paralizantes o perturbadores. Que el medio geográfico general y sus extensas costas marítimas, propenden a una íntima vinculación con los otros pueblos del orbe, cooperando a su cultura y economía.

Un constante ascenso va elevando progresivamente el espíritu de los hombres. Con la escritura se puso la experiencia de siglos en la constitución de una tradición continua, haciendo posible transmitirla y acumularla a través de las generaciones. Huxley nos habla de dos formas de herencias biológicas, "por medio de células germinales o porciones destacadas del organismo, en la que mutaciones variables pueden ser acumuladas por la selección, y "herencia de la experiencia" por medio de la tradición, en lo que la experiencia útil puede ser acumulada por la actividad del espíritu. Por medio de la herencia-tradición, el hombre se hace virtualmente capaz de "heredar caracteres adquiridos". "Finalmente —agrega— resultará, así, posible, como se comprueba cada vez más, acumular experiencia biológica y eventualmente sustituir en la futura evolución del hombre la ciega selección natural por finalidad consciente." [15]

Dentro de lo imponderable de esta tesis, remitida al tiempo, se destaca la dominancia de la superior cultura media en las generaciones sucesivas. Ello, modificando ventajosamente los principios morales en la vida, provoca un incremento en la evolución de las ideas y en la estimación de los valores. Según Huxley, con al aparición del predominio mental, ciertas actividades espirituales son ejercidas y continuadas únicamente por interés en ellas mismas, "porque poseen un valor en si". De tal manera se manifiestan las abstracciones espiri-

15. JULIÁN HUXLEY, *Ensayos de un biólogo*, ob. ctda.

tuales, cuyos valores, en cierta forma, exceden los de la materia. Supone, asimismo, el triunfo intelectual en las especulaciones de la ciencia, de tanta trascendencia en la actual civilización. Menester será, no obstante, diferenciar los superiores valores de las abstracciones intelectuales elaborando una tradición también superior, a sus inferiores aplicaciones a la industria, o lo que es lo mismo, su regresión del ideal a las exigencias del materialismo cotizable. Esta relación de lo positivo a lo abstracto, evidencia, asimismo, una división en el clima cultural, fundada, casi siempre, en el medio. De tal suerte, la emancipación espiritual de un pueblo está en íntima vinculación con las facilidades de existencia y la tradición de ese pueblo. La libertad, que significa sobre todo emancipación moral, propende al individualismo y por ende al espiritualismo y a las abstracciones intelectuales idealistas. En las comunidades donde la libertad fué cercenada, tal circunstancia influye en el rumbo del esfuerzo intelectivo, deteniendo, incluso, su fuga hacia lo infinito de las visiones, para volcarse en la ciencia práctica de la industria donde el éxito se cotiza en ventajas tangibles.

En los pueblos de libertad restringida, se coarta también el vuelo creador de la inteligencia. Alguien dijo que la libertad es una *exigencia* de la vida misma, y nada más evidentemente lo comprueba como el orden planificador — a que son tan propensos los regímenes totalitarios — reduciendo el campo de la fantasía. Que la libertad es una *exigencia* vital, se descubre fácilmente en que sólo ella permite ese andar del pensamiento por las regiones de los sueños y de lo extraordinario. Se puede planificar cualquier actividad conocida, aun el laborar de la ciencia o del arte, cuando se persigue una finalidad concreta. Pero, ¿qué ordenamiento corresponde aplicar al genio creador que mora en las regiones excelsas del arte o de la ciencia? Como intentar poner riendas al viento, puertas al campo, es pretender legislar el sueño donde el cerebro encuentra la fuente maravillosa de sus altas creaciones. ¿A qué casillero de la planificación correspondería ubicar a ese ser contemplativo, ensimismado, ajeno al laborioso trajín de la comunidad, que bien puede ser un poeta, un artista, un mago de la ciencia o simplemente un vago? El *ocio,* tan respetado de los griegos, es hoy un delito social. ¿Y la libertad? Otra vez vienen a mi mente los consejos de Próspero: "... el principio funda-

mental de vuestro desenvolvimiento —decía a sus discípulos—, vuestro lema en la vida, debe ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento..." Y acaba con estas frases plenas de humana verdad. "Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido; pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior,* donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario prescribe: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el ocio antiguo!..."

A pesar de profundas incursiones en la tristeza de las cosas, en amarguras más importadas que propias, América conservó también un optimismo sonriente. Era, sobre las características raciales, sobre la misma voluntad de los hombres, el hálito poderoso de la tierra impregnando la vida de los seres. También como en Grecia, los hijos de América tendrán su lucha evolutiva con los hombres extraños y las extrañas herencias exóticas. América deberá imponer la claridad de su cielo en una homogénea claridad al pensamiento y al sentimiento americano, para expandirnos por el mundo. Pongamos como los helenos, en actividad ese optimismo sonriente en impulso de las ideas. Pongamos también, cual los helenos, el desinterés del pensamiento o el interés por el pensamiento mismo en sus abstracciones generales. Pongamos, igualmente, como los helenos, esa despreocupación por el utilitarismo convertido en propósito exclusivo del esfuerzo. Busquemos la verdad por la verdad misma, tal cual lo perseguía Platón, nombre con gloria de eternidad. O como Euclides,

procurando únicamente el rigor del razonamiento. Tal amor a lo verdadero hizo de ellos monumentos eternos en el recuerdo humano. Lo que perdura, superando el espacio y el tiempo es la verdad, la justicia, el amor, trilogía que dió alas al pensamiento griego hasta llegar a construir más que una civilización, pues fundamentó todas las civilizaciones conocidas que desde entonces han aflorado en el mundo occidental.

De lo que expresan las palabras reproducidas, emergen, precisamente, inducciones que nos atañen y sobre cuya trascendencia merece meditarse. Vivimos épocas paradojales, usufructuando una civilización con el enorme progreso material a que cooperan los descubrimientos de la Mecánica, de la Química y de la Física, en avances extraordinarios, pero que nada significan frente a nuestra decadente condición moral. Siéntese la angustia de algo que irremediablemente se nos escapa ante la fatalidad de nuestra misma grandeza. Superado por el esplendor plenario de una civilización científica-técnica y mecanista, el hombre, con todo lo que posee de humano, se siente arrastrado y ahogado por sus propias creaciones. Su genio ha universalizado la tragedia. Y aquí puede decirse lo que del *Fausto* de Goethe: "La tragedia radica en el hecho de que todas las formas de la acción, que son irrenunciables y tenidas por valiosas en sí mismas, contienen un destino de error y están cargadas con las terribles consecuencias del mismo, a las que no cabe escapar".

Hablé del pueblo griego y de su coincidencia temperamental con el que nace en América. Discrepan, empero, en las formas sociales que en Atenas contribuyeron al desarrollo de los espíritus. Pero, este contraste debe graduarse en el tiempo; Grecia alcanzó su apogeo en una evolución ascendente de mil años y América brega aún en una tercera parte de ese plazo.

Los griegos, demasiados artistas y racionalistas, se preocuparon más de explicar que de comprobar. Al punto de crear el método experimental, lo dejaron para que los modernos incrementaran su economía y su industria. Para nuestra época, la realidad es algo tangible y, si se quiere, negociable. Para los griegos, que fundamentaron las ciencias de observación, la verdad es una abstracción sensible, racional. Aristóteles, el genio enciclopédico más grande de

todos los tiempos, lo preocupa lo cualitativo. Sin embargo, la experimentación no fué extraña a los helenos. ¿Qué fué extraño a su curiosidad maravillosa y genial?

Nosotros, miopes a los deslumbramientos del arte puesto en sabiduría, consideramos que lo "inteligible no es lo sensible", lo racional no es lo experimental. ¡Nuestra razón debe ser palpable! Esto, para los helenos, trasciende a industrialismo, a labor de obrero y no al arte del pensador libre. No obstante, tanto en Grecia como en América, muestran su fecundidad los factores morales y sociales de la civilización, pero discrepan en la civilización misma. Sobre ella pesan tradiciones importadas: *la Historia de Europa.* Sin embargo, substancialmente existe más semejanza con el primigenio espíritu dado por Grecia a la historia europea, que con el carácter y el sentimiento contemporáneo de las naciones de Europa. Difícil será, al observador actual, desentrañar lo que América tiene de vernáculo bajo la influencia exótica de lo importado; y lo que, a imperio del medio, ha modificado de esa influencia, hasta nivelarlo con lo propio en una absorción natural. Ahí aparece la diferenciación, tanto en los valores generales del pensamiento, cuanto en las íntimas manifestaciones del sentimiento. Tales expresiones conceptuales, al quebrar tradiciones ajenas, normas extrañas, muestran el genuino espíritu americano. La adolescencia de un continente vigoroso, jugando a los mayores en una casa aviada con el viejo mobiliario del abuelo. Y es, puestos en este terreno, que nos será posible apreciar nuestra realidad; realidad idealista porque se inspira en afanes juveniles.

No olvido, jóvenes lectores, que ciertas amarguras ponen en alarma el juvenil anhelo de la lucha. A ello atribuid la crudeza de algunos de mis pasajes. Hay pesimismos que tienen la virtud revulsiva de propender al optimismo. Pero, volvamos a Grecia; regresemos a los pequeños valles de la Hélade, cubiertos de limoneros en flor y de los olivos tradicionales, entre las manchas oscuras de los mirtos, a la vera de las sendas. Veamos las sombras del Partenón como un pedestal violeta, haciendo resaltar sus líneas armoniosas teñidas de oro por la luz de un sol declinante. Allí, en esas tierras que parecieran brotadas del mar en un anhelo de cielo azul, el culto de la belleza engendró la civilización helénica. Artistas superlativos, los

griegos pusieron el pensamiento como generador en gran parte de sus emociones. La movilidad de las ideas, rige la existencia de esos hombres que gozan sobre todo, del placer de la naturaleza. La armonía es ley para las múltiples concepciones de la vida, al punto de nivelar la desproporción entre lo real y lo ideal. Spinoza, expresándose de la sabiduría helénica, dice que es una meditación de la vida. "Sólo que la vida — añade Fouillée — para satisfacer a la inteligencia y a los sentidos, debe ser hermosa y buena; una regla de bondad, de serenidad, de alegría que, por otra parte, exige el sacrificio entero de uno, esto es por excelencia la moral griega, cuya expresión simbólica es la religión".

Pasaré por alto muy sugestivas conclusiones del racionalismo griego, destacando entre ellas lo que representó el desarrollo de ideas igualitarias y más tarde humanitarias. La *razón,* fué, para sus filósofos, el principio de la unidad universal. Hasta hoy, nada puede reemplazarla con más fundamento moral. Si algún día — Dios mediante — la humanidad logra unirse, despojándose de sus prejuicios, enconos y diferencias económicas, será bajo la égida de la razón que los griegos, hace tres mil años, proclamaron como único lazo racional de unión entre los hombres.

Platón, unifica y nivela los hombres por la razón; son iguales por la razón. Aristóteles, al hablar de la filantropía, funda en la razón la amistad que vincula a los hombres. Los ciudadanos se igualaban con la constitución democrática.

Antes de poner punto final a este capítulo, me queda la duda si él cumple el propósito que lo inspirara: poner un ideal al esfuerzo del hombre americano. Procuro entrañar en el espíritu de América lo que fué su propia génesis, lo que fué en verdad su aliento vital animado con el maravilloso espíritu de la tierra.

Mi parangón entre Grecia y América no es descabellado. Semejan sus etapas históricas iniciales. Lapouge afirma que "han sido precisos seis siglos de helenismo para preparar el esplendor de Grecia. En el momento justo en que todo está dispuesto, se producen dos fenómenos simultáneos; el florecimiento brusco de la brillante cultura ateniense y el de la democracia, que recibe al principio un esplendor inesperado

del desarrollo de las letras y de las artes, pero que no tarda en agotar el manantial".[16]

Hoy los plazos se aceleran; posiblemente estemos próximos al comienzo del esplendor de América, en una nueva era de civilización universal. Tal perspectiva presupone limpiar nuestras almas de impurezas, de egoísmos, de maldades, para que en ellas penetren las luces prodigiosas del *Nuevo Mundo*.

16. LAPOUGE, *Les selections sociales*, menc. p. Fouillée, ob. etda.

## VII

## ¡REBELDÍA!

*La libertad y el coloniaje.*

La fuerza que alentó y dió empuje a la revolución por la independencia americana, estaba inspirada en la libertad. Cualquier otra razón es secundaria. Únicamente esa idea, convertida en acción y en potencia, da origen a las naciones emancipadas. Es el advenimiento sin precedente de un nuevo mundo republicano y democrático, aflorando de la tierra nativa con la originalidad espontánea de lo ingénito.

Empero, menester será advertir en el mismo unánime sentimiento creador, engendrando formales normas de igualdad de derechos y garantías recíprocas, el motivo adverso a la natural unificación de las redimidas colonias españolas. Si una misma raíz nutrió su régimen político, conformando las costumbres; y el medio, a imperio del desierto, del aislamiento y de la despoblación, incidió por igual en todo el continente, ¿por qué entonces la América ibera no logra la unidad que realizan las colonias de la América inglesa?

Plantea esta interrogante un problema sustancial al estudio de las relaciones entre los países americanos. Y, sobre todo, se descubren los viejos moldes coloniales, entorpeciendo, a través del tiempo, la conjunción del gran ideal de América en una magnífica hegemonía continental.

Nada señala más concluyentemente el antagonismo del espíritu genuinamente americano con la rancia herencia colonial, que el pensamiento activo de los adalides de la independencia. Ninguno disiente

en el anhelo común: la libertad de América. Pero, ¿no era América un feudo personal del monarca español? ¿A qué atribuir entonces que la conquista de su emancipación involucrara un necesario parcelamiento?

No busquemos las causas en la distancia, ni en las divisiones político-administrativas impuestas por la metrópoli para su gobierno. Todo ello contribuirá más tarde a sustentar el choque de las hegemonías encontradas, pero no destruye la unidad primigenia. ¿Cuál es, entonces, el factor preponderante que decide el desmembramiento?

El asunto merece contemplarse con juicio crítico; trataré de hacerlo, comenzando por un antecedente que nos abre extenso campo especulativo. Quiero referirme al carácter que dió forma y sentimiento al coloniaje. Atribuía Spencer el origen de un nuevo orden de fenómenos sociales a la evolución de la educación del vástago y la cooperación de los antecesores. Es decir: que en las forzadas modificaciones del medio, revivía la herencia moral de la estirpe. O lo que es lo mismo: ninguna reacción evoluciona en el orden colectivo sin bifurcarse en corrientes que tienen los matices de las desigualdades creadas por el medio y por la herencia. De ahí que en el mismo ambiente y sobre el mismo suelo, germinaron expresiones de un mismo ideal, más o menos amplias, más o menos generosas. El antecedente a que me refería responde a la bifurcación que el medio y la herencia realizan en los fenómenos sociales — según Spencer — y que en este caso se manifiestan claramente en los sectores caracterizados por su mayor o menor influencia colonial o americana.

Un sector lo representan Miranda, San Martín, Bolívar, O'Higgins, Nariño, Alvear y todos los que a fines del siglo XVIII prepararon en Londres la empresa emancipadora a base de la república y prestaron juramento de hacer triunfar la causa de América. En Buenos Aires, Moreno, Castelli, Passo, Belgrano y Monteagudo, encarnan el espíritu americanista en la Revolución de Mayo. Esos hombres, y otros muchos de su mismo tiempo o de épocas anteriores, alumbrados por la luz meridiana de la libertad, consideraron la América como la patria común. Sentían en sus entrañas la espiritual ligazón de una íntima vivencia a través de las distancias. Era la realidad inmutable y trascendente de la propia naturaleza, realizando el milagro de transmitir el sentimiento en armónica unidad.

Frente a ellos aparecen los caudillos. Son la expresión menos depurada del americanismo colonial, en la organización social plasmada por la colonización hispana. En el localismo aflora lo atávico de la herencia racial y el caudillo corporiza, sobre el ideal de libertad, la soberbia autoritaria del cacique español.

El coloniaje nos dejó de legado una oligarquía de grandes terratenientes sobre la masa popular sin derechos. De ahí la enorme dificultad en la vida constitucional de los países latino-americanos, sus revoluciones y sus dictaduras. Aunque el democratismo hállase en la entraña de los países de América, en su contra se levantan esas fuerzas reaccionarias. Dicha resistencia anacrónica es más notable en los países de escasa inmigración, que mantuvieron latentes las viejas oligarquías españolas ya mencionadas. La inmigración y el cosmopolitismo, que es su consecuencia, atenuaron tal impulso de orientación política, dirigiéndolo hacia una meta distinta de la tradición colonial. Quizá sea atribuíble tal evolución a lo que podría llamarse el sentimiento moral de América, conformado con los descontentos del viejo mundo que deseaban organizar en su suelo una sociedad mejor, y la generosa influencia sobre ellos de ese mismo suelo, enfrentando a los que pretendieron y aun pretenden, por derechos heredados, continuar la oligarquía de terratenientes, fundada y sucesora de la conquista española. Apuntar concretamente este antecedente es determinar la posterior conformación política de las colonias hispanas emancipadas y, sobre todo, lo atinente a su psicosociología. (Distingo así el carácter adquirido, de la psicología, que es lo innato en el carácter popular).

Lo indudable y probado en la estructuración espiritual del americano, es lo emergente del modo cómo se organizó la América meridional. Este hecho da singular trascendencia a lo que fué su individualismo altanero y rebelde, ante cuya arrogancia poco valía el mismo absolutismo real de la corona. Anota Mitre tan singular circunstancia, reconocida, además, por Herrera, "el más sesudo cronista de Indias", cuando manifiesta que la conquista se hizo a costa de los conquistadores, sin gasto de la real hacienda.[17] Corrobora Amunátegui, de cuyo comentario se deduce el agresivo espíritu individualista enunciado.

17. BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de San Martín*. En *Obras Completas*. Bs. Aires, 1938.
HERRERA, *Historia General, etc. de las Indias*.

"Los aventureros españoles del siglo XVI, — escribe dicho autor — pudieron ejecutar la hazaña portentosa de conquistar la América, porque nadie puso trabas a su espontaneidad, ni sometió a reglas su inspiración personal. Esta fué la ley general de la conquista de América, y lo que produjo un resultado tan maravilloso y rápido fué el haberse dejado su libre desenvolvimiento a la inspiración personal. Cada conquistador fué una fuerza que dió de sí, sin limitación, todo lo que podía dar." [18]

Ateniéndonos al aspecto épico de la aventura, esas fuerzas movidas por el afán egoísta del éxito individual, triunfaron en la empresa a su manera. Su consecuencia práctica fué afirmar el despotismo personal que dejaron a sus descendientes como molde político infortunado.

Por lo pronto, el criterio colonial consideraba criminal herejía toda pretensión de emancipación política, intelectual o moral, en la que se fundan los derechos humanos. Mitre diferencia la política de España y de Gran Bretaña con sus dominios, diciendo: "Así, la España, fundó con su colonización americana un mundo rebelde y una democracia genial, mientras la Inglaterra fundaba en la suya un mundo libre y una democracia orgánica."

Eludiré extenderme en los métodos adoptados por la metrópoli para gobernar las colonias. Hubieron instituciones, leyes e ideas respetables, pero la realidad fué muy distinta a las intenciones. El rigor del absolutismo acrecía en la persona de los funcionarios cuanto más se alejaba del monarca. Esa misma magnificación de la autoridad real puesta en la voluntad o capricho de capitanes y gobernadores, los sugestionó al punto de creerse, en cierto modo, tanto como el rey. Por lo menos en el uso y abuso de sus prerrogativas respecto a quienes de ellos dependían. Y dió singular sentido a una libertad social reducida al número dirigente y español, y al nacimiento de orgánicas tendencias políticas que desde su origen manifestaron las nuevas colonias. De tal manera, el orden y la opinión pública quedó subordinada — bajo la ficción legalista — al exclusivo beneficio del grupo dirigente, constituído invariablemente por españoles y la metrópoli. Aunque las ordenanzas reales, leyes de Indias y la misma organización

18. AMUNÁTEGUI, *Descubrimiento y conquista de Chile.* Citado por Mitre, ob. menc.

institucional de los cabildos, reconocieran derechos populares a los nativos, se prescindió de ellas en el hecho.

En efecto, nunca fué más cierto aquello de "siembra vientos y cosecharás tempestades", cuando se medita en la atrabiliaria política sustentada. Bajo los auspicios del absolutismo se incubaba el "mundo rebelde" de que nos habla Mitre. Infortunadamente, ese rebeldía ingénita, tenía el egoísmo de lo personal. Puesta en condición social y en norma de vida, fué desgraciada herencia para el futuro de los pueblos iberoamericanos.

Dejo dicho: ni la distancia ni las divisiones político-administrativas fueron causa del desmembramiento del feudo americano que el rey de España poseía. Razonablemente, la emancipación del dominio no debía destruir la homogeneidad política sustentada en la integridad de poder, representada por el monarca. El mismo orden establecido para el gobierno de virreinatos, capitanías y gobernaciones, pudo subsistir, si esa unidad no hubiera sido más nominal que efectiva.

Frecuentemente la Historia nos ofrece el desdoblamiento de su texto oficial y conocido, en otro perdido en los aconteceres ocultos. A menudo, sin embargo, en la parte embozada está el verdadero secreto promotor de los sucesos. De tal forma, para rever esos períodos transcurridos, ha menester transparentar la intención a través del hecho concreto.

Aparentemente las colonias iberoamericanas respondían a una definida organización rigiendo sus destinos desde la metrópoli. Pero, a la par de tales disposiciones instituitivas, se agitaron inconfesables intereses privados, ambiciones de mando, rivalidades, celos y maniobras de todo género. Para hacer más complejo el panorama, a la vera de los asuntos civiles, se movían las aspiraciones de la Iglesia. Algunas órdenes religiosas, — siempre en pugna entre sí — llegaron a poseer tanto poder y riqueza como el mismo monarca, amenazando su propia soberanía. Fué causa de la expulsión de los jesuítas.

Dentro de este escenario y con esos elementos actuaba el régimen colonial. Nada concurría al afianzamiento del respeto cimentado en lo ecuánime o en la vinculación afectiva con la metrópoli. Las colonias eran simples factorías, ligadas a España únicamente por el derecho de conquista. Es decir, atadas por el más deleznable y oprobioso de los lazos. Haciendo más menguada su posición, cuando se dictaban

leyes concediendo los más elementales derechos públicos, no reconocíase el sentido legal y humano de ese derecho, sino cual una *gracia* de la piadosa benevolencia del rey. Así, tres siglos de posesión, no sólo fueron incapaces de forjar un sentimiento afectivo con la metrópoli, sino a la inversa, en ese tiempo se fraguaron poderosas causas de desunión y malquerer. Siempre, sobre la justicia, primaba la razón insolente del dominio autoritario, escudado en el monstruoso derecho de conquista.

Del contender de intereses y ambiciones en juego con los buenos deseos, quedaba el saldo desintegrante del descontento. Era la realidad constituída por vasallos sin efectiva personería social, política ni jurídica, y funcionarios usufructuando todas las prerrogativas de la autoridad absoluta.

Concretamente puede afirmarse la negación de todo vínculo de relación afectiva o de beneficio entre España y el elemento criollo de sus colonias, inhibiendo la posibilidad de crear, a imperio de la misma sangre, idioma y religión, la unidad nacional. Fué esa conciencia, elaborada en trescientos años, la trasmitida al espíritu popular que nace con la soberanía de los nuevos Estados.

Muy acertadamente imputa Mitre a esta condición el desmembramiento posterior del imperio colonial iberoamericano. "Conspiraba fatalmente a este resultado más o menos lejano, — dice — la constitución colonial calculada para el despotismo personal, que excluía la idea de una patria común . . ."

Discurrir sobre los aconteceres iniciales de la conquista española, supone señalar la inmediata influencia del medio sobre las acciones humanas. Así, el recio individualismo ingénito de los colonizadores, moviéndose en un ambiente propicio, acrecenta su instinto de libertad e, indeliberadamente, lo empuja por el cauce de la democracia. Tanto era de potente esa atracción, de subyugante ese embrujo maravilloso de la tierra, que en 1540 aparece en boca de quienes venían a doblegarlo. Fué cuando Gonzalo Pizarro se rebela en el Perú contra el rey, y, por primera vez en tierras de América, y en lengua española, alguien negó origen divino y acatamiento a la potestad del monarca. Y no bastó el alzamiento, pues la pasión puso en voces de un cronista coetáneo lo que corriendo en letras de molde, mereció ser quemado

en la plaza pública por manos del verdugo. Tal era la herejía. Pero, sea como fuere, el cronista nos da a través del tiempo, la sensación de un momento y la certidumbre de arraigado pensamiento, al que inflamaran vehemencias bien extrañas en esas edades de acatamiento y fanatismo. Inaudito y monstruoso era el crímen de decir cual dijera, "que de su principio y origen, todos los reyes descienden de Caín; y la gente plebeya del justo Abel. Y que esto claro se mostraba por los blasones e insignias de las armas: por los dragones, sierpes, fuegos, espadas, cabezas cortadas y otras crueles insignias que en las armas de los nobles figuraban.[19] Y no bastaron palabras para mostrar la intención de tal rebeldía, cuando el famoso Carvajal, proclamando libertad, quemó en la hoguera el real estandarte de Castilla y de León. En el mismo acto y por primera vez en el Nuevo Mundo, la idea revolucionaria, corporizada en nueva bandera, flameó en manos de los rebeldes.

Y al recuerdo acuden nuevos sucesos, donde, a la par de mezclarse la sangre de iberos y nativos, o solamente la hispana al aire americano, únense a la tentativa, el cruento sacrificio del castigo despiadado. Cruzan de esta manera las visiones de aquel mancebo engendrado por Cortez en la famosa india doña Mariana, que, para no desmentir la audacia paterna ni la herencia nativa, pretende independizar Méjico en nombre del mismo derecho esgrimido por don Gonzalo Pizarro en tierras del Inca. ¡El derecho de América!

Estamos en el siglo XVI, época de plenitud en este reciente andar de España por el Nuevo Mundo. Y como si en la sangre de los conquistadores bulleran ardores incontenibles, y en sus corazones pusieran su atisbo los hechizos maravillosos del suelo y del aire americano, algo extraño los solivianta en sediciones libertarias. Es siempre la voz de América inspirando la rebeldía y poniendo su sentimiento en el esforzado ánimo de los que luchan. Ella arma el brazo del descontento y pone en el brillo de la espada fulgores de esperanza. Brotes de independencia son los intentos de los hermanos Contreras en Nicaragua, (1542); de Gonzalo Oyón, (1560) en Popayan; de Aguirre en el Amazonas, (1580) y otros muchos revuelos de un deseo, donde se asociaba al levantisco espíritu castellano, la inmensa visión de la

19. Anotado por Mitre. Ob. ctda.

libertad, surgiendo de las cosas como un producto de la tierra. Así, en ese aletear de anhelos presentidos, revolcados en la sangre fecunda del augurio, pasó el siglo XVII. Con la siguiente centuria, la rebeldía acrece. Ahora, el tiempo ha madurado la idea. Y la idea vibra en potencia arrebatada, en amenaza. El grito de *¡Libertad!* resuena en Potosí, a la vera de la injusticia y del dominio brutal, que tal supone la opulencia puesta en puerta del instinto. Ya los criollos, que antes renegaron ser vasallos del rey, reniegan entonces ser llamados españoles. Proclaman orgullosos su carácter americano y así se denominan. Asoma de tal suerte, no un espíritu nacional, sino un espíritu continental.

Los levantamientos prosiguen; América se extremece. Ya no es únicamente la visión de un deseo, ni un anhelo barruntado. Ahora es el presagio, rugiendo en fragor de tormenta, en erupción volcánica, en terrible admonición divina. Son las voces unidas de los dioses de los remotos imperios del continente precolombino, y la voz de Jesús, en llamado de justicia. Tres siglos de dominación han plasmado una nueva esperanza, sostenida en la voluntad por el magnífico ideal de libertad que palpita en todo evento, como latido del corazón de América.

Y vuelve la sangre a fecundar el suelo donde germina la simiente que alimentará de dignidad al espíritu de los hombres. Fué cuando enrojece los campos de Venezuela en 1711 y en 1733. Cochabamba se alza en 1730, y en 1765, toca a Quito poner las armas en defensa de sus derechos. Corresponde luego al Paraguay teñir de grana sus tierras de ensueño, en la brega por la inmutable justicia de disponer de sus naturales prerrogativas. Padilla, apóstol y mártir de esta cruzada inicial, es inmolado. Pero su pendón álzase de nuevo en manos de Antequera, que declaró que su pueblo no abdica, como ningún pueblo puede abdicar, y "que el derecho natural enseña la conservación de la vida, sin distinguir estado alguno que sea más privilegiado que otro, como a todos enseña e instruye aún sin maestros, a huir lo que es contra él, como servidumbre tiránica y sevicia de un injusto gobernador".[20]

"*On ne tue pas les idées . . .*" Tampoco mueren jamás quienes se

20. *Carta segunda y legal política del doctor Joseph de Antequera,* en *Col. gral. de doc. relativos a los jesuítas del Paraguay.* Citado por Mitre. Ob. menc.

identificaron a ellas en lucha por imponerlas. La Historia recuerda únicamente los hombres que agregaron nuevas formas al conocimiento, nuevos conceptos a la vida, nuevos argumentos a la voluntad. La inmortalidad se arranca de lo pedestre para ascender en la abstracción genial a las alturas del ensueño. Sólo los tiranos creen en la muerte y le confían la fuerza de su poder; es la mejor prueba de la falsedad de su postura. Y esa insensatez no les permite advertir que, a lo que no destruye la razón, vanos son martirios y cadalsos. Las ideas perseguidas se agigantan en el tiempo convertidas en obsesión, en fe religiosa, hasta triunfar de toda fuerza.

Antequera, aclamado gobernador de su pueblo, se hizo su caudillo. Más aun, se convirtió en su apóstol, predicando el evangelio de la libertad, puesta en puerta de los naturales derechos del hombre. Y combatió la supremacía teocrática de los jesuítas del Paraguay, oprimiendo y exprimiendo a los indígenas.

Fué el recio combatir a la luz de los principios de la dignidad humana, contra el oscurantismo dogmático y el despotismo real. Y Antequera cayó en la brega. El rey cobró en el cadalso la osada herejía de pensar y de sentir. No era aún llegada la hora de las postreras reivindicaciones; corría el año de 1731 . . .

Pero, si fué posible matar al caudillo, imposible era destruir la esperanza de un anhelo consustanciado en la vida misma. Y la esperanza volvió a resurgir en nueva rebeldía. Ahora es un discípulo de Antequera, americano como él, llamado Fernando Mompox, quien recoge el pendón de la revuelta. Ha huído de la cárcel, donde los tiranos consiguen amordazar la palabra sin lograr extinguir el pensamiento. Reemplaza a su maestro y, puesto al frente de los *Comuneros* conquista el gobierno, instituyendo una junta elegida popularmente bajo la fórmula política de que "la autoridad del común es superior a la del mismo rey." Proclama a su pueblo al desacato y le dice: "opongámonos a la recepción del nuevo gobernador en nombre del pueblo, asumiendo una responsabilidad colectiva que escude a los individuos . . ." [21] Como Antequera, Mompox fué también inmolado en aras del ideal de América: la libertad.

Sin embargo, con la simiente comunal sembrada por ellos, poníase

21. CHARLEVOIX, *Hist. du Paraguay.*

en el surco de las ideas el sentido de lo popular, extendiendo su predominio al gobierno propio. De algo conocido, herencia de los viejos fueros de Castilla, surgía el presentimiento de la democracia en la nebulosa de un deseo. Porqué en los *fueros* españoles vivía el alma de la grande España de Isabel y de Fernando, abroquelando en el sistema municipal la defensa de los derechos populares. Casi cincuenta años más tarde — 1781 — Nueva Granada se alza en viril protesta y son otra vez los *Comuneros* quienes se baten contra el absolutismo real de los Austrias, hasta obtener una capitulación reconociendo su justicia. Poco duró el triunfo, empero, y poco valió que los del rey garantieran su palabra jurando sobre los Santos Evangelios. Violaron la capitulación manifestando que "lo que se exige con violencia de las autoridades, trae consigo nulidad perpetua y es una traición declarada." Una vez más la fuerza crea su ley por encima de lo legal y lo sagrado. En base a tan repugnante pretexto, el caudillo José Antonio Galán, jefe entonces de los *Comuneros* fué suspendido en la horca como reo de alta traición, el tronco de su cuerpo calcinado en la hoguera y sus miembros colgados en escarpias para escarmiento. Pareciera poco todo esto, pues la pena prosigue con la confiscación de sus bienes; demolieron sus casas y de sal sembraron el solar desmantelado. Y algo más todavía: declaróse infame su descendencia. De tal suerte poníase en descubierto cuán terrible entonces era aspirar a ser.

¿Pero, hasta dónde — y ésta es la más urgente pregunta — influye la injusticia en la conformación de la conciencia? Aquí nos hallamos en presencia de la crueldad demoníaca puesta en un castigo, al que la muerte misma pareciera pena insuficiente. No satisface afirmar cómo la costumbre horrible de la época excusaba el hecho. La historia puede justificarlo, pero desde el punto de vista moral, el suceso incidía en el recuerdo y las manchas de sangre son indelebles mandatos remitidos al futuro.

Si la muerte de esos precursores de la libertad, no significaba sino un momento de descanso antes del gran salto, algo más grave es la honda trascendencia de los hechos estructurando el alma y la conciencia americana. Elaborando la desarmonía; creando el odio. Todo el horror de la muerte no es freno suficiente al natural derecho de los hombres a la vida y a la libertad. En cambio trasciende en odio,

lo trasmite en herencia y lo convierte en forma, en sistema y en sustancia social.

En América, el odio expresó más que una pasión incontrolada, la forma en el desarrollo de un sistema. Todo privilegio, todo monopolio, toda injusticia, coaliga inexorablemente a los lesionados en irritada protesta; y privilegios, monopolios e injusticias encubrieron siempre los gobiernos coloniales. El rencor de los nativos explotados y la envidia de los españoles desplazados, ejercitó el odio en arma de combate y desahogo. Era, además, la manera de transmitir ese individualismo rebelde en su forma íntima. Cuando la rebeldía no explota en lucha abierta, se agazapa en el odio.

Sin embargo el odio en América destempla su perversidad al enfrentar el desierto. Desvanece la pasión hiriente del hombre, la vasta soledad de la naturaleza; al hacer más noble la lucha, ennoblece su espíritu. Lo infinito acrecenta el alma de quien lo contempla; y en contacto con la grandeza del panorama, con la belleza inmensa del paisaje, el hombre sueña. Su pensamiento se expande al conjuro de las cosas y las pasiones pequeñas al fundirse en lo maravillos ilimitado, lo hace bueno . . .

Otro episodio anterior a la proclamación de la República en el Brasil, nos señala cuán profundo y auténticamente americano era el sentimiento republicano y liberal. Quiero referirme aquí a la estúpida aventura del romántico archiduque de Austria don Fernando José Maximiliano, cuando, bajo el patrocinio de Napoleón III y tropas francesas, ocupa en 1863 el gobierno de Méjico, con el pomposo título de Emperador del viejo imperio de Moctezuma. Quizá sería tan incierto negar hubiera algunos mejicanos apoyando esta descabellada empresa, como asegurar que el pueblo de Méjico admitía sin protesta y combate un monarca extranjero para regir su destino. Afirma esta última certidumbre la circunstancia que, desde 1861, elegido por el voto popular, desempeñaba la primer magistratura de ese país el doctor Benito Juárez. Y Juárez, en defensa de la voluntad de su pueblo, se negó a reconocer la absurda pretensión del improvisado emperador y de quiénes se arrogaban un derecho que sólo a los hijos de Méjico pertenecía.

¿Quién era Benito Juárez?

Pocas veces la suerte puso en manos más legítimas la suprema expresión del sentir americano. Juárez era un indígena zapoteco de Oaxaca, que, por sus propios esfuerzos y sacrificios, se doctora en derecho. Ejerce de abogado y alcanza fama hasta ser elegido por sus connacionales diputado, gobernador de Estado, presidente de la Corte Suprema y, por fin, en 1861, presidente de la República. Encarnó el alma de la tierra y la rebeldía de una raza esclavizada y despreciada por los europeos. Y personificó el patriotismo frente al sueño ingenuo del archiduque Maximiliano y la insolente pretensión de sus generales. La lucha acaba en 1867 con la derrota de Querétaro, donde Maximiliano es hecho prisionero y fusilado por orden de Juárez. Pareciera que a través de tres siglos y medio, el espíritu de América lavara con la sangre de un príncipe de la casa de los Austrias los crímenes que Cortez cometiera en nombre de otro rey de su linaje. Pareciera que el espíritu de América recordara en Querétaro el asesinato de Moctezuma y al bravo Guatemocin, acabando en la horca el poco aliento de vida que le dejaran las horribles torturas de que fuera objeto. Ambos fueron los últimos emperadores de Méjico. ¿Y quién mejor que Juárez podía encarnar entonces el espíritu de América?

La dramática aventura del archiduque Maximiliano puso en descubierto que no era prudente importar métodos exóticos al clima y al sentimiento americano. Y puso en evidencia, asimismo, ese clima y ese sentimiento americano.

De lo apuntado respecto a la uniformidad ideológica de las naciones americanas, se justifica que las reacciones de cualquier país de América, afecten y conmuevan por igual a todos los otros. Los impulsa una misma vocación de solidaridad, impuesta a la vez por idénticas necesidades primordiales. Es, pues, una misma unidad surgiendo de sentimientos y exigencias comunes, hermanando el presente y el porvenir en un sólo destino general.

"La lucha por la independencia convirtió el deseo de libertad en ideal de América. Ideal que al perseguir la libre soberanía reclamada por los pueblos, proclamó en condición inalterable y firmísima, los derechos del ciudadano y la propia dignidad humana. Ideal que aspiró desde su origen, francamente, a ser realidad social y económica,

como fué de inmediato "un nuevo elemento político de la época, que en adelante debía dominar las relaciones entre ambos mundos." Canning lo afirma al declarar: "He llamado a la Vida a un Nuevo Mundo para establecer el equilibrio del antiguo."

## VIII

# DISCORDIA

*Donde se quiebra la unidad.*

Antes de penetrar en el estudio integral de la América latina, — considerada en block de naciones independientes en relación al mundo —, será oportuno exponer aquellas características que definieron durante la colonia sus diversas regiones. Quiero referirme a modalidades que, desde entonces, han tenido influencia virtual en el desarrollo de las ideas y en la conformación del sentimiento colectivo.

He apuntado la extraña circunstancia de que, a pesar de hallarse la América hispana constituída en unidad política antes de ser independiente, debió fragmentarse para estructurar los actuales países, de acuerdo a especiales condiciones territoriales. El fenómeno suponía dificultades emergentes de sustanciales diferencias, creadas a su vez, por gravitación del medio geográfico, social y económico. Tales condiciones aparecen con las corrientes colonizadoras venidas de España a poblar el Nuevo Mundo. A todas atrae el embrujo del oro, las leyendas de comarcas maravillosas, donde riquezas inmensas se ofrecían a la codicia de la aventura. Otra fué la realidad y ella se impuso a la vida, asignándole su propia psicología, su moral y sus costumbres. Tales ordenamientos dependieron de las diferencias predominantes entre las zonas mineras del Pacífico y las pastoriles del Atlántico. En las primeras era entonces fácil la fortuna y la región densamente habitada por pueblos dóciles a la esclavitud, exigida por

las rudas explotaciones de las minas. Tan desiertas de población nativa como de tesoros minerales, estaban las dilatadas praderas del Plata. Las pocas tribus que vivían en las pampas o merodeaban por las costas de los grandes ríos, eran de indios tan bravíos como indómitos a la menor servidumbre.

Pudo advertirse tal disparidad en las poblaciones coloniales de Méjico y el Perú, con el culto a la nobleza y con una aristocracia de duques y marqueses que ponían en el ambiente e imponían a las costumbres, hábitos y pleitesías cortesanas. A la par de esos humos de corte, corría el oro en lujos de señorío y de piedra labrada se construyeron templos y palacios. A Chile pasó la seducción de tales linajes y tratamientos, aunque en menor grado. En su suelo se implantó el mayorazgo y la tierra pasó al dominio semifeudal de los señores, que exprimieron sin compasión a arrendatarios y al pueblo desposeído. Bolivia, entonces el Alto Perú, calcó su colonización de la del Perú y el sistema se extiende por las provincias argentinas norteñas. Paraguay sufre también el predominio de las castas, agudizada por la teocracia jesuítica de las misiones. Únicamente las Provincia del Río de la Plata acusan diferencia notable como cuerpo político y social. Muestra abiertamente el espíritu de igualdad que impone una tierra abundante, un clima benigno y la carencia de antagonismos de raza y privilegios nobiliarios.

Obsérvese pues, una definida división que a su vez, determina una ética y una psicología distintas. Eran consecuencias y exégesis en relación con los factores geográficos y consideraciones económicas aludidas. Pero, si recalco todo esto, es para dar relieve a que, por sobre cualquier condición física, climatológica, económica, social y política, había y hay aún un sentimiento superior a toda otra consideración. Es el que aparece constantemente en el escenario americano y que fué, al fin, vínculo de unión continental en su firme propósito de emancipación.

Vale la pena — no obstante la unidad de ese deseo manifestado de manera tan unánime —, ponerlo en evidencia. Y ponerlo en evidencia dentro de su verdad, de esa verdad que está por encima de cálculos mezquinos, de especulaciones pequeñas. Consideremos el hecho de todos los que buscaron en América la libertad, dentro de lo económico, y material de los anhelos. Para considerar esta circunstancia,

menester será dividir el continente americano en dos partes. Siempre, cuando se pretende clasificar la vida en sus angustias, necesario será dividirla en dos partes. Una, en la que la vida es fácil; la otra donde es difícil. En este caso, —como siempre— lo fácil va al encuentro de lo grande; va al encuentro de lo bello. Lo difícil, se hunde en el dolor; en la inquietud espantosa de la duda y de ahí el camino llega a cualquier renunciamiento. Pero no penetremos en ese oscuro campo de las consecuencias, en cierta forma ajeno al asunto. Hablé de vida fácil y difícil; algo así como lo que es llevadero, común, intrascendente. Digo fácil, por decir *"naturalmente fácil"*; era donde la ganadería, la vida pastoril brindaba al hombre cierta abundancia.

Difícil es la existencia donde todo es importado, aun si la industria minera ofrece pródiga fuente de riqueza. El dinero no es alimento. Perú, Bolivia y parte de Chile, por ejemplo, precisan pan, carne, aunque tengan oro. El oro será una imposición, jamás una realidad como el trigo. Las imposiciones corren el riesgo del hambre. De esta premisa surge una conclusión psicológica y es la que condiciona la voluntad. En todo el territorio de los Estados Unidos, como en la mayor parte de la Argentina, la vida es hacedera y por ende, el clima moral distinto.

Los factores geográficos no dependen de los individuos, ni de los pueblos. Gravitan sobre ellos, aunque la actividad del hombre pueda modificarlos en el curso del tiempo, modificándose a la vez. Donde son negadas la agricultura y la ganadería, pueden instalarse otras industrias. Pueden establecerse comunicaciones por agua, tierra y aire, que pongan a esas regiones en el área práctica del intercambio, de lo accesible. Pero ello no alterará definitivamente su importancia económica, su historia. Siempre los países de cómodas comunicaciones, de grandes llanuras, fueron más factibles de formar. En América lo prueban los Estados Unidos y la Argentina. A la inversa, aquellos divididos por grandes montañas, con sus poblaciones encerradas en valles profundos, fueron más reacias a la unidad continental. A América divide una muralla montañosa extendida de norte a sur. Comienza en Estados Unidos con las Rocosas, entra en México con Sierra Madre y piérdese al sur de Chile, a la vera del estrecho de Magallanes. Parte al continente en dos inmensos secto-

res; uno rico y pobre el otro. Uno de llanuras y en contacto con el mar: Estados Unidos, Brasil, Uruguay y la Argentina. Otro de montaña, de cerrados horizontes.

Éstas modalidades geográficas, conciertan también dos psicologías; abierta la una, amplia como las pampas y con la perspectiva infinita del océano. Aislada es la de las alturas, la de las sierras, a la que limitan la profundidad de las quebradas, las fronteras de piedra aunque el Pacífico pusiera lejanías a las costas occidentales. Allí fué más lento el proceso emancipador, más ruda la lucha. Consecuencia del aislamiento. Un escritor recuerda que los *highlanders* de Escocia fueron los últimos a integrar en la vida nacional de Gran Bretaña. Igual tenacidad ponen los vascos en España, conservando hasta el presente su idioma prehistórico.

Discurre el mencionado escritor sobre el influjo de las comunicaciones en el progreso económico. Ahora, es el ingenio del hombre en pugna con la naturaleza, orientando el esfuerzo, la producción y la civilización misma a niveles superiores. He aludido ya al papel importantísimo que los ferrocarriles tuvieron en la unidad política y progreso económico en los Estados Unidos; en menos escala ocurre lo mismo en la Argentina. La gravitación de las comunicaciones en la formación de los Estados americanos, se descubre en su mayor o menor proximidad al mar. Mejor dicho: la más o menos distancia a Europa por vía marítima. "No fué por accidente, — anota el autor citado — que Boston y Nueva York representaran papel primordial en la independencia de los Estados Unidos y Buenos Aires en la de la Argentina. Pero cuando sonó la hora de la independencia para los pueblos de América, se iniciaba la era moderna de las comunicaciones a vapor, por agua y ferrocarril. Eso facilitó su formación. Piénsese en cuántos siglos fueron necesarios para constituir como Estados la España moderna, Francia o Gran Bretaña. El proceso se inició en el siglo XV y sólo se terminó en el XVIII. Para Alemania e Italia el proceso fué más largo. Sólo concluyó en el XIX. En cambio, naciones como los Estados Unidos, el Brasil o la Argentina unificáronse a pesar de sus enormes extensiones, en un tiempo harto corto. Hubo luchas, el Sur contra el Norte en los Estados Unidos. En la Argentina todos sabemos cuanto costó el proceso de unificación, desde Rivadavia hasta Rosas, de éste hasta Mitre. En el Brasil, que empezó

como un imperio unitario, la disgregación o descentralización se produjo en seguida".

"Toda esta relativa rapidez —prosigue— fué obra de la facilidad de comunicaciones. Podemos imaginarnos, de consiguiente, el papel que ésta representará en lo futuro para la aproximación e integración americanas. Está poniendo en contacto ya a zonas de vida naturalmente fácil con aquellas en las cuales naturalmente es difícil. La industria minera de ciertas zonas de Bolivia y Chile sería imposible sin tales facilidades. Contribuiría (está ya contribuyendo) a suavizar asperezas, a quebrantar localismo. La aviación y todavía más la radiotelegrafía y la radiotelefonía, poniendo en contacto las poblaciones más aisladas, pueden llegar a constituir una conciencia panamericana." [22]

¿Qué es en política la federación? El acto de federar supone alianza, liga, unión o pacto entre varios estados para organizarse; o la vinculación, bajo comunes ideales, de varios países. En realidad, significa, asimismo, ejercitar la voluntad colectiva con ventajas recíprocas a varias comunidades y, en cierta manera, expresa libertad de acción, cuando la federación se realiza con independencia de la fuerza, o cuando ella, como en los Estados Unidos, representa un sentimiento mayoritario en expansión normal.

En Europa existieron, después de las clásicas ciudades griegas, federaciones en Holanda desde el siglo XVI, bajo la denominación de República de las Provincias Unidas. En el tratado de Westfalia, —1648— Holanda y Suiza fueron reconocidas como repúblicas independientes. En 1778, en América se efectúa el primer Congreso Federal en la ciudad de Nueva York. En todos los casos, —muy pocos en la Historia Universal— que los pueblos aceptaron la federación como forma de organizarse en naciones o reunión de Estados, respondían a principios democráticos de bien común. ¿Por qué los pasíes hispanoamericanos no pudieron establecer una alianza federativa? La respuesta es sencilla. Una confederación responde

22. JULIO NAVARRO MONZÓ, *Sociología del Americanismo.* Artículo póstumo publicado en *La Nación* el 3 de setiembre de 1944.

siempre a un estado previo de conciencia colectiva y de cultura, engendrado por causas puestas en discusión y examen, dentro de un clima normal. Ante todo, a un convencimiento en el que por igual intervención factores morales y exigencias materiales, equilibrando el propósito y dándole carácter e impulso.

Durante el período emancipador, queda de manifiesto el desnivel inocultable entre la voluntad de independencia y la intelección de los directores del movimiento revolucionario. Como hecho material, la emancipación estaba en el orden natural de las cosas, pero la "revolución" en acción y efecto institucional, mudando radicalmente el régimen establecido por el coloniaje — con tres siglos de ejercicio —, hallábase supeditada a la dinámica de acontecimientos extraños a esa fuerza innata que movía los ánimos para la guerra. La revolución sudamericana entrañaba un doble proceso revulsivo y, aunque ambos surgieron espontáneamente de las almas y respondían a una conciencia irreductible de los pueblos, adolecían de un desequilibrio manifiesto. Quiero referirme, que, si bastaba la intención y el sacrificio material de las vidas para lograr la independencia, para imponer los ideales republicanos era menester una preparación cívica de que las masas populares carecían. Alguien nos habla de dos revoluciones: una interna y otra externa: una que obra contra el enemigo común y otra que reacciona dentro de sus propios elementos orgánicos. Todo advertía, a pesar de desvíos transitorios y de las dolorosas experiencias comunes a los pueblos en sus primeros buceos intitucionales, una dirección constante en la línea de sus destinos, una alma y una conciencia que muchas veces estuvieron por encima de los libertadores y los directores militares y políticos. La autenticidad del ideal republicano y democrático se hallaba más en lo subconsciente del pueblo, que en los planes artificiales y a veces anacrónicos de los dirigentes, incapaces de manejar esas fuerzas vivas y esenciales, ni pulsar sus inquietudes y tendencias de espontánea democracia.

No obstante ello — repito —, faltaba la preparación necesaria, emergente de un proceso desarrollado en el tiempo y bajo la influencia de condiciones especiales. Por otra parte, las aspiraciones de los pueblos no pueden superar sus capacidades intelectivas. Es acuerdo de comprensión y sentimiento. En los de América hispana, unos y

otros fueron cohartados por el régimen político-social de la colonia y las distancias. Supeditada la economía y radicada la administración en pocos y lejanos centros de gobierno, se propendió indirectamente a rivalidades localistas, sustentadas por las restricciones comerciales y los perjuicios que ellos derivaban en el orden social.

Si el movimiento emancipador puso al descubierto un anhelo continental, éste fué prontamente reducido en el rebullir de esas pasiones localistas. Entonces, los caudillos que usufructuaron la independencia para lograr el separatismo regional tanto tiempo deseado, enfrentaron a los que mantuvieron la libertad como un ideal que hacía de América una sola entidad. Los caudillos no confunden ni asimilan en un solo cuerpo esa patria espiritual y la otra que pudiéramos llamar política. En tales circunstancias, sin embargo, exceden a todas las razones aquellas originadas en la distancia. Por eso el desierto representó, para nuestros grandes pensadores del período histórico de la organización nacional, al enemigo de la civilización, y por eso la agorafobia se hizo un lamento común. Inocultable fué en esa hora su influencia nociva al progreso social. Alejamiento, soledad, supone asimismo desconocimiento. Y el desconocimiento fomenta el desamor. Nadie ama lo que ignora.

Empero, también el vilipendiado desierto significaba una patria geográficamente más grande que la políticamente imaginada. Tenía, además, un sentido normativo y un influjo; era la atracción física de los cuerpos mayores sobre los pequeños, ejercida por las enormes extensiones despobladas. En ellas se asilaban todas las protestas contra la fuerza y lo arbitrario. E incubó la libertad en toda su grandeza; bárbara y gloriosa.

La tierra hace al hombre a su imagen y semejanza. Y el desierto, inmenso territorio bajo la bóveda celeste, habla de andar y de hacer; de practicar el movimiento y la voluntad sin más fronteras que el tiempo y la distancia. Libre juego de volición e instinto; de exteriorizaciones e intimidades en franca independencia, en albedrío cerril y desatado. Fué el desierto cuna de la libertad en América. Allí creció y vivió alentada por la inmensidad que le dió conciencia de grandeza. Conciencia salvaje, ajena a la "industria" y al "sistema político" que Alberdi y Sarmiento propugnaban. Libertad fisiocrática, pues era espiritual riqueza de la tierra. Tan formidable fué la

inspiración surgida de sus entrañas, cuan honda la convicción puesta en el alma y en la vida del hombre americano.

Dividióse el inmenso territorio de estas tierras colombianas y, cuando el sol de Ayacucho las tiñó de oro y de gloria, veinte banderas flamearon en el cielo, agitando los nombres de las nuevas repúblicas americanas junto a los viejos pabellones del mundo. Bajo el magnífico aliento de un sentir unánime, América daba existencia a los flamantes Estados. Pero, si cada uno guardó para sí, en lo profundo de su conciencia nacional, el espíritu vivificante y directivo de la libertad, también cada uno comenzó su existencia orgánica, aferrándose a las fronteras de sus propios países. Había en esto, la orgullosa exaltación de un alcance largo tiempo soñado. Y pusieron en ese orgullo la ignorancia e incultura que siglos de vida aislada, hizo de sus pueblos núcleos desconfiados y prevenidos contra imaginarios predominios extranjeros; xenofobia explicable en el retraimiento tras el cual querían defender el tesoro de su propia libertad, que debiera, en su lucha con el medio, ofrendar sus tierras a todo los hombres del universo en una entrega impuesta por el mismo instinto de esa libertad cerril y humanista.

Manifesté en párrafos anteriores las causas adversas a la federalización de las colonias hispanoamericanas luego de emancipadas. A ello se oponían, además de factores de cultura política, las desconfianzas de los pueblos y las escondidas ambiciones de los caudillos militares. Por lo pronto, el proyecto de Confederación de los Andes, auspiciada por el general Bolívar, suponía, en cierta manera, la vuelta al coloniaje, en lo que representaba de regresión al régimen autoritario y personal. Entonces, la idea de una confederación era casi una amenaza, una reacción contra la revolución misma. Pero ahora, cuando, más que la experiencia de las naciones del Nuevo Mundo, enormes peligros de orden universal amenazan la estabilidad y la misma libre existencia de nuestros países, debemos meditar profundamente en la exigencia de comenzar por unirnos en un block las repúblicas americanas. Ello ha dejado de ser una utopía política si nos arrancamos del anacronismo de los prejuicios patrioteros, para contemplar el escenario americano — donde la libertad inspira su

grandeza y pone calor y belleza humana a la vida —, como una puerta generosa al escenario del mundo.

El pueblo de América ha traspuesto ya una serie de etapas de superación. Comienza en el siglo XVI con la extraordinaria aventura de conquistar un mundo; luego, por imperio de la vida misma, mezcla su sangre con la del mundo conquistado; y el medio, el hálito prodigioso de la tierra americana, le infunde su alma y su sueño: la libertad. Para el siglo XVIII ese sueño es ya mandato y la independencia se realiza. Durante el siglo XIX, los pueblos bregan por alcanzar la realidad de su sueño y van poniendo los jalones del orden jurídico en las leyes y del orden social en las costumbres. La libertad da su espíritu a una cultura y da normas singulares a la existencia armónica de la justicia. Es la evolución lógica y natural de la democracia, simiente que requiere el fértil campo de la libertad para florecer en esperanza y frutificar en la equidad y el mutuo respeto entre los seres. Por ahora las tierras están sembradas y habrá democracia cumplida en la próxima primavera ideal, cuando los pueblos canten la gloria de la justicia y la libertad para todos. Para los poderosos y los humildes; y capacidad para trabajar y convivir en una comunidad de hombres diversos.

Ese es el ideal de América y es su destino. No puede resolverse en la ambición imperial de un Estado, sino en la imposición de los ideales democráticos en el hemisferio. Cuando esto sea verificado; cuando en el Nuevo Mundo se cumpla la promesa de los hombres libres desde Alaska hasta las regiones antárticas de Magallanes, la familia de América estará unida en la más grandiosa confederación de Estados vista por los siglos, pues tendrá como lazo imponderable e irrebatible un sentimiento creador: la libertad. Y eso lo entienden y aman cuantos habitan estas tierras.

IX

## EL PATRIOTISMO, VIRTUD COMUNICATIVA

*El patriotismo como fenómeno espiritual.*

Patria no es un simple concepto político. Su significado anímico supera a la idea que la concibe físicamente. Tampoco es una convicción intelectual; aparece por la concurrencia de elementos que obrando sobre el alma y el espíritu de los individuos, conforman su conciencia moral y sus sentimientos. Tales elementos — seres y cosas circundantes —animan las primeras impresiones infantiles del hombre. Es el paisaje, el canto de las aves, la luz, el agua, el viento. Influyen en sus inspiraciones iniciales hasta que el amor abre las ventanas floridas de la imaginación al campo de los afectos, las ilusiones y los encantamientos. No olvidemos el idioma: él regula la jerarquia del pueblo y determina la cohesión de la vida social.

Naturalmente el hombre se apega a la tierra donde nace; el hecho no responde a otra ley que la del sentimiento. Allí ejercita su esfuerzo y es teatro de su labor, de su producción, de su creación. Es decir, elabora su espíritu en fuente de energía dinámica. Con ella se difunde y penetra en el espacio y se perpetua en el tiempo.

Patriotismo, que es amor a la patria, supone adherencia al suelo nativo. Así mismo es esencia de todas las sensaciones del pensamiento y de las manifestaciones del lenguaje en expresión de conciencia. Van, pues, perfectamente vinculadas, causas reales y

accesibles, a lo abstracto y espiritual, con lo que supone el territorio y la devoción. No existe patriotismo sin patria, pero tampoco sin amor a la patria, lo que no manifiesta empero, que el patriotismo sea una concepción hermética a la expansión afectiva del hombre. Puede, al contrario, superar los límites políticos de la patria, hacia otras patrias por circunstancias de arraigo. Entonces, el afecto a la patria de origen se extiende a la patria de adopción. Esto nos permite comprender como, por encima de las normas, rige inflexible el sentimiento en los actos humanos.

Adherencia al suelo nativo incluye *estar* físico y *sentir* espiritual; es decir: vivir. Cumplir la tarea de producir y crear material e intelectualmente. De tal suerte, el hombre queda vinculado a la masa social en cabal armonía. Entonces, la unidad colectiva constituye un impulso de arrastre del núcleo hacia mayores perfeccionamientos y más altos destinos. El lenguaje, como vehículo de la cultura, incita la compenetración con otros núcleos extraños, hasta realizar "la grande armonía, la universalidad de la vida". "El patriotismo —escribe Joaquín V. González— es así una fuerza de comunicación y no la cadena de un cautiverio, ni el egoísmo salvaje de un felino o de un reptil que muerde o envenena al que se acerca. Es esa virtud de amor que impulsa a todos los seres superiores a acercarse y unirse y ayudarse unos a otros, y como enseña el Tagore, que mueve el espíritu del hombre a darse, a comunicarse, a participar en la vida del mundo".

Sin embargo, pocas veces la Historia de la Humanidad ha enfrentado un problema donde con tanta tenacidad y torpeza, se mantenga la absurdidad anacrónica del prejuicio. Olvidando que el patriotismo es cualidad, sentimiento, instinto y una fuerza originada en las prosperidades y las desgracias comunes. Pero es también lo que recibe de la educación continuada y la modalidad contemporánea, y lo que capta de múltiples influencias de ideas y de ambiente, hasta identificarse espiritual e intelectualmente a la vida misma. Resulta así imposible admitirlo como algo independiente a lo universal y menos como antagónico, pues equivaldría a pretender lo absurdo de la existencia de un pueblo aislado absolutamente del resto del mundo.

La vida de relación ya no depende ni está limitada por fronteras políticas; y la vida de relación crea intereses materiales, sentimien-

tos de respeto y afectivos y afinidades espirituales que constituyen el bagaje moral y las propias exigencias virtuales de hombres y de pueblos. Todo ésto muestra hasta donde es incomprensible el criterio tendencioso y combativo que, en nombre del patriotismo, usa las falsas armas de una rutina irracional para destruir afectos inherentes al corazón humano. Atácase de tal manera la instintiva noción del origen de la vida y por ende la vida misma. Más todavía; niégase la religiosidad que pone al espíritu, desligado de la carne y de la tierra, en el espacio ilimitado.

Forman en el léxico del patrioterismo frases tabú a toda discusión; y siempre es falso lo que no admite análisis racional. No obstante, nada puede limitar la inteligencia ni las expansinoes naturales del espíritu. La espiritualización del patriotismo, que es un grado superior de su perfeccionamiento moral, tiende a exteriorizar lo conceptual en la formación de las ideas y lo material en la participación de sus bienes con otras sociedades o pueblos. Ni la comunión del pensamiento ni la participación en lo económico supone absorción, conquista ni dominio. Sólo significa poner en acción la natural tendencia generosa a ampliar la patria originaria en la medida de su capacidad de civilización.

Mucho camino falta andar todavía para que las naciones de América se unan por los vínculos de una cultura racional de comprensión. Por una condición de "civilidad" que es la adaptación a la vida social colectiva de naciones distintas en común convivencia. Empero, si quizá aun nos falte alcanzar perfectividad como sociedades organizadas democráticamente, es innegable que América está dotada de un alma, un sentido y una conciencia continental, que la hace capaz de una inspiración y de un ideal vernáculo y extensible.

Hasta ahora me he referido al vínculo natural entre la gente y la tierra. Iníciase así la penetración del medio geográfico en el espíritu del hombre, conformando su alma y su conciencia. Pero América independiente abre sus puertas a la humanidad; se transforma en meta de las esperanzas de todos los hombres del mundo; se convierte en una patria de patrias, recibiendo los aportes de otras razas y pueblos. La vida en común crea un tipo de vida común y modela un carácter colectivo. El alma y la conciencia americana, adquiere de tal suerte una vocación de bien universal y sus patrias

dejan de ser exclusivas de sus hijos, para ofrecerse a todos los demás. No hay renunciamientos; y si existiera el que brinda la ciudadanía, sería de mutuas retribuciones morales y materiales.

Mucho ha vociferado el nacionalismo localista contra esta postura del verdadero patriotismo formado en la educación racional y humana, por el que llegaremos a hacer de todas las patrias territoriales, una sola patria moral, jurídica y política. Jamás lugar alguno del mundo habitado posee, como América, esta virtud comunicativa del auténtico patriotismo, pues no existe otro hemisferio en el cual todas las naciones estén regidas por instituciones similares, con la libertad en fuente inspiradora. Donde veintidós Estados reconozcan derechos naturales, civiles y políticos de un tipo común, realizando, por imposición espontánea de su propia existencia continental, una comunidad con igualdad de oportunidades a cada vez más estrecha unidad universal.[23]

A pesar de tanta fuerza de adhesión, de tan unánimes similitudes de todo orden, existen prejuicios negativos que es preciso destruir, porque están contra la razón y contra el sentimiento. Están contra la razón, desde que muchos países pudieron constituirse en naciones federando Estados con autonomía política y no es utópico esperar que del mismo modo puedan federarse todas las repúblicas americanas, conservando sus actuales autonomías nacionales. Tal solución no significaría ser absorbidas las patrias actuales, sino, al contrario, extenderse en una sola patria a toda América. Y está contra el sentimiento, porque éste no obedece a fronteras físicas, cuando el amor, la emoción y las mismas ventajas materiales de la comodidad, los incitan en expansiones naturales y lógicas.

23. Con el Canadá, que algún día entrará en la Unión Americana, serían veintidós los países confederados.

X

# ESPÍRITU

*América ante América.*

Los países americanos han sido insensibles al espíritu de América e indiferentes entre sí. Eliminada la libertad — alma y nervio predeterminante de la existencia total del Nuevo Mundo —, pocas fueron las atracciones que, en cualquier sentido, movieron el acercamiento recíproco de las naciones de nuestro hemisferio. Cortados los lazos que el coloniaje las atara a las metrópolis del viejo continente, prosiguieron ligadas moral y económicamente a Europa. Era difícil, sin duda, aun después de emancipadas, borrar tres siglos — toda su existencia — de régimen colonial y dependencia. ¡Tanto vale la rutina, aun la de nuestro infortunio! El natural instinto de la libertad pudo imponerse en pueblos que vivieron bajo su inspiración, animando luego las leyes orgánicas que los constituyeron políticamente en repúblicas soberanas. Fué el paso fatal y obligado por imperio de las circunstancias, aunque no bastaba para transformar el orden engendrado en el hábito y arraigado por el tiempo. La libertad concibió un espíritu, una conciencia y una moral prerevolucionaria, mas no alcanzaba a penetrar "esa costra de costumbres" de que nos habla Bergehot. La sociedad colonial adquirió solidez a influjo de acciones reflejas, de las que no podía desprenderse ni variarlas radicalmente con la misma precipitación que obtiene su plena independencia política.

La formación y perpetuación de las costumbres se atribuyen a

la fuerza psicológica de la imitación. Pónese en la imitación la potencia modeladora. Para quebrar el proceso rutinario, — según el sociólogo inglés aludido — actúa otra fuerza psicológica: el instinto de discusión, origen del progreso. Pero ninguna de ambas energías abrevian los plazos que toda evolución impone. Entretanto, los países americanos, por hábitos adquiridos en impulso del viejo movimiento y por necesidades originadas, prosiguieron dependiendo de Europa. Continuaron en colonias emancipadas.

Pasaré por alto todo lo que esto sugiere con atinencia al desarrollo político, económico y social de los países americanos, reduciéndome a enunciar como esa dependencia de América a Europa, nos inhibió de compartir nuestra amistad y nuestro interés, entre los pueblos hermanos del continente. Todos, en relación al grado de civilización y a su volumen productivo, fueron tributarios del Viejo Mundo. Nuestra vista, nuestra curiosidad y nuestra voluntad, otearon tras el océano.

Quedan descartadas en esta observación, las causas que pudieron abonar el provecho y la necesidad de tal postura. Y la subyugante atracción de la cultura milenaria de occidente, en las expresiones incomparables del arte y del conocimiento. Únicamente me concreto a exponer el hecho, explicando una conducta, un procedimiento. Y comprender porque la civilización, la riqueza y la población se agolpó en las costas de mayor influencia europea.

Así transcurrieron los primeros cien años en la existencia de los Estados americanos. Fué durante este siglo cuando los grandes países europeos ponen en auge el dominio del oro y de la rapiña territorial. Como consecuencia de la preponderancia capitalista, las grandes potencias dejaron de ser meros factores políticos, para convertirse en empresas económicas. Subvencionaron ferrocarriles, líneas marítimas y telegráficas y extendieron su poderío y sus posesiones por mares y continentes. África, Asia y Oceanía sienten la presencia insolente de la nueva aventura coercitiva de la fuerza. Francia extiende su dominio sobre Argelia, Madagascar, Annam y Tonquín. Alemania se establece en Cameron, en Nueva Guinea y en varias islas del Pacífico. Además, toma *en arriendo* el puerto chino de Kiao-Cheu. Italia fracasa en Abisinia, donde los guerreros de Menelik le infligieron la terrible derrota de Abba-Carima. Más tarde

ocupa Trípoli. Rusia dilata el imperio de los zares por toda la Siberia y arrebata a la China Port-Arthur. Japón arranca del Celeste Imperio la isla de Formosa y comienza a exigir derechos sobre Corea. Inglaterra se hace cargo del protectorado de Egipto y, a principios de siglo conquista las repúblicas independientes de los boers en el Transvaal y el Estado libre de Orange. Desde entonces, los dominios británicos van desde el Cabo hasta las proximidades de las bocas del Nilo, apropiándose de cuanto territorio o isla del continente africano no estuviera ya bajo el pabellón de otra potencia europea. El rey Leopoldo de Bélgica, aprovechando los descubrimientos de Henry Stanley, funda en 1885 el Estado del Congo, terminando por anexarlo a Bélgica en condición de colonia. Tales son, a grandes rasgos, los resultados de la ambiciosa política territorial y mercantil que las potencias de Europa realizaron en los últimos cien años, anteriores a 1914.

El ejemplo no podía dejar de estimular en América a mercaderes y gobiernos. Sin embargo, el territorio era materia indeseable a países despoblados y absorbidos por la tarea de su organización institucional. Exceptuando el caso de Chile, conquistando territorios de Perú y Bolivia, todos los reclamos en sudamérica son originados por divergencias en el trazado de fronteras. Por primera vez en los anales de la política internacional, la Argentina y Chile sientan el principio del arbitraje, aceptando el laudo del Rey Eduardo VII, designado árbitro, en sus cuestiones de límites. Para consagrar el feliz y digno término del litigio, en uno de los pasos de la Cordillera de Andes se levantó el *Cristo de la Paz,* en cuyo pedestal, grabado en el granito, puede leer el caminante la siguiente inscripción: "Estas montañas se convertirán en polvo antes que la Argentina y Chile falten al pacto que han jurado al pie del Cristo Redentor".

He recordado a Bolívar en páginas precedentes. Oportuno ahora es rememorar sus proyectos de unidad americana y su valiente visión de la América del futuro. También será justo reconocer como esa visión la había heredado de Francisco Miranda. Bolívar soñó con sus ideas. De su proyectado "Congreso Anfiotiónico" en Panamá escribía desde su exilio en Jamaica: "Un día tendremos la buena fortuna de inaugurar allí un augusto congreso de los representan-

tes de las repúblicas y los reinos o imperios, para discutir los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres cuartas partes del mundo". En la Asamblea de 1824, propugna garantizar la independencia y el arbitraje obligatorio, creando la Unión Americana, en unidad orgánica de todos los Estados. Una concordia armoniosa de pueblos soberanos y hombres libres, reconociendo, además de las fronteras de los países emancipados, los límites supremos de todo el Nuevo Mundo. Como ley magistral, debía abolirse la esclavitud en todos los países, cual ocurriera donde fueran las banderas de la independencia sudamericana. Simbolizando la unidad continental, construiríase el canal de Panamá, en territorio que Colombia cedía generosamente para convertirlo en propiedad sagrada de todas las naciones de América. Bolívar lo proclama para el Nuevo Mundo, como el istmo de Corinto lo fuera para las ciudades griegas.

Pero, infortunadamente, el plan del gran venezolano, sólo era posible para pueblos maduros y los recién liberados del arbitrario dominio español, llevaban aún en sus entrañas gérmenes de males sociales hereditarios.

Superando los acontecimientos, están, muchas veces, elementos inactuales, cuya acción, sin embargo, podría cambiarlos radicalmente. Aparecen en forma velada y sólo son visibles al escrutador minucioso, en lo más profundo del alma o las esperanzas colectivas. En oportunidades, las reacciones temporarias no permiten descubrirlos como factores concurrentes; más todavía, puede señalárseles en postura contradictoria o francamente adversa al hecho formal. Esta circunstancia demuestra que paralelamente a todo acontecer histórico y en todo impulso evolutivo social, existen gérmenes de fuerzas latentes que serán las impulsoras de nuevas evoluciones hacia el progreso de la comunidad. Pero, por ocultas que estén, son fácilmente presumibles dentro del genérico espíritu que anima ese progreso en una dirección inexorable y definida. El desarrollo de las ideas responde siempre a necesidades y condiciones temporarias; a la peculiaridad de cada etapa evolutiva. En ellas se produce la paulatina transformación ideológica, que, sin variar fundamentalmente su sentido espiritual, va modificando los conceptos de acuerdo a la afluencia de nuevos elementos engendrados en el perfeccionamiento

moral, en el desarrollo ascendente de la cultura y en las mismas exigencias económicas.

Tanto la *Confederación de los Andes* — a la que ya me he referido —, como el Congreso de Panamá de 1826, iniciativas ambas de Simón Bolívar, fueron atisbos de un embrionario anhelo político que los pueblos americanos no pudieron comprender ni aceptar entonces. El clima coetáneo no estaba preparado aún para tales comprensiones de convivencia continental, aunque intuía perfectamente la solidaridad americana. Menester era dejar transcurrir los plazos precisos al proceso evolutivo. Y las jóvenes repúblicas se dieron al juego orgulloso de practicar la independencia dentro de los límites de sus flamantes nacionalidades. Ejercitaron sus nacientes soberanías en los altibajos del desorden preliminar a toda organización definitiva; de la anarquía, antes de alcanzar el equilibrio constitucional. No obstante esa independencia localista; no obstante el uso a veces desorbitado de sus derechos soberanos en relación de gobierno a pueblos, nunca pudieron desprenderse del cordón umbilical que las unía a América, sobre sus mismas libres nacionalidades.

He manifestado que la *Conferencia de los Andes* y cualquier otra que en el siglo XIX propugnara una liga de Estados hispanoamericanos, era la negación revolucionaria. Así lo entendieron también los pueblos recién emancipados. Y aquí cabe la explicación que dejo apuntada en anteriores párrafos. Todo responde a necesidades y condiciones temporarias. Entonces hubiera significado entregar la libertad, a la autoridad discrecional de un caudillo, a la vuelta al poder personalista, al abominable régimen autoritario. Era pues, imprescindiblemente necesario cubrir las etapas del proceso; no siempre los precursores son eficaces cuando sobrepasan en ideas y propósitos, la pequeñez de los grupos sociales. Los que creyeron entonces que la libertad podría sobrevivir sólo consolidada en una obra de cooperación amplia, en una empresa continental, despertaron justas sospechas de un imperialismo inaceptable y criminal.

Transcurrió el siglo XIX para América, en la labor fecunda de su organización. En el norte, lo institucional, salvada la guerra de Secesión, fué más fácil y alcanzó mayor perfeccionamiento práctico. Luego la gran República Norteamericana dedicó sus energías a labrar su poderío económico. Para el sur, la estabilidad institucional fué

más ruda por su lucha con las tradiciones absolutistas, y por ello, más breve el tiempo dedicado a su prosperidad material. Sin embargo, a pesar de todo, al norte y al sur corresponde la "sangre, nervio y sudor del mismo continente". Así lo expresa un escritor norteamericano, añadiendo: "Tal como ocurre con los hermanos siameses, una cierta psicología pervertida se despierta entre nosotros con el hecho desagradable de nuestra fealdad y la de nuestros vecinos del sur; tratamos de olvidar que los cartílagos de estos dos mundos han estado unidos, en parte, desde el nacimiento, y que parte de nuestros torrentes sanguíneos circulan juntos y que somos inseparables." [24]

A 2 de diciembre de 1823, el presidente James Monroe enunció su célebre doctrina, exponiendo: "Los continentes americanos, por la condición libre e independiente que han asumido y mantenido, no podrán ser considerados de aquí en adelante como materia para una futura colonización por cualquiera de las potencias europeas." Los términos son sencillos, claros y fuertes y no obstante, no expresan el sentido de solidaridad americana que hoy pudiera asignarse a una manifestación de esa naturaleza. Había indudablemente un sentido continental irreprimible, pero al negar derechos de conquista a las potencias europeas y realizar un acto de autodefensa, se eliminó de la redacción original de la doctrina, aquello que pudiera ser obstáculo para la propia expansión a expensas de los países tan generosamente protegidos. Nuevamente queda probado como toda actitud, también responde al clima temporario y a sus exigencias. Imposible fué, sin embargo, eludir ese germen espiritual y latente en la conciencia americana, mostrando que el Nuevo Mundo es básicamente diferente y que tiene un futuro distinto al Viejo Continente.

Únicamente al tiempo queda la virtud de mostrar la verdad. Y la verdad, en problemas humanos, generalmente se alcanza a través del dolor. El aspecto místico de la cultura humana, es el cúmulo de diversas experiencias dolorosas. En la vida de los pueblos, ellas van impulsando el progreso ideológico; van induciendo a la comprensión racional de la convivencia. De tal suerte, todos nuestros esfuerzos, son contribuciones fragmentarias al gran ascenso elaborado en el tiempo.

24. CARLETON BEALS, *America South.*

Cualquier país de América, del norte o del sur, debía obedecer al momento. Cumplieron un designio impuesto por circunstancias temporarias. De acuerdo a estas imposiciones fueron las actitudes. Aunque por encima de cualquier conducta, de cualquier posición, de cualquier convencionalismo, estaba el aliento característico del joven universo americano. "Tal vez —escribe Beals— la fuente de ese algo único está en una esperanza humana más grande, en horizontes más amplios y en el sentido más urgente de "llegar a ser" el importante *Werdend* de Goethe."

Intencionadamente he interrumpido mi exposición con los propósitos de unidad americana acariciados por Simón Bolívar. El tiempo ha podido eliminar bastardías de intereses o ambiciones, dejando en descubierto la gran idea de América. Ella se manifiesta en la intención primigenia del pensamiento emancipador sudamericano. Así, Belgrano, creador de la bandera argentina, al hacerla flamear por primera vez en 1812 sobre las barrancas del Paraná, proclama a sus tropas con estas palabras: "...juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores y la América del Sud será el templo de la Independencia y de la Libertad". San Martín cruza los Andes, llevando en sus pupilas y en su corazón la imagen de la América libre de tiranos y de cadenas. Por América se combate; no hay otra visión ni otro propósito en el esfuerzo de quienes lucharon catorce años para arrancarla del poder ominoso de España. Sin embargo, ese anhelo magnífico de los héroes de la libertad, incubado al misterioso calor propulsivo y armonioso de la naturaleza que abarca íntegramente al continente, y era el Alma de América, cayó en el desvarío codicioso del localismo.

El hombre enfrentó su ideal y su propio destino. Es que, sobre todas las razones irremisibles, está lo pequeño de nuestras creaciones, su mezquindad y su avaricia. Con esa sustancia moral, pretendemos suplantar las virtualidades inconmovibles de las cosas. No obstante el aparente triunfo de lo que creemos perdurables obras de nuestro genio, el tiempo va modelando la existencia de los pueblos, impulsándolos por la inexorable senda de su destino. Tras la ficción de engañosas verdades, está, imperturbable, la realidad suprema de nuestro devenir. Bajo el celo de su verdad, América, fraguada en el divino fuego de la libertad, puso su marca indeleble y dió carác-

ter al espíritu de sus hijos. Y puso en ellos un ideal que cumplirá, al fin, el hermoso sueño de unidad continental, sobre las hipocresías políticas y las ambiciones económicas que se le opongan.

Con estas reflexiones he deseado empezar a discurrir, tratando los acaecimientos americanos hasta 1914. Quiero, sobre todo, exponer claramente eso que es el Alma de América. Solamente puestos en su contacto, compenetrados de su profundo sentido de libertad y de justicia humana, alcanzaremos a comprender más pronto la suerte que el hado nos depara.

Sudamérica, a partir del primer cuarto del siglo XIX, se dividió en numerosas repúblicas independientes. Y prosiguió en su divorcio con el norte, donde los Estados Unidos propendían con avidez a su crecimiento, expansión y riqueza. Tanto una como otra parte del continente, obedecían al mismo mandato de la tierra. Ambas poseían la misma alma: la libertad. Pero cada una "tenía lemas de libertad distintos". Adoptó el norte una libertad en cierto modo circunscripta a las fronteras territoriales de la gran República. Bien lo expresa Beals refiriéndose a sudamérica: "fué un sacudimiento para nuestros primeros estadistas el ver esas tierras sureñas, esas armaduras brillantes, esos extraños *Don Quijotes* hablando de libertad en un lenguaje que no podíamos comprender bien. Nuestro propio norte industrial no se había sobrecargado con ninguno de estos conceptos más allá de aquellos necesarios para su propia hegemonía". Empero, he hablado de un alma, y el alma — al decir de Turguenev —, no se puede dividir "en dos mitades, como una manzana". Espiritualmente, a ningún americano le es posible renunciar a esa condición rectora y subconsciente de sus actos, aunque se admitan diferenciaciones impuestas por el ambiente de los diversos países de nacimiento. Por sobre cualquier circunstancia somos americanos, sea cual sea la región del continente en que vivamos.

Los Estados Unidos ya en 1823, por boca de Adams y Monroe, reconocieron que eran americanos en un sentido continental. Ello no fué óbice, empero, para que el mismo Secretario de Estado, John Quincy Adams, se obstinara en creer que entre los Estados Unidos y los otros países no había nada en común, excepto su oposición a

Europa. Esta contradicción manifiesta, respondía a la influencia de su época, y Mr. Adams creyó, sin duda, que era preciso vivir con los antiguos métodos europeos de la coerción y el dominio. Así lo manifiesta a 28 de abril de 1823 — seis meses antes de darse a luz la famosa *Doctrina Monroe* —, refiriéndose a la posibilidad de que la isla de Cuba, separada de España, podría "gravitar solamente hacia la Unión nortemericna, que por la misma ley de la naturaleza no podía arrojarla fuera de su seno".

Será siempre injusto apreciar los acontecimientos pasados con un criterio actual. Los sucesos obedecen al clima de cada época y sólo dentro de ese clima pueden ser calificados. De tal manera, faltas inconcebibles resultan lógicas en su momento. Se habría necesitado mucha más imaginación que la de los dirigentes coetáneos para adoptar actitudes distintas a las adoptadas, y en este caso, posiblemente hubieran sido adversas y desechadas por la opinión pública.

Jorge Wáshington, el más grande ciudadano del norte, dió normas a las relaciones internacionales de su país en su brillante *Discurso de Despedida*. La palabra del prócer tiene aun eco oportuno. Sin embargo, no pocos de sus conceptos respondían a una etapa política, reduciendo su verdad a la del momento de enunciarla. Para el presente, algunos han perdido eficacia. Ante todo, no responden a las nuevas exigencias de la vida humana. Desde entonces, el aislamiento y la misma soberanía de los países, han sufrido sensibles modificaciones y hoy, quedan supeditadas a las imposiciones de la existencia universal. Nuevas obligaciones de convivencia, crearon nuevas obligaciones de cooperación mutua, haciendo vanas las aspiraciones de retraímientos imposibles. Los sistemas políticos y los regímenes económicos, debieron aceptar como fundamento integral, la dignidad, la libertad y la vida misma de todos los hombres del orbe. Los principios en que descansa la defensa y el respeto de los hombres, se han universalizado. Ahora, ningún individuo ni ningún pueblo, puede ser sojuzgado por la fuerza, obligado por el atropello, ni amordazado por el terror, sin que la fuerza, el atropello y el terror cundan por el mundo. De tal suerte, males y bienes dependen no de hombres, países, regiones o continentes, sino de la conducta, del esfuerzo y del sacrificio total de los hombres, países, regiones o continentes existentes en la tierra. La duda de esta realidad ecuménica nos mantiene en la

duda de alcanzar nuestra propia seguridad actual y la paz y felicidad futura.

"La norma de conducta que debemos observar en relación con las naciones extranjeras —escribía Wáshington— debe reducirse a extender nuestras relaciones comerciales, retrayéndonos todo lo posible de toda relación política". Tales advertencias son inadecuadas en el presente; las relaciones internacionales no pueden reducirse, como lo pretendía Wáshington, al mero intercambio mercantil que efectuaban las caravanas orientales en tiempo de Marco Polo. Los valores espirituales han superado las ventajas comerciales en la vinculación de hombres y países. No se edificará la paz ni el progreso moral de la humanidad sobre la riqueza, sino sobre la salud de las almas y el amor de los hombres. Adviértase que hablo de la humanidad y que a ella debemos referirnos por encima de todo egoísmo nacionalista. Únicamente pueden cimentarse sólidamente las relaciones internacionales en factores espirituales, en la comprensión y la solidaridad humana. El comercio propugna y estimula intereses transitorios, hasta tanto otros intereses los suplanten. El vínculo afectivo es perdurable; se acrecienta en el trato y con el tiempo; crea tradición emotiva y despierta sentimientos nobles en el hombre. Solamente ellos hacen felices a los pueblos y más buena a la especie.

Además de señalar un rumbo a su pueblo, quizá las palabras de Wáshington tradujeron entonces, un sentimiento colectivo. Sería la lógica consecuencia de sistemas temporarios y de un deseo de fortalecer la tranquilidad de pueblos recién organizados en Estados independientes. Había, pues, un egoísmo justificado, que, aunque no propugnaba otra cosa que la abstención de su país en los problemas de Europa, convulsionada por la Revolución Francesa, posiblemente esa aconsejada prescindencia sirvió de pretexto, más tarde, al desinterés por la íntima vinculación con los demás Estados de América.

A pesar de todo, esa prescindencia política no fué cumplida por gobernantes posteriores, ansiosos de extender el dominio territorial de los Estados Unidos a costa de sus vecinos. No sólo omitieron las advertencias de su más grande ciudadano respecto a las relaciones internacionales ya aludidas, sino que, asimismo, olvidaron en el papel, los consejos referentes a la corrección y justicia de la conducta por él propugnada, para conservar la paz y buena armonía con los

demás países. Hoy, a casi ciento cincuenta años de haber escrito su célebre discurso de despedida Jorge Wáshington, puede comprobarse cuánta verdad emerge de sus sabias recomendaciones. "Obrad de buena fe y sed justos con todas las nacions — decía a sus connacionales —. Será por demás digno de un pueblo libre e ilustrado que en día no lejano puede ser también una gran nación, el dar a la humanidad el magnánimo y no frecuente espectáculo de un pueblo que se guía siempre por la más exaltada justicia y benevolencia. ¿Quién puede dudar que con el transcurso del tiempo y dentro del orden de los sucesos el fruto de semejante conducta compense con creces las ventajas del momento que haya sido necesario sacrificar para proceder así? ¿Es posible que la divina providencia no haya aunado la dicha de una nación con su virtud? El experimento, sin embargo, es recomendado por todos los sentimientos que ennoblecen la naturaleza humana". Un siglo y medio después ha podido probarse cuanto cuesta reconquistar la confianza perdida de lo que Wáshington deseaba como acervo magnífico de su pueblo: justicia y benevolencia.

Muchos estadistas norteamericanos descuidaron cumplir las normas dejadas por su ex primer presidente y fundador de la república, y miraron con ojos codiciosos las tierras de sus vecinos. Así lo denuncia Beals, manifestando: "Aun después de la guerra que nos dió la mitad del dominio de Méjico, buscamos durante décadas, nuevos caminos para apoderarnos de más territorios de ese país".

Es el mismo Mr. Beals quién hace la crónica del imperialismo territorial de los Estados Unidos del Norte. Y vale la pena reproducirla para dejar a un norteamericano la ingrata tarea. En descargo de lo que transcribo, insisto sobre la influencia de fuerzas ecuménicas imponiendo a los hechos una gravitación ajena a la voluntad de los hombres. En general, los acontecimientos que a diario agitan la humanidad, nacen en los planos superficiales de la existencia. Quedan para los grandes cambios fundamentales, la acción bullente y entrañable de esas profundidades donde mora el espíritu humano y los valores esenciales de la vida.

Dice Mr. Beals: "Desde 1824 nos hemos apoderado de la mitad de México, Puerto Rico, las Islas Vírgenes, Panamá; poseemos bases navales en Cuba y frente a las costas de Centroamérica, y no queremos renunciar a ninguno de nuestros asideros anteriores. Cuba está

bajo nuestro talón, gobernada por un oficial de ejército advenedizo, salvaje y audaz, que está a nuestras órdenes.[25] Nicaragua, Haití, la República Dominicana y Guatemala tienen dictaduras pequeñas y desagradables, algunas de ellas debidas indirectamente, por lo menos en parte, a nuestra causa. Nunca ha estado el mundo latinoamericano, desde la primera parte del siglo XIX, tan generalmente gobernado como ahora por tal serie de dictadores militares seudo fascistas rudos, carentes de respeto para sus propios pueblos, despreciadores de las promesas internacionales y que se ríen de las obligaciones serias. No es ahora un momento muy feliz para una decidida comprensión entre los gobiernos latinoamericanos, porque con tales gobernantes en el poder este entendimiento tiene poca relación con los pueblos del continente. Ni ningún representante norteamericano jamás se ha sentado antes con una banda de escamoteadores internacionales como ésta para hablar de un elevado idealismo. Sin duda, si las palabras pronunciadas por Roosevelt en Buenos Aires, en 1936, acerca de la democracia y la libertad humana, no se tomaron como un adorno diplomático, sino como una seria realidad por los pueblos de esos países, al momento soplaría un huracán de revolución política y social desde Cuba a la República Argentina".

En alguna oportunidad, analizando esas causas que escapan a la intención o a lo preconcebido, recordaba la analogía de ciertos fenómenos físicos, con los factores que frecuentemente impulsan los acontecimientos en la vida de relación colectiva. Está probada la influencia de atracción que los cuerpos de mayor masa, ejercen sobre los más pequeños, sin que esta ley del mecanismo cósmico despierte celos ni airadas protestas. Tal es el fenómeno puesto en lo inalcanzable de nuestra voluntad. Pero, el mismo orden gobierna la casi totalidad de los actos, y de las posibilidades de la existencia universal.

Aunque en ciertos casos pareciera apartarnos del régimen enunciado, él continúa ejerciendo ese poder del mayor volumen, en derivaciones semejantes. Por ejemplo, si ponemos en el mismo surco la semilla de un árbol de gran desarrollo, junto a la simiente de un arbusto, será cuestión de tiempo para que la desproporción de tamaño

25. Dicho militar no gobierna a Cuba, cuando escribo este libro.

provoque, con la sombra de uno, la precaria existencia del otro. Si transportamos el caso a la existencia humana, encontraremos siempre esa disparidad de fuerzas, ajenas en absoluto a una intención original. Asimismo, la enseñanza iniciada en la escuela elemental, reúne a un grupo numeroso de niños con iguales oportunidades; no obstante, muy pocos de ellos llegan a descollar como hombres famosos en las disciplinas intelectuales. En el sector de las actividades económicas ocurre otro tanto. Con el trabajo, la economía y la capacidad, labran su fortuna muchísima gente, pero llegan al dominio de grandes riquezas únicamente aquellos de excepcionales condiciones. Este simplísimo razonamiento puede extenderse de lo individual a lo colectivo; de lo que son facultades de un hombre, a lo que son virtualidades de un pueblo.

Comencé refiriéndome a la atracción que ejercen las grandes masas. Atracción o dominio en este caso. En la comunidad humana, dichas *grandes masas* se desarrollan a favor de sus condiciones intrínsecas, de sus cualidades y calidades privativas. Su acción sobre las otras, resulta de su propia fuerza, sin que para ello intervenga otra voluntad que la que surge espontánea de su dinamismo. Atrae o absorbe por natural consecuencia de esa actividad creciente. Su mismo acrecentamiento resulta de la absorción de las fuerzas menores. Una gran capacidad, sea de un individuo o de una nación, atrae otras capacidades. Es el éxito del triunfo.

Así planteado el problema, no puede, en justicia, incitar odio; cuando más despertará emulación. Nadie puede quejarse de no llevar una carga, para lo cual le falta fuerza. América ha brindado esa oportunidad a todos los hombres, y muchos, muchísimos la han aprovechado. La oportunidad estaba a disposición de hombres y de pueblos.

Es corriente atribuir a la suerte el éxito de cualquier empresa. Puede la suerte ser un factor providencial de excepción, pero los que confíen en ella, y aun con ella, y no pongan sacrificio, capacidad, ni trabajo de su parte, esa misma suerte será breve e infructuosa. La verdadera suerte se la hacen los hombres, en base a sus condiciones y a sus esfuerzos.

La segunda parte de este problema, consiste en la organización del trabajo y de las oportunidades. Saber que un arbusto no vive a la vera de un roble; tampoco un nuevo roble puede desarrollar su vita-

lidad a la sombra de un viejo roble. Es decir, existe un cúmulo de conocimientos que permiten salvar errores y aumentar probabilidades. Es la cultura. Solamente la cultura permitirá a los pueblos progresar racionalmente y, sobre todo, vivir racionalmente. Vivir racionalmente, supone saber discriminar, no solamente sobre las posibilidades económicas, sobre las ventajas de lo material, sino sobre lo abstracto y espiritual que hacen poderosos y felices a los pueblos. Sobre los derechos comunes, la justicia y la libertad. Comprender cómo esa desigualdad puesta por la Naturaleza en lo animado e inanimiado del Universo, es su propia armonía. Que tal desigualdad no involucra desprestigio, sino únicamente el necesario equilibrio que mantiene la vida, aun por encima de nuestras injusticias. Nada hay inútil; nada existe tampoco con valores ireemplazables, excepto, quizá, aquellas potencias cósmicas que rigen el orden y la vida de los mundos. Y esto, en nuestra limitada visión ante lo inconmensurable del tiempo en la existencia de los astros.

El progreso de las naciones no puede crear interferencias por su mayor o menor importancia. Todas observan ese equilibrio necesario a la vida y todas se precisan mutuamente. Menester será que los hombres pongan su buena voluntad en reconocerlo. Así pondrán también sus esfuerzos al logro de la justicia, para una convivencia social de recíprocas ventajas. Para la unidad moral y política de la humanidad.

Creo innecesario puntualizar el concepto económico que pareciera regir las relaciones humanas, hasta que la conflagración de 1939 puso al descubierto, que, sobre los intereses materiales, actúan respetables fuerzas morales en la existencia de las naciones. Si para alguien este detalle importante ha pasado desapercibido, no es posible creer que la terrible conmoción que el mundo está sufriendo, sea una incógnita para nadie.

A fines del siglo XIX, aparece el "control comercial" como norma en la vinculación internacional. Durante el siglo XX, la idea de amistad va adherida a la propaganda mercantil, como condición *sine qua non*. Estados Unidos entra en la puja de competencia por la "amistad" de los países del sur. La ofrece como un complemento a la venta de cigarrillos, goma de mascar, máquinas de escribir, rifles, automó-

viles y calcetines. Es cuando el lema de "buena voluntad" cubre la política del dólar.

Previo a todo juicio precipitado, será necesario meditar en esas causas que no pocas veces están por encima de todo cálculo. Ante todo, son expresiones climatéricas y circunstanciales de un ciclo en la existencia de los pueblos y en relación universal. Estados Unidos aparece en ese instante de la Historia mundial, cuando los grandes países europeos ponen en auge el dominio del oro y de la rapiña territorial. Cuando las grandes potencias, representando todo el poder y la civilización occidental, dejaron de ser meros factores políticos, para convertirse en empresas económicas nacionales. Explicando esta etapa, un diplomático y estadista norteamericano, decía: "Hacia mediados del siglo XIX irrumpe en el escenario político del mundo un actor de primera importancia llamado a desempeñar un papel predominante. Ese nuevo actor es el aumento de la riqueza en bienes disponibles, y, sobre todo, la distribución de esos bienes en manos de un número tan grande de población que hacía posible que esos grupos influyeran y, a menudo, dictasen la política de sus respectivos gobiernos y la supeditaran a la protección de sus intereses privados. La revolución industrial del siglo diecinueve, los grandes inventos, los nuevos métodos técnicos que fueron apareciendo en sucesión rápida e impresionante, y por encima de todo, la expansión y perfeccionamiento de los medios de comunicación, incrementaron extraordinaria y progresivamente la riqueza del mundo. La gran riqueza de bienes disponibles, planteó los dos problemas más importantes de la vida de las naciones modernas: el de su expansión fuera de las fronteras nacionales y el de su distribución dentro de cada nación. El primero trajo una exacerbación del nacionalismo, que produjo, como corolario un tanto paradójico, el imperialismo; el segundo produjo los movimientos político-económicos de toda índole, alrededor de los cuales puede decirse que gira la inquietud del mundo de nuestros días, y de cuya correcta solución dependen la paz futura".

"La repercusión de la influencia de la riqueza en las relaciones internacionales de los Estados Unidos fué bautizada con el nombre de diplomacia del dólar. Los financieros, con criterio simplistamente egoísta, entendían que los dividendos de sus empresas en el extranjero debían estar garantizados por los cañones del país. El pueblo norte-

americano dió a esa política un nombre gráfico y expresivo: le llamó la política del "big stick", del garrote. Detrás del dólar debía ir la presión diplomática." [26]

Mr. Braden nos habla en seguida de la intervención de los Estados Unidos en varias repúblicas sudamericanas, con fines financieros. No excusa el error de una política anacrónica, aunque en cierta manera la explica bajo el pretexto de prevenir que "países no americanos se inmiscuyesen en los asuntos de este continente". Tal actitud se denominó "corolario de Theodoro Roosevelt". Más adelante, Mr. Braden apunta cómo es preciso situar dicha política en el marco de su época. "¿Eran los Estados Unidos el único país que la seguía?", pregunta. Inmediatamente agrega: "Recordemos, aunque tuviera otro carácter, la intervención de Francia en México en 1861. En 1902, Alemania, Gran Bretaña e Italia decidieron, para cobrarse los créditos que tenían en Venezuela, enviar una escuadra conjunta para establecer un llamado bloqueo pacífico. El nombre no deja de tener cierta ironía, pues en el curso del bloqueo fueron bombardeados Puerto Cabello y San Carlos. Entonces fué cuando la Argentina aportó su gran contribución a la doctrina Monroe. Luis María Drago, cuyo nombre ha pasado al derecho internacional, formuló la doctrina de su nombre, que dice que "las deudas públicas no pueden dar lugar a una intervención armada ni siquiera a la ocupación efectiva del territorio de las naciones americanas por una potencia europea".

"Como véis — prosigue Mr. Braden — en la política internacional no actuaba únicamente el dólar. Actuaban también otras monedas. Permítaseme añadir, como detalle pintoresco de esa diplomacia del dinero, que en 1897, el gobierno alemán envió buques de guerra a Haití, para pedir una indemnización de 30.000 dólares en favor de un súbdito alemán envuelto en una disputa en que se ventilaban unos veinticinco centavos".

En realidad, la conducta internacional de los Estados Unidos, no importaba transgredir las normas de su época. Si algo tenía de insólito, era la capciosa interpretación de la zarandeada y célebre doctrina Monroe, cuya eficacia como garantía de derechos americanos, quedaba

26. Conferencia del embajador de Estados Unidos de América, en la República Argentina, Exmo. señor Spruille Braden, pronunciada en el Paraninfo de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, julio 21 de 1945.

supeditada, cuando convenía, exclusivamente a los intereses norteamericanos. Bueno es recordar una vez más, cómo, aun afloraba en la política internacional el viejo argumento de la fuerza, por encima de cualquier otro derecho.

No creo en países mejores ni peores; tampoco concibo gente orgánicamente correcta y buena, y orgánicamente incorrecta y mala. Una sola es la pasta humana y Dios modeló en ella a todos los hombres. Más tarde los pudo diferenciar su mejor ilustración, la experiencia de los conocimientos, la cultura.

La humanidad no avanza por una inconsciencia de bondad, sino por la conciencia de que el amor es el camino más corto hacia el corazón y hacia el logro de todo alcance. Amor, es comprensión ante todo; y únicamente la cultura nos lleva a la comprensión, que es también sabiduría. Se me ocurren estas reflexiones, para justificar y aclarar las que emergen de los acontecimientos. Y de cómo esos acontecimientos van jalonando el avance de la civilización. Pero, hay más que una mera explicación en mi deseo. Procuro desbrozar las sendas del entendimiento, para que penetre en ellas la luz de la verdad. Verdad que no es algo estático y perpetuo, sino transitorio, pues responde a la realidad temporaria. Debemos advertir toda la magnitud del dinamismo perenne de la vida, para no juzgar los hechos con el criterio de un momento extraño al del acaecimiento. Será difícil, asimismo, la intelección de sucesos de los que no tenemos experiencia, en ambientes ajenos a nuestro clima psíquico. Baste imaginar la diferente interpretación de un mismo asunto, por seres puestos en extremos antagónicos: un obrero y un patrón; un acreedor y un deudor; un sano y un enfermo; un rico y un pobre, etc. Sin embargo, unos y otros actúan en el mismo lugar y momento. Mayor divergencia interpretativa y posiblemente mayor error de juicio, encontraríamos cuando uno es actor en lugares distantes y desconocidos para quien abre opinión sobre su conducta. O esa lejanía está en el tiempo pasado.

A medida que la meditación nos lleva a más dilatados campos del razonamiento, más accesibles serán a nuestra comprensión humana los actos de otros hombres y otros pueblos. Y si nos colocamos hipotéticamente en el lugar que ellos ocupan, aun más fácil sería explicar

sus conductas. Posiblemente fatigue al lector mi insistencia en este sentido; excúsame el anhelo de despojar de prejuicios inhibitorios, la inteligencia de quienes procuro sean fieles intérpretes de mi pensamiento y de mis esperanzas.

## XI

# CULTURA

*Únicamente la cultura crea preeminencias racionales.*

No debe creerse en la superioridad de los pueblos, sino en la superioridad cultural de los pueblos. Alguien atribuye a la economía y a los recursos naturales un apoyo insuperable a la cultura; posiblemente. Mas, si algo definitivo pesa en el desarrollo cultural de un pueblo es la geografía, el clima.

He leído un libro, donde se exponen las más variadas causas a lo que da en llamarse nuestra inferioridad respecto a los Estados Unidos, o lo que es lo mismo, la inferioridad del sur respecto al norte. Unos la atribuyen a nuestra herencia española o en general latina. Así, un miembro de la Cámara de México, de sangre mixta, declara: "Nuestros países debieron ser conquistados por cualquier otro pueblo europeo y no por los españoles. Todo lo que nos dieron los españoles fueron sacerdotes, corridas de toros, una lengua y dolores de cabeza". Añade que trasplantaron al Nuevo Mundo sus sistemas monárquico, eclesiástico, militar y feudal. "Los españoles nos trajeron la idea de que el trabajo honrado es degradante; también nos trajeron fanatismo, el dominio para mantener a la mujer aplastada y el absolutismo político".

Otros culpan al indio, incapaz de un esfuerzo sostenido y de civilización. Hay quienes acusan del mal al cisma cultural y racial que aun mantiene a los países americanos divididos. Explican así el

retraso económico, inestabilidad política, dictaduras y nuestra debilidad. No faltan los que estiman fuente de poder y adelanto, la posesión de carbón y hierro; en ello fundan el desarrollo técnico moderno y la supremacía del norte. Tampoco escapan a la explicación de muchos los factores climatológicos y la geografía; éstos traen a colación la influencia del clima en la salud y la energía dinámica de los individuos. Asimismo algunos encuentran causa de desventaja la producción regional, cuando la economía depende de una sola cosecha. Ni se omite el factor financiero, cargando el retraso a la acentuada incapacidad de nuestros países en el control de sus finanzas, frente al abuso del capital extranjero y sus conquistas.

Hay quienes creen posible remediar nuestros males, dividiendo idealmente el territorio entre las naciones americanas. Culpan al reparto territorial de todas nuestras calamidades. No son pocos, además, los que claman contra el colonialismo; acusan a las oligarquías feudales que España nos dejara, como eslabones de enlace entre los estados americanos y el imperialismo económico británico y norteamericano. La Iglesia no podía escapar en la nómina de factores perturbadores. Se habla también de nuestro fatalismo enervante y de nuestra inmoralidad. Y, al fin, entra en la lista de infortunios la falta de higiene pública.

Cada uno de los que han imputado a cualesquiera de las causas aludidas u otras, el origen de nuestro atraso, tienen razón. Sin embargo, menester será discriminar sobre esa razón parcial y las otras razones, también aceptadas como verdaderas y respetables. Frecuentemente, obedeciendo a innatas predisposiciones, ponemos cierta parcialidad en el estudio o consideración de cualquier fenómeno de la vida. Cada uno de nosotros lo ve dentro del marco de su mayor capacidad. Así el médico ahonda los problemas de la higiene en relación con las enfermedades y la salud social; el abogado atribuye más importancia a las instituciones jurídicas; el sociólogo, a la influencia racial y psíquica en el desarrollo social y político de los pueblos; el comerciante y el financista, a los factores económicos; y así, por decidido que sea el deseo de ecuanimidad, hay una insensible inclinación a especializar y por ello a desvirtuar la verdad, en la solución o consecuencia alcanzada. Como vemos, en ello alternan nuestras simpatías, antipatías o predisposiciones intelectuales y hasta morales.

No obstante, dicho raciocinio expone dos aspectos interesantes. Uno, de intelección individual, aplicada al fenómeno integral de la existencia; y el otro, de cómo la unidad del fenómeno-vida, actúa en equilibrio de heterogéneos elementos concurrentes. Todos los motivos invocados en nuestro retraso existen entre nosotros; la dosis no importa. Pero también existen en aquellos países considerados superiores. Simplemente son atributos humanos, de los que el hombre de ninguna parte del mundo puede despojarse. La diferencia entre lo peor o lo mejor, que supone la gradación de inferiores o superiores en discusión, es únicamente consecuencia del nivel cultural de cada pueblo. En esto, asimismo, existe un equilibrio que es necesario considerar para no caer en error de juicio. Un pueblo puede ser de mayor cultura artística —por ejemplo— de cualquier especialidad científica o poseer destacados ingenios literarios, y su cultura general ser inferior a otros países sin notables relieves, pero con una mayor unidad moral e intelectual.

Innumerables elementos integran la cultura de un pueblo, pero, sobre todas ellos, está el sentido moral que le da jerarquía. No voy a internarme en la prolija argumentación que los sociólogos hacen de la inteligencia y la voluntad. Considero el tema pleno de seducciones, aunque en cierta forma vanas para definir algo terminante con respecto a América. Aquí, la mezcla de razas propende a afirmaciones de solidaridad, y establece una unidad psíquica y social. Fouillee alcanza esa conclusión, agregando: "no lleguemos a decir que la idea general de humanidad, con el respeto que inspira, nace de la mezcla de razas; pero sí por otra parte, el movimiento intelectual ha hecho nacer esta idea, encontrará seguramente, en una nación muy mezclada, un medio apropiado para su desarrollo y aplicación".[27] A su vez, esa mezcla de razas —como ocurre en América— destruye los lazos que unen grupos sociales de determinadas especies biológicas.

América, crisol de razas, salta de las posibilidades fisiológicas y cerebrales de cada raza, modificándolas de acuerdo al clima y a la tierra. Si en algo difieren los problemas del norte con los del sur, es en las fuerzas psicosociales dando formas a sus pueblos. Sobre las potencias de la simpatía o comunidad sensitiva y el acuerdo de las

27. FOUILLÉE. Ob. ctda.

inteligencias que se verifica por la razón, resalta a favor de los norteños el acuerdo de las voluntades que produce la acción en común o sinergía.

Se afirma que el carácter sociológico de un núcleo humano, es el resultado de siglos de convivencia. De tal suerte, ningún país de América tendría todavía definido carácter social, estando en el período de simple multitud. Pero aun en este caso, no se le puede negar un sentido social por rudimentario que sea. Nace de las ideas y sentimientos que reciben los individuos de la nación y por la nación; hay asimismo, cualidades de carácter que emergen del medio y por el medio. Luego, el individuo es un producto de un *sistema de voluntades* y de fuerzas en actividad. Un americano, por encima de cualquier otra característica, es un miembro de un sistema de sensibilidades derivadas del medio geográfico y de voliciones emergentes de la convivencia social.

El "determinismo sociológico" de que nos habla Fouillée, es, no sólo un conjunto de sentimientos e ideas, producido por la acción de los sentimientos recíprocos de cada uno sobre todos y de todos sobre cada uno, sino esos sentimientos en armonía con el medio potencial, dándole inspiración y rumbo y constituyendo el alma y la conciencia del pueblo.

Por ahí he hablado de *voluntad*. Posiblemente en esa potencia volitiva esté la mayor diferencia entre el americano de origen anglosajón y el de origen latino. Para el americano del sur, los razonamientos se realizan en base a pasiones fundamentales. Priman las ideas, en juego de nociones y deducciones, independientemente de sus resultados prácticos. Es decir, contrariamente al anglosajón del norte, al que no domina la necesidad de pensar sino de obrar.

El norteño ha heredado del inglés — y lo exagera con altanería —, su fuerza de voluntad. Nace esa condición de carácter en Inglaterra por imperio del medio rudo, que obliga a una ruda existencia. A fuerza de *querer*, con un fin útil o necesario, el americano del norte ha hecho del *querer* una virtud impulsiva y de la lucha un *sport*. Para los del sur, las voluntades y las sensibilidades actúan en un sentido menos efectivo, menos práctico. El norteño fía el éxito de toda empresa en la capacidad privada, en el esfuerzo individual. Los del sur descansan frecuentemente en la eficacia de los gobiernos y de las

leyes para resolver todos los problemas de la comunidad, incluso los privados.

Involucran estos dos grandes grupos normativos las graduaciones comunes a todo fenómeno social, donde las leyes escapan a la inflexibilidad matemática. Sobre todo, si realmente perduran las virtualidades tradicionales de latinos y anglosajones, ellas han sufrido la influencia de todas las razas, en todos los climas, en la amalgama más extraordinaria de la Historia de la Humanidad. Posiblemente los países que recibieron más caudal inmigratorio fueron los Estados Unidos de Norteamérica y la Argentina. Pero, ciertamente, en casi todos los estados americanos hubo afluencia, en mayor o menor número, de inmigrantes extranjeros. Si la ciencia sociológica confiere a cada raza un valor peculiar, o calidades y cualidades diversas, muy difícil será reconocer su influencia en la mezcolanza realizada en América. Porque no son únicamente los representantes étnicos de los cuatro continentes del mundo, volcados en América para fraguar un nuevo tipo humano, sino que a ello concurre la sangre aborígen del Nuevo Mundo.

Omitiendo cualquier otra consideración seudocientífica o perfectamente científica, puede llegarse a comprobar cómo seres biológicamente desemejantes, fijan una unidad psíquica y social. Lo he apuntado en párrafos anteriores, manifestando que el respeto a la idea general de humanidad, puede nacer de un movimiento intelectual que encuentra en la mezcla de razas el clima propicio. Por otra parte, se ha estudiado perfectamente el medio en la conformación social, así como su influjo sobre el temperamento, sensibilidad, imaginación y actividad. Todo esto no supone, empero, que las notables diferencias fisiológicas o psíquicas impuestas por el medio, puedan inhibir ciertos estados anímicos, o anular facultades sensitivas o temperamentales. Es decir, negar la posibilidad de obrar de ese movimiento intelectual ya aludido, en la creación de un sentimiento rector de la conciencia. El continente americano nos presenta el caso de que, ofreciendo todos los climas y altitudes, con sus peculiaridades naturales y producciones diversas, pudo conformar distintas economías y grupos sociales, pero no pudo negarles a ninguno su espíritu vernáculo de la libertad.

Las inferioridades surgen siempre de comparaciones parciales. Si nos referimos al hombre en sentido genérico, encontraremos en él

las virtudes y defectos comunes a todo ser humano. No será entonces peor ni mejor que otro hombre; será simplemente el *Hombre*. El *Hombre* en función de sus máximas disposiciones y negaciones, pero con un término medio siempre superior al común, pues responde a los extremos de excepción. Igual fenómeno ocurrirá si la unidad americana, vinculando todos sus pueblos en una gran confederación, diluye en la comunidad fraterna, las virtudes y defectos de la totalidad de los pasíes. El índice medio equilibraría beneficiosamente la totalidad americana.

Ninguna nación progresa sólo en razón del clima, del suelo y la raza. El poder de un pueblo ofrece elementos muy numerosos y complejos, que no pueden ser clasificados en determinados casilleros. Por lo pronto, consisten en posibilitar múltiples relaciones económicas; en aumentar la división del trabajo entre los hombres, haciéndolo de mayor eficacia, con una justa retribución del salario; en el incremento del cooperativismo y en mayor cohesión material y más unidad moral. No obstante referirme a "naciones" o "países", lo hago extendiendo las consideraciones al continente americano íntegro. Advierto, asimismo, que la vinculación de los países, condensando las poblaciones y estableciendo relaciones entre espíritus diferentes, tienden a precipitar el movimiento de las ideas y de la civilización. La facilidad de las comunicaciones, estimula este ventajoso y mutuo rozamiento de los pueblos.

No bastaría, sin embargo, todo lo relacionado con las *formas* y exteriorización social y económica, para la grandeza de los pueblos americanos. Hay que considerar el *fin social* en función de pensamiento y conciencia pública. Para América es la libertad, incitando totalmente el sistema social como el espíritu anima el cuerpo.

XII

# FALSA REALIDAD

*Ventana al futuro.*

Muy difícil será comprender nuestro momento, desconociendo el proceso histórico que le dió origen. Y en ese proceso intervienen elementos y factores que actúan, unos en forma invisible y otros visibles a nuestra intelección. Ya he tratado el aspecto que en la evolución de las ideas del siglo XX trajeron los descubrimientos. Expuse entonces el desequilibrio entre la conciencia moral de una época bullente, frente a la fantástica realidad construída por el genio de los sabios.

Los descubrimientos terminaron por deshacer los últimos baluartes de una fe cimentada en la ficción. Y la humanidad perdió el contralor de sus pasiones.

Rompiéronse los diques de la fe, cuando el anacronismo religioso de una iglesia quiso detener el ideal — fuente de la vida —, en un momento del tiempo. De una iglesia que no comprendió toda su grandeza cristiana, en la humildad y justicia de Jesús, y se hizo poderosa y prepotente. Olvidó, asimismo, que la vida es dinamismo y que los ideales, sin perder su belleza creadora, también evolucionan. Desorganizados los conceptos morales, frente a nuevas capacidades renovadoras estructurando una nueva naturaleza racional deshumanizada, los seres perdieron el dominio de sus actos y de sus mismos sentimientos.

Los elementos perturbadores, como los factores que van confor-

mando las etapas evolutivas de la humanidad, se diluyen en el pasado. Ninguno es definitivo, aunque todos incidan en notables transformaciones. Nada es definitivo, porque nada alcanza más que un instante del *Tiempo* en que la *Vida* existe. Ocurre, empero, que la costumbre adquiere más fuerza que lo que a su alrededor pretende variar lo establecido. Y esos embrionarios factores evolutivos, incapaces de realizar cambio alguno, van acumulando sus potencialidades parciales en el fondo de las conciencias. Primero asoman cual insinudos anhelos, hasta que, corporizados en el tiempo, aparecen como vehículos ideológicos en el clima psíquico de su época. Los plazos de incubación están proporcionados al medio de desarrollo. Es decir, a la velocidad en que pueden abarcar el campo del pensamiento colectivo. Casi cuatrocientos años precisó el cristianismo para penetrar en Europa.

Todas las creencias y conceptos sociales que la humanidad usufructuara, fueron supervivencias fragmentarias de otras creencias y conceptos pretéritos, aflorando en la subconciencia colectiva de cada etapa. Subsisten los residuos valorables en un perfeccionamiento constante. Pero, constantemente también hubo, entre la rutina y la reforma, una lucha enconada. Existió siempre la aversión en defensa de lo actual con lo que viene, como si el odio fuera abono precioso a todo nuevo alumbramiento.

Viven en la conciencia remotísimas ideas atávicas de la prehistoria, que, a veces, todo el poder de la razón y de la inteligencia no puede desterrar. "Podemos entenderlas aún — escribe Benedetto Croce — porque en las más bajas profundidades de nuestro ser, hay todavía huellas de esas disposiciones procedentes de una remota edad, por debajo de nuestra *refinada naturaleza,* al decir de Vico." Son las convicciones tradicionales que retienen la marcha del progreso. Quizá, a veces, obren sabiamente, equilibrando con lo conocido, el peligro de la inexperiencia o lo ignorado. Pero, indudablemente también, propenden al fanatismo irracional e incongruente. Tales pensamientos emergen generalmente de lo subconsciente en emoción pasional e inexplicable. Representan lo anacrónico en función conformadora de ideologías vigentes.

Sin embargo, el acervo psíquico de las ideas se transforma al irse enriqueciendo con las nuevas ideas en el curso del tiempo. Entonces,

aquéllas más vetustas sólo quedan en los cerebros rudimentarios de seres involucionados. Significa la permanencia de ciertos prejuicios emocionales. Aceptar palabras fetiches en conclusiones razonables, es contribuir a confundir los principios auténticos de la razón.

De manera vulgar, he expuesto el proceso intelectual y espiritual en función progresiva. O lo que es lo mismo, la captación mental de la civilización por el hombre. Pero esta regresión de los hechos al cerebro que los crea y de éste nuevamente al campo experimental de la práctica, van dejando enseñanzas e ilusiones a veces insatisfechas. Sin embargo, todo obedece a un ritmo y una capacidad. Cuando la velocidad o el volumen superan ciertos límites, el régimen se resiente. Entonces, —como ahora— las imágenes deformadas confunden, hasta crear un falso sentido de la realidad. Es que el proceso entra en una carrera inusitada a la visión formal del fenómeno. Obedece también a una gimnasia de la inteligencia, graduada por la cultura colectiva. En la existencia de esa cultura hay una intuición del conocimiento, intuición que emerge de la ilustración adquirida y que es negada a la ignorancia. Con todo, la cultura media tiene un término medio de comprensión, y dentro de esa frontera, actúa una moral apropiada. Puede decirse que la economía cultural, elabora a su medida y esencia, una economía moral en función sobre las formas sociales, económicas y políticas. Pero, cuando esa cultura en función, es superada violentamente por transformaciones o descubrimientos que provocan cambios en el régimen e interpretación de la vida, es necesario un grande esfuerzo intelectual, que muchas veces no alcanza la precipitación exigida. Entonces, ese retardo produce una laguna y la comunidad vive un régimen superior a su intelección y por supuesto, a su moral.

Es lo que ocurrió en 1914. La guerra ocultó esa realidad. Con la paz, descubrióse nuevamente el desequilibrio. Revolvíase la humanidad frente al horizonte de un mundo extraño a su comprensión y con una moral inadecuada. Sin embargo, a pesar de las aparentes complejidades, lo confuso no estaba en la resistida transformación presentida, sino en esa lucha de lo establecido por la costumbre y la reforma evolutiva. El mismo fenómeno ocurrió cuando la iglesia de Cristo modificó los antiguos cultos del paganismo; los primeros

cristianos, sufrieron persecuciones, fueron quemados vivos y martirizados como seres que pretendían alterar el orden instituído. Más tarde la Inquisición quemó y torturó a los que no eran cristianos. Otro caso destacado lo ofrece el liberalismo, cuyos defensores fueron fusilados en las calles por "revolucionarios" enemigos de la tranquilidad, que el poder arbitrario y divino de los reyes imponían. Más tarde, cuando ya el liberalismo era una cosa común, ocupó su lugar vituperado el socialismo; ahora le toca al comunismo... La marcha del tiempo no es, mejor, no debe ser algo ignorado por nadie; sin embargo, nada hay en lo individual y lo colectivo más ajeno al entendimiento que ese devenir de las horas, años y siglos. Devenir que supone muertes y nacimientos; y reformas. No obstante, pareciera que los hombres buscaran las más peregrinas razones para negar al tiempo su tránsito por la vida, y a la vida, sus perennes transformaciones.

Con la paz de 1918, afloraron nuevamente las causas que ni la guerra, ni fuerza alguna, podían arrancar del camino del progreso y de la civilización universal. Otra lucha comenzó entonces. Era el combate eterno del prejuicio rutinario, de lo anacrónico, con lo que nacía. ¡Eran todas las fieras agazapadas en las oscuras cavernas del subconsciente humano, abalanzándose para detener el día que venía! En lugar de meditar en las ventajas de ideas y formas que surgían impuestas por la humanidad misma, los hombres les negaron su paternidad, acusándolas de traer "el desorden, la revolución" como siglos antes ocurriera a lo que hoy son magníficas conquistas del derecho, la justicia y la fe. Otra vez la vida enfrentó a la vida. Los argumentos que los hombres esgrimen son siempre los mismos. La conformidad simiesca a lo cotidiano y actual, y la repulsa violenta a todo cambio que involucre modificación a lo adoptado. Por algo aun todos los hombres del mundo usan tres botones inútiles en los extremos de las mangas de sus casacas. Hace doscientos años servían para abrochar la manga sobre los encajes flotantes de las camisas. Pero, ¡guay del sastre que no los ponga!

Siempre el privilegio existió en el mundo, aunque los pueblos fueron reduciendo jurídicamente las atribuciones que rompieran la igualdad del derecho común. El absolutismo que durante miles de

años pesara sobre la existencia de los seres, dejó, asimismo, honda huella en la rutina que aun ejerce tanto influjo sobre la razón y la justicia misma.

"La Paz de Versalles — decíamos en otro libro — podía haber sido firmada en cualquier año desde 1700 hasta la fecha en que fué rubricada". Cualquiera, al remontar la Historia del Mundo, encuentra los mismos factores moviendo los mismos intereses. Vuelve a la memoria esa ignorancia del tiempo, ese desprecio por lo que nace. En 1918, el tránsito de los años pasó sin dejar rastros para los gobernantes de Europa.

Hace más de un año, cuando todavía perduraba la guerra y Alemania pretendía la victoria, escribíamos estas páginas que reproduzco, en parte, recordando los *corsi y recorsi* de que nos habla Vico, produciendo la grandeza y la decadencia de las grandes naciones.[28] "Y al mencionar al eminente pensador napolitano del siglo XVIII, recordamos con cuánta verdad actual excusaba entonces a *la rústica barbarie de los sentidos* de los hombres primitivos, mientras fustigaba acerbadamente la *barbarie reflexiva*, en la cual se despeñan las naciones, después de haber alcanzado la cúspide de su desarrollo.

La *barbarie reflexiva* a que se refiere Vico, prosiguió alentando la política comercial desde hace trescientos años al presente. Modificó sus formas a influjo de las épocas y de las costumbres impuestas por los adelantos obtenidos, pero continuó con los arbitrarios métodos de dominio brutal, remotos y anacrónicos del Estado y de la Nación Estado. La competencia, — factor de progreso y mejoramiento industrial — a influencia de esa *barbarie reflexiva*, se convirtió en causa promotora de matanzas y de guerras. Puede advertirse, sin embargo, en el conflicto de 1914 que aun conmueve al universo, un hecho singular. Es el que una gran guerra mundial se transforma en la más honda revolución social, económica y política que vieran los siglos. Ello descubre, al entendimiento menos avisado, como fuera en verdad, la válvula por donde escapó violentamente el vapor acumulado en la ebullición de esperanzas y deseos retenidos. Y eso no lo vieron los ancianos estadistas que elaboraron el Tratado de Versalles, ofuscados por sus resentimientos y amarguras. Wilson, en cierta

28. Del libro ya citado: *Génesis de un sentimiento democrático*, que escribiera el autor con el señor Rodolfo A. Fitte.

manera, pretendió orientar esa fuerza sofocada, pero los hombres que manejaban la peligrosa máquina cerraron la válvula. Estaban demasiado imbuídos de su ambiente para caer en la cuenta de tan fatal actitud.

Fué así cómo los ideales de América y todos los juveniles entusiasmos de los que fueron a la lucha y murieron en "una guerra para acabar las guerras"; los que creyeron que los famosos catorce puntos de Wilson serían las tablas de la ley del nuevo derecho internacional; los que pusieron sus vidas por la libertad de las pequeñas nacionalidades; los que imaginaron salvar la democracia del mundo, todos ellos, se vieron defraudados, engañados, mentidos. Para los ancianos estadistas de la vieja Europa, tales entusiasmos, tales anhelos, tales ideas, eran simplemente absurdos inadecuados, herejías. Por eso, no bien el presidente Wilson, enfermo y descorazonado, pisaba la borda del barco que lo conduciría de regreso a América, los políticos europeos se pusieron activamente a la obra de desvirtuar su labor, entregándose a los viejos procedimientos de tratados secretos y sombrías alianzas. La regresión a la rutina anacrónica, les hizo creer en la posibilidad de tapar el cielo con un harnero. Pero el tiempo siguió su marcha, indiferente a esa "barbarie reflexiva" que volvería a hundir el mundo en un horrible caos de sangre y exterminio.

En vano América había ido a Europa llevando su fervor generoso, su sangre y sus riquezas. Era la tragedia común de los grandes sueños. De ese gran sueño de Wilson, que era también de América, esfumado entre la bruma espesa de una diplomacia insincera y de la mofa. Con todo, detrás de los gobiernos estaban los hombres, los pueblos, que vislumbraron en el programa wilsoniano algo que podría dominar la guerra universalmente. Fué el acontecimiento más grandioso y lo único positivo que dejó la guerra del 14; una llamarada luminosa en el cielo gris de la duda.[29]

Poco discurrir ha menester para hilvanar las ideas expuestas en otros capítulos anteriores de este libro, con el desarrollo de los sucesos. Fácilmente puede irse ensamblando el cisma de las ideas con el cisma de los procedimientos, explicando lo paradojal y la intransigencia en

29. Si Wilson estaba o no equivocado, es cuestión ajena a la sinceridad de su deseo y al incumplimiento de su programa. Hoy, a veintiocho años de distancia, podemos discriminar con mayor acierto.

los aconteceres. ¿Por qué se había combatido, sino para crear un mundo mejor? Extrema gravedad cobra ese interrogante que los pueblos se formulan. Afróntase la evidencia de una humanidad atada a los antiguos prejuicios, frente a otra, deseosa de producir hechos nuevos y nuevos métodos de convivencia. A nadie se oculta el entredicho; nadie tampoco ignora la imposibilidad de mantener el edificio tambaleante de una etapa caduca. Pero, a la par de esas verdades que han surgido de la devastación y el sacrificio de una guerra inútil;, a la par de la muerte y el dolor estéril de millones de seres inocentes, se palpa la incomprensión. Esa inmolación criminal, pareciera un episodio intrascendente a la mentalidad de quienes creen posible aceptar los tremendos acontecimientos, sin transformar las causas promotoras. Siguióse pensando en las ventajas, con olvido del hombre. La lucha planteada, reside ahora en ese hondo sentido humano, enfrentando viejos sistemas de una organización política y económica, que hacía del individuo un factor secundario a los altos intereses del Estado y del régimen capitalista. Como en todo, esos sistemas perdieron el ritmo que la civilización imponía a la vida universal. Retardaron la evolución política y económica, en un clima donde los descubrimientos acelerando las actividades y aumentando las necesidades, forzaban la vinculación íntima de los pueblos, a costa de la superstición nacionalista.

El problema político quiebra el racional proceso evolutivo en 1918. Las rivalidades económicas, puestas como factor preponderante, son complicadas con la creciente desocupación provocada por la paralización total de la febril industria bélica. Con la firma de la paz, el regreso de grandes masas de hombres de los frentes de guerra, acrecienta el pavoroso problema de la inactividad. La crisis se enfrenta sin energía; aun se contempla respetuosamente el poder capitalista. Aparece entonces la certidumbre de que algo debe ocurrir irremediablemente. De esta atmósfera emerge una ola de exaltación nacionalista, fomentando ideologías extremas y la exaltación del Estado.

Me he esforzado en demostrar la incomprensión que los individuos o determinados grupos, muestras por los grandes cambios de la historia. La evolución de la sociedad ha alcanzado en la actualidad un punto en que los procesos no pueden aceptarse sin su comprensión adecuada por parte de los actores. Por lo pronto, los núcleos políticos,

absorbidos por sus propios intereses inmediatos y mezquinos, muestran incapacidad e indiferencia desconcertante ante los trascendentales problemas que amenazan la sociedad. Una sociedad retardada no sólo frente a los compromisos de una vida distinta, sino a una psicología, una moral y una técnica en muchos sentidos completamente diferentes a los usados en el pasado. Para lograr esa comprensión en base a una nueva psicología, una nueva moral y una nueva técnica para resolver los conflictos, será menester rehacer al hombre. Un hombre nuevo reconstruiría una nueva sociedad. Preciso es la reinterpretación de los objetivos humanos de acuerdo a los descubrimientos, a la civilización actual; una nueva capacidad humana con una moral al nivel de esa civilización. En suma, con una cultura superior.

He hablado de cultura y toco el punto neurálgico del drama presente. Del dualismo del hombre, "*cuerpo y espíritu*", ante el dualismo de la vida, "*civilización y cultura.*" Del primero tratan páginas anteriores de este volumen y lo haré más adelante del segundo, reproduciendo lo que dijera Josué Gollan, glosando, en parte, a Samuel Ramos, pues ello encierra un concepto americano del problema que Mannheim [30] interpreta con espíritu europeo y bajo la presión perturbadora y tremenda de los acontecimientos que tienen convulsionado el viejo mundo.

"La satisfacción del cuerpo y la del alma, han creado — escribe Gollan —, un mundo en pugna entre la civilización y la cultura. *Cultura* que es el sentido espiritualista de la vida, cuyo origen para nosotros remonta al pensamiento griego y al cristianismo, y *civilización* que es el sentido material de la vida, perfeccionado en alto grado por los adelantos de la ciencia, no siempre puesta al servicio del bien. La excesiva contemplación de los intereses materiales y la reavivación de los instintos, han forjado un tipo de hombre orgulloso y prepotente; y una tergiversación en el sentido de los valores ha alterado el orden natural de las cosas en cuanto a su importancia para el hombre. Así, con frecuencia, se eleva a la categoría de *fines* lo que sólo son *medios*. En las ciencias se sobreestima la importancia de los problemas técnicos, olvidándose que su fin es servir al progreso espiritual y material de la humanidad. En las artes se elevan a la categoría de obras maestras

30. En *Libertad y Planificación Social*.

producciones de calidad discutible, sólo porque la técnica empleada ha sido brillante e ingeniosa. En la organización de la sociedad, el orden y la disciplina, medios eficaces para el progreso, se instituyen en fines, violando el espíritu de los hombres al tratar de impedirles la libre manifestación de su personalidad y pretender trasponer el sagrado umbral de la conciencia. Pero, a pesar de todo, una auténtica y equilibrada reacción espiritualista ha de triunfar y por ella la ciencia se pondrá al servicio exclusivo del bien y el hombre se encauzará por la senda de la normalidad . . ."

"El bienestar y felicidad del hombre está en saber satisfacer la totalidad de sus aspiraciones, armonizando las necesidades del cuerpo con las del espíritu. No puede el hombre satisfacer ampliamente sus apetitos; en saberlos moderar y regimentar está la condición indispensable del vivir en sociedad, y en perseguir ideales de vida más desinteresados, la condición de ser feliz. La justicia social que se reclama, no puede derivar simplemente al derecho traducido en ley. Es indispensable un sólido fondo moral en los hombres que voluntariamente los conduzca al cumplimiento de las normas jurídicas y al culto del bien, animados por el amor a sus semejantes." [31]

Con frecuencia se critica hoy que todo argumento ajeno a la estadística, extraño a la realidad matemática, es un sermón laico o una utopía. Aun para comprender la libertad, se la hace satélite de la economía. Sutilmente Croce nos presenta el dilema, forjado en el siglo XIX y que aun circula con seguridad de proverbio, "que el liberalismo da al hombre la libertad meramente jurídica, pero no la libertad seria y plena, que es la libertad económica, o, — acudiendo a referencias históricas —, que la Revolución francesa estableció la libertad *formal* y para fundamento de la libertad *real* es necesario la revolución del proletariado." Croce niega esta disparidad, afirmando que "la libertad será siempre formal y jurídica, y por lo tanto, espiritual y moral. Para el filósofo italiano, la revolución del proletariado, en lo que supone redención económica, no significa vida moral, "dado que la moralidad está en todo esfuerzo moral, que crea por sí mismo una riqueza de tal calidad que ninguna energía económica pudiera jamás crearla." Precisamente para redimirse de esta servi-

31. JOSUÉ GOLLAN (h.), *La Universidad al Servicio de la Democracia.* Una experiencia en política universitaria. Rosario, 1945.

dumbre de las cosas, — añade Croce — "no se ha encontrado más medio que el de elevarse a la vida moral, donde los obstáculos mismos se hacen instrumentos de su fuerza." Advierte sin embargo, que con la fórmula antedicha no se pretendía la imposible libertad de las cosas, es decir, de los vínculos de la realidad, sino que sólo se intentaba afirmar la oportunidad o la necesidad de una reforma económica en el ordenamiento de la propiedad. Para terminar agrega estas palabras: "Téngase siempre presente que, por muchos esfuerzos que se hagan para obtener, o sólo para idear, un igualitarismo económico absoluto, éste ha de tener por carácter propio e inseparable, el de no poder ser nunca absoluto, porque sólo la conciencia y la libertad moral es absolutamente igualitaria y sólo en su esfera el hombre más pobre dotado de espíritu, el *pauper spiritu,* puede mirar a la cara al hombre más rico, poderoso y afortunado que haya en el mundo, juzgarle y tratarle según su valor." [32]

Waldo Frank nos incita a descubrir *"nuestro nuevo valor"* americano. Aunque se refiera al de su país, Norteamérica, es posible extender el concepto a la América toda. Dicho valor no puede ser una creación antojadiza, una imposición, ni un deseo. Lo encontraremos solamente encontrándonos nosotros mismos. "Somos todos, — dice — hijos de la Europa medieval y de la edad moderna americana y europea. Y si sintetizamos los valores de esos mundos en el nuestro, obtendremos nuestro propio valor."

Es interesante conocer cómo este autor explica el *valor de Síntesis.* Comienza preguntando: "¿Cuál es el valor de Síntesis? Veámoslo; la esencia de la Tesis permanece: lo eterno está en el hombre y su necesidad de ser salvado es en realidad su necesidad de vivir lo eterno, dentro de su naturaleza. La intuición de esta verdad, se hallaba ya en el más profundo de los padres de la iglesia. "La vida eterna, — dijo San Agustín — es el conocimiento real de la verdad." Queda la esencia en la instrumentalidad de la gracia. Pues, ¿Qué es la gracia, sino la bendición de la experiencia intuitiva del hombre, acerca de su participación orgánica en esa verdad que denomina divina, porque le trasciende y porque está en él? Este conocimiento no es irracional sino *pre-racional.* En su nacimiento, la razón no existe, y una vez

32. Benedetto Croce. *La Historia como Hazaña de la Libertad.*

que él ha nacido, y junto con él la razón, tampoco puede ésta destruirlo. Es el sentido de la integración entre el ser y el Cosmos, no idéntico sino análogo al sentido que tiene el niño de su integración como ser, que también es pre-racional y en verdad pre-vocal. El niño sabe que él es *uno* y actúa en consecuencia, mucho antes que pueda razonar de ello."

"El valor de Antítesis del bienestar señala la reacción contra la Tesis. El hogar del hombre — replica —, está aquí en la tierra; dejad que la conquiste, establezca su salvación y sea feliz en ella. Y aun en su alma no se encuentra solo, puesto que es un miembro de la sociedad; de donde la justicia social se convierte en un coeficiente de salud individual. Cesad en vuestro empeño de mantener aislado este valor de Antítesis del bienestar; tomad su acentuación de la libertad y de dominio de la tierra y fundidla en el impulso de salvación e intuición de la gracia de la Tesis: preservad la razón, como un instrumento generalizador de contralor y organización . . . y habréis obtenido la Síntesis".

"Tendréis, así, — prosigue Waldo Frank — en lugar del *individuo* atomizado e irreal, la *persona*. En lugar de la salvación transmutada a otro mundo, porque en éste nos hallamos desamparados, la salvación de vivir nuestras vidas *ahora*, por medio del conocimiento, la voluntad y la experiencia de *personas*. En lugar de la gracia otorgada ciegamente por un mito, la gracia de la intuición creadora del Dios dentro de nosotros, que nos conduzca, con la ayuda de la razón, a la creación de relaciones humanas, de ciudades, campos y naciones donde las *personas* puedan vivir. Y tendréis una armonía de la totalidad de la naturaleza humana, en lugar de una ilusión de bienestar basada sobre la premisa de la negación de las trágicas dimensiones del hombre y de su dinamismo místico, que luego a causa de haber sido abandonado por la razón, toman su desquite en movimientos de locura tales como el fascismo. Esto, expresado abstractamente, es el valor, cuyo potencial en todos los hombres, puede conocer cualquiera que haya observado jugar a los niños pequeños, con profunda atención; proviene de ahí la mística verdad pronunciada por Jesús: "De ellos es el Reino de los Cielos." Es el valor que miles de artistas y técnicos deben encarnar en cada senda de la vida, especialmente en la humilde. Es una aplicación del instrumentalismo de John Dewey, en una pro-

fundidad que él mismo trágicamente negara; una metodología para trasmutar *dentro* de nosotros la revolución que está *sobre* nosotros; de ir de la Necesidad a la Libertad. Ello es según creo, la esencia de lo que los profetas significaban por Religión."[33]

Me ha parecido oportuno reproducir ese "nuevo valor" enunciado por Waldo Frank en mérito a su significado espiritualista. Eludo intervenir en las interpretaciones ortodoxas de la iglesia, sin desconocer la emoción sublime que el amor pone en las palabras de Jesús, ni la profunda humanidad del cristianismo. Todo ello supone la liberación de la conciencia, para volar por los espacios invisibles en procura del ideal, cada vez más alto y más perfecto. La *Síntesis* de Waldo Frank, es la comprensión y compenetración de la ciencia con las religiones formales de que nos habla Joaquín V. González, al asegurar que la ciencia no anulará del espíritu humano la idea religiosa o mística, "entendida como una fuerza expansiva y ascendente hacia una vida psíquica superior y universal." Al contrario, esa vinculación de lo *alcanzable* y lo *inalcanzable*, abrirá sendas más claras a la conciencia colectiva. Por esas sendas la ciencia ha descubierto la esencia del alma. Es decir, puso en contacto la más alta abstracción del pensamiento con la realidad del sujeto y la materia.

Según González, el maravilloso poder y triunfo de la ciencia al descubrir la esencia del alma, funda "no una dualidad antagónica entre el alma y el cuerpo, origen de todas las flagelaciones y maceraciones suicidas, de las *masacres* en las guerras de conversión, sino una unidad consustancial e indivisible entre una y otra, y esa tendencia conduce a la espiritualización de la vida y de todos los fenómenos individuales y colectivos."

Colocados en nuestra realidad actual, menester es impregnarnos profundamente de esta verdad salvadora. Meditar cuanta fuerza supo despertar en el ánimo de quienes sacrificaron sus existencias por salvar los ideales de una humanidad atormentada por sus pasiones y sus intereses bastardos. No es posible cerrar los ojos ante los inauditos ejemplos de abnegación personal de que fuera escenario la tremenda conflagración cuyos estentores conmueven aún el mundo. En lo más hondo de cada uno de ellos, se siente el fuego escondido de una

33. WALDO FRANK, *Rumbos para América.*

inspiración inmanente, emergiendo ante el sacrificio de la vida misma. En ese flamear del espíritu sobre la bestialidad de un mundo demasiado cobarde, se destaca el nombre de una mujer sublime, Miss Edith Cavell, símbolo altísimo de ese ideal que en el Sermón de la Montaña nos habla del amor entre los seres. Mis Cavell — escribía González — "en la última meditación de su capilla, sobre los libros inagotables de contemplación mística, de la Biblia, ha dado en una sencilla y lapidaria sentencia, nacida de lo más hondo de su alma en el trance supremo, la solución a todo el problema: *"el patriotismo no es suficiente.*"

En esta gran tarea de paz y de amor que el mundo debe emprender urgentemente, esa voz pareciera querer despertarnos de nuestra cobardía, embozada tras una frase consoladora: ¡patriotismo! ¡Pero el patriotismo no basta! Como no basta el honor, la ley ni el amor mismo, si tras ellos se esconde el egoísmo que los pervierte y hace falsos!

XIII

# EL HOMBRE SOBRE EL ESTADO

*El problema social en la lucha por un mundo mejor.*

En el mundo se está elaborando una nueva concepción de la vida de relación entre los hombres. Pugnan en la tarea ideologías antagónicas en un complejo de intereses, factores y circunstancias de distinta índole. A pesar de la divergencia de tan dispares elementos, es posible advertir la marcada ventaja de las doctrinas espiritualistas, sobre el materialismo del sistema económico que tanta preeminencia tuvo y aun mantiene en la existencia humana.

La crisis actual, que es evento de orden social, enfrentó a los que propugnaban la prioridad del Estado respecto al ciudadano, —convertido en instrumento nominativo y anónimo del mecanismo social— con quienes reconocen al hombre en significación absoluta. Al hombre y su vida interior y espiritual, en razón básica del ajuste jurídico y social del Estado; y al Estado, únicamente, en organismo protector de su bienestar y dignidad. "Todos percibimos, decía en un discurso el doctor Josué Gollán —entonces rector de la Universidad Nacional del Litoral—, que la humanidad va en camino de una mayor socialización; ninguna tendencia política se manifiesta disidente con esta dirección; al contrario, el aspecto socializante es motivo común de proselitismo. Las grandes divergencias radican en la forma y grado de socialización y en los medios para alcanzarla y sostenerla." Este

enunciado, que ha traspuesto el límite de una preocupación sociológica para penetrar en el campo experimental de lo positivo, expone enseñanzas singulares. Permite apreciar claramente las funestas consecuencias para hombres y pueblos, de los sojuzgamientos y las carencias y excesos de todo orden. Y pone en descubierto asimismo, la relación indivisible de lo económico y espiritual en la vida de la sociedad. Cualquiera falta de una de ellas, perturba la dignificación de la humanidad, en un régimen de paz y de concordia.

Los problemas sociales que periódicamente agitan a la humanidad, expresan la brega sin término del progreso. También esta evolución sincroniza con los adelantos científicos y los descubrimientos. El poder formidable de la civilización presente, al conquistar las distancias reduciendo el volumen del planeta, ha concentrado la cuestión social en dos extremos antagónicos. El que avanza, partiendo del predominio, hacia una socialización con características ecuménicas, y el que retrocede para afirmarse en las fuerzas desplazadas del dominio brutal del Super-Estado. Una, impulsando la existencia hacia la estructuración de la comunidad cristiana de amor y respeto; la otra, deshumanizando al individuo para transformarlo en tornillo de la gran máquina estatal.

Hay aquí una sugerencia falsa; es donde aparece el Estado en entidad hermética a toda otra actitud que la impuesta por sus leyes. Las leyes nunca podrían ser extrañas a la voluntad y a la razón de quienes las promulgan con un fin de orden social. En su negación reside la falsedad, cuando el Estado se convierte en la razón y en el poder de un *Führer* o de un *Duce*. Repítese aquello de Luis XIX, el *Estado soy yo*. Tras las rígidas, enormes fábricas de burocracia estatal, está el tirano. Aunque parezca paradójico, la inflexibilidad del sistema no radica en la mecánica de su organización, sino en la prepotencia pretoriana del dictador. Confúndense en tan siniestra figura las ambiciones y propios beneficios, con los importantes y complejos intereses de la comunidad. Para explicar esta anomalía el dictador se convierte en iluminado, en providencial. En su visión sobrenatural reside la verdad, la justicia y el porvenir grandioso de la patria. Es el mito fascinante, no la interpretación racional.

Todas las circunstancias derivadas de las actividades materiales y cerebrales del hombre actual, han llegado, por distintos caminos a esos dos grandes núcleos antagónicos. El de la libertad, que tiende a hacer de la ciencia y de la máquina instrumentos de cooperación a la felicidad humana, poniendo las cosas y las leyes al servicio del hombre, y el del absolutismo totalitario, que coloca al individuo al servicio de la organización estatal. He apuntado como éste último es, en definitiva, una retrogradación con las aptitudes actuales, a las actitudes arbitrarias y remotas del despotismo. En verdad, fácilmente puede advertirse a través de lo expuesto, que la presente contienda universal se bifurca en dos sentidos inconciliables y culminantes: la libertad contra el dominio, contra la servidumbre. Y la libertad que es una atribución de la vida misma, un derecho inherente a la existencia y fundamento irreemplazable de su dignidad, puede ser una especulación metafísica para el criterio político europeo, pero jamás discutida como verdad esencial en la normalidad americana. Tan singular circunstancia suscita la diferenciación notable de ambos continentes, en el combate ideológico que agita al mundo.

La violencia únicamente puede detener en forma temporaria al proceso social. Desde que el conocimiento pudo interpretar los aconteceres de la vida, llegó asimismo a comprobar como la identificación de la voluntad y del pensamiento se produce en aquellas oportunidades de dictadura, cuando el pensamiento, dejando de ser creador de verdad y haciéndose tendencioso, decae hasta la mentira. Tal ocurre en ciertos períodos revulsivos, en que la conciencia y el pensamiento son subyugados por una acción transformada en fuerza anulatoria y dominante. Entonces, el furor pasional y patológico domina, en una acción convertida en espasmo.

Frecuentes fueron en la Historia estos períodos, agudizados de modo particular en nuestros días, cuando los horrores de la guerra de 1914, superando la resistencia física y moral de los seres, provocaron una neurosis colectiva. Nada más propicio que este clima para perturbar la razón, subordinando el espíritu y el pensamiento a la actividad absorbente de una voluntad morbosa.

La circunstancia que el problema social sea hoy un fenómeno común a todas las naciones del mundo y que ese fenómeno se sin-

gularice en la controversia y antagonismo de dos sistemas, determina el progreso alcanzado por la civilización actual. Bastaría la simplificación del fenómeno y su comprensión por una gran mayoría de pueblos, para explicar que un espíritu más elevado, abre sus puertas al entendimiento de la vida. No quiere esto decir que las cuestiones de fondo hayan variado, sino que se ha eliminado de ellas toda la hojarazca donde se extraviaba antes el buen camino. Tampoco significa haber alcanzado el límite donde los elementos divergentes se unan en soluciones definitivas y permanentes. Tal sería la utopía de un estatismo imposible. Pero, sobre cualquiera de las causas, — que siempre habrá — dificultando el progreso social de la civilización, es indudable que entramos en un nuevo carril, poniendo los problemas orgánicamente fundamentales de la vida humana en trance de juicio. Desde ahora, posiblemente, se eliminarán muchas prevenciones que perturbaban las soluciones mejor inspiradas.

Hasta el presente, la universalidad de las relaciones entre los países, estaba reducida a la política internacional y al comercio protegido. Las ciencias y el arte, actuaban con fueros propios, de acuerdo a una comunión espiritual ajena a leyes y fronteras. En los últimos años, el mundo se ha vinculado por y sobre los altos intereses nacionales de cada país. Ya no son únicamente en los Congresos Internacionales, donde se discuten los grandes acontecimientos políticos o económicos de los Estados; ni los no menos graves Congresos Científicos, poniendo sobre el tapete el formidable avance del saber. Ahora, los obreros y los estudiantes del mundo también se reunen en Congresos Universales, por iniciativa propia de sus gremios, para tratar el devenir de sus destinos. Nunca mejor representado que en ellos estará el trabajo del músculo y del cerebro. Estará, además, el dolor y las esperanzas de un mundo distinto. Por eso digo que penetramos en una nueva senda, para encarar los problemas orgánicos de la vida humana.

Escribo este libro para América. Pero sería imposible pretender que nuestro continente pudiera eludir las influencias ambientales de Europa, y en menor escala, del universo todo. Durante el último cuarto de siglo, esas fuerzas, constituyendo un estado de inquietud, conformaron en realidad el *estado de alma* de gran parte de la hu-

manidad. Ese *estado de alma* tiende a la unificación espiritual, es decir, a la preparación de una nueva síntesis que armonizara las potencias materiales y anímicas de la sociedad actual. No voy a internarme en abstracciones ideales, que ya se materializan en una democracia educada, cuyos principios y conceptos van presidiendo el desarrollo de la civilización occidental. Por ahora, limitaré mis reflexiones a las que surgen de nuestra realidad americana. Desde hace treinta años, el mundo vive en pleno reajuste de las viejas normas. Es un estado de crisis renovadora, de revolución integral, que llega al desequilibrio rítmico que los descubrimientos impusieron a la existencia. La precipitación de los acontecimientos, se regula por la precipitación de las circunstancias que los provocan. En cierto modo, adquieren rapidez tan vertiginosa, que la comprensión colectiva pierde contacto con la realidad. Entonces la razón no actua en función rectora, dejando a la pasión el gobierno de la voluntad. Es cuando afloran todas las injusticias, miserias y dolores, en un grito reivindicatorio. Se pensó en resultados inmediatos, pero pronto la decepción cayó sobre los que creyeron en ello. Era una lucha de valores y se juzgó posible realizarla fortaleciendo los sistemas. O lo que es lo mismo, agotar el caudal de un río, poniéndole un dique. El agua desbordó por los flancos y buscó nuevamente el viejo cauce. O inundó los campos circundantes. Los valores humanos tienen también lechos profundos; algunos podrán ser modificados en su curso, pero jamás, como los ríos, ascenderán a las tierras altas.

El desborde de una realidad, obligada por el deseo, produjo la desesperanza y el odio. Los hombres creyeron más en la oposición de otros hombres, que en la potencia de las circunstancias. Y se fué a la guerra. Imaginaron que matando a quien no nos entiende, nuestra razón es más razonable. Pongamos al comunismo en este clima destemplado. Representa una reacción a opresiones e injusticias, pero no alcanza a ser *la razón* que puede remediarlos.

Según Waldo Frank, la mística creencia de Hegel, se concreta en el mesianismo implícito de Marx, en una noción teórica de progreso y justicia social, en base a un sistema económico y a una distribución más equitativa de la riqueza. Todo tienen un fondo sincero de verdad, por equivocado que sea el camino que nos lleve a alcanzarla. Más de medio siglo, los marxistas agitaron esa verdad

en la confusión de mil verdades saturadas de odios, de dogmatismos e incomprensiones. Llegó un instante en que la Historia preparó el terreno para que esa semilla frutificara. La regó el dolor enorme y el espanto de la guerra del 14. Y fué en la Rusia de los zares, aplastada por el talón insolente de las castas y el absolutismo, y dominada por la farsa inaudita de Rasputin, donde se cubren los campos con la roja flor del comunismo. Bien dice Waldo Frank: "el comunismo de Rusia es el nacionalismo de Rusia", pero es un escalón en el progreso y una lección de justicia. Pero, sobre todo, es la reacción al sistema económico y capitalista que gobierna al mundo. Y la lucha se torna despiadada; a cada ataque, a cada avance, sucede otro ataque y otro avance. La justicia y la razón, se pierden en la injusticia y la irracionalidad que las partes ponen en la rencorosa contienda...

Sin embargo, el tiempo no se detiene. La desesperanza insatisfecha, crea nuevas esperanzas; pero también azuza el odio de la brega. Los adversarios se acusan de fracasos que son hijos de una precipitada evolución y no de sus intenciones. Que son consecuencia de plazos irremediables y no de deseos prematuros, ni del estatismo de las rutinas. Todo obedece a un orden medido y no a la voluntad de urgencias imposibles. Más de dos decenios perdura este combatir de un sistema que acaba, con otro que inicia el cambio. No digo que sea el cambio en sí, sino que lo comienza. El comunismo supone una antítesis a lo establecido, a la tesis aceptada. La lucha es por el equilibrio; por el nuevo valor de síntesis en el orden social, económico y político de la humanidad. El error reside en no aceptarlo dentro de ese marco racional, por la irracionalidad consustancial a la naturaleza humana.

Existen indudablemente causas ético-políticas adversas. Existen, sobre todo, los intereses creados en lucha contra la evolución, pero, que evolucionan paulatinamente. No obstante, estos elementos son superados por la magnificación que ponen en los sucesos un vértigo insano por querer llegar y por querer evitar esa marcha a la meta. Entonces, todo adquiere un aspecto inusitado y falso a las verdades impulsoras; un carácter irracional. En el curso de este encuentro de ideas, pasiones e intereses, y en razón del encuentro mismo, se desencadena la guerra de 1939. Es su resultante. Consecuencia desbordada de todo lo incubado en un proceso forzado por tendencias

dispares. La sangre de seis años de lucha, colmará una etapa agotada, para alimentar la que nace con sus despojos.

La presente crisis mundial es una revolución en la que se preparan los factores naturales a un cambio en la vida de hombres y de pueblos. Aparece ostensiblemente como el combate singular de sistemas económicos y de transformaciones sociales y políticas originadas por exigencias materiales. De tal suerte, prosigue el error de radicar únicamente en las fuentes de subsistencia, el móvil y la esencia del existir humano. En imaginar que todo ideal de vida, surge de exigencias y pasiones primarias, ajenas al espíritu, a los anhelos del sentimiento y a las superiores ilusiones del alma. Toda lucha supone esta dualidad de fuerzas impulsoras, irremediablemente indivisibles, completando la armonía de la vida en una voluntad ascendente en el progreso. Hasta ahora, pretendemos resolver el problema fragmentariamente, deshumanizado.

XIV

# LA MARCHA DEL TIEMPO

*Rusia y el comunismo.*

Discurrir sobre el problema social presente, impone hablar de Rusia; referirse al más enorme esfuerzo realizado por los hombres para lograr la transformación integral de un pueblo. Durante veintiocho años, Rusia encarnó el dilema del comunismo. Significaba el triunfo o la derrota del más combatido y odiado de los sistemas políticos, económicos y sociales, que el mundo contemplara después de la Revolución Francesa. Desde que Carlos Marx publicara su célebre *Manifiesto Comunista* en 1847, y en el curso de casi una centuria, la voluntad se identificó a *un pensamiento,* falseando el natural orden de las cosas. Y de ahí surgió la mentira que, en el transcurso de noventa y siete años, trató de probar el error y el fracaso del marxismo. Y el temor que le inspiraba. Fué también una forma de fuerza, puesta en prédica de *plus valia.*

Inexorablemente el tiempo descubre la verdad. El formidable experimento que el genio de Lenín, puesto al servicio de una convicción implacable, realizara, probó que Marx no estaba equivocado. Para conseguirlo, la Rusia Soviética ha vivido páginas atroces. Sobre su dolor, sobre su tormento, oíase la prédica tenaz de Lenín, impregnando a su pueblo de su fanática fe. Fanatismo de la razón; fanatismo de la justicia! Así, por encima de las mayores penalidades, mantenía el pueblo ruso una esperanza ferviente. Y a los te-

rribles años de prueba, siguieron los más tranquilos pero no menos laboriosos e inexorables de la organización. En ese tiempo, muerto Lenín, toca a Stalin superar lo realizado. Y lo supera; es la tarea constructiva que transforma la Rusia feudal y semisalvaje de los Zares, en el *Soviet Supremo de Obreros, Campesinos y Soldados,* con las realizaciones fabulosas de los planes quinquenales. Surgieron fábricas y talleres; granjas y escuelas, minas y represas prodigiosas. Sin embargo, mucho faltaba aún para que el pueblo ruso alcanzara el nivel medio de vida de los grandes países democráticos. Faltaba mucho en muchas cosas, pero la realidad ponía sus cartas sobre la mesa y nadie podía engañarse respecto al triunfo de una idea puesta en alma de un pueblo atormentado. Rusia empezaba a vivir esa realidad, cuando la guerra invadió su territorio, incendiando sus alquerías laboriosas, asesinando a los pobladores y destruyendo el esfuerzo de tanta tarea y tanto sacrificio... No obstante, si la potencia industrial, la riqueza agropecuaria, la producción minera y todos los sectores de la economía nacional eran evidentes, la Rusia Soviética pudo revelar al mundo un aspecto discutido y desconocido: su valor moral. Quienes creyeron en la ficción de una fuerza hábilmente especulada de un pueblo aherrojado, pronto pudieron salir de dudas con asombro. Olvidaron que toda revolución auténtica, lleva en sus entrañas la fuerza invencible del espíritu del pueblo erguido ante su destino; ante ese destino que ellos modelan con su sudor y con su sangre; de ese destino que los conducirá a un mundo mejor.

Veintiocho años es la edad de la Rusia Soviética. Es la más joven de las naciones nacidas en la gran guerra anterior. No hacen todavía nueve años, un sutil e imparcial viajero decía: "Dejad a Rusia diez años de paz y será la nación más poderosa del mundo". Respondiendo a esa frase, el doctor Lisandro de la Torre, eminente político argentino, escribía en 1937 estas atinadas reflexiones. "Esa no es la cuestión; ni fué ese el ideal de Lenín. Podría Rusia — cuyos progresos materiales y morales son indiscutibles — obscurecer a los Estados Unidos como país productor y a Inglaterra como potencia naval y no habría introducido un factor determinante de soluciones sociales si se hubiera limitado a substituir el capitalismo burgués por un capitalismo de Estado. El contagio no sería ya irresis-

tible, por cuanto la transformación económica, social y política de Rusia, se ha pagado al precio de enormes sacrificios. Faltaraín estímulos para renovarlos en otra parte".

"Si el Estado empresario substituyera en condiciones parecidas a los empresarios capitalistas, la explotación del trabajo no habría dejado de existir esencialmente. En ese terreno Rusia no realiza todavía el programa de Marx. No habría justicia, sin embargo, en exigir resultados inmediatos y completos a la revolución rusa; se debe recordar que se trata de la Nación hasta ayer más atrasada y más oprimida del mundo. Rusia está "en construcción" como se ha dicho. Pero tampoco puede olvidar el comunismo los principios teóricos de la reforma colectivista. No fueron el odio a la sociedad burguesa ni la envidia que pueden suscitar las riquezas o los privilegios los que llevaron al martirio tantas veces, a los apóstoles de la reforma proletaria; fué la visión purísima de una sociedad más justa. Destruída la burguesía, sin destruir los males que se le enrostran, sólo se llegaría a un nuevo engaño".

Durante veintidós años, Rusia representó la más imponente amenaza para el mundo. En las Repúblicas Soviéticas se habían corporizado los sistemas perseguidos y execrados por los regímenes conservadores y la iglesia. Por la fuerza mancomunada de la tradición y del dogmatismo. Y, sobre todo, por el capitalismo, o lo que es igual, por los poderosos propietarios del comercio y de las industrias internacionales.

Desde 1919 se vivió en un clima de miedo. Sin embargo, ese temor irreprimible no nació del pueblo que había pagado con su sangre las ambiciones políticas de los autócratas, las faltas de la democracia y los intereses financieros de los banqueros de Londres y Nueva York. Era la cobardía de los que acrecieron sus riquezas y afirmaron sus prestigios a costa de millones de cadáveres, propagando el terror. Especularon con el terror. Fué fácil difundirlo en pueblos desangrados, que vieron defraudadas sus esperanzas de un mejoramiento social y de un más equitativo reparto de la riqueza. Flotaba en la atmósfera la sensación amarga del desengaño, terreno fértil a exóticos cultivos. Para ellos el miedo adquiría el sentido desalentado de la indiferencia por la idealización del deseo. Y la voluntad se redujo a vivir una existencia donde la protesta

tomó características formales de sistema y de clima. Sobre toda otra razón, alzaron la del *bienestar*, en la materialización cabal del subsistir.

De tal suerte, se elaboró una condición común, un estado anímico de pacifismo indolente y de pretensiones mezquinas. Cayeron en el mismo marasmo letal las confederaciones y las uniones obreras, los partidos y las iglesias. Las masas *laboristas* de las países más democráticos, aun las de Rusia, quedaron uncidas a este yugo, donde la Nación-Estado dominaba los espíritus y aplastaba toda energía. Para completar el cuadro, Spengler escribió un libro de factura alemana, titulado "Decadencia de Occidente".

"La confusión, la cautela, la comodidad, —escribe Waldo Frank— habían adquirido ascendiente sobre la consciencia, hasta que quebró España, hasta que China fué asesinada, y judíos, checos y cristianos emprendieron su largo vagar a través de una Europa hostil, y hasta que sobrevino el oscurecimiento de Londres. Llegó la guerra, provocada por aquel flojo amor a la paz; llegó la locura, introducida por los hueros profetas de la razón; la miseria alcanzó la madurez y estalló, extraño fruto del evangelio del bienestar".

"Tenemos ahora que mirar hacia Rusia —prosigue— a la participación que han tenido los Soviet en esa culpa que ha sumergido a Europa en su actual estado de humillación. Pero antes, establezcamos claramente que si hay algo completamente equivocado en la revolución rusa, comparten la responsabilidad de ese error los obreros del occidente civilizado. Durante veinte años decisivos nada hicieron para impedir que sus gobiernos atacaran, conspiraran y finalmente insultaran al régimen soviético; consecuentemente Rusia desarrolló una psicosis de persecución y de odio, de hipocresía y de venganza y produjo hombres dirigentes que la expresaran.[34]

Lo reproducido refirma una conclusión irrebatible, cuya trascendencia nubla todavía la concepción formal de los aconteceres. Es la que engendra del engaño el engaño, y del odio el odio. En ese campo sombrío, donde la duda y el rencor afloran, llégase difícilmente al entendimiento cabal. Sin embargo, por encima de las desconfianzas, está la verdad que a todos conviene por igual. Está

34. WALDO FRANK, *Rumbos para América.*

la razón, inmanente a las exigencias vitales de la sociedad. Está la justicia, haciendo posible la convivencia de seres y de naciones. Y, por fin, está el amor, idealizando todo esfuerzo, armonizando la materia y el espíritu, para que la humanidad logre cualquier progreso y su auténtico bienestar. Estos principios esenciales deben superar, — por el raciocinio —, la influencia perversa de las pasiones. Todos los hombres, en razón de complejas circunstancias, no siempre atinentes a la voluntad, ni al deseo, se enfrentan a divergencias ineludibles. Con todo, ellas jamás pueden ser de tal modo irreconciliables, si parten de lo sustancial que gobierna la acción humana, es decir cuando obedecen a normas de justicia, igualdad y libertad.

Menester es que América conserve el contralor de esos sentimientos rectores de su destino. Es preciso que hunda su voluntad y su entendimiento en esas verdades fundamentales, haciendo de ellas una sola verdad; la Verdad de América.

Para América, Rusia no es ni debe ser nunca un peligro. Los hombres y los pueblos se tornan peligrosos, cuando temen el ataque o sienten el odio de otros hombres u otros pueblos. No es posible desconocer tampoco, hasta donde se pervierte la conciencia colectiva con el extremismo de una filosofía y una política de fuerza. Hasta donde la vanidad de poder, perturba las más altas especulaciones intelectuales. Alemania nos muestra sus alcances. Pero el pueblo ruso no tiene la pasta prusiana. Según Fouilleé, el ruso es hospitalario y muy sociable. La ternura íntima de su carácter se prodiga en apelativos familiares cariñosos: padrecito mío, pichoncito mío. No se inclinan más al socialismo que al individualismo, y, sobre todo, "aman la igualdad en la libertad o en la servidumbre". Como todas las creaciones de los hombres, el comunismo ruso debió mostrar sus características humanas. Sus pasiones y sus virtudes, y, principalmente, las fluctuaciones comunes a toda iniciación, a toda inexperiencia. Por perfectos que fuesen los principios marxistas, su practicabilidad obliga, seguramente, a modificaciones y rectificaciones mas o menos importantes y dolorosas. Y ellas implican contradicciones y suponen forzados procedimientos. Por lo pronto, de acuerdo al clima universal, el comunismo inflamó el nacionalismo del pueblo ruso en una mística de defensa y de impulso. ¿Fué un paso obligado? ¿Fué un renunciamiento? Difícilmente puede ase-

gurarse nada en concreto; lo positivo es que Rusia actuaba en un mundo de amenazas, peligros y exigencias perentorias. El marxismo, — repito — supone un valor de antítesis, una reacción deshumanizante, basada en una visión falsa del hombre. Existe una contradicción evidente en el espíritu impulsor y en el propósito, y los medios puestos en acción para alcanzarlo. Sin embargo, quiero imaginar, — discurriendo dentro del terreno racional de la hipótesis —, que una vez superada la etapa económica de la dictadura proletaria, el pueblo ruso entrará en el ciclo del comunismo cultural espiritualizado. Son, en verdad, estados correlativos. El ascenso del nivel medio de vida, impele naturalmente al más alto nivel cultural.

Para los americanos, la Rusia Soviética representa únicamente un pueblo luchando por su redención. Su sistema dictatorial, desde ya incurre en nuestro repudio, pero ello no puede ser óbice a la consideración que merece cualquier avance en pro de la justicia social y el mejor reparto de la riqueza. Dentro de ese terreno, el comunismo significa al pueblo ruso, indudablemente, un progreso, cuyas enseñanzas serán dignas de tenerse en cuenta.

Un eminente prelado de la iglesia católica argentina, monseñor Miguel de Andrea, expone con acierto su criterio sobre el peligro que entraña el comunismo en América. Lo considera justamente como un efecto y no una causa. "Es imposible evitar los efectos si no se eliminan y, peor aún, si se acumulan las causas, — dice y agrega en seguida — "La vida está repleta de ironías. Precisamente los que más reclaman la supresión de los efectos por la fuerza, son los que más multiplican y acumulan las causas. Pertenecen éstos al número de aquéllos de quienes decía un orador eminente: *Levanta cadalsos a las consecuencias, después de haber entronizado los principios.* El comunismo ha surgido como un sistema destinado a lograr el bienestar de la comunidad por medio de la supresión violenta de las desigualdades irritantes, ocasionadas por los excesos del capitalismo individualista. Quiere decir que si no existiesen tales desigualdades y la comunidad gozara de bienestar, el comunismo no existiría, porque no tendría razón de ser y carecería de bandera". Después añade: "Son muchos los que pretenden catalogar en el común denominador de *comunistas* a todas las reacciones populares provocadas por la avaricia incansable de capitalistas sin escrúpulos y de especuladores sin

corazón. Esos tales quieren que los gobiernos utilicen la fuerza para reprimirlas y que la Iglesia predique la resignación cristiana para ahogarlas en germen. ¡Cómo! ¿Predicar al pueblo la resignación cristiana para que la avaricie pueda continuar explotándolo? ¡Jamás! Los hombres de iglesia nos haríamos cómplices de la ambición y de la injusticia, traicionaríamos nuestra conciencia y prostituiríamos el Evangelio! El Evangelio ha sido revelado al mundo como la buena nueva de la libertad y sin profanarlo, no puede utilizárselo para cohonestar la esclavitud. La libertad necesaria a la dignidad de la persona humana no existe en quien carece de toda independencia económica. Y la Iglesia, consciente con las prescripciones de la doctrina cuya inviolabilidad le ha sido confiada por Cristo, combatirá siempre la servidumbre y defenderá la libertad. La Iglesia tenderá siempre a que los hijos de Dios, como está escrito, no sean esclavos, sino libres!".

Reitero lo manifestado: para los americanos, la Rusia Soviética representa únicamente un pueblo en lucha abierta por su redención. El sentido de esa lucha no difiere del sentido que animara a nuestros pueblos a romper sus yugos extranjeros. Tal como ahora, también entonces se alzó el temor en alarido de protesta, por las potencias reunidas en el Congreso de Viena. La Santa Alianza se inspiró en el derecho divino a la servidumbre.

Europa tiene motivos para temer, como lo tuvo en 1789. Fúndanse en los sistemas establecidos y en los intereses creados, más que en la propia tendencia renovadora, cuyas aspiraciones de justicia social no pueden ser racionalmente discutidas. Puede divergirse en la forma de realización, pero es inocultable la necesidad de realizarlas. Lo manifiesta la unanimidad de una opinión que cunde por Europa y lo evidencian las reformas presurosas con que van modificándose los viejos moldes políticos y económicos. Europa tiene motivos para temer, si ese temor consiste en el deseo de defender posturas anacrónicas, sustentadas en tradiciones inaceptables. Para América no existen otras causas que el reflejo de ese temor, influyendo en lo que el pasado mantiene entre nosotros como herencia de una época y de un sentido económico y social, ajeno al propio sentimiento americano. América está libre de cualquier amenaza fundamental a los principios americanos. No podemos temer *efectos* de

causas que abominamos, pues suponen la negación de esos mismos principios. Lo que el comunismo pueda destruir en Europa, como reacción, en América será únicamente impulso evolutivo natural, dentro de un terreno propicio. Aquí, a la inversa, en lugar de modificar sustancialmente, será afirmación orgánica.

Debemos desechar un temor que puede crear artificialmente un antagonismo inexistente en esencia. Espero conseguir demostrarlo en los párrafos siguientes. Hasta ahora, procuré evidenciar como la libertad es el espíritu animador de América. Bajo ese símbolo suscitaré el problema comunista. Por lo pronto, coincido con Croce en que el principio de libertad, no halla sus límites "en la ley o conciencia moral". Somos libres, porque obedecemos a esa ley o conciencia moral, que se define merced a la libertad. De tal suerte no puede limitarla. "Lo que la conciencia moral reprueba o rechaza como malo no es nunca libertad — explica Croce —, sino siempre lo que se le opone, esclavitud de los apetitos y de las pasiones que con ella contrastan . . ." Niega asimismo, la relación de límites existentes entre el principio de libertad y de economía, calificándola de relación de forma y materia. La libertad actúa en todos los obstáculos que la vida económica le ofrece materia que elaborar y convertir en armonía de formas. "No es cosa distinta — expresa — a lo que la poesía y el arte hacen con respecto a las pasiones humanas; que son su materia y hacia cuyas particularidades, como dicen los astetas, ella se mantiene indiferente, sin tomar partido por una o por otra ni rechazar *a priori* ninguna de ellas, sacando la belleza de todas". Igualmente la libertad, en actividad ético-política, admite las dificultades económicas de la realidad témporaria, sin pretender anularlas, es decir, sin salirse de la vida humana, aceptándolas por lo que son. De tal manera, se afirma "concretamente a sí misma en las condiciones dadas, no abolidas, sino transfiguradas por obra suya". Cualquier renunciamiento de la libertad en obsequio de hechos perentorios, no supone tampoco disminución sino exaltación. Croce plantea el caso de una guerra, cuando se suprime o restringe la acción legislativa del parlamento, concediéndose poderes discrecionales a los gobernantes. Cuando se grava con mayores impuestos a la población, coartando la libertad comercial y restringiendo los precios. Cuando la censura pone freno a la prensa, la corresponden-

cia privada y a la libertad de palabra. Todo esto se soporta sin protesta y de hecho, "en tales condiciones y con tal espíritu, los ciudadanos no se sienten esclavizados ni oprimidos, sino libres como antes o más que antes". A la inversa, en otras oportunidades, "el más leve de semejantes actos o medidas, se considera intolerable y se rechaza, como ofensa gravísima a la vida social".[35]

Después de este discurir, Croce trata del comunismo. Posiblemente sus objeciones, fundadas en argumentos ciertos, adolecen de un cientifismo ajeno a la experiencia humana, donde se vincula todo a las leyes inflexibles de la vida. Acusa al comunismo de pisotear la libertad. ¿Qué libertad? ¿No estamos de acuerdo que la libertad puede sacrificarse transitoriamente en obsequio de sus mismas conquistas futuras o de su propia defensa? Expone al comunismo, no como un ordenamiento económico simple, sino como un complejo ordenamiento ético-político, "que apela a un principio opuesto al de la libertad, a la igualdad". "Y no al de la igualdad humana — añade — sino a la igualdad que se halla en el reino abstracto e irreal de las matemáticas, al que se intenta poner en acción tomándolo por una realidad o posibilidad de hecho".

Disiento con el ilustre maestro, usando sus propios argumentos. No niego que el comunismo debió adoptar en la Rusia de los zares, el absolutismo como régimen transformador; pero tampoco acepto la perpetuidad de ninguna dictadura. La lógica de las cosas, que, según Croce, "no consiente al comunismo sacar de su seno instituciones representativas libres, ni libertad de conciencia y de palabra", es la que resolverá todo a la inversa. La lógica de las cosas, no está contra la moral; y la moral, ya lo hemos visto, se define por la libertad. Todo lo que tenga de inmoral el régimen soviético, es una etapa *demorada* de la libertad. Y todo lo que gana en su aspecto económico y en su cultura el pueblo ruso, será una conquista de esa libertad transitoriamente renunciada. Rusia exigía una transformación integral. Los Estados Soviéticos suponían esa situación de guerra ya enunciada, donde la libertad postergada no hacía de los ciudadanos esclavos ni oprimidos, sino más libres que antes.

Reconoce más adelante el mismo Croce esta verdad, imponiéndo-

35. BENEDETTO CROCE. Ob. ctda.

se sobre la misma realidad momentánea. Es cuando afirma que "no se puede concebir la libertad sin ordenamiento social y económico, ni una sociedad es Estado sin libertad, porque dejaría de ser humana". De lo cual resulta que las Repúblicas Soviéticas están en "construcción" o en revolución — que es una evolución acelerada —, de ese ordenamiento económico y social, donde fundará terminantemente su libertad en forma irremediable.

Por otra parte, como bien ha dicho Alejandro Korn: "toda orientación ideológica incuba en el propio regazo la posición opuesta y determina así el ritmo de la evolución humana. Al desborde de la especulación abstracta, subsigue la negación de toda mesafísica; al conocimiento de la fe religiosa, el predominio de la ciencia laica; a la divagación utópica y desinteresada, la afirmación de los intereses económicos; a la generación sentimental y soñadora, otra activa y resuelta." [36]

Ninguna ideología en ningún orden del entendimiento, pudo desbordar la capacidad humana de pensamiento y voluntad. Cuando las ideas, convertidas en escuelas o sistemas, concurren a la evolución de la comunidad, es porque traspusieron las etapas previas de su proceso, y se identificaron en quien las organiza y las divulga. Nada nace así, espontáneamente. Marx, pudo equivocar el modo o la forma más adecuada de realizar algo que coincidía con una necesidad temporaria en la gran transformación evolutiva de la sociedd humana. Desde 1847, la idea forma ya parte del pensamiento universal. Actúa en la vida de los pueblos; se discute y existe. Todo esto tiene un significado, e involucra una realidad inocultable. Posiblemente el rodar de los años y el contacto de las pasiones, los deseos y los dolores de seres atormentados, pusieron muchos desvíos engañosos y deformaron la doctrina económica que Marx desarrollara filosóficamente, hasta elevarla a principio metafísico. Es obvio que todo gran suceso va seguido de un relajamiento que lo disminuye o lo tergiversa. Sin embargo, el ideal continúa siendo el pensamiento creador de la verdad. El mismo Croce, que ataca el comunismo, tiene palabras que lo explican y en cierta manera le dan razón. Le dan la razón que posee

36. A. Korn, *Influencias Filosóficas en la Evolución Nacional*. Bs. Aires, 1939.

virtudes de consistencia moral, es decir, voluntad del bien común. "Si en la esfera práctica se prescinde como es debido — escribe Croce —, de los que son eterno vulgo de la humanidad, dedicados exclusivamente, o en la medida de su vulgaridad, a sus asuntos privados de subsistencia, negocio o placer, y se toma en consideración tan sólo a los hombres verdaderos, animados por la asidua demanda del bien común, y en consecuencia por un ideal de moral, a los que efectivamente llevan adelante a la humanidad con su obra, estos son, intrínsecamente, los representantes de la libertad. Varían, ciertamente, están en desacuerdo y se contraponen y combaten en algunos casos, obrando cada cual según su propio sentir, sus propias experiencias, sus propios conocimientos, sus propias revisiones y esperanzas. Pero el suceso histórico, que se produce por cooperación, composición y elisión de sus tendencias diversas o contrarias, es creación de una forma de vida nueva y más rica, y, por lo tanto, progreso de la libertad. Sean cuales fueren sus particularidades y especificaciones, los une entre sí una misma voluntad, señalándolos con el mismo carácter de *homines bonae voluntatis*, operadores de cosas altas y dignas." [37]

¿Podría negarse a Carlos Marx ideal moral? ¿Podría en justicia atribuirse a ese grupo de hombres fervorosos y templados en todos los sacrificios, en todos los dolores, que Lenin lleva a Rusia, una mezquindad avieza o un propósito inmoral? No. Sólo un elevado sentido idealista puede animar a esos seres a los extremos a que llegaron. Y esos extremos corresponden a la obediencia a la ley moral, es decir, a la libertad.

Se acusa a Lenin y a sus compañeros, de ser incitados por un fanatismo sin el sentido de la realidad. Posiblemente la fe en los grandes propósitos sea semejante a la exaltación fanática del dogmatismo. Por lo pronto, es una fuerza. Sin esa fuerza no hubiera sido dable realizar la tarea cumplida y demostrar que existía esa realidad cuyo sentido les fué negado. Rusia es la prueba. Por otra parte, debo advertir, que la justificación histórica no supone siempre justificación moral.

Desde América, la doctrina de Marx y la visión de su materialización en la Rusia Soviética, tiene perspectivas exóticas. Está fuera

37. Benedetto Croce. Ob. ctda.

de foco, aunque la lucha de clases y el sistema capitalista no nos sea extraño. Sin embargo, el problema es distinto. El pauperismo de América no responde a las mismas causas del pauperismo europeo. Lo que allí es una consecuencia social-económica, aquí es simplemente la resultante de un deficiente estado cultural. Lo que en el viejo continente es un milenario problema enraizado en la historia, aquí es el desnivel de una civilización que se desarrolla por regiones en base a distancias y oportunidades. A estos factores se vincula el desequilibrio de la riqueza y de la educación niveladora.

## XV

# SOBERANÍA

*La soberanía ante el derecho y la libertad.*

"Las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan las dificultades o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse sin solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es, quizá, el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastran una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica." [38]

Las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío, pero tampoco ningún problema humano puede solucionarse si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad, lo que significa despren-

38. Francisco Ayala, *Ensayo sobre la libertad.* Prólogo anotado por Carlos Sánchez Viamonte en *El problema contemporáneo de la libertad.*

derlo de su proceso orgánico y del momento. Lo expuesto explica cómo el derecho de intervención en política internacional ha seguido la evolución acelerada de los veinte años últimos. Lo que comenzó por depender del absolutismo real del monarca creando el concepto de la soberanía por derecho divino, pasó más tarde a ser patrimonio nacional apoyado en el derecho de gentes, la defensa de normas morales e intereses económicos, llegando ahora a confundirse con un nuevo sentido universal de los derechos humanos, superiores a las abstracciones desusadas del pasado cercano. De acuerdo con Ayala, arrastramos "una pesada herencia de teorías que no responden a ninguna cuestión auténtica", más aún, que perturban la "congruente ordenación de la libertad". Afirma el autor aludido que las condiciones de nuestra época, como cada circunstancia histórica o situación social, reclaman un sistema de garantías jurídicas, "donde la libertad tenga como soporte una vigorosa actitud ética, a falta de la cual decae y sucumbe".[39]

El doctor Carlos Sánchez Viamonte sistematiza el nuevo derecho en un más fundamental aspecto, expresando que "la preocupación de los derechos patrimoniales reconocidos al individuo forman parte de la libertad, detienen todavía, con la eficacia incontrastable de una falla moral — de un tabú —, todo progreso de la ciencia jurídica. Nuestro siglo — agrega — necesita reivindicar los derechos de la personalidad humana, asentando en ellos el nuevo derecho natural, que tiende a distinguir y separar el problema ético de la libertad, del problema técnico relativo a la organización y distribución de la riqueza social, producto del trabajo humano. Fijada con precisión la órbita de la libertad, de naturaleza esencialmente cualitativa, queda a salvo la personalidad humana, de manera que no la afecten las conmociones que promueven los conflictos económicos, porque la solución de esos conflictos es de índole social, es decir, esencialmente cuantitativa". [40]

En la concepción de los hombres que la proclamaron durante los albores de nuestra emancipación, la unión americana respondía a una necesidad inmediata: afirmar la independencia y la paz de las repúblicas hermanas. Pero, no era únicamente un arbitrio de ventaja

39. *Ensayos*... etc., ob. citda.
40. CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE, *El problema contemporáneo de la libertad.*

política ese deseo, sino algo consustanciado con las ansias vitales del mismo continente; con la futura vida de América, armoniosa y libre. Ellos, atalayando ese destino, al que no cabe escapar porque está en la inmutabilidad de su propia naturaleza moral, presintieron sus anuncios, como el asiento de un nuevo hombre, con un nuevo sentido de la vida y de la libertad. Y el pregón se mantiene aun en lo hondo del pensamiento de América, a pesar de las diferencias de idioma, economía y clima entre las naciones constituídas en su seno. Un eminente ciudadano norteamericano, refiriéndose a las comunes aspiraciones de libertad y democracia de estos países, afirma que no tiene importancia el que tales aspiraciones no siempre se cumplan. "Podemos ser democracias imperfectas, en un mundo de gobiernos imperfectos, dice. Eso tampoco es lo importante. La cuestión esencial es que está el impulso de la libertad humana y que ese impulso ha producido a través de los años, mejoras en las relaciones de los hombres con el hombre, que deparan una promesa para el futuro". Se refiere entonces al principio del *"Buen Vecino"* impuesto por el presidente Franklin D. Roosevelt a la política continental de los Estados Unidos en 1933, manifestando que es la *"política del respeto:* primero el respeto a sí mismo, y luego el respeto mutuo, desde que no podemos gozar de éste a menos que practiquemos aquél".

"Los pueblos de las veintiuna repúblicas americanas —expresó—, comparten una común aspiración de libertad, justicia, orden y gobierno propio. Todas ellas desean la democracia. Si estos propósitos no han sido logrados totalmente en todas partes, han sido aceptados por todos los países como principios básicos por los cuales lucharán individual y colectivamente." [41]

¿Qué es el principio que Roosevelt proclama como de *"Buen Vecino"?* Simplemente es el *Estado de derecho,* reglando las relaciones sociales y económicas de comunidades de hombres libres, jurídica y políticamente organizadas. Es una *política de respeto,* porque, emergiendo de la libertad en afirmación de la personalidad humana, no puede aceptarse sin la responsabilidad que entraña su propia existencia. "El sujeto de la libertad —explica Sánchez Viamonte—, es, también, el sujeto de una responsabilidad correlativa de carácter jurídico,

41. Conferencia de Spruille J. Braden del 26 de octubre de 1945, en la Universidad de Rutgers, New Brunswick. Estados Unidos.

pero también moral. La personalidad humana, ofrece su responsabilidad, a cambio, y en justificación y respaldo de la libertad que necesita y de cuyo uso debe rendir cuentas a la sociedad, porque todos los actos humanos tienen repercusión e incidencia social".

Al aceptar los países de América los fundamentos de la democracia, implícitamente aceptaron también los derechos del hombre y del ciudadano. Bien lo expresa el autor mencionado, cuando dice que "el Derecho en abstracto es un ordenamiento susceptible de ser impuesto por el Estado, pero los derechos en concreto, se refieren siempre a un interés socialmente protegido por la comunidad humana". Por ello la libertad, indispensable para la vida común del individuo y del Estado, es un interés moral de la personalidad humana; un interés ecuménico de la personalidad humana. Sánchez Viamonte, luego de exponer como elementos precisos para la existencia, integridad y manifestaciones de la personalidad, la *facultad de hacer* como expresión de *idoneidad humana*, y la *seguridad*, como complemento imprescindible de la *dignidad humana*, expresa: "Todavía hace falta una protección práctica que asegure la efectividad de los dos elementos que constituyen la libertad propiamente dicha. Porque la libertad, como institución jurídica, necesita una protección adecuada a su naturaleza. Esa protección práctica, llevada al máximo de su eficacia, merece el nombre de *garantía*. Esa es la función del *hábeas corpus* contra los actos y de la *inconstitucionalidad* contra las leyes y decretos". Queda de tal manera encerrado en un marco o recinto el *derecho positivo* en lo que corresponde al Estado como entidad social. Pero los derechos del hombre desbordan los límites estatales para actuar donde el hombre actúa, es decir, universalizarse. De otra forma, supondría el desconocimiento del derecho por el derecho, o lo que es lo mismo, un contrasentido inadmisible y absurdo.

El profesor Ismael Quiles, explica la coordinación y subordinación mutua, como los fines del individuo y de la sociedad humana. "Debemos reconocer — dice —, que la primacía se la lleva el individuo, con sus libertades, y con su fin último, al que debe servir la sociedad. Pero esta primacía está mitigada por *deberes ineludibles* para mantener la existencia y el florecimiento de la vida social, sin la que él mismo no puede vivir." [42] Ello nuevamente confirma como la socie-

42 ISMAEL QUILES, *La Persona Humana.*

dad es una organización al servicio del individuo, y, como el Estado, dando cuerpo político-jurídico a un núcleo social, hereda, asimismo, esa subordinación al individuo como ente humano, al mismo tiempo que reconoce los derechos del hombre y del ciudadano, como partes del núcleo social que representa. Todo esto explica lo nominal del significado de la *Soberanía* cuando ésta, por un prejuicio más que por un derecho positivo, no siempre con el asentimiento popular, representa al Estado en abierta negación con los derechos que acreditan la personalidad humana. De tal suerte, si existe el *hábeas corpus* garantizando al hombre contra la arbitrariedad del poder (el derecho privado), y la *inconstitucionalidad* contra los excesos del poder, (el derecho público), falta instituir la garantía contra el poder de los Estados violando los compromisos internacionales que, prácticamente implican violación al derecho del hombre por cuanto lo ataca en todos sus fundamentos conocidos. Esa garantía al derecho internacional, o mejor, a los derechos que siendo comunes a la humanidad, deben estar protegidos por la comunidad humana, es la intervención lisa y llana de la nación que los viole. En suma, la concurrencia y correlación de los derechos del individuo y las obligaciones del Estado para afirmar la realidad del derecho positivo de la personalidad humana, crea los *deberes ineludibles* entre todos los Estados, sin cuyo orden y cumplimiento se destruye el edificio jurídico del derecho en la relación internacional.

Con la ratificación de la Carta de las Naciones Unidas, todos los países signatarios aceptaron el principio de la acción colectiva para, como enuncia el preámbulo, "crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional, a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad".[43] Precedentemente manifiesta el solemne documento su voluntad de "reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas".

43. Preámbulo de la *Carta de las Naciones Unidas.* San Francisco, 1945.

Los acontecimientos que desde 1914 llevaron por dos veces el mundo a la guerra, superaron toda previsión hasta entonces imaginable. Dicha circunstancia, asimismo, desborda lo establecido en las relaciones internacionales, al extender y preparar el flagelo de la guerra, no sólo en lo que hasta ahora fuera la jurisdicción interna de los Estados, sino, con una propaganda insidiosa, esparcirlo en otros Estados, preparando un clima de amenaza al margen del poder de vigilancia que autorizan las actuales formas del derecho internacional. Es decir, que, de acuerdo a las prácticas consagradas, un peligro, incubado en un Estado aparentemente pacífico, se hace inabordable a cualquier procedimiento preventivo o defensivo, por el simple hecho de existir una frontera al dominio territorial que pone, a su vez, un límite de un derecho contra el derecho, cayendo en el absurdo anotado en páginas anteriores. En suma, la paz del mundo que supone la defensa de la persona humana y la vigencia cabal de los derechos fundamentales del hombre, encuentra un derecho erigido sobre el principio de la soberanía, que derrumba esa positiva concepción humanista y jurídica. Hemos llegado — por experiencias espantosas —, a la certidumbre que es imposible desdoblar el respeto a la persona humana, por regiones geográficas o por etiquetas de un chauvinismo falsamente nacionalista. Tenemos completa conciencia de que no pueden admitirse resquicios, sean estos como sean, en el respeto y cumplimiento de los compromisos. Ningún precio de orden económico o político, compensa los excedentes en sangre, dolor y lágrimas que luego hay que pagar. ¡Munich costó veinte millones de vidas! ¡Eso no puede olvidarse!

Con la ratificación de la Carta de las Naciones Unidas, los Estados Unidos de Norte América aceptaron el principio de la acción colectiva para impedir o detener las guerras internacionales (Capítulo VII). Tradicionalmente, empero, Estados Unidos sostuvo que los asuntos internos eran cosa de la exclusiva incumbencia de los países correspondientes. Sin embargo, el presidente Mr. Truman, en el asunto de la China, ha manifestado "que el quebrantamiento de la paz en cualquiera parte del mundo, amenaza a la paz de todo el mundo", de modo que está en el interés de los Estados Unidos y de todas las naciones unidas mantenerla. En esa oportunidad el senador

norteamericano Mr. Vandenberg propuso que se considere una amenaza a la paz, la supresión de los derechos humanos y la violación de los compromisos internacionales, recordando los casos de Alemania e Italia.

Indudablemente para los Estados Unidos, los problemas intercontinentales tienen en su contra el temor que inspira a las naciones pequeñas su gran poderío. A pesar de su conducta a través de la política de "buena vecindad" y su corolario de la política de "no intervención", ha sido imposible hasta ahora, destruir el recelo y la desconfianza. No obstante, resulta bien evidente para cualquiera que considere estos problemas, que la "no intervención" es, muchas veces, su propia negación. La "no intervención" puede violarse de igual manera con la acción, como en virtud de la inacción. En España, por ejemplo, la "no intervención" a favor de la República, representando legalmente a su pueblo, fué, en la práctica, la "intervención" a favor de Franco.

El problema para los Estados Unidos, no se resuelve con evitar el empleo de su poderío, porque no hay posibilidad de ello, ya que su peso gravita con tanto poder cuando deliberadamente se le aplica, como cuando se le deja de aplicar. Mr. Braden lo reconoce al afirmar que, el no emplear su potencia, puede resultar, en realidad, el emplearla mal. El peligro es igualmente grande y expone una obligación irrenunciable. Consiste en el deber de ejercer una dirección adecuada a la defensa de los compromisos contraídos y a la causa de la libertad humana. Y esta dirección adecuada no puede supeditarse a la interpretación de los deleznables tratados entre naciones, sino al inflexible cumplimiento jurídico de leyes adecuadas, codificando un "estado de derecho" universal.

En una conferencia dada en la Universidad de Yale, Mr. Braden definió la política latinoamericana como acto de fe, de esa fe que es capaz de mover montañas. Y, posiblemente, pocas ocasiones una palabra tradujo con más acierto y honda verdad, el sentido emocional que da fuerza a los principios humanos y garantía de seguridad a los compromisos. Jamás ha sido más necesaria la fe para el bienestar presente y futuro del género humano. En las circunstancias actuales, únicamente la fe en la Ley, puede quebrar una desconfianza anula-

toria, que pareciera afirmarse en la misma desconfianza, sobre cualquier otro argumento político o económico.

El principio social más antiguo, radica en la tierra la soberanía del Estado. Así fué en el decurso de algunos siglos, hasta que la Revolución norteamericana y luego la Revolución francesa, elevaron el valor humano, sobreponiendo sus derechos naturales a toda subordinación. Se estableció entonces la Nación en base a "la inviolable soberanía del pueblo" y al ejercicio de las leyes que él promulgó para regular su existencia. No obstante — ya lo he manifestado anteriormente —, toda evolución en el orden de las ideas, lucha largo tiempo con lo consuetudinario. Las desviaciones que ello permite en apoyo de la rutina, hace decir a Mr. Braden: "si la lógica que rige el desarrollo de las actividades científicas se aplicara también al desenvolvimiento de las ideas políticas — en otras palabras, si las ciencias políticas hubieran alcanzado el mismo nivel que las naturales —, tales violaciones, tal irresponsabilidad serían imposibles". Hay, efectivamente, una anomalía; algo inverosímil en la mentalidad humana, cuando acepta ciertos principios básicos de algunos derechos con la misma lógica que en otros casos los desconoce o desobedece. Por lo pronto, en lo paradojal de esta premisa descubrimos la entrada al terreno donde se debate aun el poder público, o poder democrático en su cabal forma de gobierno, y donde la inviolabilidad de la soberanía popular continúa siendo un ideal lejano. Ahí puede comprobarse también, lo nominal de la *Soberanía* de la Nación, en su auténtica expresión jurídica.

*Soberanía* es una palabra hueca de sentido, sin el cimiento de la libertad y los derechos individuales. Conformar la *Soberanía* en base al Estado, heredero del absolutismo monárquico, personal y seudodivino, es un absurdo. La *Soberanía* legítima es una consecuencia del *Estado de derecho,* con una acción circunscripta al respeto y defensa del derecho que le da existencia formal. Como expresión política, es la representación cabal de una voluntad, con el valor perfectamente explícito de esa voluntad. Así, como el gobierno representa la soberanía del pueblo *dentro de los límites constitucionales prescriptos,* la soberanía de la Nación está restringida por los derechos fundamentales del hombre, la dignidad y el valor de la persona humana. Porque

nada hay superior al hombre, ni nada vale lo que sus derechos inalienables. Únicamente del hombre nace la familia y el Estado. Significa el origen de toda justicia, de toda verdad. La suprema soberanía de Estado es el supremo respeto al hombre, a su derecho individual universal.

"La expresión *Estado de derecho* — según Sánchez Viamonte —, no tolera o no debe tolerar, como se pretende, su aplicación a cualquier tipo de Estado. Aunque el Derecho exista desde el momento mismo en que existe una organización social, por rudimentaria que sea, tal circunstancia no autoriza a llamar Estado de derecho a cualquier Estado, es decir, a cualquier organización política de la sociedad. Es imposible desconocer que la existencia del Estado implica siempre una organización jurídica, de tal manera que, aun en sus formas más groseras de fuerza constrictiva, se puede afirmar que hay un derecho creado e impuesto por el Estado o, más claramente, por el gobierno, a un determinado grupo social, y de ello resulta que el Derecho, en cualquier Estado despótico o totalitario, es derecho de Estado, pero no da lugar a la existencia de un Estado de derecho. La libertad, indispensable para que exista un Estado de derecho, es un interés moral de la personalidad humana, protegido por toda la sociedad, incluso frente al gobierno, a través del cual se manifiesta, en la vida ordinaria, la voluntad de una sociedad políticamente organizada.

"La expresión Estado de derecho — agrega este autor — sólo es aplicable a un tipo de Estado, que reposa sobre normas fundamentales, aptas para imponerse y sobreponerse a toda voluntad arbitraria y personal. Estado de derecho significa sociedad o comunidad de hombres libres, organizada jurídica y políticamente, en la cual el gobierno está subordinado a una voluntad normativa, emanada de la sociedad con carácter de voluntad constituyente." [44]

No existe una auténtica Soberanía de la Nación, cuando ésta contraría en cualquier forma el derecho o la dignidad del ciudadano. La Nación actúa en Estado de derecho, cuando el ciudadano existe en su superior respeto humano. La universalidad de este respeto, universaliza, asimismo, el derecho, simbolizando la justicia, libertad e igualdad de todos los hombres frente a la vida. La civilización ha creado una cultura ecuménica; falsearla en cualquiera de sus manifestaciones

44. Ob. ctda.

activas y plenas, es falsear esa universalidad. Negarla en su realidad común. Y una negación parcial involucra destruir el derecho, esa dignificación del hombre ante los hombres, el anatema. Cuando un país, sea el que sea, atropella el derecho del hombre, ofende el derecho natural de los hombres. Ofende la *Soberanía Humana*, superior a toda otra soberanía. Aceptarlo supone retornar a la barbarie, al crimen, significa, en base a lo inexistente en derecho, negar la existencia misma del derecho.

Toda subordinación del hombre a algo superior al hombre mismo — excluyendo su relación con la divinidad —, cae en lo despótico. Sánchez Viamonte observa como el humanismo y el derecho natural, recurrieron a la teología para construir la idea del hombre en ente normal y jurídico simultáneamente. Como poseedor de un alma, el hombre posee asimismo personalidad. "La naturaleza divina del alma humana — dice —, reviste a la personalidad de una alta dignidad moral, independiente con relación a los otros seres, o, por lo menos autónoma con respecto a ellos, desde que sólo depende de la divinidad."

Este planteo explica el problema de la igualdad de los hombres "como entidades dotadas de alma, y por consiguiente de personalidad, de tal manera que la igualdad de personalidad, o igualdad humana, es la consecuencia lógica y natural de una igualdad esencial de las almas, fundada en su origen y naturaleza".

Evitaré un prolijo examen de los derechos subjetivos, para concretarme a reconocer el derecho del hombre como patrimonio de su personalidad espiritual y autónoma, y "porque esos derechos son los atributos de su condición espiritual". De tal manera será fácil concebir la universalidad del derecho, como atributo de esa condición espiritual humana.

La dignidad, la justicia y la libertad, son cualidades comunes a la existencia del ente humano; y todos los seres del orbe tienen la obligación inexcusable de defenderlas donde sean escarnecidas o violadas. Porque se escarnece o viola la Soberanía Humana. Decenas de millones de muertos de todas las razas, yacen en los campos del mundo por sostenerla. Que el sacrificio de esos hombres caídos en salvaguardia de la dignidad, de la justicia y de la libertad humanas no sea estéril. ¡Es el reclamo de la vida misma, ante lo absurdo de una palabra... soberanía!

XVI

# DEMOCRACIA CRISTIANA

*La religión en la unificación espiritual de América.*

En 1920 el doctor Joaquín V. González, atribuía el clima de inquietud en que entró el mundo después de la guerra, a un *estado de alma.* No podía dudarse entonces que el agente religioso asumía un valor preeminente en el logro de un plan curativo para el restablecimiento de la paz social en el mundo entero. A través de todo el desarrollo de este ensayo queda expuesto, asimismo, el factor psíquico como algo decisivo en la vida de los individuos y con mayor relieve en las grandes crisis históricas de la humanidad. Es la *emoción*, que, al decir de Benjamín Kidd, concreta o resume toda la ciencia del poder en la civilización. Vanamente pretenderase prescindir del factor *conciencia* en la cultura social, cuya obra ensancha y perfecciona más y más la conciencia colectiva. Según González, "ésta es el indicativo del progreso humano, la fuente de energía cada vez más potente y de la autonomía cada vez más incontrastable de la inspiración, de la voluntad y de la acción de las colectividades, hasta dar existencia real y más tarde orgánica, a ese concepto hasta ahora impreciso, aunque comprendido *in mente* por todos, que denominamos *democracia universal*".[45]

Creo ahora, como en octubre de 1919 —cuando el Congreso de

45. Joaquín V. González. Ob. compl. ya citada.

las Iglesias celebrado en Southend, Londres —, que los sacerdotes cristianos de todas las iglesias deben concurrir en una obra común de unidad, para hacer del continente el baluarte de la paz del mundo. En el llamamiento de entonces, dijo su presidente el obispo de Chelmsford, lo que ahora, ante los tratados propugnando la solidaridad americana, podría reiterarse exactamente. "¿Ha conocido nunca el mundo en su historia, cláusulas de un tratado de paz más impregnadas de la doctrina del Sermón de la Montaña que las que ha firmado el año último? . . . Debemos recomendar a todos los hombres y mujeres cristianas aplicar los principios de Cristo a cada situación de la vida, sea internacional, sea nacional, sea individual. El cristianismo es internacional. La iglesia debe sostener firmemente a la Liga de las Naciones, como opuesta al militarismo y a un falso e inflado tipo de nacionalismo. El materialismo se cierne en gran espacio en el horizonte del trabajo" . . . Infortunadamente tan nobles consejos no encontraron eco en los hombres, y los acontecimientos muestran en el presente, otra vez, la oportunidad de recordarlos. Otra vez, terribles circunstancias incitan a escuchar la voz de quienes sentían hondamente el llamado de paz y concordia humana, cual la verdad suma que nos llevaría a la felicidad deseada. Con esa angustiosa emoción habla el arzobispo de Canterbury, reconociendo que "un nuevo espíritu se ha despertado, un espíritu de buena voluntad y de sincero deseo de común y recíproca aproximación". Y, al igual que en estos momentos, pone al descubierto el espectáculo de la conmoción reinante, en la cual, dice, nos "envuelven y oprimen programas confusos, espectros extraños de luchas nacionales, internacionales, industriales . . ." Destácase entre todos — así lo advierte González — el impresionante sermón del Rev. J. Campbell, deán de Carlisle, denominado "*La persona de Cristo con relación al hombre*", en cuyo esquema afronta la cuestión siempre candente de la revolución social. Dice: "Él — Jesucristo —, no pudo prever los nuevos y complejos problemas morales que nos ha planteado a nosotros el industrialismo moderno, ni las futuras potencias que desarrollaría una democracia internacional . . . Yo me aventuraré a enunciar mi visión de que el futuro mostrará un gran cambio sobre estas materias, un cambio tan tremendo, que aparece casi inconcebible para nuestra generación. La sociedad no puede por largo tiempo continuar organizada como hasta

el presente; existen fuerzas poderosas en acción, que traerán su disolución y reintegración sobre otras bases. ¿Cuáles prevalecerán en el nuevo día, en la naturaleza del hombre individual, los instintos egoístas o los solidarios de los demás? ¿Continuarán nuestras ideas girando alrededor de cuestiones sobre lo que comeremos, lo que beberemos, lo que vestiremos, o quedaremos libres de ellas para dirigirnos a los problemas más fundamentales, como el tipo de humanidad más digno de ser cultivado?"

El planteo del Rev. J. Campbell, descubría la aflictiva situación de un mundo confundido ante lo que lo ataba al pasado, y lo que exigía el presente. Y en esa confusión se engendraba su desconcierto perturbando la clara visión del porvenir. Caía en el bregar inmutable que va elaborando las etapas sociales de una humanidad zaherida por los golpes de quienes pretenden detener la evolución de un momento de la historia y los propios hechos que la empujan al cumplimito de su destino. En la vida de los últimos tiempos prevaleció una razón deshumanizada; se ocultó el sentimiento como un síntoma de debilidad vergonzante y cundió por el mundo la idea de la fuerza, puesta en principio generador de todo orden y todo derecho. Olvidamos en una ofuscante locura la grandeza de Jesús cuando habla de *amarse los unos a los otros*. Mientras no estemos preparados espiritual y moralmente para obrar por el bienestar común, más bien que para el bienestar exclusivo de nuestra nación, como lo proclamara sir Robert Cecil,[46] toda labor será deficiente y estéril. Pero no es únicamente actual esa inquietud que nos aqueja. En la Argentina hubo también hombres de iglesia que manifestaron en sabias palabras el mismo torturante desasosiego. "No entraré en la formidable tarea de averiguar si hoy en el mundo la avaricia sirve a la sensualidad — decía el R. P. Esquiú hace sesenta años —, o la ambición y la lujuria, al vil amor al dinero . . . lo que yo veo con mis ojos es que hoy todas las cosas del mundo se encierran en el odio y aún los sentimientos humanitarios y los actos de beneficencia son explotados por el odio y se hallan convertidos en armas de guerra a muerte . . ."

He supuesto enfrentarme a quienes arguyen dificultades artificiosas por pasión irrazonada, por egoísmos subalternos o por intereses

46. ROBERT CECIL, *Las bases de la fraternidad universal*.

económicos, a fin de mantener extraños unos a otros los países americanos. Sobrepasando el patriotismo en el que se abroquela el principio de soberanía nacional, primera barrera del prejuicio adverso a la unión franca de las naciones de América, aparece la segunda trinchera bajo el pabellón del hispanoamericanismo o del americolatinismo. Todo, indudablemente, tiene razones, aparentes algunas, verdaderas otras, que dan lugar siempre a discrepancias; esto es regla común en cualquier asunto, aunque, muchas veces, consideraciones superiores anulen tales diferencias. Existen entre la América latina y la sajona similares diferencias a las que — en proporciones reducidas —, existen entre las ciudades de Buenos Aires y la Rioja. Es decir, la desigualdad entre lo grande y poderoso con lo pequeño y pobre. Sin embargo, estas ciudades, representando núcleos sociales, están hermanadas y cooperan ambas a una finalidad común. Las similitudes, excluyendo el idioma, tienen hoy más bien las que da la costumbre o la tradición, que las que responden al mismo origen. Si en lugar de Buenos Aires y La Rioja, hacemos el parangón entre la primera y La Serena, población de Chile, veremos como, a pesar de la misma cepa hispana, la desigualdad es mayor. Comprueban estos casos lo inconsistente de argumentos que, sin embargo, son defendidos por el tabú pasional del patriotismo. De igual manera se confirma como el factor psíquico de que nos habla González, ha sido siempre concluyente, ya positiva, ya negativamente, en los hechos históricos que los han utilizado como instrumento o recurso de acción. Y llegamos a que, en base a una deformación de dicho factor psíquico, se pervierten los simples conceptos de la razón. Porque nada es más fácil que desvirtuar los sentimientos anímicos puestos en emociones irrazonadas, para con ellas vigorizar en las colectividades la pasión incontrolada. Entonces se produce cierto despotismo sobre la conciencia pública, irreductible al razonamiento y a la justicia, cuya acción persistente — a la que apoya generalmente la prédica bien o mal intencionada —, terminan por convertir en exaltación morbosa las puras inspiraciones del espíritu y los más nobles ideales populares. Así, el sentimiento de patria se transforma en enconado *chauvinisme* y la idea de religión o mística, en fanatismo impulsivo. En suma, el sectarismo extremo puesto en violencia y amenaza.

El estado de alma obtenido por tan singulares contribuciones, no

es fácilmente accesible al raciocinio de la verdad ni de la justicia. Entonces se produce esa deshumanización a que ya me he referido antes. Es decir, la negación de la paz social en un clima revolucionario y coercitivo. "Una revolución que proclama fines económicos y materialistas y en lo político la substitución de una tiranía y oligarquía capitalista por una tiranía de clase . . . Frente a esta revolución, la otra, la pacífica, la idealista y orgánica. Su ideal no es sólo el de una nueva organización de la sociedad, sino llegar a un tipo más bello de carácter individual." [47]

Cada pueblo imprime las caractersíticas de su propio genio a la religión que profesa. Ello es bien notable en los de América; la exaltación arrebatada de los de origen latino, pone vehemencias implacables a su dogmatismo, mientras el vasto grupo septentrional de ascendencia sajona, señala una tolerancia apacible y extensiva. Puede comprenderse dicha diferenciación en el rigor religioso observado durante siglos por los colonizadores hispanos, complementando el férreo sistema de su absolutismo político, y en la condescendencia religiosa que fué base política al régimen colonial en las posesiones inglesas del norte. El tiempo arromó muchas intransigencias, sin por ello destruir el sentido que ambos sistemas imprimieron a los principios sociales y orgánicos de sus gobiernos. En unos prevaleció más la vida espiritual con un concepto supraterreno, cuya exageración apasionada anula en el individuo su realidad progresista. Los otros, más humanizados, se han socializado, "identificándose con las aspiraciones, luchas y necesidades de la masa en todos los aspectos de la vida". Así lo comprende González cuando agrega: "La libertad religiosa en los pueblos disidentes se ha desarrollado sustancial y formalmente en líneas paralelas a la libertad política; en los católicos se mantiene todavía la resistencia dogmática a admitir la plenitud de los derechos de conciencia, siempre que se insinúe un roce probable con la zona de expansión de su propio credo. El concepto mismo de la democracia difiere en unos y otros, no sólo en sus orígenes ideales, sino en su realización práctica; y mientras que en las conciencias septentrionales la fe religiosa no entra en grado perceptible para calificar la demo-

47. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. Ob. ctda.

cracia como forma política, en los meridionales existe siempre un principio de exclusión, dentro del término *democracia cristiana*, de todo elemento no confesional católico. Y tanto influye el carácter de la raza y la diferencia de cultura general, en uno y otro grupo confesional, que en la vasta labor reconstructiva de la paz social en América del Norte se manifiestan uno y otro en una perfecta consonancia y concurrencia de ideales y realizaciones, en favor de los hombres de toda fe religiosa, mejor dicho, sin considración a fe religiosa alguna." [48]

Esto, que el ilustre maestro apuntara en 1920, ha sufrido, como digo, grandes transformaciones y hoy, en cierta manera, hay un cisma dentro de la iglesia católica. Por una parte — quizá bajo el intransigente fanatismo jesuítico —, un sector pretende mantener los oscuros métodos teológicos que ponen al hombre fuera de la vida y lo enfrentan a los terroríficos espantos del infierno. Para ellos, todo progreso en el orden de la libertad, involucra un atentado a esa subordinación a lo divino, convertido en política de sumisión, en absoluto acatamiento. La interpretación del precepto evangélico "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios", se presta a ubicar la libertad en un plano extraterrenal e inoperante en lo social y al patrimonio en el terreno de la realidad temporal.

Por otra parte, los humanistas, representando al catolicismo liberal o católicos sociales, tienen su exponente más auténtico en Jacques Maritain. "Él intentó — dice el P. Ducattillon — una inmensa síntesis interpretativa, a la vez filosófica y cristiana del mundo moderno". Observa dicho sacerdote la raigambre tomista del pensamiento de Maritain, lo que hace su fuerza y su ortodoxia. Examinando sus ideas ante el problema de la libertad y la democracia, señala su recia lucha doctrinaria contra las formas totalitarias que, embozadamente, defienden los de las viejas doctrinas.

Según el P. Decattillon, el pensamiento filosófico cristiano de Maritain, superó al liberalismo. Su ideal es un ideal de libertad, donde él coloca la salvación temporal del mundo. Para el P. Ducattillon, que es asimismo un *revolucionario dentro de la Iglesia,* aunque posiblemente se acerque más al cristianismo de Jesús, se ha sobrepasado

48. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. Ob. ctda.

la tendencia del movimiento católico liberal de 1830, cuando se intentaba *cristianizar el liberalismo*. Aunque dentro del mismo terreno ideológico estima innecesaria esta tarea, ya que el ideal de libertad es un ideal cristiano.

Maritain es un humanista; define este término como una preocupación muy característica de nuestra época presente, de tentar, en medio de la desagregación de todo, la realización de una armonía en la cual todas las posibilidades del hombre puedan encontrar su cumplimiento en un orden total verdaderamente humano, es decir, sobre la base de la libertad.[49]

La estrecha vinculación de la actual tendencia de la iglesia católica a los consagrados derechos naturales del hombre, la expone Maritain con esta definición del carácter de la sociedad moderna: "La sociedad se forma como una cosa exigida por la Naturaleza, y (porque esa Naturaleza, es la naturaleza *humana*) como una obra cumplida por un trabajo de razón y voluntad, y libremente consentida. El hombre es un animal político, es decir, que la persona humana reclama la vida política, la vida en sociedad, no solamente con respecto a la sociedad familiar, sino con respecto a la sociedad civil. Y la comunidad, en tanto cuanto merece ese nombre, es una sociedad de personas humanas. Es decir, es un todo de todos; porque la persona, como tal, es un todo. Y es un todo de libertades, porque la persona, como tal, significa gobierno de sí o independencia (no digo independencia absoluta, lo que es propio de Dios). La sociedad es un *todo* cuyas partes son, a su vez, *todos*, y es su organismo *hecho* de libertades, no de simples células vegetativas. Tienen su bien propio y su obra propia, que son distintos del bien y de la obra de los individuos que la componen, pero ese bien y esa obra son, y deben ser, por esencia, humanos, y, en consecuencia, se pervierten si no contribuyen al desarrollo y al mejoramiento de las personas *humanas*." [50]

Considerando que la inquietud social del mundo civilizado actual es un estado de alma, no podemos imaginarnos a América ajena a ese enunciado. Por lo demás, las circunstancias que hoy influyen en la vida social y política de sus pueblos, nos demuestran hasta donde es preciso buscar en el dominio espiritual las fuerzas de conven-

49. Ver JACQUES MARITAIN, *El humanismo integral*.
50. JACQUES MARITAIN, *Les droits*, etc.

cimiento que nos lleven a crear el espíritu de solidaridad, tolerancia e inteligencia entre las naciones del continente y del mundo.

Ninguna cooperación económica, ni la misma solución de los problemas obreros, son extraños a esta previa consolidación de los espíritus, eliminando el encono que fomenta las rivalidades inconciliables. No es posible, sin embargo, abstenerse del reconocimiento de ciertas realidades sensibles en la lucha de clases, aunque ellas están ya en el temario de los problemas gremiales de toda jerarquía y especialidad. Por lo pronto, en los procedimientos democráticos admitidos en casi todas las grandes empresas capitalistas de América, reconocen la conveniencia de modificar las condiciones de vida, de trabajo y remuneración de los obreros, ofreciéndoles toda clase de seguros y participaciones proporcionadas a las ganancias. Es indudable que un plan integral que evolucione estas condiciones de la vida dentro del mismo ritmo, equilibrando los recursos con las exigencias, no es asunto de fácil solución en la práctica de los hechos. Y para salvar tales dificultades será menester evitar violencias infructuosas o factores de cualquier índole que perturban las mejores intenciones en base a mezquindades, egoísmos o prejuicios.

Para el doctor Joaquín V. González, tres elementos son imprescindibles al ideal de la paz social:

"1º—Conservación del elemento espiritual o idealista en la legislación y política sociales.
"2º—Educación y progreso crecientes de la sociedad política, hasta realizar el gobierno perfecto de la democracia nacional y universal.
"3º—Concurrencia y cooperación de todas las órdenes dominantes y en primer lugar, las de carácter docente y ético, en la formación del espíritu de la paz fundado en la justicia."

Desde estos puntos de vista, —decía— debe desarrollarse la labor coincidente de las iglesias con los organismos constitucionales de los Estados.

El dictamen de la Junta de Arzobispos de la Iglesia de Gran Bretaña, en marzo de 1919, acaba con estas palabras, cuyo eco adquiere hoy verdadera actualidad: "El llamamiento que resuena en estos

días de juicio universal, es que no sólo debemos conservar nuestra fe, sino reordenar nuestra vida —tanto social como personal— en concordancia con aquellos principios". Y se sintetizan en estas tres fórmulas los preceptos o proposiciones éticas de la vida social e individual:

"1º—El valor inestimable del individuo y el derecho de éste al más pleno desarrolo de su personalidad.
"2º—El servicio como móvil supremo de la actividad humana, y la única verdadera prueba del valor y la finalidad humanos.
"3º—La ineludible responsabilidad de todos los individuos para la completa dedicación al bienestar de todo el orden social, y al fin de la creación de una efectiva fraternidad humana".

Hace poco más de un año, visitó Buenos Aires el P. Joseph Vincent Ducattillón, cuya palabra produjo honda sensación en los círculos católicos. No obstante las críticas y cierta oposición, las ideas expuestas por el prestigioso sacerdote en sermones tan valientes como brillantes, aclararon muchos conceptos y descubrieron la verdadera senda que Jesús señalara a los hombres. Aunque ya el humanitarismo no era extraño al clero argentino, hacía falta la voz de un sacerdote eminente, que rompiera los viejos moldes de la teología escolástica. Y hacía falta que destruyera los prejuicios paralizantes que pesan sobre el espíritu religioso de gran parte de la América Latina, obstruyendo el avance general del pensamiento.

Es común reaccionar favorablemente ante ideas o sentimientos afines. Con frecuencia el pensamiento expuesto por otros nos descubre a nosotros mismos y vamos acumulando esa experiencia que nos permite *ser* en sentido moral, y ubicarnos en el mundo ético y estético de nuestra verdadera personalidad. Tales circunstancias, que en lo normal de la vida tiene un influjo limitado, en momentos de crisis, adquieren profundidad y se hacen conciencia rectora de los actos. Se me ocurren estas reflexiones a través del pensamiento y las consideraciones que el P. Ducattillón nos expresara en sus magistrales conferencias. Muchos teníamos la idea indefinida de que Cristo debiera estar con nosotros; otros estábamos seguros de ello. Sin embargo las enseñanzas de la Iglesia, y más que todo, la política de

la Iglesia, confundía los conceptos modernos de la libertad como algo contrario al dogma católico. Por lo pronto, las frases simbólicas que el liberalismo adoptara como norte de la vida humana: libertad, igualdad, fraternidad, eran blasfemias del neopaganismo revolucionario de 1789. No obstante, jamás podía suponerse a la doctrina de Jesús como algo estático, adverso a la vida. Jesús puso en evidencia la vida misma; y lo realizó dentro de un concepto humanista cuyo principio y fin era Dios. Es decir, asignaba a la divinidad inexcrutable el origen y término de la existencia. Las normas cristianas nos hablan de amor y tolerancia. Luego se refieren a lo que vive, con los matices incalculables que el pensamiento y el sentimiento ponen en cada caso. Es decir, asignan a los hechos y a la existencia misma esa elasticidad que la hace activa, mejor aún, esa actividad que la hace intensa.

Nada más cierto que la comunión del alma argentina y el mensaje que como sacerdote de Cristo e hijo de Francia, trajo el Padre Ducattillón. Ese doble amor de que él nos habla: amor a Cristo y amor a la patria. Al referirse a dichos amores, aludía a su vida misma, advirtiendo: "no he sido nunca inspirado por un nacionalismo estrecho, pues, por el contrario, condeno con todo mi ser ese nacionalismo que es para el patriotismo, lo que el egoísmo para el amor".

El P. Ducattillón observó un aspecto que nos concierne, refiriéndose al peligro de una vida cristiana establecida de manera tradicional, donde la práctica religiosa se convierte en un hábito hecho tan natural como levantarse, vestirse o acostarse. "El peligro de la rutina y del formulismo —expresó— es entonces mayor que en ambientes en que la práctica religiosa no se halla tan traducida en costumbres y donde el hecho de creer o no, de orar o no, supone para quienes creen y oran que la cuestión de la fe y de la plegaria ha sido personalmente resuelta y debe continuar siéndolo". Lo que sería admitir a Jesús, no con la sensibilidad de un hombre que sufrió las torturas del Calvario, sino con la hierática quietud de un dios pagano, insensible a la sustancia humana en su eterno sueño de infinito. Significaría, en verdad, una regresión, o como afirma el P. Ducattillón, aceptar que ciertos cristianismos no han superado la etapa del paganismo, donde la Divinidad es una especie de sublimación de ciertas realidades de que depende la vida humana más estre-

chamente. La tierra y el cielo, pero, sobre todo, porque ello se acomoda más fácil y provechosamente a la existencia de los seres, al poder militar y político, los héroes, el sustento y la riqueza.

Con talento pone el P. Ducattillón la dialéctica bajo su noble exaltación cristiana, al presentarnos, con la sinceridad de su vocación y su respeto a la iglesia, la singular lucha entre la práctica religiosa y su vida moral. "Todo el esfuerzo secular de la Iglesia, —dice—, ha tendido a reaccionar contra este divorcio, a levantar sobre sí misma a la pesada pasta humana que vuelve a caer siempre, lentamente, obscuramente, incansablemente..." Alude luego a la obra de la Encarnación, "mediante la cual Dios adoptó en su hijo las condiciones de nuestra vida de hombres a fin de que su vida pudiera más fácilmente convertirse en la nuestra..."

En el paralelismo de la existencia humana con la voluntad divina, no había, pues, quietud espectante sino el ritmo que el tiempo les imprime. A favor de su dinamismo aparecían valores nuevos, revelados contemporáneamente en las modificaciones que Dios, "plenamente espiritual y trascendente, orientaba el sentido de la vida misma". En estas innovaciones reside, precisamente, la honda sabiduría de Dios y, sobre todo, los principios divinos que van ordenando progresivamente las etapas de la vida humana. Son, en primer lugar, valores de espiritualidad arracándonos de lo tangible y mezquino por esa concepción de un Dios, "espíritu puro, que trasciende al mundo del que es Creador".

"Las realidades espirituales —explica el P. Ducattillón—, primaban sobre todas las demás, en particular esa realidad espiritual por excelencia que es el alma humana, individual, personal, inmortal, hecha a imagen de Dios y llamada a gozar de la vida misma de Dios. Entre todos los valores creados, ella se tornaba el primer valor. La salvación del alma devino el fundamento de la religión. La salvación temporal del universo entero no pudo ser comprendida al precio de una sola alma. De ahí esa promoción realmente cristiana de la persona humana, autónoma, libre, cuyo destino supremo predomina sobre el de las razas y de los imperios". Inmediatamente el distinguido sacerdote plantea el problema del regionalismo en que se fundan los arcaicos principios adversos al nuevo sentido de la convivencia humana. Principios donde arraigan los conceptos inspira-

dores del nacionalismo estrecho "*que es para el patriotismo lo que el egoísmo para el amor*". "Eran — manifiesta el P. Ducattillón —, valores de universalidad. Hasta entonces los hombres se repartían en grupos cerrados y la religión misma imponía la ley de la división; cósmica, biológica, política. Había tantas religiones como grupos. Por el contrario, con el cristianismo, la universalidad, la catolicidad se convertían en un signo esencial de la verdadera religión. Sobre el propio plan profano, por encima de la repartición necesaria de los hombres en razas y en Estados, hubo una comunidad humana; por encima de los intereses particulares de cada grupo, el interés común de la gran familia humana; por encima de las leyes que rigen las condiciones de vida de cada uno de los grupos, una ley superior a que debían sujetarse todas las leyes particulares; una ley natural que se impone en último término a las conciencias, a todas las conciencias."

Con esta doctrina todos los valores antiguos adquirían un nuevo significado: su verdadero sentido espiritual: la raza, la ciudad, la familia, el Estado. Surgía un mundo nuevo, regido, no ya por las exigencias de la división de la letra, sino por las de la unificación en el espíritu. Para el P. Ducattillón hay un retorno en el neopaganismo actual, a las realidades del paganismo, en particular a las realidades biológicas y políticas: raza y Estado. Y en esto, cierto acercamiento o no negación expresa al Dios cristiano. "Pero, — añade — las consecuencias de la afirmación de Dios son siempre negadas y por lo tanto lo son los valores humanos de espiritualidad y de universalidad; los valores de libertad, de igualdad, de fraternidad; el sentido agudo de la supereminente dignidad de la persona humana; el sentimiento de la unidad fundamental de la naturaleza humana más allá de toda diferencia de razas, de clases, de naciones; el reconocimiento del primado de una ley moral universal que se impone a todos. Entonces, acuérdase de nuevo la primacía a los valores que el paganismo reconocía como supremos y que son así vaciados del sentido nuevo, del espíritu nuevo que el cristianismo les había trasmitido. Un sentido de la autoridad negador de los valores de la libertad. Un sentido de la jerarquía negador de la esencial igualdad humana. Una negación de la justicia y de la caridad. La justificación de toda actividad favorable a los intereses otra vez convertidos en supremos, de las razas y de los Estados".

No voy a internarme en la teología escolástica, que encerrada en fórmulas extraterrenas fundamentó el viejo dogma de la iglesia de Cristo. Su proximidad al paganismo la saturó de su misticismo asiático y bárbaro, contra el cual levantara poderoso dique el orden clásico del paganismo greco-romano, al que acertadamente alude el P. Ducattillón. Ello, como él mismo lo anota, divorció de la letra el espíritu del cristianismo, aunque dejó supervivencias paganas en ciertos católicos. Y se pregunta el padre domínico, "¿podemos asegurar que tales influencias paganas han dejado de trabajar hoy al mundo católico?" Presenta aquí el P. Ducattillon el problema más arduo y trascendente del espíritu humano, conmovido por los *cursos y recursos*, que, según Vico, era ley natural impuesta a la historia y sólo dentro de ellos se movía dinámica y dialécticamente.[51]

Compruébase además, con la inquieta interrogante del P. Ducattillon como todo cambio revulsivo de las ideas es un fermento intelectual más que una revolución espiritual, y el cristianismo, sobre el sentimiento y la mística que le diera impulso ciego, obedecía a esa razón que los griegos — antes de Jesús —, pusieron en carácter propio del hombre y por ende, en único principio de sus adelantos y de sus revoluciones. Ateniéndose siempre a lo que él estima influencias paganas, el P. Ducattillon descubre que el antisemitismo es una de las manifestaciones más características del neopaganismo moderno. "¿Cómo se explica — agrega — que sea casi imposible denunciar desde el púlpito, como lo hago yo en este momento, el antisemitismo sin que ciertos oyentes lleguen a la conclusión de que el predicador preconiza la dominación mundial de Israel? ¿Cómo concebir que en un aspecto tan vital como ese esté tan poco hecha la educación más elemental del pueblo cristiano? ¿Cómo es posible que tantos católicos no puedan evitar una secreta complacencia por las dictaduras modernas, solidarias todas en la práctica de las dictaduras francamente paganas y no puedan defenderse contra la esperanza de que llegue a una transacción entre aquellas dictaduras y la Iglesia? Les basta que se respete o se defienda a ésta en el orden

51. JUAN BAUTISTA VICO, *Scienza Nuova*.

exterior. No parecen inquietarse, en cambio, de saber si su espíritu ha sido vilipendiado."[52]

Atañe a la libertad y la unión americana, tratar ese aspecto mencionado por el eminente orador domínico: las dictaduras. La conciencia mundial, desde hace aproximadamente medio siglo, siente el influjo de una literatura que ha hecho numerosos prolélitos, idolizando a hombres de vitalidad agresiva y colocándolos por encima de quienes ofrendaron al género humano, "pensamientos, formas de belleza, hallazgos científicos, instituciones y sentimientos que forman la civilización y marcan la diferencia entre la vida humana y la animal". Esta idolización es —en demasía, escribe Croce—, indicio de rebajamiento moral, es ideal perverso, es turbio y corrompido sentir, es una relación admirativa de amor tan poco digna como la de las mujeres perdidas por los matones. El historiador, aunque comprenda el papel representado por aquellos hombres y el destino a que obedecieron, no por ello olvida que sembraron terror y odio en los pechos humanos y que destrozaron cuerpos y almas; y está alerta para que sus justificaciones históricas *no se truequen en justificaciones morales* y no se perviertan alimentando disposiciones perversas. Aún la adoración del Estado y del "poderío" *(Macht)* que, iniciada en Alemania se ha introducido en otros pueblos, se reduce, en último análisis, a un bajo afecto, no de ciudadanos sino de siervos con librea y de cortesanos, por la fuerza como nueva fuerza, en vano adornada con emblemas sagrados y morales; por encima de lo cual vale el juicio opuesto, formulado, aunque sea unilateral y exageradamente, por algunos nobles espíritus alemanes de la edad mejor —Herder, Humboldt, Goethe— que, siempre la cultura o civilización es superior al Estado." [53]

En el discurrir de las ideas y la influencia que sobre ellas ejerce el tiempo, es posible columbrar el significado, extensión e importancia de la religión, en la evolución y conformación de un nuevo espíritu. Hasta ahora el viejo sentido de la iglesia católica, retardaba una clara explicación de los conceptos modernos que la vida iba engendrando. Pero, ya hemos visto como la reacción favorable al clima

52. Discursos y sermones del R. P. Joseph Vicent Ducattillon, en Buenos Aires, setiembre de 1944.

53. BENEDETTO CROCE. Ob. ctda.

contemporáneo es evidente. Los actuales conocimientos científicos y los adelantos de todo orden en el plano maravilloso de los descubrimientos creando una cultura o civilización en constante progreso, debió, asimismo, transformar la moral como modificara muchas realidades hasta ahora tenidas por verdades indestructibles. La Iglesia, cuya génesis es una invocación del hombre a Dios, perdura con profundo arraigo en la conciencia humana. No obstante ese influjo, originado en el amor y en la justicia, debió aceptar las mutaciones del medio, aunque permaneciera inalterable el sentimiento y la fe que hace de ella la suprema esperanza de los seres. Los hombres creemos en lo que somos capaces de imaginar, y cuando esto no excede de nuestra capacidad inductiva y de nuestra capacidad creadora. En el caso presente, tal cual se desarrolla esa capacidad de razonar y de hacer, también debe acrecer la concepción de nuestra esperanza puesta en Dios. Dicha esperanza responde a realidades concebibles y, sobre todo, a las que son posibles de alcanzar.

Dije por ahí que cada pueblo imprime su propio genio a la religión que profesa. Hacía entonces una diferenciación entre los cristianos disidentes del norte y los cristianos católicos del sud. Sin embargo, en todo proceso humano intervienen factores imprevistos. Eso que en España e Inglaterra cristalizaría en formas definitivas de credos religiosos, en América sufre su formidable influjo telúrico, tanto como el sustancial del fermento étnico, agitándose en plena ebullición. En esta enorme matriz, al par que se incuba la nueva progenie, fruto de todas las razas humanas del orbe, también se moldea un nuevo espíritu, una nueva alma que emerge a la luz de la vida, con una religión cristiana que es, también, un nuevo hablar de Jesús en el monte, como fuera su Sermón de la Montaña a las "gentes de Galilea y de Decápolis y de Jerusalén y de Judea y de la otra parte del Jordán". Hablará a los hombres de América, que verán a Dios "porque son limpios de corazón". Hablará de justicia y dirá: "no matarás". Y dirá: "amad a vuestros enemigos, para que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos; que hace su sol salga sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos". Y hablará de libertad al referirse a las aves del cielo; y hablará de belleza, mencionando a los lirios del campo. Ese es nuestro cristianismo; el humanismo que aparece junto a la libertad, a la igualdad y a la

fraternidad, trilogía bajo cuyos auspicios lucharon los hombres libres de América y bajo cuyos auspicios los sacerdotes orarán en los altares de Dios, mientras suenan alborozadas las campanas de los templos. Libertad, igualdad, fraternidad, en solidaria comunión de todos los pueblos americanos.

XVII

## UNIDAD AMERICANA

*El espíritu de América, se convierte en el compromiso de América.*

De la misma concepción natural de la libertad, fluye el sentido universal que impulsa hacia la unión de los Estados americanos. Su génesis histórica contribuye a darle realidad política, como los inalienables derechos fundamentales del hombre, afirmando los preceptos democráticos de igualdad y fraternidad, vinculan las naciones con principios morales, comunes e indivisbles. A menos de olvidar estas raíces singulares en la estructuración espiritual y social de los pueblos americanos, comprenderemos porque el panamericanismo, que ahora pareciera un pensamiento teórico, es simplemente el programa básico de la vida de América desde su origen postcolombino. El olvido de este punto de partida histórico, pone en error conceptual al orden que existe entre realidad y deseo. Pues, en verdad, siempre nuestro deseo de unidad, nacía de la unidad misma. Por lo tanto, lo que hoy creemos una teoría de política interamericana, es, sencillamente, la vivencia de la realidad que se imagina alcanzar.

El proceso de esa realidad espiritual, descubre su sentido moral en la aceptación de principios y derechos igualitarios. Y está en dicha aceptación su más cabal acepción humanitarista, a la que es inherente su propia universalidad. Para los americanos de la heroica gesta emancipadora, fué América íntegra el campo ideal donde los hombres libres ejercerían su libertad y los derechos naturales a la

personalidad humana. Sólo a las distancias y diferencias de idioma, puede atribuirse que el norte y el sud limitaran sus luchas de redención. Pero, esas luchas integraron la independencia respectiva de anglos e hispanoamericanos en dos bloques animados por un mismo ideal de derecho humano.

Importante es advertir como tal ideal, concretado en un deseo de unidad política, no ha variado desde que aparece en un acto formal —Congreso de Panamá-1826—, hasta nuestros días. Quizá el Nuevo Mundo que Colón entregara como una unidad geográfica a los reyes Isabel y Fernando de España, esté llamado a ser una *Unidad de Naciones,* y cerrar así el ciclo que arranca de las postrimerías del siglo XV. Entonces se cumplirían, luego de nuestra redención de las metrópolis europeas, la magnífica redención de los prejuicios y egoísmos que ensombrecen el pensamiento y la inteligencia de los hombres.

Hace pocos años, el ex-canciller del Uruguay, doctor Alberto Guani, publicó un libro donde, con criterio objetivo y actual, expone los hechos y señala los factores que han influido en la evolución del pensamiento americanista. De su exposición se infiere como éste ha vivido latente en la conciencia de nuestros pueblos, aunque fuera demorada su concreción en el hecho definitivo. En cuatro etapas resume el doctor Guani la acción desarrollada en procura de la solidaridad continental:

"1º) La lucha por la emancipación política.
"2º) Las tentativas de Confederación para salvaguardar la autonomía.
"3º) El ciclo de congresos jurídicos para conciliar las legislaciones de los distintos países, y
"4º) Las conferencias panamericanas en busca de una unidad jurídica internacional."

Trata la primera etapa, la lucha que, apoyada en el derecho de gentes, nos lleva a la emancipación. La espontánea uniformidad de ideales dió sentido especial e inconfundible a lo que se llamó período heroico de la Historia de América. Así lo reconoce el doctor Guani, afirmando que no fué un mero movimiento de reacción instintiva o

de carácter étnico, sino el ansia vital de una inspiración ideológica, clara y definida.

"Jefferson, San Martín y Bolívar —expresa— estuvieron iluminados por algo más que el ideal de independencia. Un sueño más grande, profundo y trascendente los animó en una acción llevada hasta el heroísmo".

En la segunda etapa, aparecen los países americanos ya emancipados de sus metrópolis, defendiendo sus autonomías en un esfuerzo mancomunado. Y se descubre el pensamiento vivo de Francisco Miranda, figura primigenia y gloriosa de la libertad americana, trasuntando sus ansias por el viejo continente. Es cuando surge la idea de una Liga o Confederación Americana, cuyo primer proyecto se corporiza en 1810 (modificado en 1811) bajo el título de "Derechos del pueblo de Chile" sosteniendo que "los Estados de América latina necesitan reunirse en un congreso para tratar de organizarse y fortalecerse".

Años después, la idea de *Unidad* en la América meridional se convierte en ensueño de Simón Bolívar. Las fantasías extraordinarias de una época, acaban, frecuentemente, por ser realidades comunes tiempo más tarde. Tal ocurre con la visión del héroe venezolano, enfervorizando su ánimo con la ilusión embriagadora de fundar el *Imperio de la Libertad* en el mundo de Colón. Esa visión, transmontando los siglos, arranca de la confederación griega, de la liga anfitiónica de Delfos, su proyectada confederación sudamericana regida por una asamblea de plenipotenciarios. Así lo anuncia en los tratados ajustados con el Perú y con Chile, al convenir una alianza ofensiva y defensiva en paz y guerra, garantizando la recíproca independencia y un pacto de unión perpetua, estipulándose "la reunión de una Asamblea general de los Estados Americanos; compuesta de plenipotenciarios, con encargo de cimentar de un modo sólido y estable las relaciones íntimas entre todos y cada uno de ellos, que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en sus tratados públicos cuando ocurran dificultades y de juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias".[54] Obsesionado por la liga aquea, propuso el

54. Tratado de Colombia con el Perú y Chile, de 6 de julio y 28 de noviembre de 1822. Ver Mitre. Ob. ctda.

istmo de Panamá, a la manera del de Corinto, para la reunión de "esa nueva dieta republicana".

Precedentemente he expuesto el clima psicológico de esa época convulsionada y los justificados temores que el proyecto engendraba en países celosos de sus flamantes autonomías. El derecho individual y el derecho colectivo, confundían sus principios, deslumbrados por esa libertad cerril que desbordaba en ambiciones indefinidas, perfectamentes explicables en un escenario de pasiones revulsivas. Bolívar aparece impulsado por ideas exóticas al medio. Incuba sus ansias en el presentimiento y pone en acción el vértigo de anhelos que sobrepasaban el lerdo andar evolutivo social y político de pueblos en desorden. Buenos Aires rechazó la idea de un congreso soberano, árbitro de las cuestiones internacionales, es decir, puso sobre el tapete por primera vez, el actual principio de "no intervención". Y lo defiende su ministro Bernardino Rivadavia, interpelado en la Legislatura, manifestando: "Un documento, en que por primera vez los Estados de América intervienen, dando la primera base de sus derechos, debe ser un documento del juicio con que penetran y calculan el porvenir. El proyecto de tratado con Colombia [55] no llenaba las condiciones apetecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia de hecho de los gobiernos y no su legitimidad, sin acordarse de la libre representación de cada país. Los tratados de alianza, al aire, no reglados por un tratado especial, han sido siempre inutilizados de hecho por los *casus foederis*. Es preciso detenerse en el régimen representativo, en los intereses generales y recíprocos de Estado a Estado y no en alianzas de familia." [56]

Estas palabras exponen, con mesura diplomática, el verdadero sentido legalista del asunto, ya que era primordial organizar constitucionalmente a los Estados y elegir auténticos gobiernos representativos, para que ellos, en uso de su plena autoridad política, resolvieran cuestiones de tanta trascendencia futura. Sin embargo se suscribió un "pacto y alianza defensiva en sosten de su independencia

55. Se refería a algunos artículos que figuraban en los tratados análogos celebrados con el Perú y Chile, ya mencionados.

56. Sesión de 9 de junio de 1823, de la Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires. Esa provincia tenía entonces el manejo de las relaciones exteriores de la República Argentina.

de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera que sería reglado por convenios especiales".[57]

Si la situación temporaria y las circunstancias políticas inmanentes, dificultaban la concreción del sueño de Bolívar, su visión del futuro era una realidad que fluía cual hálito del suelo americano. Y esa visión magnífica de la Comunidad de América, inspira las palabras de aquella circular del 7 de noviembre de 1824, donde llama nuevamente a los pueblos a reunirse en solemne Congreso. "Es tiempo — decía — de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Las repúblicas americanas de hecho están ya confederadas. Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está, en el centro del globo, viendo por una parte al Asia y por la otra al África y la Europa. El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas que trazaron la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto con el de Panamá?".

James Brown Scott,[58] nos dice como Henry Clay, presidente entonces de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América, en un discurso ante la Cámara, recomendó la constitución de una "liga americana para la libertad humana" la que había de unir" a todas las naciones desde la Bahía de Hudson hasta el Cabo de Hornos". "La reunión de un Congreso en Panamá — agregó —, compuesto de los representantes diplomáticos de las naciones independientes de América, formará una nueva época en los aconteci-

57. 8 de marzo de 1823, ratificado por la Legislatura el 10 de junio del mismo año.

58. JAMES BROWN SCOTT, director de la división de derecho internacional de la Dotación Carnegie para la paz internacional. En *Conferencias Internacionales Americanas*, 1889-1936. Ed. Carnegie. Wáshington.

mientos humanos."[59] Es interesante comprobar cómo Henry Clay extiende el principio de la libertad de las fronteras nacionales a la concepción humana, propugnando, no la defensa de un derecho privativo al ciudadano o al habitante de Estados determinados, sino al hombre en su condición genérica y humana. Predetermina de tal manera el sentido auténtico y actual del derecho del hombre como incidente y no inherencia al Estado y sólo vinculado a la humanidad. Con parecido significado e igual entusiasmo se dirige al Congreso el presidente de los Estados Unidos de América, John Quincy Adams, advirtiendo que quizá no surgiría "ni durante muchos siglos otra ocasión tan propicia . . . para el Gobierno de los Estados Unidos, de promover los benévolos propósitos de la Divina Providencia . . . como la que se ofrece ahora para participar en las deliberaciones del Congreso de Panamá", con el objeto de adelantar "el reinado futuro de la paz sobre la tierra y la buena voluntad entre los hombres".[60]

Debían de existir, indudablemente, muchas razones en favor del Congreso, para que tan idénticos pensamientos —formulados en términos muy semejantes— fueran expresados por el Libertador Bolívar, por el secretario de Estado Clay y por el propio presidente Adams, ambos de los Estados Unidos. Dichas razones fluían del espíritu de las cosas; respondían sencillamente al sentir orgánico y genial de un mundo que aparecía a la vida universal, impregnado del humanitarismo engendrado en su natural existencia. América descubría su alma en el mandato de algo que estaba sobre los temores y el orden impuesto por los pueblos en sus organizaciones políticas. Enfrentaba, —desde ya e ingenuamente—, su propia naturaleza, a las creaciones de los hombres, reproduciendo la pugna de lo que *es* con lo que ellos pretenden que *sea*. Es decir, la lucha en precio de progreso.

He mentado al temor, o lo que es lo mismo, a la debilidad humana, encogida ante los hechos que le señalan el derrotero de su destino. Flaqueza a la que arma la desconfianza y la ambición, nutridas de fracasos y esperanzas. El Congreso de Panamá, abría

59. Estas palabras se encuentran en las instrucciones dadas por Mr. Clay en su carácter de secretario de Estado, cargo que ocupaba en ese tiempo, a los delegados de los Estados Unidos de América.
60. *Conferencias*, etc. 1889-1936. Ob. ctda.

el campo de la duda a lo proverbial; era un acto inusitado dentro de su misma simplicidad; antagonismo de la sospechosa rutina y el deseo presentido. En ese terreno lidiarían los argumentos con los que el hombre funda su razón temporaria; un instante de esa *Razón* que es Tiempo y Espacio, con ese temor vacilante en el juego precario de las ventajas. Rivadavia, ministro de la provincia de Buenos Aires, simbolizó la razón, y los representantes meridionales en el Congreso de los Estados Unidos, encarnaron las ventajas. Uno, defendía la legalidad dentro del orden estatal, en base al temor de esa Asamblea surgida de un ideal americanista. Los otros propugnaban el sistema exclavista, como un derecho económico de propiedad y en base al temor de perjudicar sus intereses. Bolívar era la incógnita del delirio puesto en sueño de grandeza. Podía ser la libertad o el imperialismo. El prestigio de su gloria militar ensombrecía su acción política. Por otra parte, la esclavitud, abolida por los Estados hispanoamericanos emancipados y el reconocimiento por ellos de Haití independiente, — país de hombres de color —, provocó la oposición de los Estados esclavistas del sud de Norteamérica. Sin embargo, las voces de Adams y Clay inspiraron al Congreso, y triunfa la idea de enviar representantes a Panamá, donde se proyectaba establecer la Liga de la Libertad para un continente bañado por los dos océanos.

Asistieron al Congreso de Panamá, representantes: del Perú, que incluía entonces a Bolivia; de la Gran Colombia, comprendiendo a Venezuela, Ecuador y el futuro Estado de Panamá; México y la América Central, que son ahora Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Honduras. Por su parte Gran Bretaña designó delegado a su representante en Colombia, y los Países Bajos, que en ese tiempo incluía a Bélgica, envió en nombre de su rey, un coronel como veedor. Los representantes de los Estados Unidos llegaron con gran retraso a Panamá, cuando ya las reuniones del Congreso habían terminado.

Poco puede decirse de los resultados prácticos e inmediatos de dichas reuniones. "Cuando esta sombra de congreso escapó a su influencia — escribe Mitre —, el mismo Bolívar lo comparaba "al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor." [61] No obstante, la tentativa representó más

61. MITRE. Ob. ctda. Carta de Bolívar a Páez, 8 de agosto de 1826. Lima.

que su realidad y, a través del tiempo, adquirió el sentido virtual de la americanidad. Era la coincidencia del sentimiento continental en la totalidad de sus actos. Bien lo dijera Bolívar: "Las repúblicas americanas de hecho están ya confederadas". Se manifiesta en 1818, en el Uruguay, cuando Artigas expresaba que "tendría como enemigo a todo aquel que lo fuere de cualquier nación americana". En la Constitución de la Provincia Argentina de Entre Ríos, de 1822, exigiendo para ser elegido diputado, "ser ciudadano natural de América". O cuando en la Argentina se vota, en 1825, la ley que autoriza "una alianza defensiva para mantener la independencia contra la nación española y cualquier otra potencia extranjera. Indudablemente, el espíritu de América alentaba en esos aconteceres, que pugnan por aflorar en el Congreso de Panamá. Así lo expresa Brown Scott: "Cabe decir que el hecho de haber sido iniciado tal Congreso fué más trascendental que su celebración y más aun que sus deliberaciones. Con este sólo hecho, las Américas profesaron concretamente su unidad espiritual, ya que, sin distinción de situación geográfica, de lengua, de religión ni de raza, habían acordado reunirse a deliberar sobre la situación continental. Este congreso estableció dos precedentes: fué precursor de las Conferencias de la Haya, así como el prototipo americano de la Sociedad de las Naciones en Ginebra. Ello es que el Congreso de Panamá fué una emanación del alma americana, aprisionada — por decirlo así — dentro de un cuerpo material." [62]

Con el Congreso de Panamá, se realizó, indudablemente, la primera tentativa formal para unir las jóvenes naciones del Nuevo Mundo en defensa de la libertad común y propugnando el bienestar y solidaridad continental en una Confederación de países. Y se puso en marcha la materialización del espíritu de América, a lo que desde entonces fuera un compromiso político. Estamos todavía en la segunda etapa; después del Congreso de Panamá sigue el Congreso de Lima, en 1847; luego el Tratado Continental de Santiago de Chile, de 1856, con la concurrencia de Chile, Ecuador y Perú. En 1856, se convoca y reune en Washington el llamado Tratado de Alianza y Confederación. En 1864, el Congreso de Lima, de cuyas

62. *Conferencias*, etc. Ob. ctda. 1889-1936. En la Introducción.

deliberaciones surge un tratado de alianza defensinva, por el cual las naciones sudamericanas se comprometen a prestarse recíproca ayuda en caso de agresión de potencias extranjeras. Sucede esto por otra parte, luego de la protesta de Chile y la Argentina en ocasión de ser ocupada la Isla de Chincha, en 1863, por la escuadra española.

A dichos antecedentes, pueden agregarse las tesis brillantes expresadas por la Argentina en ocasión de Congresos o actos trascendentales para la historia política de los países americanos. Eran normas que obtuvieron repercusión mundial; sus conceptos, apuntalando la paz y la vinculación de los pueblos, acrecen la personalidad de los estadistas argentinos. Así, el juicio de Varela al fin de la guerra del Paraguay, concentra en un enunciado el término a las guerras de conquista, al expresar que *"la victoria no da derechos"*. Corresponde a la definición amplia de Roque Sáenz Peña en el primer Congreso Panamericano de Washington en 1889, cuando, sin contradecirla, desarrolla la fórmula de "América for the americans" y agrega "Sea la América para la humanidad", respondiendo, al sentido que Henry Clay diera a la libertad en 1826: *libertad humana*. Y, más tarde, el doctor Luis María Drago quien sorprende con su tesis, según la cual "la deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada, ni menos a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una potencia europea", con lo que sigue en marcha un anhelo de derecho humano.

Con los Congresos Americanos de Jurisconsultos realizados en Lima en 1877 y en Montevideo en 1888, entramos en el tercer período. Ambas reuniones destacaron nuevamente el sentimiento de unidad continental que se concreta en forma orgánica y definitiva en 1889, constituyéndose la Unión Panamericana, ya mencionada, con el fin de conformar en una realidad el ideal del Nuevo Mundo. Las deliberaciones en Wáshington, comienzan el 2 de octubre de 1889, y terminan el 19 de abril de 1890. Durante este período memorable, bajo la dirección moral, política y económica de los Estados Unidos, se aprobaron trascendentales decisiones: condena a la guerra de conquista; rechazo a la intervención de potencias europeas en asuntos americanos; no cesión de territorios bajo la presión de la violencia, etc. Y quedó realizada la primera Conferencia Internacional Americana.

El orden cronológico de las Conferencias Internacionales Americanas, — convocadas por la Unión Panamericana (Pan American Union) —, señala la segunda, realizada en México — 22 de octubre de 1901 a 31 de enero de 1902 —; la tercera en Río de Janeiro — 23 de julio al 27 de agosto de 1906 —; la cuarta en Buenos Aires, adhiriéndose al centenario de nuestra independencia — 12 de julio al 30 de agosto de 1910 —; la quinta en Santiago de Chile — 25 de marzo al 3 de mayo de 1923 —;[63] la sexta en La Habana — 16 de enero al 20 de febrero de 1928 —; la séptima en Montevideo — 3 al 26 de diciembre de 1933 —, donde se plantea la política de *buena vecindad* que inicia el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, como rectificación de cualquier intención pasada y la afirmación de una amplia cooperación futura. Es surco hondo y promisorio. La octava Conferencia Internacional Americana se reune en Lima — 9 al 27 de diciembre de 1938.

Con anterioridad, las naciones americanas son convocadas en Wáshington a la Conferencia Internacional Americana de Conciliación y Arbitraje — 10 de diciembre de 1928 al 5 de enero de 1929. Más tarde, con la presencia del presidente Franklin D. Roosevelt, — del 1º al 23 de diciembre de 1936 —, se realiza en Buenos Aires la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz.

De conformidad con los acuerdos de Buenos Aires — 1936 — y de Lima — 1938 — se realiza en Panamá — 23 de setiembre al 3 de octubre de 1939 —, la primera Reunión Consultiva entre los Ministros de Relaciones Exteriores de las naciones de América. La segunda Reunión Consultiva de los Ministros de Relaciones Exteriores se efectúa en La Habana — 21 al 30 de julio de 1940 —; y la tercera en Río de Janeiro — 15 al 28 de enero de 1942.

Puede observarse en el decurso en los ciento diez y seis años transcurridos desde el Congreso de Panamá (1826-1942), como se ha sostenido en el ambiente y en la conciencia de las naciones de América, la convicción de su imprescindible vinculación. Era la unidad engendrada en la misma tierra, con un destino común. Hace más de una centuria, al dar el primer paso en procura de la unión americana, se pone de relieve la identidad espiritual expresada en los aconte-

63. Los trece años que transcurren entre la cuarta y quinta Conferencia, corresponden al intervalo obligado por la guerra mundial de 1914-1918.

cimientos y documentación atinente. Se manifiesta esa identidad de auténtico americanismo en que con esos mismos argumentos, iguales propósitos propugnados, e idénticos términos de exposición, prosigue actualmente la tarea de constituir una Confederación o Liga de Naciones Americanas. En 1826 evidentemente, era prematura suponer éxito político a un asunto que, sin embargo, estaba identificado a los principios sustentados por todos los pueblos del continente. Su falta de sazón provenía, —sobre todo— de un clima psíquico y de incapacidad intelectiva en pueblos involucionados social y culturalmente. No obstante el aparente fracaso de la inicial tentativa, se descubrió que la simiente sembrada, era semilla de este suelo y que seguiría floreciendo y fructificando a pesar de todo. A pesar de la miopía de muchos estadistas y la hipócrita rutina de la política internacional, tratando de ocultarla. Por encima de todo, asoma ese inocultable *estado de alma* americano, incoercible a las maniobras y perniciosas *habilidades* diplomáticas.

El ex-cancillar uruguayo, doctor Guani se pregunta, que es al final de cuentas la solidaridad continental, que luego explica en estos términos: "A mi entender, no es otra cosa que el deseo sincero de unir a las naciones a fin de llegar, por medio de esta unión, a fines más elevados y más amplios que aquellos que pueden obtenerse por medio de una actividad particular aislada e independiente de cada Estado. En este sentido —añade— la solidaridad debe ser amplia e ilimitada. No es justo admitir una categoría de actividades por la cual es posible la solidaridad y por otra no lo es. Sin embargo, los hechos han demostrado que con frecuencia se considera que la solidaridad internacional sólo tiene aplicación en las funciones secundarias o administrativas. En el dominio político la solidaridad positiva se estrellaría contra la concesión arraigada de la soberanía del Estado. Sin embargo, de la dolorosa experiencia por que ha pasado la humanidad, la ejecución de la idea de la solidaridad ha de encontrar una esfera de acción más grande e importante en el dominio de las relaciones políticas internacionales. El ideal supremo del mundo entero es la paz y es ahí donde los principios de solidaridad internacional deben aplicarse con mayor energía, no sólo para tratar de preservar ese bien inestimable, sino para defenderla colectivamente todas las veces que pueda encontrarse amenazada o en

peligro. Para que la noción de solidaridad internacional tenga toda su eficacia, es preciso, pues, que se ejerza en una forma universal, sin reservas ni restricciones de ninguna especie". Más adelante expone esta consideración coincidente con la tesis sostenida en el presente ensayo: "Las democracias americanas se encuentran en las más propicias condiciones para llegar al ideal de una suprema solidaridad internacional, que no necesita para establecerse ningún organismo material: los sentimientos naturales de la opinión pública son suficientes".

Además de todos los esfuerzos paulatinamente efectuados en las asambleas que dejo apuntadas, menester será anotar, asimismo, la *Carta del Atlántico,* que, el 14 de agosto de 1941, suscribieron el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt y el primer ministro de Gran Bretaña, Winston S. Churchill. Corresponde a la órbita de la tarea en que América está empeñada y la humanidad precisa para restañar sus heridas y cumplir sus esperanzas de pacífico bienestar. De su texto fluye implícitamente el respeto a los derechos sociales y derechos económicos de todos los pueblos de la Tierra. Su artículo 6°, garantiza *"que todos los hombres, en todos los países, pueden vivir libres del temor y la necesidad".*

Más directamente nos corresponde *"La Conferencia Interamericana sobre los problemas de la guerra y la paz,* realizada en México, — 21 de febrero a 8 de marzo de 1945, cuyo cuerpo de resoluciones se conoce con el nombre de *Acta de Chapultepec.* Esas reuniones congregaron a los representantes de toda América, y en ellas, después de adherirse a la *Carta del Atlántico,* se llegaron a acuerdos trascendentales, que impulsan decididamente la política continental a ese principio de solidaridad enunciado en 1826. Especialmente se planteó una revisión integral de las cuestiones tendientes a dar forma política y jurídica a la colaboración solidaria panamericana. Últimamente, — 26 de junio de 1945 — se firma en San Francisco, la *Carta de las Naciones Unidas,* a la que adhieren las de América. Estos esfuerzos no significan — seguramente, la solución a los problemas actuales de la paz, aunque impliquen el deseo universal de obtenerla. Todo gira alrededor de conceptos inadecuados a las realidades de nuestro tiempo. Y no basta el deseo, cuando las normas de la vieja política han fracasado completamente. Ahora mismo pal-

pamos el fracaso a través de las gestiones de las viejas doctrinas sobre las que edificamos el mundo de 1919.

El espíritu de América vivió restringido por anacronismos políticos exóticos a su medio. Para que su compenetración se convirtiera en principio activo, rector, básico e integral de la comunidad política americana, debieron consumarse las etapas parciales que conforman el proceso evolutivo. Llégase al cumplimiento total, cuando ese sentimiento creador, estructurando las ideas y predisposiciones morales e intelectuales del hombre, se convierte en conciencia individual de la gran masa.

Hasta aquí, pudo comprobarse como el espíritu de América, inspiró y alentó los grandes aconteceres de su historia. Descúbrese condicionando la igualdad jurídica en una ley de cooperación, donde la patria, su conservación, su grandeza y su cultura, no es para mengua sino fortaleza de las demás patrias fraternas y solidarias en la magnífica conjunción de la *gran patria americana,* o, la *única patria universal* de que nos habla González. "Creo, por fin —y anhelo que mis compatriotas y conviventes sientan un día como yo— escribe el genial maestro — en que la patria es una entidad eterna y para cuya perpetuación en paz y armonía sólo es necesario e indispensable la comprensión de un ideal futuro común, una estrella conductora, una visión de más allá, de mayor perfección moral y física, una especie de Patria suprema, colocada más lejos y más alto de la que en estos días tenemos, que nos incita a marchar y a ascender . . ." [64]

Hay en las palabras exaltadas del maestro, la confidencia afectiva del espíritu del Nuevo Mundo "que ha sumergido sus alas en las aguas puras de la meditación desinteresada . . .", impeliéndonos a mirar hacia las alturas, moradas de la luz y del deseo.

Pero esa fuerza sentimental no puede aún quebrar las prevenciones tradicionales. Todo el humanitarismo infundido en las organizaciones constituitivas de los Estados americanos, fué obstruído por normas de etapas involucionadas. Los derechos del hombre, reconocidos como fuente de la legislación social, política y económica, están subordinados al *statum* del Estado. La declaración de los derechos fundamentales del individuo significó una reforma muy grande en la nueva

64. GONZÁLEZ. Ob. ctda.

estructuración democrática estatal, pero fué incapaz de acabar con la coacción del poder o de la fuerza. Es decir, quedó al Estado-nación, aunque más reducida, la herencia absolutista de las viejas autocracias.

No es posible desconocer lo racional de esta forma paulatina y fragmentada del progreso en las trasformaciones sociales humanas. En ello reside el equilibrio rítmico de su desarrollo. Sin embargo, para los países americanos, ese ritmo careció de la celeridad apropiada. No analizo causas; expongo hechos. Las naciones de América, de acuerdo a su espíritu y su propia realidad, están en mora en el cumplimiento de su destino moral. Posiblemente no hayan rebasado aun los límites culturales que les permitan el esclarecimiento de una verdad sustancial que vive en ellos categóricamente desde 1826, expuesta por ciudadanos eminentes y que aun fluctúa como fuego fatuo en los congresos y asambleas interamericanas. Hablé ya del temor, esa calidad de la desconfianza y de la ambición, y, sobre todo, de la incomprensión. América ha cubierto ambos extremos y aun duda en cumplir lo que es, esencialmente, su espíritu materializado en compromiso. Compromiso que exige la firme coordinación jurídica de los principios concebidos en los derechos del hombre, fundando un *Estado de derecho* continental, que pudiera oponerse en block solidario a los conflictos internacionales, codificando un cuerpo de leyes de valor universal.

Lo extraordinario de esta conclusión consiste en la concreción en un hecho positivo y real, de una sistemática y nominal afirmación diplomática. Es decir, poner en prosa jurídica y ejecutiva, lo que hasta ahora andaba en insinuadas "recomendaciones" protocolares. Y dentro de esa misma originalidad, encontramos cómo, un núcleo social, escudado en la soberanía de sus fronteras y acaso en la mayoría de su pueblo, desconoce el derecho humano y se opone impunemente al derecho internacional, cancelando todo anterior compromiso. Es decir, quiebra el *Estado de derecho,* reglando las relaciones sociales y económicas de comunidades de hombres libres, jurídica y políticamente organizadas. Llegamos así a que la prueba del delito que condena individualmente, al perder valor extendida a lo colectivo o internacional, desnaturaliza al delito. Esta anomalía supone la aberración del reconocimiento social jurídico y político de la dignidad y respeto

a la personalidad humana, únicamente dentro de las fronteras del Estado-nación.

El derecho del hombre ha creado, no sólo un tipo de moral internacional, sino también un sentido jurídico universal en el derecho de gentes. Los pueblos del Nuevo Mundo fueron concebidos y educados en ese ambiente idealista y sublimado por la acción selectiva de razas superiores. Y no podríamos imaginar el "ideal humano o patriótico, sino como una división abstracta del ideal universal, para nosotros y para todos, considerado el mundo como el hogar de una sola familia y espacio de expansiones armónicas y conviventes de toda la raza humana".[65]

Con el derecho de gentes se refirma l.. democracia, que —según González— no es sinónimo de agrupación nacional exclusiva ni excluyente, sino un término social, cooperativo y universal por expansión necesaria". "La democracia "es principalmente una forma de vida en colectividad, de asociación y comunicación de conocimientos" (Dewey); según esto, "cada uno debe adquirir dominio sobre sí mismo, sobre la naturaleza y sus semejantes, no con fines personales y estrechos, sino para el ensanche y el servicio social" (Bristol).[66]

No voy a entrar en el exhaustivo estudio de un asunto que asoma en cuanto protocolo interamericano se ha suscripto desde hace más de una centuria. Baste saber que la cuestión es centenaria y que ha guardado a través del tiempo su realidad indiscutible. La fundación de un nuevo orden democrático continental, con un poder coercitivo central es, simplemente, la configuración internacional del derecho del hombre y la extensión supranacional del régimen jurídico que lo resguarda, o castiga sus violaciones. Partiendo del hombre el derecho positivo, el derecho público y el derecho internacional son ampliaciones armónicas o congruentes.

Desde 1899 existe la Unión Panamericana, entidad que ha plasmado el sueño de Bolívar y que puede llegar a ser ese gobierno supranacional aludido. Respecto a ello escribe Brown Scott: "Cuando llegue el día en que los Estados americanos comprendan en toda su amplitud el concepto de justicia imparcial y desapasionadamente

65. GONZÁLEZ. Ob. ctda.
66. GONZÁLEZ. Ob. ctda.

administrada, tanto para defender sus derechos como para definir sus deberes, tal vez se hallarán dispuesto a crear una Corte Permanente de Justicia Interamericana, estableciéndola en cualquier República latinoamericana que les parezca conveniente. Este tribunal ha de ser una Corte de dos Instancias, sirviendo la primera sala para examinar y decidir las disputas legales, y la segunda, compuesta del mismo número de jueces, en los casos de apelación del fallo de primera instancia; pues en todos los Estados civilizados se requiere que el poder judicial quede dividido en dos partes. Además, las sanciones que han de asegurar la ejecución de las sentencias judiciales de tal Corte Internacional, no dependerán de la fuerza militar ni la presión económica, sino que consistirán exclusivamente en la ilustrada opinión pública del hemisferio occidental.

"Tarde o temprano, algún día se unirá el Canadá a la majestuosa procesión de los Estados americanos, aprovechándose del puesto que le corresponde entre los miembros del Consejo Directivo. Ello es que este pensamiento y esta esperanza fueron tomadas en consideración cuando se trazaron los planos del Palacio de las Américas, en donde quedó reservado un nicho para el busto de algún estadista canadiense que había de ser colocado allí el día feliz en que el Canadá se acercara a las naciones del sur, para incorporarse en la Asamblea de representantes americanos en Wáshington.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

"Tan feliz acontecimiento no sólo completaría la lista de miembros de la Unión y su Consejo Directivo ,sino que facilitaría el establecimiento de una Corte Interamericana de Justicia, dividida en dos secciones de once jueces cada una, de tal manera que los representantes del Canadá y de los Estados Unidos pertenecieran respectivamente a secciones distintas; con lo cual cada Estado americano quedaría representado en la Corte, y además cada sección representaría a ambos sistemas de jurisprudencia americana." [67] En suma, una Corte de Justicia Interamericana, significaría en principio la aceptación del Derecho Continental, codificando leyes de un sistema legal común a todos los Estados de América. Pero esto ya no basta, aunque pudiera ser una contribución concurrente al objetivo final. Los

67. James Brown Scott. Ob. ctda.

hechos plantean hoy soluciones más rigurosas y definitivas. Así lo entiende el más claro cerebro de nuestra época, el más universal genio contemporáneo, Alberto Einstein, cuando establece con exactitud el esquema crítico del mundo, cuyo dilema supone: o gobierno supranacional o gobierno universal por un solo país, después de una guerra en que perezca la mitad de la humanidad. Esta verdad, como muchas otras del sabio mago de las técnicas, que han revolucionado profundamente la Física, la Geometría euclediana y la misma filosofía, "trastorna otras viejas verdades en que era cómodo reposar". Pero resulta la verdad de nuestro momento. ¡Vanamente cerramos los ojos ante su evidencia! . . .

Emergen de estas páginas, a la par del espíritu engendrando la idea, a ésta dando vida al pensamiento; previas abstracciones a la sinergia material en el hecho concreto y positivo: la identidad y unión de los Estados de América, en una fraterna Comunidad de Naciones, jurídicamente organizada por un cuerpo de leyes que haga posible la acción de la justicia. El proceso nos lleva al cumplimiento de la solución mundial del problema: al desarrollo extensivo de la *gran patria americana, a la única patria universal.*

## XVIII

# VOCES DE AMERICA

*El idioma del Nuevo Mundo habla de libertad y democracia.*

Reclama el idioma ser considerado en su trascendencia y función social. En él residen, efectivamente, los mayores obstáculos para el entendimiento y el acercamiento de los hombres, aunque esto está muy lejos de ser una dificultad insuperable. Atribuirlo así, sería imaginar que una puerta cerrada puede impedir permanentemente cruzar su umbral. Tal como esa dificultad se salva abriendo la puerta, los idiomas se aprenden. Una disposición general y cumplida en todos los países americanos, imponiendo la enseñanza simultánea y obligatoria del español y el inglés desde los primeros grados de las escuelas elementales y luego en los colegios secundarios, resolvería el problema en breve tiempo. Bastaría un plazo de 25 años para que gran parte de la población continental dominara ambas lenguas. Por otra parte, el caso no es extraño en la práctica: los suizos se expresan en tres idiomas oficiales.[68]

El idioma, que supone un valor específico como expresión intelectual en cada grupo social, ampliaría notablemente el índice de la

68. Tengo entendido que en alguna de las Conferencias Panamericanas se propuso este asunto importante, sancionándose la "recomendación" de que las naciones de América incluyeran en los programas de los institutos de enseñanza especializada, secundaria o universitarios, la enseñanza del español, portugués, inglés y, creo que también el francés, lo que desde ya complicaba y hacía difícil su

cultura media en la población americana con la obligatoriedad de estudiar y conocer dos lenguas. Sería, asimismo, indudable y enorme el alcance del intercambio literario y oral, cooperando a afirmar lazos de simpatía y solidaridad en un elevado plano intelectivo y espiritual. Acrecer la cultura, significa, además, promover a levantar la lengua vulgar a una lengua culta.

El idioma es un trasunto de la vida de los pueblos; como ellos se detiene y cristaliza o se expande y adquiere vigor y gracia. América, fusor de nacionalidades, debió también fundir los espíritus en la expresión del pensamiento y las ideas. Así, la lengua española, "sonora, rotunda, propia para la epopeya y la oratoria", al decir de Terán, carece de claridad, de seducción y energía. "Atascada a sus moldes clásicos, resulta pesada para la sutileza moderna." [69] Pero, en América, influye el francés para inculcarle su humanismo; el italiano, dándole sentimentalidad y el inglés, su realismo de pueblo conquistador. Las voces, sin embargo, no se incorporan al lenguaje por un consentimiento social arbitrario y caprichoso, sino que están condicionadas a la asimilación de las ideas, al progreso, desarrollo y tendencias de cada sociedad. De tal suerte, la amalgama de hombres de pueblos distintos, produce la amalgama de sentimientos e ideas diferentes, en cuya fermentación aparecen nuevas necesidades, nuevas ideas que tienen el lenguaje en constante movimiento. Adviértese entonces el influjo de los sentimientos rectores en la contextura ideológica de la comunidad, manifestada por una nueva unidad psíquica y social. Por eso, la etapa revulsiva del idioma en América, señala cada día un nuevo vocablo, agregando o alterando la forma de un anterior, cambiando o ampliando su sentido, extendiéndolo o anulándolo. Responde a esta evolución el hecho de que Shakespeare original, es ininteligible para el inglés actual; o que Rabelais, el Dante o el mismo Cervantes, se comprenden con dificultad por franceses, italianos o españoles del presente. Nótase entonces, que el aspecto de

éxito. Por supuesto, esto, como muchas "recomendaciones" quedaron en intención, sin llegar a su efectividad práctica. Además, adolecía de un grave error: la enseñanza de idiomas debe ser realizada en los primeros grados escolares, donde la mente virgen de los niños captan y emiten fácilmente los sonidos para hablar. Son obvias las explicaciones. Por fin, bastaría reducirlos a dos, español e inglés, en los países de origen hispano, o portugués e inglés en el Brasil.

69. JUAN B. TERÁN, *El lenguaje como hecho social*, en *Por mi ciudad.*

una lengua puede transformarse al cabo de una larga evolución y que ella es la que refleja más fielmente los movimientos del alma colectiva. "El cambio lingüístico, es, desde luego — dice Terán —, una prueba de vitalidad".

Corrientemente se oye decir que en América los idiomas clásicos pierden su riqueza original y es verdad. Pero el fenómeno que aquí se precipita en relación a la vertiginosidad de las ansias vitales, ya lo advierte Taine cuando "estudia el antiguo régimen de Francia y el desarrollo del espíritu clásico que hace todo su ciclo desde Amyot, Rabelais y Montaigne, hasta Chateaubriand, Hugo y Honoré de Balzac".[70] Durante ese término de tiempo, el lenguaje se descolora y abrevia. "Un poeta del siglo XVIII no tiene a su disposición sino el tercio del diccionario". Entre nosotros ocurre otro tanto, pero en cambio, a medida que se reduce, más se aclara. Acertadamente Terán atribuye este proceso transformativo a una ley general de la vida, la de la economía del esfuerzo que Von Jhering ha esclarecido tan singularmente en derecho. Debemos aceptar, asimismo, que, como no hay razas puras, tampoco existen lenguas puras. Por el cruzamiento de pueblos se constituyen nuevos tipos que responden a sus medios y lugares de actuación. Esas modalidades o características adquiridas, imponen reformas al lenguaje que, al decir de Terán, es, ante todo, "un instrumento práctico, el más sutil y delicado para producir y difundir el espíritu social, del que es, a la vez, un órgano genuino y esencial".

Puede considerarse al idioma en índice de cultura y como hecho social, implicando un medio de acercamiento y simpatía entre hombres y pueblos. No olvidemos, sin embargo, el ascendiente de mentalidades diferentes en la manifestación valorativa de un mismo concepto oralmente expresado. La experiencia de los últimos tiempos puso al descubierto hasta qué punto la conciencia rige el sentido de las ideas, poniendo módulos diversos a sus respectivos idiomas, haciendo que las mismas palabras enuncien ideas distintas. Así, los alemanes y los conformados psicológicamente como ellos, tienen mentalidades diferentes a los americanos, franceses, ingleses y escandinavos. Para com-

70. TERÁN. Ob. ctda.

prenderlos, un ciudadano de cualquier país de América debe despojarse de su ingénita concepción humanitaria y adoptar un conjunto de ideas, sentimientos y supersticiones extrañas a su idiosincracia. En esto, muy pocas personas parecen advertir que la congruencia idiomática esté en el lenguaje moral.

Un eminente internacionalista noruego, Carl Joachim Hambro, hace la discriminación entre el sentido moral y lo textual con que se redacta un tratado entre dos o más naciones. Percibe el peligro de que difieran las interpretacinoes, entorpeciendo esa identidad de concepciones que le da efectividad virtual. Y dice: "Si la agresión supone invasión armada para una parte y amistad sincera para la otra; si una promesa supone para una parte una obligación y para la otra una droga suministrada al adversario; si una declaración solemne significa para una parte una afirmación sagrada de los hechos o una política sincera, y para la otra un envite al *poker*, ningún tratado de ningún idioma conocido tiene valor alguno para la gente chapada a la antigua, que gusta todavía de pensar que una palabra es una palabra y un hombre es un hombre, concepciones inexistentes en el lenguaje moral de la otra parte. Todo pacto firmado por ella quedará expuesto al ataque, a la agresión, a la invasión, a la opresión inenarrable, a la tiranía y a la crueldad. Esto es lo que el mundo ha estado presenciando desde el advenimiento del nazismo y ha de ser uno de los hechos más dignos de tenerse en cuenta en la futura Conferencia de la Paz".

Más adelante, el distinguido y vigoroso político noruego, anota que los Gobiernos, a más de los servicios militares secretos y a veces de un servicio de información secreto en las relaciones exteriores, mantenían en las Embajadas y Legaciones, "agregados militares y navales, consejeros de comercio, de pesca y agricultura y todo lo demás; pero no había ni una sola potencia que tuviera entre el personal de las embajadas un consejero o agregado de educación para el estudio de los fenómenos espirituales que decidan la actitud de las naciones con respecto a la paz y a la guerra, un experto calificado que les mostrara el abismo existente entre su idioma moral y el entendido en el país donde cumplía su misión".[71]

71. CARL JOACHIM HAMBRO, *La Paz de Mañana*. Ed. Minerva. México, 1941.

No es del caso seguir embrollando un asunto de suyo complicado por muchas prevenciones y causas más o menos justificadas. Las diferencias entre los pueblos de ascendencia sajona y latino en América, son más de forma que de fondo. Tampoco es razonable que entre esas desemejanzas anotemos los gustos privados y regionales de esos pueblos, como factores de disidencia; si a unos les agrada el plum-puding y a otros el asado con cuero; si unos prefieren mascar chicles y otros fumar tabaco negro, o tomar mate. Son detalles que, por otra parte, van también poco a poco uniformándose, para bien o para mal, y no determinan antagonismos morales ni espirituales.

Leía ayer mismo (14 de abril) que Spruille S. Braden, hablando en Filadelfia en un almuerzo ofrecido por la Asociación de Política Exterior y la Sociedad Panamericana, como uno de los actos del Día de las Américas, decía que entre sajones y latinoamericanos, el idioma tiene diferencias menos simples de lo que muchos se imaginan. Advierte que hay más fuerza de expresión en el español y portugués, añadiendo que la agilidad mental que despliegan en las agudezas de concepto y el deleite que experimentan en decir frases felices, "tan sólo por decirlas", contrasta con el inglés de los norteamericanos, caracterizado por su mayor flema, frialdad, lógica y concisión. "Esta disparidad lingüística — anota — está estrechamente relacionada con el contraste en la herencia cultural y los métodos educativos".

Todo o mucho de esto es verídico; pero, al exponerlo, nos da oportunidad de analizarlo en su auténtico valor, mostrando hasta dónde ese valor señala una disidencia y la importancia de esa disidencia en una identidad americanista. Es decir, llegamos a la conclusión de que denunciarlas como causas de interferencia en la "cuestión mutuamente importante" de una estrecha vinculación, es caprichosa y pueril. Ni el latinoamericano con la frondosidad de su lenguaje, ni el angloamericano con la concisión del suyo, difieren al exponer el mismo sentido rector en toda América: la libertad y el reconocimiento de derechos comunes al hombre y al ciudadano. Todos, cada uno en la forma y manera emergente de su herencia étnica, de sus antecedentes políticos y de sus similares circunstancias históricas, hablamos el idioma de la libertad y la democracia y no es posible que haya entonces más que interpretaciones de detalle, también comunes dentro de los mismos núcleos internos de cada nacionalidad.

Bien lo dice el propio Braden más adelante, cuando afirma que en el Nuevo Mundo se está forjando una nueva cultura. He tratado de expresar en este ensayo, ese pensamiento y esa convicción. Ni los Estados Unidos, ni ningún otro país de la comunidad americana, puede desprenderse del cordón umbilical que ata nuestro continente a la civilización de occidente. Así también lo apunta el disertante aludido, recordando que nuestra cultura ha recibido sus legados de España, Inglaterra, Francia, Italia y de la vieja Alemania que respetamos y admiramos.

América, desde Canadá a las regiones antárticas de Tierra del Fuego, se ha nutrido de una civilización que, arrancando de la Reforma, entraba decididamente al reconocimiento de los derechos humanos. Su suerte, que es asimismo su juventud, le ha permitido saltar sobre la historia oscura de los tiempos en que se elaboraron — en siglos de dolor — esos derechos que nosotros recibimos al nacer. Nuestra tradición histórica parte del Renacimiento y de la Reforma, es decir, del instante en que la vieja Europa se ilumina con la visión luminosa de las almas redimidas. Por eso, ningún idioma que se hable en el Nuevo Mundo, exprésese como se exprese, puede proclamar algo distinto a lo que es ese jubiloso sentir espiritual americano. Forjamos una nueva cultura cimentada en la libre interpretación de los conceptos humanos, sin deformaciones atrabiliarias ni atavismos entorpecedores. Una cultura que une a lo intelectual, lo moral del reconocimiento igualitario de todos los seres de todas las razas que constituyen la población de América.

Por primera vez en la Historia del Mundo, pudo contemplarse la maravillosa conjunción integral de los cuerpos y las almas; de la inteligencia, de los sentimientos y del pensamiento humano. En América, la declaración de los derechos del hombre nació con el hombre mismo. No fué el reconocimiento nominal de su principio, el más grande de los principios cristianos, sino que éste surgió del hecho en vivencia y simultaneidad.

"Otra base para el panamericanismo concreto — dice Braden — es evidentemente el ideal común de libertad que inspiró los sistemas políticos de ambos hemisferios. Las naciones del Nuevo Mundo, sin excepción, nacieron de gestas heroicas en pro de la libertad. Nuestras constituciones fueron escritas en la convicción de que el individuo

puede gobernarse a sí mismo, dentro de un racional acuerdo con quienes lo rodean. Al decir esto, no quiero significar que todas las veintiuna repúblicas americanas, hayan llegado al total desarrollo de la libertad y la democracia. Aun la más grande y avanzada de nuestra comunidad de naciones, tiene que andar mucho trecho para llegar al más cierto florecimiento del ideal democrático; pero la historia y las experiencias contemporáneas demuestran que hay el deseo latente de realizarlo". Podría agregar a las palabras de Mr. Braden, que, sean como sean los adelantos que obtengamos en el decurso del tiempo, la libertad y la democracia, para las sociedades humanas, siempre serán cuestiones en trance de perpetuo perfeccionamiento y brega. Lo contrario significaría paralizar la vida o entrar en una decadencia mortal. Croce, comentando la perenne lucha por establecer una libertad más intensa, escribía estas palabras plenas de profunda filosofía: "El que desee persuadirse pronto de que la libertad no puede vivir de modo distinto de cómo ha vivido y ha de vivir siempre en la historia, con vida peligrosa y combatiente, piense por un instante en un mundo de libertad sin contrastes, sin amenazas y sin opresiones de ninguna suerte; y en seguida se apartará, horrorizado, de ella, como de la imagen, peor que la muerte, del hastío infinito".[72]

72. Benedetto Croce. Ob. cit.

## XIX

# LABORIOSAMENTE . . .

*La mentalidad para la democracia.*

Constituye la mentalidad de cualquier pueblo, un complejo de su espíritu y de su cultura. Su espíritu, emergiendo de las cosas circundantes, de los cantos de cuna, de las viejas leyendas, del trabajo y del clima. Es decir, de lo moral y de lo físico estructurando el alma de la comunidad; el alma de sus hijos. Y la cultura modelando esas almas, creando con la sustancia propicia, el carácter y la voluntad colectiva. Pero, esta labor común a todos los núcleos sociales, tiene desemejanzas atávicas. Son las honduras de donde surge lo proverbial, favorable a cierto tipo de cultura. Porque, como todo efecto, también esto obedece a causas determinantes y promisorias. Sin embargo, lo que en países europeos son patrimonios locales o nacionales, con caracteres y modalidades definidas y diferentes, en nuestro continente — ya se ha visto —, une y nivela a los países el patrimonio de la libertad. Ella subsiste de nuestro suelo generoso, donde los seres pueden vivir emancipados de toda servidumbre. Donde las almas extrañas se convierten en almas de América; donde las voluntades de todos los seres que a ella llegan, son, al fin, las voluntades de América; donde no hay rencores fundados, porque la libertad es la senda del amor, de la felicidad natural propia a todo el género humano.

"Ningún libro puede hacernos ganar la paz. Y la paz tampoco puede ser ganada en una batalla, con una sola decisión, o con una

sola conferencia —escribe Hambro—. Sólo puede ganarse —añade—, día por día, laboriosa y penosamente, mediante un cambio en la mentalidad nacional y en las concepciones de responsabilidad internacional." [73] Idéntica es la tarea de toda adquisición y de todo perfeccionamiento. La libertad y la democracia, camino abierto a la dignidad y al bienestar de los hombres y de los pueblos, es también brega continua en su alcance siempre perfectible. Pugna en los países del viejo continente por conformar una mentalidad adecuada; pugna en los países del Nuevo Mundo por dar realidad activa a su propia sustancialidad y por limpiar la mente de la táctica del mal.

La tierra fecunda da vida magnífica a la belleza de las flores que perfuman y a las mieses que alimentan; pero también puede ser invadida por la cizaña cuya semilla oculta el veneno que mata al labrador incauto. Para los pueblos felices; para los pueblos incautos, la cizaña es la propaganda dirigida que tiende a acentuar los esfuerzos del nacionlismo heroico pero primitivo, difundiendo el peligroso tipo de imperailismo del poder del Estado contra el individuo y contra la paz de los individuos.

Hasta ahora se considera inviolable esta cuestión de interno orden nacional. No obstante, la experiencia ha mostrado cuán grave amenaza supone entregar la libertad individual a la autoridad exclusiva del Estado, que, progresivamente acapara todos los derechos de la personalidad humana, coartando la actividad privada y estimulando y propendiendo a la dictadura política. Las dolorosas enseñanzas de la guerra, probaron que no es asunto interno que una nación sea educada sin reparos en la pretensión de que no existe moral, derecho ni obligación alguna entre los Estados, cuando signifiquen renunciamientos de la nacionalidad en beneficio del derecho universal de la existencia humana.

"Esta época de desastre mundial y de dolor y tragedia individuales que superan todo lo que el hombre haya podido imaginar —escribe el eminente político noruego—, será también un período de colosales dimensiones y vastas promesas, a condición de que enderecemos nuestro pensamiento no sólo a las necesidades del día y del futuro inmediato, sino también a las anchurosas perspectivas de una existencia

73. C. J. Hambro. Ob. ctda.

internacional organizada. La batalla militar que estamos librando en esta hora decisiva",[74] es sólo un aspecto de un tremendo conflicto, y a menos que nos percatemos de que el esfuerzo por la paz es tan esencial a nuestras naciones como el esfuerzo de la guerra, a menos que comprendamos que la lucha intelectual, mental y moral decidirá el resultado de las batallas de mañana, a menos que reconozcamos que la preparación espiritual de las naciones para la guerra y para la paz debe ser la suprema preocupación de quienes rigen los destinos de las naciones, todo sacrificio de sangre, sudor y lágrimas habrá sido en vano".[75]

Todo esfuerzo es incompleto; tiene que ser incompleto al representar un instante de tiempo en una vida en que el tiempo transcurre constante y eternamente. Pero cualquier aporte abre una puerta más, tiende un puente nuevo en el camino infinito del transcurrir humano. Cada esfuerzo físico, cada aporte de la inteligencia, resuelve un problema. Esa es la tarea y la misión que nos toca cumplir.

Para América, nuestro rumbo va hacia el vasto horizonte de la libertad. Buscando las aguas profundas de la verdad, salvaremos los escollos; nuestra verdad, la verdad de América es la democracia. No basta, sin embargo, conocer el rumbo; menester será la voluntad de seguir por él. Para ello se requieren las energías del conocimiento; afirmar en él la voluntad, con la misma tenaz porfía que el guía clava el acero de su pico en la ladera fragosa del precipicio, para escalar la montaña.

Actualmente la mentalidad del hombre americano, en la mayor parte de sus países, ha cristalizado la idea de libertad y su concepción de la democracia en un quietismo casi morboso. La laboriosa existencia de pueblos empeñados en organizar y acrecentar sus riquezas, empañaron la visión de su destino moral. El llamado de la tierra fué comprendido como una invocación al trabajo, desoyendo las voces constantes de las horas que hablan de tiempo; del correr de días grises y de sol y de las estaciones, transformando la naturaleza y las formas especulativas del pensamiento. Significaba la comunión del fruto fecundo y la fecunda actividad de lo imponderable en abstracciones inspiradoras. Vivir y pensar. El adentrarse de algo que flota en el

74. Esto se escribe en 1941.
75. HAMBRO. Ob. ctda.

aire en átomos de luz o en las tranquilas sombras de las noches y penetra en nosotros, promoviendo actividad al músculo y dinamismo a las ideas, que tanto a unos y otras atrofia la quietud y el pragmatismo. Hasta la libertad se torna negativa en el encierro de la voluntad y el hermetismo de la conciencia. Y de eso sufrimos los americanos, incubando la amenaza de que a nuestro campo mental, absorbido por egoístas tareas materiales, lo invada la cizaña venenosa de un nacionalismo atrabiliario.

En muchos pueblos la gente siente la sensación instintiva de que es agradable verse libre de pensameintos, que, al fin y al cabo, están resueltos aparentemente por los hechos. ¿No somos libres? ¿No somos democráticos? Los hombres prácticos, de espíritu mezquino, ignorantes y porfiados, consuelan su conciencia con la pasiva afirmación: ¡sí . . . y basta! Pero no basta. Ni la libertad ni la democracia subsisten en el estatismo. Son expresiones de vida, y por lo tanto activas.

Tampoco nada se impone por simple presencia, así sea de horrible y formidable esa presencia. La inmovilidad de la más feroz y temida de las fieras, acaba por animar la cobardía del cuervo, que termina por arrancarle los ojos. Ninguna convicción pasiva perdura en el tiempo; el eterno correr de sangre nueva, mantiene al organismo y a la especie. Si nuestros pueblos democráticos son incapaces del sacrificio viril y de la lucha; si no se inyecta en la sangre de los jóvenes de ambos sexos el convencimiento magnífico de lo heroico en la defensa de los valores eternos de la vida; si no conseguimos ponerles, sobre toda mezquindad, el penacho de los esfuerzos generosos, las democracias que han triunfado en la guerra, acabarán desintegrándose en la paz. La libertad, además de ser un sentimiento, es una bandera de lucha.

La democracia americana, adulada por la paz y la fortuna, ha caído en una calma peligrosa. Nuestros pueblos la han considerado una cosa inherente a nuestro suelo, como algo connatural e implícito a las cuatro libertades, y parte inmutable de nuestra herencia. Olvidamos las épicas luchas de nuestros antepasados; olvidamos que ellos arriesgaron su fortuna, su honor y su vida para lograr una libertad democrática que ahora usamos sin sacrificio alguno. "Pero el hombre no puede nacer para una democracia —dice Hambro—, como no

puede nacer para una religión. Puede nacer con ciertas disposiciones, aptitudes y hábitos, pero tiene que adquirir por sí mismo las verdades y las fuerzas vitales. La democracia no puede ser nunca estática. Lo que era democracia hace ciento cincuenta años, quizá sea hoy una tradición fosilizada; la libertad de nuestros abuelos quizá sea ahora intereses creados".[76]

El mismo autor comenta que en un campamento juvenil de los Estados Unidos, un "bien intencionado sacerdote estaba predicando a un grupo de muchachos y el *leitmotiv* de su sermón era: "Y Cristo os dará esto sin que os cueste ningún trabajo". "Centenares de sacerdotes y maestros — agrega — repiten a los jóvenes la misma historia. Y en ella está la razón del fracaso de la democracia, el morbo de la educación democrática. Políticos de buena voluntad han discutido tan activamente la manera de salvar al mundo para la democracia, que se han olvidado enteramente de la importancia de salvar a la democracia para el mundo. Y mientras los dirigentes populares crean y proclaman que el objetivo final de nuestro empeño es lograr algo sin esfuerzo, mientras tratan de propagar la democracia y la religión a base de esta idea, la democracia no se salvará para el mundo".[77]

Nada hará más daño a la democracia que considerarla una realidad obtenida. Esta falsa certidumbre, aunque parezca paradójico, es su misma negación, como será negar la vida, buscando su excelencia normativa en la placidez de la muerte. La mejor defensa de la democracia está en imaginarla en paralelismo con la existencia humana, en perenne proceso de evolución, y que los perfeccionamientos de sus métodos aun no han alcanzado las exigencias de la vida misma que debe regir. Con acierto, William Dodd solía decir con frecuencia: "la democracia no ha sido jamás probada de verdad". Posiblemente nadie pueda decir cuál es su remate; ello significaría fijar un límite a la actividad y a la civilización humana. Últimamente el bienestar ha confundido los términos del equilibrio moral, dando preeminencia a los factores materiales sobre los conceptos espiritualistas de la democracia y la libertad. Alteró los valores, enalteciendo únicamente las exigencias positivas con prescindencia de las esencialidades anímicas

76. HAMBRO. Ob. ctda.
77. HAMBRO. Ob. ctda.

que sublimizan y dignifican la vida con las exaltaciones inalcanzables del pensamiento.

El progreso unilateró la cultura hacia el desarrollo económico y los esfuerzos tendieron a un *slogan* ampliamente difundido: "*pasarlo bien*". Toda especulación ideológica o intelectual fué despreciable ante la acción puesta en alcances reales. Y la democracia entró en una suerte de desprestigio incubado en el *laissez faire,* de una confianza que moría de inanición.

Imputar faltas a la democracia será igual a atribuir inutilidad a una herramienta excelente que no se usa. Sin embargo, a la par de ese deseo de comodidad, que es regalo del vulgo, fué ascendiendo el anhelo de aventuras y peligros, ínsito a la juventud ansiosa de fuertes sensaciones.

Al convertirse la democracia de sentimiento e ideología social, en etiqueta política, se propagó la fórmula del bienestar en incentivo de la gran masa. Y, lo que debiera ser una contribución de la comunidad para afirmar la democracia, transformóse en exhaustivo sacrificio de la democracia a favor de los intereses de la comunidad. De tal manera, la educación para la democracia en lugar de producir valientes defensores de sus ideales y de la nueva libertad, generó legisladores que especularon con su nombre en la propaganda electoral. En lugar de buscar en los espíritus juveniles el impulso noble, bucearon en el egoísmo de los intereses creados de las grandes mayorías, la ficción de una fuerza inexistente. Omitieron referirse a los sacrificios a favor de un sistema que representaba libremente al Estado, para caer en la cobardía de ofrendarla al Estado en obsequio de una segura reelección. Y junto al descrédito injusto de la democracia, consiguieron dar a la palabra *político* un sentido difamante.

La mentalidad para la democracia existió en nuestros abuelos que vivieron la etapa arriesgada y magnífica de la independencia y organización americana, pero fué decayendo tras el cómodo credo de la holgura material, de los problemas sociales y de los problemas económicos. Ahora, las dolorosas experiencias sufridas por la humanidad, reactualizan esas etapas esforzadas, convirtiendo la idea de reeducar una mentalidad adecuada, en necesidad y mandato impostergable. Habíamos olvidado esas ofrendas supremas al ideal, y, sobre todo,

habíamos olvidado que estábamos ahogando y pervirtiendo a la juventud.

América, tierra de la aventura atrevida, de la audacia, no podía engendrar acongojados entes postrados ante el evangelio del progreso. Hasta ahora, nuestra mentalidad siente la atracción del éxito puesto en logro máximo del esfuerzo. Las normas practicadas perdían importancia ante los resultados; bastaba que ellos abrieran paso a la fortuna o al triunfo. Poco importaba fueran fruto del soborno, del gangsterismo o de las más bajas y vergonzosas industrias humanas. Ese culto del éxito, endiosó a Mussolini y a Hitler, e hizo posible las organizaciones de quintacolumnistas y espías en todo el continente. ¡Y el culto del éxito hizo posible el tribunal de Nüremberg!

La mentalidad de la democracia debe ser la de una milicia activa, generosa y viril. Lidiar por el ideal de la humanidad, que es la vida misma, con el convencimiento que toda adquisición es también energía. Asimismo la democracia es una conquista, si alcanza significado y excelencia humana. Cuando Jesús dijo: "El que ama la vida, la perderá", pareciera un anuncio de lo que ha sido y es el peligro de las democracias.

¡Hemos olvidado a la juventud! ¡Y hemos olvidado a las mujeres! Con ambas se forja el cuerpo y el alma de los pueblos. En su sustancia virgen débese modelar la nueva mentalidad para la democracia.

Hace poco más de tres años — 24 de noviembre de 1942 — en un acto organizado en Buenos Aires por "Acción Argentina",[78] habló el señor Guillermo Zalazar Altamira. Pocas veces una oración, merece como ésta, ser difundida y recordada. El fragmento titulado: "La Guerra por la Paz en la Argentina", concierta lo que se expone en estas páginas, rebasando los límites nacionales para ser un anhelo americano. Dice así:

"En medio de la neblina en que vivimos, espesada cada día más por obra de la cultura deficiente y por la acción tenaz de los traidores; en este almácigo de confusiones que es nuestra vida, la guerra,

78. "Acción Argentina" fué una importante agrupación de ciudadanos que lucharon por la democracia y contra el nazifascismo y el espionaje en nuestro país. Fué clausurada después de la revolución del 4 de junio de 1943 por el gobierno militar del general Ramírez.

que ya nos ha obsequiado con todo lo malo que podía darnos, al habernos transmitido el contagio de la peste nazi, no nos traerá ninguno de los auxilios de que podrán valerse las naciones activas para precaverse contra quienes, perdida la guerra de las armas, se obstinarán en hacer imposible la organización a que tendrá derecho el mundo de los vencedores. En los países combatientes y en los que movilizaron toda su potencia moral, esa preservación podrá lograrse de muchas y fáciles maneras. Incluso será posible aislar en convenientes lazaretos a los incurables que sobrevivan al cauterio de la derrota. Aquí, en nuestra tierra, las cosas pasarán de otra manera, porque no se han desenmascarado todos los enemigos de la libertad. Lobos muy astutos siguen agazapados bajo disfraces pastorales. En el caldo de la indiferencia ha proliferado una maldita fauna microbiana. Aquí ha encontrado su terreno ideal la índole perversa de la doctrina nazi, que es, ante todo, un envenenamiento de las almas . . . "

"Con ayuda de la mujer debe iniciarse ahora mismo la guerra por la paz. Tenemos la obligación de velar por el alma de los ciudadanos de mañana. En la candidez de nuestros niños y en la propia desorientación de los adolescentes, ha sido instilado el veneno sutil de una doctrina que corroe las almas, destempla las fibras mejores del corazón humano y borra de los espíritus el resplandor de la divina luz original. Han sido esterilizadas para el amor de la libertad y predispuestas para todo lo peor, tal vez dos generaciones argentinas.

"¡Mujeres de mi patria: frente a esta guerra que os tocará librar en la propia alma de vuestros hijos, hubo quienes trataron de movilizaros para lo neutro, en nombre de la paz! Fuísteis invitadas a permanecer mudas espectadoras de una lucha, de cuyo desenlace depende que vuestros hijos sean retoños de vuestro propio corazón . . . o agentes de una Gestapo sudamericana.

"La lucha de las armas puede terminar sin habernos dado tiempo para montar la guardia de esta vigilancia, para organizar esta milicia singularísima: para sanear las almas. Nos toca purificar la sustancia mental y moral con que va a ser amasada la vida argentina del futuro: el alma de la juventud. Esa es la otra guerra, la lucha por la paz, para la cual está abierto el rol en que deben inscribirse mujeres animosas. La patria sabrá agradecer esa milicia sacratísima; ella sabrá tener por beneméritas suyas en el grado heroico a las mujeres que

sepan ejercer —samaritanas de la paz— la asistencia de los argentinos que tienen enceguecido el corazón. Son ciegos y no malvados, en su mayoría. No puede ser que haya tan tremendo número de malvados y traidores en un país cuya canción nacional —que escuchan con turbada emoción hasta los recién venidos— exhala, como un grito brotado de la tierra, una triple invocación a la libertad, la diosa mayor de nuestro culto." [79]

Los americanos obtuvieron eminencia espiritual al incorporar los derechos sociales y morales a su vida. Durante centenares de años, enfrentaron las inclemencias de un medio físico salvaje para construir económicamente el Estado. Durante centenares de años bregaron con las armas de la guerra y de la razón, y en función de sus derechos naturales, para construir el derecho público, que organizaría institucionalmente esos Estados bajo la éjida de la libertad. Lucharon inspirados por principios éticos y exigencias materiales, hasta cimentar las bases de una nueva civilización; y esa lucha se libró por el ideal más grande y noble que puede imaginar la mente humana: defender su libertad de pensamiento y de conciencia.

Sin embargo, toda grandeza sólo puede admirarse dentro de ciertas perspectivas propicias; dentro de cierto clima espiritual y dentro de cierta medida de dolor. En un famoso poema, Goethe lo expresa de esta manera: "Quién no comió su pan húmedo de lágrimas— quién no se sentó sollozando en su lecho— en largas noches de pena y dolor— no os conoce, Potencias Celestiales."

Mientras el mundo se agitaba convulsionado por conflictos de todo orden, los países americanos vivieron una exultante era de bienestar material. Y posiblemente llegaron a la certidumbre que nuestro continente fuera un territorio extramundial y por ello libre de toda posible complicación. Bajo el fetichismo del progreso nos dejamos arrullar por los sueños de la buena digestión. Y aun, terminada la más espantosa de las guerras mundiales, vuelve a sonar el estribillo del bienestar material, dando a los aspectos económicos y sociales, valores básicos para cimentar la paz ftuura. Nadie puede

79. Esta oración está íntegramente reproducida en *Génesisi de un Sentimiento Democrático*, escrito por el autor en colaboración con el señor Rodolfo A. Fitte (ya mencionada). Con el fallecimiento de Guillermo Zalazar Altamira, ocurrido hace un año, se ha perdido un brillante periodista y un espíritu sensible a las más nobles inquietudes humanas.

negarles importancia, pero ellos jamás forjaron el espíritus de hombres ni pueblos capaces de grandes realizaciones. Y a la inversa, las más grandes obras o empresas, se engendraron en un clima de miserias y dificultades.

Cada libertad, cada derecho y cada privilegio, lleva incluído un deber y un precio, que el hombre puede abonar únicamente en moneda de actividad en la defensa de cada libertad, de cada derecho y de cada privilegio que desee disfrutar. Ese precio, puesto en el extremo de su valor, en el de la muerte, lo pagaron sin hesitar millones de hombres y mujeres, "gentes sencillas de todas clases y edades", haciendo "frente al hambre, al pelotón de ejecución y a torturas indescriptibles, no para elevar su nivel de vida, no para mejorar su bienestar material",[80] sino para pagar la libertad de los hombres que vendrán.

"Con sus sufrimientos y su muerte — prosigue más adelante el escritor y político nórdico — demuestran que para el hombre la libertad de palabra y de religión es infinitamente más importante que la supresión de las necesidades y el temor. Esto es lo más noble de esta guerra. Es la redención de la democracia. Y si quienes forjen la paz no saben comprenderlo, fracasarán. Si las naciones que no están redimiendo a la democracia con su sacrificio, no inclinan la cabeza con respeto ante esta sincera manifestación del espíritu, la guerra se habrá librado en vano. Y si las democracias no pueden incorporar esta lección a sus sistemas de enseñanza, firmarán su sentencia de muerte. A los niños se les debe enseñar a ver y admirar lo que es grande. Su anhelo inarticulado, pero divino, grave y ardiente de una existencia digna de ser vivida, de creación y de belleza, debe ser encauzada hacia esas cosas inasequibles que son las únicas que hacen la vida digna de ser vivida. Los deberes de la democracia deben estar íntimamente entrelazados en la urdiembre de la educación. Este debe ser el fundamento de todo estudio de un futuro orden mundial; la orden de marcha no escrita y quizá ni tan siquiera dada verbalmente, pero inflexible, a que deberán atenerse todos los delegados. Es la materia prima de la paz".[81]

80. Hambro. Ob. ctda.
81. Hambro. Ob. ctda.

XX

# PSICOSIS DEL PODER

*Extravíos mentales.*

Fácilmente cualquiera puede percatarse hasta dónde es de trascendente nivelar los acontecimientos actuales con una nueva mentalidad y una nueva moral. Es decir, disponer de una facultad de comprensión ajustada a la ética presente y de acuerdo a los principios básicos y universales de la libertad, que significan seguridad política, seguridad espiritual, seguridad social y seguridad económica. Tanto la nueva mentalidad como la nueva moral son eventos o contingencias en conexión armónica a la evolución integral de la civilización. Significa, además, el nuevo sentido que determina el principio de la libertad frente al de la fuerza, concertando conciencias antagónicas. Supone, asimismo, el encuentro de dos normas intelectuales. Por ello es posible deducir que la mentalidad de los pueblos es, también, una relación de influencias recíprocas entre el dinamismo actuante y el pensamiento activo, en perpetua e íntima compenetración, o lo que es igual, el desarrollo de la cultura asimilando las enseñanzas temporarias y el espíritu plasmado en lo tradicional. Nos explica esta función, ciertas influencias que inciden eventual y transitoriamente en la conformación de las ideas y sentimientos colectivos.

Durante el último cuarto de siglo, la mentalidad de algunos países del viejo continente sufrió deformidades producidas por la reacción agresiva de la fuerza. Los errores de la paz de 1918, dieron pábulo

a la exaltación nacionalista, donde por igual se confundían el odio y las viejas ideas del poder de la fuerza, mezclados a las nuevas ideas de un mejor nivelamiento económico y social del proletariado. El nacionalismo ofrecía ese extraño puente entre dos posturas inconciliables: el de la autocracia, bajo el símbolo del Estado con poder absoluto sobre los pueblos y el deseo de esos mismos pueblos de una equitativa justicia social. Dentro de la confusión de tan antagónicas ideas, debieron imponerse quienes, saltando el redil de la moral, ofrecieran a los hombres la más completa satisfacción a sus exigencias y a sus ambiciones. Es cuando aparecen Mussolini, Hitler y Franco, es decir, el absolutismo monárquico bajo la etiqueta del absolutismo del Super Estado. Y los dictadores, defendidos por sus guardias pretorianas, usaron el instrumento más bestial para acallar la voluntad y aniquilar la moral y el espíritu de los pueblos: el terror.

Pero, si la tortura y el crimen crean un clima de perversión y relajamiento del alma humana, mucho más monstruoso era imprimir en los cerebros infantiles la siniestra crueldad y la infamia de que hicieron gala los dirigentes totalitarios. Nada respetable dejó en pie el culto al Führer, ante el cual sacrificaron los hijos a sus padres y los mozos a sus novias. Era una suerte de insanía moral, en la que el terror se vinculaba a la morbosa atracción de la muerte en inhumana conformación mental. La "ciencia de la guerra" que tantos escritores y filósofos alemanes elevaran a evangelio de su pueblo, fué superada por la "ciencia del crimen", que los nazis pusieron en práctica para alcanzar el gobierno. Posiblemente no fuera una superación, sino su descubrimiento por el criterio nazi. Pero, lo cierto es que fué el catecismo que deformara las almas y las conciencias de los pequeños escolares. Alguien lo dijo: "los niños se convierten en nazis antes de que comiencen a pensar como seres humanos". Y así, inhibida toda nobleza, se impidió el desarrollo humano libre y quedó al gobierno la producción en masa de mentes anormales.

Con el fin de la guerra de las armas, los Estados totalitarios, destrozados, cayeron a las plantas de los países democráticos. Sin embargo, el virus nazifascista continuó animando el espíritu de gran parte de esos pueblos abatidos por todo género de fracasos. El culto de la agresión, el asalto y el sacrificio de vidas humanas, prosigue inspirando a gran parte de esa juventud "*educada para el Poder*". La

Europa central estaba predispuesta psíquicamente al culto de la fuerza. Pero la brutalidad, convertida en norma suprema, en "ciencia de la guerra" y en pedestal del Estado, sobrepasó los límites de Alemania y de Europa misma. Una activa propaganda saturó a otros países del tóxico nazista, para lo cual, a más del militarismo, se usó un múltiple plan de divulgación. Entraba en el programa invitar a muchachos y jóvenes a ir a Alemania para embeberse en los principios del *nuevo orden* y regresar a sus patrias en calidad de bacilos propagadores.

La culminación hitleriana, señala, en realidad, la exaltación de la vieja filosofía política germana, aspirando que "el mundo debe ser conquistado y reformado para que pueda adaptarse al pensamiento alemán".[82]

La mentalidad que inspiraba esa política la enuncia Freitschke cuando declara que los tratados son meros pedazos de papel y serán denunciados por Alemania cuando el compromiso deje de ser ventajoso para ellos. En ese caso, el tratado automáticamente será nulo y "*el honor alemán*" exige su violación. Desde hace veintidós años el mundo ha podido comprobar la verdad de este "honorable sistema". Desgraciadamente toda mala acción sugiere otras similares. Esa "*digna mentalidad alemana*" trabaja desde 1886 intensamente por propagarse en América y lo que fué la primitiva "Liga de todos los alemanes" se convirtió en 1894 en la "Liga Pangermana". Un libro publicado en 1895 [83] pronsticaba el triunfo mundial de Alemania para 1915 y el término de lo que llama la doctrina de Panamérica. Entonces, de nuestro continente Alemania tomaría México, Guatemala, Honduras Británica, toda la región del Brasil al sur del Amazonas, Uruguay, Paraguay, Bolivia y el norte de Chile. A Francia se le daría el Brasil al norte del Amazonas, la Guayana inglesa, Venezuela, Colombia y Ecuador. Italia tomaría lo que queda de América del Sur, incluyendo la Argentina . . . , etc.

Más tarde Alemania necesita desvanecer los recelos en América de su prepotente ambición y cambió de táctica. Fué cuando comenzó a organizar e instruir a sus compatriotas a fin de crear *un Estado dentro del Estado*. Esto encontraba más dificultades y resistencia en

82. *Die politik,* 1876. Anotado por Hambro. Ob. ctda.
83. *Germania triumphans. Von Einen Grossdentschen.* HAMBRO. Ob. ctda.

los Estados Unidos, mientras tomaba incremento en la América Central y del Sur. Para defender esos intereses "necesitamos — decía el profesor Schulze-Gaevernitz *(Die Nation,* 5 de marzo de 1898) — una flota capaz, no sólo de suprimir a las reducidas fuerzas de los Estados sudamericanos, sino lo bastante poderosa para obligar a los norteamericanos a pensarlo bien antes de hacer un intento de aplicar la doctrina de Monroe en América del Sur".

A esta infiltración alemana iba condicionada la tendenciosa propaganda en los países latinoamericanos contra el imperialismo norteamericano. Para el doctor Paul Rohrbach, el país más estratégico de la América meridional era el Brasil. Refiriéndose a los Estados Unidos, decía el *herr* doctor: "No podrán impedir la creación de un Estado dentro del Estado, ni que, cuando los alemanes lo hayan llevado a cabo, dominen al Brasil y se impongan sobre los pueblos inferiores de aquel país". El doctor Kappf, en su manual acerca de las escuelas alemanas, aboga por la misma política. Por lo pronto, estas actividades, que aparecen al finalizar el siglo pasado con la firme intención de convertirse en una posibilidad alcanzable, fueron concretándose dentro de un definido programa. Y Brasil recibió grandes masas de inmigrantes germanos que se ubicaron estratégicamente en los límites de ese país con la Argentina y el Uruguay. Otros contingentes, no menos numerosos, poblaron en el sur de Chile, por Valdivia y se internaron por los lagos y otros pasos de la cordillera de los Andes, en el territorio argentino de la Patagonia.

El profesor Gustav von Schmoller, en su obra *El comercio y la política del poder,* declaraba: "Es preciso forjar a toda costa un país alemán en el Brasil en el siglo XX." Y en 1899 el doctor Unfold anunciaba: "Llegará, sin duda, el momento en que Alemania durante la confusión causada por alguna conflagración internacional, tendrá la oportunidad de adquirir territorios coloniales en América del Sur". Se refería a Chile,[84] donde el germanismo se expandía notablemente.

La infiltración realizada y coordinada desde Berlín, al cumplir dos propósitos simultáneos, tendía a la conquista integral, posesionándose y poblando el territorio ajustado a los planes generales de ocupación táctica, a la vez de propagar una intensa campaña educativa

84. *El Germanismo en Chile.*

(educación escolar y educación adulta) "extirpando de raíz todo brote democrático" y cultivando en las poblaciones nativas los "prejuicios y resentimientos que puedan transformarse en odio contra los Estados Unidos". Aunque los esfuerzos prosiguieron dentro de su finalidad específica durante los últimos cincuenta años, con ritmo más acelerado en el período bélico de 1914 a 1918, el triunfo del hitlerismo agudizó la actividad y el sentido de la propaganda política. Los efectos fueron perfectamente visibles, cuando los triunfos del "eje" descubrieron la insolencia de los propósitos hasta entonces embozados. "Quienes no comprendían que el peligro que ello significaba para América era real, es que no querían comprender" —escribe Hambro—. Pero, el asunto está mal planteado; para los que estaban con los nazis, el peligro consistía, precisamente, en la derrota de Alemania. Y esto revelaba hasta qué punto había penetrado la ideología totalitaria en la conformación de una mentalidad antiamericana. Comenzó por ser repudiada la libertad, considerándola fuente de todo mal, sin explicar que ese *mal* residía, justamente, en fomentar cualquier absolutismo o violación de los derechos de la personalidad humana.

En 1940, el descaro de los nazis puso en evidencia su labor de zapa. Y mostró su magnitud en la exacerbada animosidad hacia las democracias, especialmente contra los Estados Unidos. A la par se despertó inusitado odio a los judíos y al comunismo. Toda campaña de destrucción debe obedecer al mito del odio; crearlo si no existe.

Nadie intentó meditar cómo todas estas fobias eran ajenas al sentimiento americano y sólo respondían a problemas injertados artificiosamente en la mentalidad de nuestros pueblos. Para encontrarles raíces nacionales que dieran, asimismo, fundamento a un artero nacionalismo, buscaron reivindicar las figuras siniestras de tiranos execrables, negando realidad y méritos a los prohombres que la Historia de América consagra como los fundadores de las nacionalidades democráticas y libres del continente. Se injurió la memoria de los grandes cultores de la enseñanza pública (siempre los maestros fueron enemigos de los tiranos) y a los defensores de los derechos humanos, pero, como la palabra soez no pudiera borrar la sanción histórica, atentaron contra los monumentos levantados en su homenaje por los pueblos. Quedaba así diseñada la nueva mentalidad creada por la escuela ale-

mana en las libres tierras de América. Y, asimismo, quedaba señalado el respeto y agradecimiento de quienes encontraron en su suelo el pan y la dignidad de libertades inmerecidas.

Casi simultánamente —en ese año de 1940—, se descubren armas entre los alemanes del territorio de Misiones en la República Argentina y un plan subversivo nazi en la República del Uruguay. Durante casi todo el transcurso de la guerra — 1939-1945 —, Buenos Aires fué el centro de espionaje elegido por el nazifascismo, demostrando, por el volumen y trascendencia de los hechos, la magnitud del esfuerzo realizado por la propaganda alemana.

No es necesario una prolija crónica de los bochornosos acontecimientos que tuvieron por escenario la Argentina; han sido profusamente divulgados. Hambro escribía: "¿Puede alguien dudar de que el embajador alemán en la Argentina ha estudiado cuidadosamente las diversas obras relativas a la infiltración alemana y al *Deutschtum* en América del Sur, cuando a principios de 1941, después de visitar Alemania, hizo su declaración a la prensa de Buenos Aires? *Advirtió a la Argentina que sus relaciones comerciales con los Estados Unidos no tenían porvenir y que la ayuda norteamericana a la Gran Bretaña no es más que una fantasía inglesa.* El embajador exhortó a la Argentina a no olvidar al Japón, que está ahora a *nuestro* lado. (Del *New York Times* del 27 de febrero de 1940). Y después de explicar que Alemania y no los Estados Unidos, sería la que mantendría la mayor parte del comercio con la Argentina en el futuro, el embajador apenas veló su amenaza a dicho país en las últimas palabras de su nota a la prensa:

"Por estas razones confío en que se mantendrá aquí el respeto general indispensable para con nuestros nacionales, que han contribuído a la creación de las industrias y el comercio, y han dedicado sus activas vidas a esta joven nación".[85]

En su libro, Hambro anota lo que expresa Gregor Ziemer, dando una clara idea de la forma con que el nazismo mira a Norteamérica y explica que la *Hitler Jugend* cuenta con organizaciones en cincuenta y dos países, incluyendo los Estados Undios y los gran-

85. HAMBRO. Ob. ctda.

des países sudamericanos. "La oficina del extranjero de la Juventud Hitleriana —dice— envía anualmente seis mil muchachos a los demás países." Ziemer nos habla de los grupos de S. A. (Tropas de asalto o camisas pardas) que se reunían en las cervecerías y hacían el siguiente brindis: *Bomben uber New York* (¡Bombas sobre Nueva York!).

La documentación descubierta en la Argentina y el Uruguay, pusieron en evidencia una poderosa organización alemana. ¿Osará alguien sostener que los Estados Unidos —con el interés *estratégico* que merece—, no estará también minado por el espionaje y la propaganda "cultural alemana"? En 1942 en los Estados Unidos se capturaron grupos de espías que confirmaron lo que ya era una certidumbre pública. Pearl Harbor fué digno remate a esa campaña de insidia y traición.

La técnica alemana, que ha demostrado siempre ser superior a la inteligencia alemana como pueblo, bifurcó su propaganda —principalmente en la América latina— a su ingénita ideología del poder y la fuerza, y a lo que significaba crear o fortalecer antagonismos nacionales o las viejas animadversiones heredadas del coloniaje. Así, el remoto antagonismo de la España de Felipe II y la Inglaterra de Isabel, rivales en los mares, divididas además por profundas disidencias religiosas, cimentó rencorosas emulaciones políticas-económicas, traducidas en un estado de guerra que, con intermitencias, perduró hasta la completa emancipación americana.

Nadie puede escapar a la crítica; ni hombres ni países. Sobre todo, si esa crítica busca sus argumentos en la lejanía de los aconteceres. Fácil fué, pues, a la propaganda alemana, magnificar las faltas de los norteamericanos —sajones de América— ante el criterio predispuesto de los hispanoamericanos. Lo absurdo es hacer perdurar en el tiempo, como causas inconciliables, prejuicios o motivos extemporáneos.

El continente americano semeja una retorta inmensa donde bullen todas las razas, con sus ideas, sentimientos, prevenciones, simpatías, amores y odios. Surgen de esa heterogeneidad los impulsos más dispares. Sin embargo, la psicología de los pueblos del Nuevo Mundo reposa, ante todo, en su poderoso instinto territorial. Es el nexo que

une el suelo, con la verdadera constitución espiritual de los habitantes. Esta fuerza, inmanente del alma de América, absorbiendo los antagonismos, acaba por conformar su sentimiento propio. De tal manera, el ideal de solidaridad humana, característico de los pueblos americanos, se extiende en el tiempo, en un magnífico esfuerzo continental por la felicidad de los hombres. No obstante, éste, como cualquier otro proceso de la existencia universal, exige indeclinables plazos evolutivos donde van atenunándose las diferencias, arromándose las asperezas hasta concretar una intención común a la emoción y al entendimiento.

Comienza el hombre por doblegarse ante las potencias espirituales y naturales de un continente que le brinda la libertad de ser y la posibilidad de existir con igual dignidad social, política y económica. Pero, esta conquista, que en lo individual vincula el hombre a la tierra, todavía no ha conseguido unir al hombre con el hombre. Sobre ellos pesa, indudablemente, la fuerza terrena que los relaciona a pesar de sus diferencias ideológicas o sentimentales. Sin embargo, tampoco esto es obra instantánea; muy reciente es el arribo de millones de seres que aun no pueden comprenderlo. Si es fácil que la tierra acepte todas las simientes para devolverlas en frutos generosos, menos sencillo es lograr tan magnánima retribución en la mente y el corazón humano. En ellos fecúndanse las ideas a través de largas y penosas experiencias. El amor mismo debe romper los moldes del egoísmo, para poner su jubilosa inquietud en los corazones. Vanamente América simboliza el amor que Jesús proclamó como único vínculo entre los hombres. Siempre hay quienes vienen a estas tierras con las almas henchidas de rencores, mudas a la emoción reconfortante, con ojos ciegos a la belleza y voces negadas a la palabra amable. Es preciso que el sol de América ponga luz a los entendimientos atrofiados, suavidad a las miradas torvas y haga afable esos cuerpos tensos. Es preciso que el aire de nuestro hemisferio inyecte salud a cuerpos enfermos de venganzas y aborrecimintos. Ponga vigor y optimismo a seres desnutridos física y espiritualmente.

Pero una recuperación humana no basta; menester será cumplir los términos precisos para que, cada individuo, a más de su personalidad en relación al medio geográfico, obtenga nueva personalidad en relación a los otros hombres. Ello ya no depende de América, sino

de la cultura que América ofrezca a sus pobladores para que se entiendan en una convivencia racional. Corresponde pues, a los hombres mismos, cooperar a su exaltación humana, no contaminando con las miasmas de sus bastardías la pureza de la atmósfera americana.

Excusadme, lector amigo, si al alcanzar este punto de mi exposición, abro un paréntesis para discurrir sobre la libertad y el orden moral, que ambas se relacionan sustancialmente al asunto tratado en el presente capítulo. Debo comenzar recordando cómo América engendra en sus hijos el principio de la libertad, cual estimulación armónica y perfecta de su personalidad humana. A ella concurren la delicadeza del sentimiento de lo bello, en expresión de fuerza y de razón. Así transcurren los siglos en que los hombres enfrentan la vida en el escenario soberbio de la Naturaleza, impregnando los espíritus con sus profundas enseñanzas y consolando sus anhelos con el noble trabajo de la tierra. En tan magnífico y heroico período, donde el hombre blanco volvía por la curva de las ideas universales, se estructura el alma americana. Es cuando la tierra de América afirmaba en sus hijos el ideal de la humanidad, realizando su destino. De esta manera muéstrase cómo hay una relación orgánica entre el sentimiento que incuban las visiones de las cosas y la voluntad nutrida en esos sentimientos. La pureza del ambiente crea, asimismo, la pureza de lo que en él existe, configurando definitivos caracteres morales.

Infortunadamente, extrañas subversiones del sentimiento, originaron falsedades y violencias. Nuevos seres llegaron a América, como caen los buitres hambrientos sobre los hatos que pacen confiados en las praderas. "América —escribe Rojas— aleccionada por la experiencia de los siglos y por los dolores ajenos que a ella misma le tocó padecer, busca realizar un destino en la fraternidad humana, que concilie por la igualdad, la libertad y la justicia, lo que crearon de buenos los dos continentes predecesores, eludiendo para ello el extremo de los goces egoístas y de las negaciones absolutas".[86]

Fué entonces —ahora— cuando aprendimos a distinguir en la esfera de lo relativo, la posibilidad de un encadenamiento de los altos fines del alma, con lo bueno, lo verdadero y lo hermoso; y la

86. RICARDO ROJAS, *Blasones de Plata.*

vinculación íntima de lo feo, con el error, el mal y la violencia. "La idea de un superior acuerdo — dice Rodó — entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta a estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensamiento aludido, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura".[87]

La solución de todo problema en América, para los americanos, reside en conocernos y hablarnos con franqueza y libertad. ¿Por qué no es posible llegar a tan simple solución? Primero, por temor y desconfianzas que pudieron tener y tuvieron explicación en hechos de los que nuestras generaciones actuales no son responsables. Segundo, por admitir que tales hechos, definitivamente consumados, persistan con valores en vigencia, inamovibles. Sin embargo, la razón y la experiencia enseña que en todo cabe enmienda, si hay buena intención. Y negar buena intención es poner el rencor en principio de derecho y de justicia, sobre el derecho y la justicia.

Por encima de estos acaeceres emerge la mentalidad que los sustenta, obstruyendo una comprensión cabal y humana de las actuales circunstancias. El orden institucional que vinculara definitivamente las naciones americanas, sufre retrasos inhibitorios. Nuestro mal reside en no haber alcanzado una cultura política que nos permita usar la democracia en expresión social, de gobierno y en exponente de libertad. Vivimos una democracia prometiente más que efectiva, dentro de la democracia genial de que hablara Mitre. Ello dificulta su exaltación en conciencia social y en formal expresión política.

Siendo la democracia una versión de la libertad en institución política — una manera de sentir más que un sistema —, su realidad es un trasunto espiritual y material del pueblo que la practica. De tal forma, el perfeccionamiento democrático va implícito a la cultura

87. JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Ariel*. Ob. ctda.

estética y la selección del espíritu popular. Y volvemos a caer en que, sobre cualquier afirmación injusta, nuestros errores presentes son todavía los pasos infantiles de pueblos que han iniciado una nueva civilización en un nuevo mundo moral y físico, sin haber alcanzado la solidez secular de la estructura social, consolidado el orden político y arraigado los elementos de su cultura. América ofreció, sin defensas, su inmenso territorio y debió afrontar la afluencia inmigratoria de una enorme multitud cosmopolita, que traía, además de sentimientos distintos, la fuerza ciega del número. Debió efectuarse entonces una activa fagocitosis de todo cuanto elemento nocivo o innoble atentara contra los principios de la estructura social americana. La lucha suponía no sólo el extraordinario esfuerzo de ir progresivamente asimilando las multitudes trasplantadas, sino también la no menos intensa labor de elevar el espíritu colectivo al nivel ideológico de nuestras democracias. En suma, vincular a la acción fisiológica, la tarea educativa, para afirmar el espíritu ingénito de América.

Si muchas cuestiones originadas en la bullente agitación de tan dispares sentimientos, provocaron modificaciones conceptuales, éstas incidieron especialmente en los sectores económicos, aunque no pudo escapar de la influencia materialista el sentido moral de las actuales generaciones.

Empero, todo envuelve causas que van desalojándose unas a otras a medida que acrece el acervo cultural de la comunidad. Sin embargo, no pocas subvertieron los principios de solidaridad y fraternidad humanas que alentaron los actos y las leyes de los pueblos americanos. A ello concurren — según dejo anotado en estas páginas — viejas prevenciones coloniales y las tendenciosas ideologías importadas; merece reiterarse que unas y otras son extrañas al innato sentir de nuestro continente. Con todo, ambas circunstancias cooperaron a mantener latente un extravío mental que se nota en los pueblos incultos, como un resabio o herencia de odios seculares. Es el abuso gubernativo del patriotismo formulario y verbal que González llama "estandarte que todo lo inmuniza y lo defiende, y a cuya sombra se acogen sin dificultad todos cuantos de ordinario hacen de la conciencia cívica y del deber institucional, caso omiso o motivo de especulaciones interesadas. Los déspotas americanos — añade — se

han distinguido por su aferramiento al culto patriótico, consistente en el abuso de las palabras y de las ceremonias de efecto popular y en el odio sistemático, más o menos disimulado al extranjero, con los cuales pretenden y logran colocar de parte suya la masa, la porción más numerosa e impresionante del pueblo".[88]

En la América latina, la anarquía fué una consecuencia del caudillismo armado, del general victorioso denunciado por San Martín. A pesar de su aparente fin como etapa en el proceso político, su coerción prosigue pesando en la vida institucional de las actuales naciones. El patriotismo predicante e incisivo de que he hecho referencia, es su síntoma más cabal. Las democracias centro y sudamericanas no han podido desprenderse del sable, en el ejercicio de los derechos civiles. Se hizo jurisprudencia de la *revolución* fuera de la la ley, como expresión de legalidad. Es decir, se admitió el *hecho* como razón de *derecho* y todo el orden constitucional y jurídico del Estado quedó supeditado a la fuerza de las bayonetas. De tal manera, las democracias centro y sudamericanas se convirtieron en gobiernos militares y la estadística de los mandatarios de nuestros países, muestra una superabundancia de generales en el gobierno, que no pueden ocultar su origen cuartelero.

Esa característica nos enfrenta a una interrogante irremediable, y, si extremamos las consecuencias, a una evidencia indiscutible. Consiste en preguntarnos si únicamente en los cuarteles es posible preparar dirigentes democráticos; y por fin, que exclusivamente en ellos se obtiene la capacidad y las virtudes esenciales del estadista. Por otra parte, cabe meditar en esa libertad que ofrece el sufragio al pueblo. Solamente partiendo de la anomalía puede concebirse que los establecimientos universitarios, donde se enseña la ciencia política y donde se divulgan los conocimientos científicos y morales de la vida civilizada, puedan estar subordinados a las escuelas de guerra. Solamente partiendo de la negación más absoluta y absurda del derecho, puede admitirse la subordinación del Estado, a quienes han prometido solemnemente ser sus más fieles y dignos servidores. Exponer estos postulados significa, sencillamente, descubrir toda la monstruosidad en que pueda fundarse cualquier argumento adverso, cualquier defensa

88. Joaquín V. González, *Hombres e Ideas Educadores.* Bs. Aires, 1912.

legal. No bastaría tampoco que ella girara en el orden jurídico, sino que lo supera para pervertir el orden moral, sobre el que, únicamente, puede fundarse la sociedad y la civilización.

A pesar de todo, no es posible extremar ninguna teoría en base a los sentimientos que permiten el gobierno de la comunidad, con omisión de su grado de cultura. Existe siempre un equilibrio entre el mandatario y el pueblo y es, precisamente, ese índice cultural.

Hasta el primer decenio de este siglo, los gobernantes militares — cuyas formalidades electivas dejaron mucho que desear, respondían al sentido de América. Había en ellos las virtudes y defectos de pueblos jóvenes, labrando su destino. Pueblos que comenzaron proclamando la igualdad de los hombres y terminaban ofreciendo el refugio de sus tierras a los desheredados del mundo. Aun el clima de América estaba limpio de las impurezas que, más tarde, seres àviesos, esparcirían para envenenar las almas. Entonces, la carrera de las armas, cuyo penacho de gloria mantenía una tradición reciente, sufrió el influjo sombrío de ideologías foráneas. Es cuando se advierte una notable transformación mental en los jóvenes egresados de las Escuelas Militares y, sobre todo, de los Institutos Superiores de Guerra. Así cumplían su labor disolvente los profesores alemanes, creando una casta de lo que hasta entonces fuera una profesión de la ciudadanía.

Esta deformación de la inteligencia se llevó a cabo sin obstáculos y sin que nadie parara mientes en ella en los países democráticos americanos. Hasta entonces sus faltas políticas no las inspiraban perversiones morales erigidas en sistema. Sin embargo, lo esencial de la actividad alemana — luego crudamente agudizadas por la política nazi — consistía, no sólo en extirpar de raíz todo brote democrático en la vida alemana, sino luchar y destruir las democracias en el mundo. A ello se llegaría conformando una conciencia inflexible, con una única fe: el credo nazi. "Para obtenerlo no se toleraba ningún periódico, libro, película u obra teatral que no se adaptara a la concepción de la vida nacional-socialista. Todos los instrumentos de educación y propaganda fueron utilizados para inculcar tal concepción. Se rehicieron los cuentos de hadas y los libros escolares, la ciencia fué falseada, se tergiversó la economía y la historia, a fin de asegurarse que ni una sola palabra de las demás doctrinas penetrara en las mentes de los jóve-

nes . . . La finalidad general de su sistema de educación era acabar con el individualismo y con el pensamiento libre." [89] Como corolario, el definitivo dominio del hombre; las actividades privadas, la libertad de empresa y el libre ejercicio del pensamiento y de la palabra, se hizo voluntad exclusiva del Estado.

Imposible será realizar un análisis exhaustivo de los complejos factores que inciden en el extravío mental de los pueblos americanos, — y más aun de los del mundo —, sin extendernos en intensísimas discriminaciones. Para la finalidad de este trabajo, será suficiente exponer la lucha espiritual y moral del sentimiento americano — cuya auténtica expresión se manifiesta en las instituciones democráticas y el culto a la libertad que gestan la organización de todos sus países —, con las adversas ideologías importadas.

América no significa la quiebra de la unidad humana, pero presupone, sin embargo, el recomienzo de la existencia humana sustentada en la libertad y los principios igualitarios del individuo. En la génesis de su historia, estos principios señalan su destino futuro y su conciencia. Lo anterior, que pesa en la conducta y el pensamiento tradicional de Europa, únicamente vale para los americanos como antecedente discriminatorio. Existe, pues, una profunda diferencia sentimental entre ambos continentes. En ella, precisamente, reside nuestra fuerza moral. Menester es compenetrarnos de ello; defenderla de interferencias exóticas. Comprender y estar dentro del espíritu de América, para hacer de nuestro hemisferio una fuerza humana capaz de impulsar el perfeccionamiento civilizador humano . . .

El hombre precisa alimentarse para existir, pero antes precisa ser hombre para alimentarse. Cambiar los términos conceptuales, es anular al individuo moral, para dar existencia al individuo animal. Y es renegar de la inteligencia para regresar al instinto primario. América, siendo la libertad, es la inteligencia; expone un ideal humano

89. HAROLD BUTLER, *The Lost Peace*. Butler nos habla en su obra, no solamente de la necesidad de educar a los niños con un programa bien concebido, sino también al hombre medio. "El hombre de la calle había aprendido en la escuela — dice — a ver el mundo como una serie de estados plenamente separados, cada uno de los cuales corría separado y egoístamente para adelantar a todos los demás. Aun cuando el último saliese mal parado, todos los demás corredores pensaban que habiend escapado ellos con bien, todo iba bien. Al ciudadano medio de todas las naciones, no se le había enseñado nunca a considerarse como miembro de una sociedad mundial, con deberes para con ella similares a los que tenía para con su ciudad o país."

sobre cualquier falseamiento virtual de lo humano. Es la resultante de la conquista por la civilización europea de la de Oriente y la superación de Europa por América. Cuando nuestros países logren hacer conciencia de nuestra posición en el orden universal, comprenderán, también, el significado de la unión americana en el alcance y la realidad de una etapa de la civilización. Y sobre todo, en la preeminencia de esa misión universal sobre cualquier deleznable prevención intempestiva.

## XXI

# GUERRA Y PAZ

*Visión de la realidad.*

El *New York Times*[90] expresa editorialmente "que hace un año terminó la guerra europea, mientras que la asiática prosiguió todavía tres meses y una semana. Las dos guerras cuestan a la humanidad más de 20.000.000 de vidas civiles y militares. Los lisiados e inutilizados jamás podrán ser calculados con exactitud, pero deben superar al ejército de muertos. Su financiación costó más de 3.000.000.000.000 de dólares, o sea una carga de 500 dólares por cada ser viviente en la tierra. Pero el cálculo monetario de las muertes y el mantenimiento de los lisiados apenas si es una idea inicial de ese costo. El verdadero precio de la guerra puede apreciarse en las turbulentas condiciones imperantes en China y la India. El recuerdo de la violencia flota. Es difícil imponer la paciencia. Millones de seres padecen hambre y perdieron el sentido de la seguridad. Es fácil volcarlos hacia soluciones desesperadas. Técnicamente hablando, la paz no fué ganada o no está aún en la mente del hombre. Por ello no sólo sería de desear un sólido entendimiento entre las naciones unidas, sino que es esencial para la supervivencia de la civilización."

A profundas reflexiones induce lo expresado y las cifras mencionadas por el *New York Times*. En primer término, aparece la necesidad de que ellas sean profusamente divulgadas en el mundo. Quizá,

90. 6 de mayo de 1946.

tan espantosas consecuencias, muestren a los hombres su propia realidad. Y les permitan comprender, junto con su destino, el futuro destino de la humanidad.

A todos los seres del orbe corresponde considerar ese futuro a través de las actuales circunstancias; les corresponde también buscar el medio de proteger a millones de hombres y mujeres de nuevas hecatombes que hundan la vida de los pueblos y la civilización misma, en polvo y cenizas. Y esa protección no puede fundarse en coaliciones de ninguna especie, ni en equilibrios potenciales de duración siempre limitada. Tanto las coaliciones como los equilibrios, acaban en el fragor de la guerra.

"Técnicamente hablando, la paz no fué ganada o no está en la mente del hombre", dice el *New York Times,* y por ello es vano que los países busquen probarnos una ficción. La guerra únicamente se ganará en la mente del hombre, cuando se haga conciencia en la comunidad que es necesario ganarla. Que se forme, no una conciencia política de los países, sino una conciencia individual y humana determinando la opinión pública. Esto no es fácil; basta observar las estériles gestiones en que se debaten los intereses y ambiciones de los viejos pueblos de Europa y Asia para advertirlo. Gran parte del mundo vive aún dentro de conceptos irreconciliablemente opuestas a la sociedad universal. Winston Churchill le pronostica un fatal período de "miseria, matanza y envilecimiento", a menos, — dice — que las democracias occidentales no lleguen a un entendimiento con Rusia. Aboga por la coalición de los países de habla inglesa y de las democracias occidentales de Europa, para trabajar "en pro de una inteligencia buena y leal con la Unión Soviética por medio del organismo de las naciones unidas." Las palabras expresan sin lugar a dudas, un sincero sentimiento de concordia. Pero no bastan cuando tras ellas están las barreras formidables de una tradición inmutable y antagónica. Es la que representa siglos de imperialimo político-económico, combatido por otros imperialismos político-económicos, para llegar a la absurda pretensión de reformar lo malo pasado con idénticos errores presentes. Damos vuelta alrededor de lo imposible, que supone una sociedad humana retardada no sólo frente a los compromisos de una vida distinta, sino a una psicología, una moral y una técnica completamente diferente a las usadas en el pasado.

La humanidad actual vive la etapa "atómica", enfrentando a las fuerzas naturales que superan una mentalidad anacrónica. Ello impone la reinterpretación de los objetivos humanos de acuerdo a un nuevo orden social, político y económico. A su vez, exige una nueva capacidad de comprensión con una moral adecuada al nivel cultural contemporáneo. Es decir, un índice intelectual medio superior.

Mr. Churchill manifiesta que el no hallar la respuesta apropiada "puede conducir a toda la raza humana a un nuevo período de miseria, de matanzas y de envilecimiento, más angustioso y fatal que aquellos que por dos veces soportamos la mayoría de nosotros." Ese espantoso augurio es la consecuencia del desnivel entre una mentalidad involucionada, respecto a las exigencias creadas por la presente civilización. Significa la brega por *estar,* deteniendo las potencias en eterno movimiento, paralizando el dinamismo constante y progresivo de la vida. El ex premier británico recomienda un entendimiento con Rusia para evitar la catástrofe y salvar al mundo. Propone en la nueva organización europea una Francia poderosa y una Italia revivificada, dentro de un block de otros Estados más pequeños, que hagan sentir su peso en la tarea. En suma, repítese la vieja política del Congreso de Viena en 1822, con un equilibrio de fuerzas, lo que supone volver a empezar el juego. De esta manera establece el antiguo "*equilibrio europeo*", mantenido por "*el concierto europeo*", es decir el acuerdo entre las "*grandes potencias*" que decidan entre ellas los asuntos de Europa, sin consultar a los demás Estados.

Posiblemente en Europa no sea factible todavía consolidar una existencia continental afirmada en el derecho de la personalidad humana, cuyo reconocimiento básico abriría las puertas a un derecho común y solidario de todos los países. Aun el derecho del Estado, sostenido por tradiciones seculares, prima, en la mayoría de las naciones europeas, sobre el *Estado de derecho,* que es el equilibrio legal de pueblos libres y sociedades organizadas bajo el régimen de una ley común, constitucional y democrática.

El problema europeo, plantea, en realidad, el problema del mundo. Pero la solución europea no coincide con igual propósito en América Difieren fundamentalmente los principios generadores. Para Europa, arranca del Estado el origen del individuo y a él supedita o condiciona su existencia, libertad y derechos. En América emerge del individuo

el origen del Estado, que existe como consecuencia del hombre y del ciudadano en plenitud de sus derechos inalienables. Por ello los países del viejo mundo actúan dentro de lo heterogéneo de rivalidades nacionales, y los de nuestro continente obedecen a un homogéneo sentimiento humano y a principios fundamentales.

Sin embargo, nuestra realidad no se concreta a los hechos que objetivan un clima anímico de relación universal, sino a lo que él nos corresponde particularmente a los americanos. Obvio será reconocer, empero, que el mantenimiento de los derechos humanos mencionados antes y de la justicia de un país, es cuestión de vital interés para los gobiernos de todos los demás países. De tal forma, ningún gobierno está en condiciones de estudiar los problemas del futuro, si no se percata de que tiene que tratar con millones de enemigos de la humanidad y que, al decir de Hambro, "no puede haber componenda entre la ley y el criminal, ni siquiera en cuestiones internacionales."

Algunos antecedentes demuestran esta aserción. Por ejemplo, el profesor Kaufmann, destacada autoridad alemana de Derecho Internacional, prueba su técnica científica afirmando: "El ideal social no es una comunidad de hombres de voluntad libre, sino una guerra victoriosa. En la guerra es donde el Estado despliega su verdadera naturaleza." [91] El desprecio hacia los esfuerzos pacifistas lo expresa Ewald Banse, gran profesor de *Wehrwissenschaft* (ciencia militar) en su libro publicado en 1932, "Espacio y Nación en la guerra mundial", cuando explica que Alemania "en los umbrales de un resurgimiento nacional, aparta de sí el veneno del internacionalismo y del pacifismo." Glorifica al hombre belicoso, "al hombre que no lucha para vivir, sino que vive para luchar. Para él la batalla es la afirmación perenne, el cumplimiento y la justificación de la existencia."

Menos moderado que Herr Banse, Fritz Lenz en "La raza como principio de valor" (1933) llega a la conclusión: "A nuestro entender, lejos de que la humanidad deseche la guerra, ocurre lo contrario: la guerra es la que desecha la humanidad." "Para quien no sea alemán, —escribe Hambro— estas palabras parecerían una vieja sentencia del mago de una tribu de antropófagos de las antípodas; no podrá

91. ERICK KAUFMANN, *La esencia del Derecho Internacional.*

comprender la idea de que la guerra es el principio supremo; de que la humanidad ha de pasar por la prueba de la guerra y puede ser desechada, ni creer que tratar de las cuestiones de guerra y paz es una presuntuosa usurpación de los reres humanos. Sin embargo, tal es la mentalidad alemana." [92]

Infortunadamente la *mentalidad* alemana ha desbordado los límites de su país. Su principal instrumento de propaganda e infiltración virulenta, fué el militarismo internacional. La técnica alemana de guerra, sentó plaza de ser la más perfecta escuela de las fuerzas armadas. Y mal pese a sus derrotas de 1918 y 1945, por las democracias pacifistas, todavía hay quienes creen en esa superioridad, especialmente entre los militares "*vírgenes*." El triunfo de 1870, dió singular prestigio a la ciencia de guerra alemana y muchos países americanos confiaron a su excelencia la educación de sus ejércitos. Contrataron misiones de jefes y oficiales germanos para organizarlos. A su vez, jefes y oficiales americanos se incorporaron a las filas del ejército imperial y luego del Reich, para aprovechar tan sobresalientes enseñanzas. Desgraciadamente, este intercambio de hombres trajo, no sólo la adopción de sistemas técnicos, — fácilmente repudiables en cualquier instante —, sino, lo que era más funesto, la absorción de un clima moral, de esa mentalidad alemana que nos muestra Banse tan crudamente. Los resultados han podido comprobarse durante los últimos años, en los países donde el militarismo tuvo preponderancia en el gobierno.[93]

Todo nos muestra la importancia que tiene para la paz del porve-

92. HAMBRO. Ob. ctda.

93. En momentos de corregir las pruebas de este libro, se produce un acontecimiento ratificando lo expresado. Corresponde ahora a Bolivia descubrir la funesta influencia del poder de las armas, tan exaltado por la propaganda alemana. Desde 1943, a raíz de una revolución tipo nazi, este país sufría el rigor de un gobierno totalitario. A la arbitrariedad de la usurpación institucional, pronto la persecución, la confiscación y el crimen, fué el régimen adoptado por la camarilla adueñada de la República, cuyo jefe, el coronel Gualberto Villarroel ocupaba "de facto" la presidencia. Tres largos y terribles años hubo de aguantar el pueblo del altiplano la opresión de quienes creyereno posible realizar lo que jamás tuvo éxito en los anales del universo. Y tal cual fuera el fin de Mussolini en Italia y el de Hitler en Alemania, triunfante el levantamiento popular que acaudillaron los estudiantes y obreros de La Paz, el coronel Villarroel y sus colaboradores que no pudieron escapar, fueron muertos y los cadáveres colgados durante dos días en los faroles de la Plaza Murillo de la capital. Que este lamentable suceso — poniendo al descubierto los límites inflexibles de la resistencia cívica — sirva de paradigma a quienes aun confían en la fuerza, el derecho de su autoridad y de su poder.

nir, contar, como dice Hambro, "con un cuerpo preparado de internacionalistas y del valor de las reservas de experiencias acumuladas por los organismos existentes de administración y cooperación internacional. Pero —añade— las palabras del Convenio de Wáshington exigen algo más; exigen la alta inspección de la justicia para proteger los derechos humanos en todos los países; un servicio de información que advierta cualquier peligro para la paz derivado de la supresión de la libertad personal y la libertad de religión en *cualquier* país. Por vez primera, desde la Reforma, se subraya en un documento oficial internacional el factor espiritual."

En efecto, lo trascendente para lograr seguridad y paz, será garantir la libertad individual en el respeto de los derechos del hombre, tan exactamente enunciados en las cuatro libertades de Franklin D. Roosevelt. Pero, dentro de esas mismas libertades se infiltran la psicosis "made in germany" que tan tremendo daño material y moral ha ocasionado al mundo y de cuya ponzoña aun no hemos podido desprendernos. Esa campaña de profilaxis moral, deberá despertar gran interés y cuidado en los dirigentes que velan y trabajan por la paz de América y del universo. Vale la pena pensar ¿no existe ya dentro de nosotros un estado de virulencia potencial?

Extensísimo y confuso sería discriminar sobre las causas que cada etapa aportó artificiosamente para, al contrariar los sentimientos naturales de la opinión pública americana, contraria su realidad. Suponen diferencias o antagonismos económicos y las que únicamente responden a intereses o desconfianzas políticas. Ambas concurren a la creación y afirmación de una postura de sospechosa animosidad, concordante con la herencia tradicional que la colonia nos trasmitiera. La solidaridad americana es, pues, una realidad que no se manifiesta por falta del espíritu generoso y cristiano de que tanto alardeamos y que tan poco demostrarnos poseer. Es común, empero, oír que las diferencias raciales entre el norte, de origen sajón y el sur de fondo latino, oponen una barrera insalvable a la vinculación de sus pueblos. No obstante, desde 1700 en los Estados Unidos, fué superada la población de nacionalidad inglesa y, desde 1860, ya no señalan índices de superioridad la de nacionalidad española en territorio argentino. Sin que ello signifique borrar el carácter primitivo impreso por sajones y

latinos en las regiones que poblaron, no puede negarse que otras son las razas, otros los seres que llegan al continente. No importa en que idioma hablan, alemán, francés, italiano, ruso, polaco, húngaro; las mil voces de Europa matizadas con las de Oriente, dicen de libertad, de trabajo, de esperanzas, de felicidad. Se entienden todas, porque todas expresan idénticos anhelos. ¡Qué valen los orígenes! ¡Qué valen los prejuicios ante esa enorme ilusión de vida que los alienta, no por el idioma, no por el tipo humano, sino por la vida misma! Hay algo que esos seres que emigran llevan como última, como suprema aspiración de una existencia agotada en el dolor y la miseria: ¡Es vivir! ¡Vivir! . . . Solamente quienes han acumulado en siglos ese deseo, bajo las presiones espantosas de la desesperanza, pueden estimar el significado profundo de tal apetencia, suma y postrera ansia humana: ¡vivir!

Miles, cientos de miles, millones de hombres de todos los países, de todas las razas, de todos los idiomas vienen tras el afán inigualado de vivir. Y esos miles, cientos de miles, millones de hombres, se desparramaron por las tierras de América y vivieron. ¿Es posible entonces, que ahora, ante este amasijo de corazones y almas, pueda hablarse de latinismo o de la influencia sajona? ¿No es más racional y humano pensar que América está elaborando una raza con el dolor y las esperanzas de todas las razas?

Ved ahí nuestra verdad. Es la verdad de los hechos definitivos, frente a los cuales pretende alzarse el estúpido preconcepto de vanidades raciales — tan falsas como esa misma estupidez — con no menos falsas preeminencias. América no pertenece ya a otra nacionalidad ni a otra estirpe que la que está lucubrando el tiempo y la vida en su propio territorio. Y ésta no es ni hispano ni angloamericana, por más voluntad que pongan los propugnadores de divisiones menguadas, ante la auténtica formación étnica constituída en el continente colombino.

El tipo humano que América va modelando, corresponderá a una especie antropológica de más elevada perfección humanista. Seres — en cuya conformación intervienen todos los tipos humanos — consolados en un suelo de generosa libertad, pondrán al servicio de sus hermanos del mundo la certidumbre de su realidad. ¿Y qué es esa individualidad americana sino la expresión del auténtico sentido del

amor cristiano en el orden social, en el régimen político y en la forma jurídica condicionando sus derechos naturales? Una total intención de nuevo cuño da base a una nueva organización social. Y ésta, en mérito a su propio impulso renovador, no puede delimitarse a las normas y formas que antes ataban a los seres al escrúpulo perturbador, ni a los intereses mal distribuídos. Penetramos al campo luminoso de nuestra realidad saturados de idealismo espiritual, al que sólo puede llegarse limpio de prevenciones arcaicas y de las desconfianzas paralizantes del temor.

Solidaridad es consecuencia directa e ineludible de la confianza y de la simpatía; es decir, del afecto. Dado que el temor —incubado en el recelo— emerge del peligro, será preciso eliminarlo de las relaciones americanas. ¿Y cuál sería la manera de acabar con el más positivo, grande y pavoroso de los males que afligen el corazón humano? Crear la fuerza moral que nos eleve a la virtud; y, sobre todo, constituir la unión que pone su defensa en la confianza; confianza en la seguridad de que al quebrarla, se quiebra la seguridad de todos.

## XXII

# DEMOCRACIA

*Al tratar de la democracia y economía, vuelve a tratarse de la cultura.*

Constituyen dos grupos, económicos y políticos, los que pueden aglutinar causas divergentes. En realidad, la clasificación es pueril; ella divide la actividad y el pensamiento de la humanidad íntegra. Pero, a pesar de representar la más elemental competencia de las actividades sociales, es perceptible sin mucho esfuerzo, como se agudiza dicha rivalidad por un detalle tan extraño a cualquier causa política, como ajeno a todo factor económico. Quiero referirme a esa competencia en el orden internacional, comprobando la existencia de algo fuera de toda razón y de toda justicia. Ese *algo* que previene los pueblos separados por una convencional frontera política, parcializando los mismos asuntos materiales, morales y espirituales, que son aceptables y tolerados dentro de los límites nacionales.

Puede recordarse aquí lo apuntado antes, al ocuparme del arraigo tradicional y milenario de los antagonismos incubados en las luchas entre los viejos Estados europeos. Los aconteceres históricos acumulándolos en el tiempo, dieron intención y sentido a una modalidad que impuso sus características en la vida de sus países. Creó un espíritu desconfiado, dividiendo los grupos y luego las naciones con el proteccionismo local. Es decir, perduró en la evolución de las ideas y actividades, el sentido de la conquista, propio a la naturaleza del

hombre y con mayor relieve en los tipos más primitivos y de menor cultura. Dentro de lo esencial de un regionalismo convencional, fueron madurados los intereses a la par de los enconos proverbiales.

Debo insistir sobre la incultura, donde reside, no sólo en mucha parte la causa de la desunión de los pueblos americanos, sino que es el fondo generador de casi todos los males sociales y el *mal* humano por excelencia. La democracia, reconociendo a las masas populares su derecho a gobernarse, implícitamente reconoce a la educación gratuita y obligatoria como principio progresista y básico. En ella reside y funda su esencialidad moral y racional. Y, defiende la libertad, proporcionando igualdad de oportunidades a los que la sustentan. Pero esa igualdad de oportunidades debe ser estimulada por la cultura. "Todos nuestros males, errores, defectos, desastres, — decía González — vienen de la educación insuficiente; y ocurre como en la vida humana, que para desarrollarse, necesita de la higiene física, que en lo moral e intelectual, viene a ser la cultura, la educación." [94] Para Tawney, "la cultura no es un surtidor de estéticas frutas escarchadas para paladares delicados, sino una energía del alma. No puede ganar victorias sino se arriesga a ninguna derrota. Cuando se alimenta de sí misma en lugar de nutrirse en la vida normal de la humanidad, deja de crecer, y cuando deja de crecer, deja de vivir. Con el fin de que la cultura pueda ser, no simplemente un interesante ejemplar de museo, sino un principio activo de inteligencia y refinamiento, mediante el cual sean reprimidas las vulgaridades y corregidas las groserías, no sólo es necesario conservar intacto los patrones de excelencia existentes y difundir su influencia, sino ensancharlos y enriquecerlos por el contacto con un orden cada vez mayor de experiencias emocionales e intereses del espíritu. La asociación de la cultura con una clase limitada, a la que la riqueza permite elevar el arte de vivir a un alto nivel de perfección, puede lograr lo primero, pero no puede por sí misma lograr lo segundo. Puede refinar, o parecer refinar, a algunos sectores de la comunidad, pero embastece a otros y acaba por destruir, con una plaga de esterilidad, incluso al refinamiento mismo. Puede conservar la cultura, pero no propagarla y en las condiciones de hoy día, sólo es probable que se conserve a la larga mediante su

94. Joaquín V. González. Ob. ctda.

difusión. Por lo tanto, un sistema de clases que está caracterizado por agudas divisiones horizontales entre los diferentes estratos sociales, no es, como a veces se dice, una condición indispensable de la civilización ni un rasgo ejemplar de ella. Como sostienen algunos, puede ser inevitable, al igual que otras desgracias de que es heredera la humanidad, pero no es digno de la admiración y del afecto. Es la materia prima con la cual ha de fabricarse la civilización, poniendo las ciegas fuerzas económicas bajo un control racional, y separando el oro de la historia del pasado de sus arenas y sedimentos. La tarea del espíritu — sea cual fuere el nombre más adecuado para describirla —, que busca empapar con la razón y la mutua comprensión no sólo este o aquel fragmento de la sociedad, sino la comunidad entera, no es la de adular los impulsos naturales que tienen origen en el hecho de la clase, sino purificarlos y educarlos. Es fomentar el crecimiento de una sociedad sin clases, hablando con franqueza de las perversiones a que da lugar el sistema de clases y de los peligros que la acompañan."

"Las formas que tales perversiones asumen — dice más adelante — son innumerables, desde luego, pero las más importantes entre ellas son dos: el privilegio y la tiranía. La primera es la insistencia de determinados grupos en el goce de ventajas especiales, que resultan convenientes para ellos, pero perjudiciales para sus prójimos. La segunda es el ejercicio del poder, no en beneficio común, sino con el fin de que aquellas ventajas especiales puedan fortalecerse y consolidarse." [95]

Aprovecharé para expresar una aclaración, cuya exégesis está expuesta en gran parte de mi trabajo. Apuntaba a que nada hay estático en la vida universal. Tampoco escapa a ello la democracia como asunto humano. La democracia no es un descubrimiento extranatural. Responde a una instintiva organización que el hombre — a cierto nivel de cultura — precisa para reglar la convivencia social. Significa asimismo un grado de civilización, y debe evolucionar dentro del ritmo que los aconteceres ponen en el desarrollo de la civilización humana, en las transformaciones sociales, en el incremento y exigencias económicas. La democracia se engendra en la libertad y se nutre

95. R. T. TAWNEY, *La Igualdad*. Anot. por Sánchez Viamonte. Ob. cit.

de la cultura, lo que significa que tiene un origen y una existencia perfectible y progresista. El liberalismo le dió formas adecuadas a su época, pero ni la descubrió ni la agotó. Cuando Huxley asegura que la democracia requiere una revisión de ideas en relación con el mundo que cambia, cuya mora origina contradicciones, pero nunca al punto de destruir su identificación con la existencia del hombre libre, confirma ese sentido dinámico. Dentro de esa acepción evolutiva, dicho autor caracteriza a la democracia de nuestro tiempo y al concepto de libertad que le es inherente, diciendo: "Sin embargo, comprendemos también que, para que encaje en la nueva estructura, la expresión de la democracia tendrá que experimentar una transformación radical, muchas de nuestras ideas tienen que ser traducidas, por decirlo así, al nuevo lenguaje. La idea democrática de la libertad, por ejemplo, debe perder su significado del siglo diecinueve, de libertad individual, en la esfera económica, y ajustarse a nuevos conceptos de deberes y responsabilidades sociales." [96]

Considero que puede ampliarse el pensamiento de Huxley, cuando la libertad, fragmentada en derechos, se extiende de lo social a lo nacional y a lo internacional. Es lo que distingue Tawney diciendo que la "igualdad no es la igualdad de capacidad o adquisición, sino de circunstancias, instituciones y modos de vida" y que la "desigualdad no es la de prendas personales, sino la desigualdad del medio social y económico. Lo que les interesa no es un problema biológico, sino una relación espiritual y la conducta que en ella ha de basarse".[97]

Todo esto nos remite a la conclusión de que los hombres, como sus instituciones sociales, económicas y políticas, no actúan y fortalecen las diferencias de clase ni de interés o ideológicas, "sino la humanidad común que los une".[98] En suma, partiendo de la libertad vemos que tanto la democracia como la cultura, tienden a la universalidad de derechos comunes, que son inalienables en una armónica correlación.

Se dirá y es cierto, como el comercio no acepta trabas a su expansión y que en el intercambio sólo importa el beneficio de la moneda, para la que no hay otras fronteras que las que ella misma abre

96. JULIÁN HUXLEY, *Vivimos una revolución.*
97. TAWNEY. Ob. ctda.
98. TAWNEY. Ibídem.

o cierra a imperio de la riqueza o las ventajas. Pero, esa misma verdad inconcusa no procede con iguales indulgencias en el orden nacional y en el extranjero. Sobre todo, durante siglos, tras la moneda fué el cañón, como fuera por la moneda. Y ésto ha creado una tradición.

Dentro de las fronteras nacionales, el capital tiene un propietario individualizado; fuera de las fronteras adquiere la nominal y falsa paternidad de toda la nación. Es la herencia de la tradición imperialista del cañón, sugestionando la comunidad con el embrujo de un patriotismo ventajosamente especulado. Un mal o buen negocio del capitalista, moviliza en guerra a su país, por beneficios que el pueblo sacrificado jamás aprovechará. Para los generosos y valientes guerreros habrá la gloria del clarín, de los tambores y quizá una cruz blanca en lejanas tierras extranjeras.

América, en este caso también representó una excepción. Comenzó por ser mercado exportador de sus productos regionales, sin competencia o con una reducida competencia continental. Hasta ahora prosigue parcelada su gran producción en zonas especializadas. Poseemos regiones que dan carne, trigo, lanas, algodón, maíz, minerales, caucho y productos subtropicales y tropicales. Tanto en la producción de materias primas, cuanto en la industria manufacturera radicada intensamente en los Estados Unidos, no hay interferencias inhibitorias o irritantes y hace con los hectereogéneos y valiosos frutos de la naturaleza y del trabajo humano, una verdadera feria americana, con las únicas dificultades — perfectamente salvables —, de la tasa y trabas aduaneras.

Evidentemente el desarrollo normal de toda nuestra riqueza derivada de la tierra, como del esfuerzo industrial, coloca al continente en los primeros puestos entre los mercados productores del mundo. Por lo tanto, el factor económico, sin interposiciones perjudiciales, concurre libre de prevenciones a la unidad de los países de América. A pesar de no poder eludir el clima mundial, ni eludir la técnica económica que regula las actividades de oferta y demanda en el mercado universal, está exenta de una tradición ingrata aferrada a su espíritu. Recalco con insistencia este detalle por su importancia en el estudio de las posibilidades que ofrece el continente a una cabal comunión de intereses económicos, contribuyendo notablemente a la unidad moral americana.

La fragmentada existencia de la América latina, — económicamente subordinada a los mercados de consumo — y su involucionado aspecto político, cuya órbita fué invadida en los últimos años por la tendenciosa propaganda totalitaria del nacionalismo, aunque progresa culturalmente hacia la unión continental, camina aún entre la sofocante maraña de vieja raigambre colonial. Allí se incuba y prospera cuanta desconfianza o temor aparece en cualquiera de los países americanos. Y de estas maniobras, en el último cuarto de siglo, será necesario buscar las coordenadas en el fascismo y falangismo, cuyos gérmenes penetran por consanguinidad con la Italia de Mussolini y la España de Franco, sin olvidar el máximo esfuerzo de penetración hábilmente realizado por el nazismo alemán de Hitler, poderosa organización de propaganda y espionaje que será difícil destruir en un mundo de "naciones" antagónicas.

Creo oportuno recordar aquí algo tratado ya al hablar del patriotismo; es la falsa idea quc lo supone independiente a lo universal, haciendo de cada nación un mundo autónomo y sin deberes respecto a las demás naciones de la tierra. Al expresar que ninguna nación respetuosa de su soberanía, aceptará la imposición de deberes, queda implícitamente negada, asimismo, la imposición de derechos y por consiguiente, planteada la disidencia real de las setenta u ochenta naciones soberanas del mundo. Partiendo de tal premisa, llégase a la conclusión de que todo convenio internacional es deleznable. Y es deleznable desde que se cimenta en dos principios falsos: el de la soberanía y el de la autonomía, que son, en cierta forma, concurrentes. He tratado de explicar la posición de la soberanía dentro del derecho público y dentro del derecho humano de la libertad. El poder seudolegal que las naciones acuerdan a las soberanías de las otras naciones, está supeditado a contingencias arbitrarias y discrecionales. Prácticamente su valor es nulo. El de la autonomía, — que como concepto nacional no está en discusión — pierde también eficacia y realidad dentro de los grupos nacionales.

El nacionalismo como criterio político, frente al derecho humano, es un absurdo. Igualmente desatinado es frente al régimen universal, donde, a pesar de todas las trabas, pujan las actividades materiales y morales privadas de los hombres. Descubre esta circuns-

tancia como la simple gravitación de los hechos, evidencian aquellos elementos adversos a la evolución natural de la existencia social y económica de la humanidad. Evidencian, asimismo, la transitoriedad de las creaciones consideradas fundamentales por el hombre y que, durante largos períodos de la Historia, fueron organizando las etapas del progreso o civilización de los pueblos. Es decir, se llega a la conclusión de que sólo lo transitorio es lo permanente para el juicio y la crítica del hombre en su consideración de la vida. Lo cierto es que la capacidad humana, con ser tan admirables los conocimientos alcanzados, es incapaz de una comprensión cabal y definitiva de los fenómenos que rigen la vida de la especie, en su relación con la Naturaleza. O lo que es lo mismo, su ubicación en el Universo. Según Kant, el Universo es el producto de dos factores, el átomo y el movimiento. Y la armonía de la naturaleza es una resultante, no una causa final.

Posiblemente estas deducciones sean oscuras para muchos y, aparentemente, ajenas a nuestro asunto. Sin embargo, en la composición de esa armonía —que es acción perpetua, porque es vida—, sólo las transformaciones son concebibles. Y esta ley, tan cierta como la de gravedad que Newton demostrara, revela que cualquier estado, físico o moral, es perfectible en posteriores cambios.

La falsa concepción, por la cual el individuo considera a su país como el eje del universo, vinculando todos los acontecimientos a su centro de gravitación, pretende también regir la economía nacional, excluyéndola del mercado mundial. La perspectiva obtenida, no sólo es errónea sino grotesca, a una normal interpretación de lo actual. A pesar de tal certidumbre, es la forma aceptada por cada país y proclamada *urbi et orbi* verdad nacional. De tal suerte, confiere a la totalidad de los principios económicos, políticos y sociales, un volumen reducido en relación a lo universal. Esa limitación forzada de un todo, fragmentado arbitrariamente, confunde su realidad sustancial y su verdad positiva. Es decir, lo que del punto de vista de cada nación resulta aparentemente correcto y aparentemente justificado, es inexacto e injusto en el cuadro de la vida internacional. Tal método de observación, además, supone el contrasentido de imaginar a núcleos humanos, perfectamente independientes, en su convivencia con los demás países del mundo. El simple examen de este

problema, desde el punto de vista nacional, suscita tantas diferentes y correctas perspectivas como naciones la expongan. Luego, y en consecuencia, fuera de sus fronteras, el choque de esas verdades parciales, que los ciudadanos de cada país aceptan, convencidos de la infalibilidad de "sus opiniones y de la objetividad de sus conclusiones".

Emery Reves, en una valiosa obra reciente, al exponer este constreñido y exclusivo sistema de contemplación, manifiesta: "Resulta evidente que un convenio, o un entendimiento común entre diferentes naciones, basando sus relaciones sobre tan primitivo método de juicio, es una absoluta imposibilidad. Una imagen del mundo realizada como un mosaico por la reunión de sus varios componentes nacionales, es un cuadro que nunca y bajo ninguna circunstancia puede tener relación alguna con la realidad, a menos que neguemos que tal realidad existe".

"El mundo y la historia no pueden ser tales —prosigue— como aparecen a las diferentes naciones, a menos que repudiemos la objetividad, la razón y los métodos científicos de indagación. Pero, si hemos de aceptar que el hombre es, en cierto grado, diferente del animal y está dotado de una capacidad de pensamiento fenomenológico, entonces tiempo es de reconocer que el método heredado de observación en cuestiones políticas y sociales es puerilmente primitivo, desesperadamente inadecuado y totalmente equivocado. Si queremos intentar la creación, aunque sea de los comienzos, de relaciones ordenadas de las naciones, debemos optar por un método de observación más objetivo, más científico, sin lo cual nunca estaremos en condiciones de comprender los problemas sociales y políticos tales como realmente son, ni de percatarnos de sus mutuas incidencias. Y sin el diagnóstico correcto de la enfermedad, no hay esperanza de cura".[99]

Reves anota como el mundo pasa de lo que fuera la era geocéntrica de Ptolomeo a la heliocéntrica de Copérnico, sin que ello haya influido en el sistema común de la concepción política, social y económica de la existencia.[100] "Vivimos —dice— en un mundo

99. EMERY REVES, *Anatomía de la Paz.*
100. WALDO FRANK, nos habla en su libro *Rumbos para América* de lo que él llama la *cultura ptolomeica.*

geocéntrico de Naciones Estados. Consideramos los problemas económicos, sociales y políticos, como si fueran exclusivamente "nacionales . . ." [101]

Tal concepción obliga a resolver los problemas de cada nación por medio de la ley y del gobierno, dentro de un marco jurídico institucional orgánico y fijo, dejando los que corresponden a nuestras relaciones internacionales a los métodos elásticos y convencionales de la "política" y la "diplomacia", con un criterio discrecional. Este sistema permitió, durante siglos, resolver los problemas y las relaciones exteriores de los Estados. De acuerdo a sus normas pudieron satisfacerse las cuestiones existentes de producción, distribución, comunicaciones e intercambio entre las naciones. Pero, — queda consignado en otra parte de este trabajo — nuestro época ha provocado cambios revolucionarios y sin paralelo en la Historia Universal. Constituyen la llamada era industrialista. Y esta revolución opone una etapa nueva a las mencionadas nociones políticas y sociales, de un mundo preindustrializado y con una cultura media inadecuada.

Adviértese, también, el enorme salto de la humanidad, después de diez mil años de lentas comunicaciones, alcanzando en poco más de un siglo, las vertiginosas velocidades actuales. Como consecuencia, se ha reducido el volumen del globo a una expresión increíble. Pero, quizá por tan precipitada transformación producida por los rápidos medios de transporte, nos encontramos completamente desamparados. Ante las viejas normas políticas y sociales de un mundo preindustrializado, vemos surgir una realidad, — nuestra realidad — en rauda visión inconcebible. Entonces, — al decir de Reves —, vamos "reconociendo aunque con demasiada lentitud, que nuestras teorías aceptadas son inaplicables a los problemas desconcertantes y complejos del tiempo presente".

101. Reves explica cómo la teoría geocéntrica de Ptolomeo hacía de la tierra el centro del universo alrededor del cual giraba el sol, la luna y las estrellas. La teoría geocéntrica de Ptoomeo estaba en perfecta armonía con el dogma religioso, respecto a la creación del Universo expuesta por la Biblia y se convirtió en doctrina oficial de la Iglesia. Copérnico descubrió que nuestro globo, como los otros planetas, jira alrededor del sol, y la nueva teoría se fundó en el principio de la relatividad del movimiento. Sabemos cómo Galileo pretendió probar la teoría heliocéntrica y cuáles fueron sus resultados, a pesar de sus sólidos fundamentos científicos. Quizá todavía haya quienes pretendan quemar a los que hablen de que giramos alrededor del sol y no somos centro fijo del universo.

Más adelante expresa este autor: "Reconocemos que, aunque podamos disponer de toda la maquinaria que necesitamos, nos es imposible resolver los problemas de la producción. Comprobamos que a pesar del ilimitado y rapidísimo alcance de nuestros medios de transporte, no podemos evitar el hambre y la inanición en muchos sitios de la tierra, mientras en otras partes hay superabundancia de productos. Aceptamos que aunque centenares de millones de seres humanos sufren desesperada necesidad de alimentos y de productos industriales, no podemos impedir la desocupación. Advertimos que si bien hemos amontonado más oro que en todos los tiempos anteriores, nos es imposible estabilizar las monedas. Confesamos que en tanto los países modernos necesitan materias primas que poseen otros países y producen mercaderías que otros países necesitan, hemos sido incapaces de organizar un método satisfactorio de intercambio. Advertimos que, aunque la inmensa mayoría de todos los pueblos odia la violencia y anhela vivir en paz, no podemos impedir la repetición de guerras mundiales cada vez más devastadoras. Bien sabemos que los armamentos conducen a la guerra entre las naciones, pero hemos aprendido la amarga verdad de que el desarme también lleva a la guerra.

"En semejante confusión y caos en que se debaten las naciones civilizadas, en completa impotencia, tenemos que llegar a la conclusión inevitable de que la causa de nuestro desamparo y desesperanza no está en el mundo exterior sino que radica en nosotros mismos; y sus soluciones no en los problemas que tenemos que resolver, sino en las hipótesis con que los encaramos. Nuestras concepciones políticas y sociales son tolomeicas. El mundo en que vivimos es coperniano." [102]

Cualquier evolución significa el sacrificio de lo anacrónico y secular, por las nuevas exigencias, condicionando normas nuevas y distintas. Ello representa crear simultáneamente otras ideas, que nos conducen a la comprensión cabal de las exigencias y normas adoptadas, y esto, siempre es obra de una adecuada conformación mental, originada en adecuados sentimientos generadores.

En este constante avenir, la acción evolutiva guarda relación con las fuerzas exteriores, materiales e intelectuales, que permiten

102. EMERY REVES. Ob. ctda.

normales transformaciones. Es decir, que existe una concertada sincronización entre el pasado y el presente, por armónicas etapas. Pero, cuando después de diez mil años de un proceso lento, la civilización adquiere de pronto el vértigo del último siglo, se pierde el ritmo de captación en toda medida acostumbrada. Y penetramos en el campo de los esfuerzos, por alcanzar esa realidad vertiginosa. Esfuerzos por comprender y ubicarnos en el tiempo, que no sólo significa actividad mental, sino penosos renunciamientos emocionales, de lo que, hasta ayer, creimos principios fundamentales en el orden político de las sociedades humanas. El aislamiento permitido por las viejas y lentas comunicaciones, engendró un sentido de apreciación sentimental, reducido a las fronteras de la Nación. Últimamente las circunstancias variaron las condiciones políticas y económicas, en etapas más veloces que las que requerían el cambio emocional. Ése es nuestro drama.

Sin embargo, nada resolverá los problemas vitales del presente, mientras no renunciemos a la exégesis forzada de considerar a la *Nación* como centro de todo, y, como dice Reves, "reconozcamos que, para comprender los problemas políticos, sociales y económicos que este mundo intensamente industrializado y solidario, hemos de levantar nuestro punto de mira y ver en todas las naciones y todas las cuestiones nacionales, en sus funciones independientes, girando de acuerdo a las mismas leyes, sin puntos fijos de reparo creados por nuestra imaginación y para nuestra propia conveniencia".[103]

Establece Reves la imposibilidad de la libertad no regulada, teniendo en cuenta la imposibilidad de una igualdad absoluta entre los individuos. Ciertamente la libertad, como expresión anímica, no puede ser absoluta. Hay límites infranqueables que escapan a toda tentativa, y en esa zona prohibida a la voluntad y al cálculo humano, están los resortes que dan elasticidad al régimen que gobierna a los seres y a las cosas. Para Reves, el sistema capitalista privado ha fracasado, "no porque el capital está controlado por individuos y por corporaciones privadas". Imputa el fracaso, porque en el campo económico, la libertad fué considerada como un concepto absoluto y no como un concepto funcional, como un ideal humano en constante

103. EMERY REVES. Ob. ctda.

necesidad de reajuste y regulación por la ley, y de instituciones para su defensa y salvaguardia. En forma absoluta la libertad de un hombre significa la servidumbre de otro. Tal estado de cosas, evidentemente, no puede ser un ideal humano y no puede calificarse de *libertad*.

Con todo acierto el autor señala para la libertad en la vida económica un sistema de leyes y normas dentro del cual la libre iniciativa, la libertad de empresa y la libertad de actividad económica, pueden existir sin destruir la libre iniciativa, la libertad de empresa y la libre actividad económica de los demás. Denuncia que el primer conflicto entre la "falsa teoría y la realidad en la edad industrial —la situación anárquica creada por la concepción errónea de la libertad en la vida económica— podía haber sido resuelto, después de luchas innecesarias, por un *entendimiento* entre las doctrinas capitalistas y socialistas por medio de la legislación social, así como ha estado a punto de suceder en países pequeños y progresistas como Suecia, Dinamarca y Noruega. Pero, una barrera todavía mayor al libre desenvolvimiento industrial, fuerza dominante de nuestra civilización, ha creado un conflicto mucho más violento, que amenaza destruir todas las conquistas positivas de los últimos siglos. *Ese conflicto es el antagonismo entre el industrialismo y el nacionalismo político*".[104]

Efectivamente, el progreso de la economía industrial moderna, requiere libertad de comercio y de transporte, "aún mucho más de lo que necesita libertad de iniciativa y de competencia". La finalidad de la economía industrial mecanizada, es la producción máxima de mercaderías de consumo. Para que ello encontrara su campo normal de expansión, debía contar con la absoluta libertad de comercio y de acción, que les permitiera el arrendamiento de locales en lugares geográficos económicamente favorables, libertad de suministro de materias primas de cualquier parte del mundo y libertad de distribución de los productos manufacturados en todos los mercados. Dentro del régimen actual de la Nación-Estado, únicamente Inglaterra estaba en condiciones, por su poderosa flota mercante y sus dominios coloniales, de reconocer la libertad completa

104. EMERY REVES. Ob. ctda.

del intercambio internacional. A poco, la creciente riqueza británica, despertó la emulación de los Estados Unidos de Norteamérica, Alemania y Francia. "Empezaron a sentir — apunta Reves — que la libertad de comercio era en verdad una política muy beneficiosa para la nación económicamente más fuerte, y que, bajo la libertad de intercambio existente, ellos tenían muy escasas probabilidades de establecer industrias nacionales capaces de competir con las manufacturas británicas".

"Crear una industria nacional se convirtió en algo mucho más importante para ellas que mantener el sistema del libre intercambio, aún cuando tal cambio de política pudiera significar precios más elevados en su propio suelo. Cada uno sintió que, como unidad nacional, tendría más *libertad* si estableciera restricciones legales sobre la libertad de comercio de las naciones más fuertemente productoras". Nace entonces, sostenida por Alejandro Hamilton y Federico List la teoría de la protección industrial, creándose las barreras aduaneras. Así comienzan a actuar los Estados Unidos, Alemania y otros países. Y así se inicia el anulamiento de la libre economía individualista y por ende, comienza la guerra económica y la guerra comercial.

Fué mediado el siglo XIX cuando se quiebra la economía libre. para dar paso a la lucha de las economías nacionales dirigidas. Entonces se pone en auge la era de rapiña colonial aludida en un capítulo anterior.[105] Todo tiene un término, sin embargo; llegó un momento en que, por agotamiento, cesó la oportunidad de anexar tierras vírgenes y no quedó otro camino que el encuentro violento de las competencias nacionales.

La economía dirigida es *un absurdo económico.* Sus consecuencias están registradas en los graves conflictos de todo orden que conmovieron al mundo — cada vez más recrudecidos —, durante el siglo XX. Aparecen los *trusts* y *cartels,* controlando la competencia y violando las leyes inflexibles de la oferta y la demanda. A ello obedeció, asimismo, la miseria y sufrimiento de las masas obreras, estranguladas bajo el sistema de esa economía anárquica. Y, por fin, alcanzamos el presente, donde el clamor del mundo acusa al régimen

105. Titulado *América ante América.*

capitalista, a los dirigentes políticos y a las uniones obreras, de aniquilar la libertad individual. Por lo pronto, la economía dirigida, ya sea por el capitalismo del Estado, o por los partidos obreros, es antidemocrática y conduce irremediablemente a la dictadura. Advierte Reves que, tanto los *cartels* como las uniones obreras, han arrastrado a las grandes democracias del mundo occidental hacia una intervención creciente del gobierno, con mengua de la libertad individual. Pero, agrega, es curioso "que ninguno de esos campeones de la absoluta libertad individual económica, se ha dado la pena de analizar la crisis que actualmente atraviesa el mundo. Ninguno de ellos ha tratado de determinar las causas fundamentales de esa tendencia, ni las fuerzas que nos han llevado hacia un poder siempre creciente del Estado".[106]

106. Emery Reves. Ob. ctda.

XXIII

# LA LIBERTAD COMO SENSACIÓN

*La idea de libertad.*

Al escribir este libro, acuciado siempre por grandes inquietudes, alentábame la visión de América cual una hermandad de naciones indefectiblemente unidas en la fe de su espíritu: la libertad. Así, tanto como acrece la amenaza pendiente sobre la paz del mundo, aumenta también mi convicción que solamente América logrará, al fin, vincular sus países en el auténtico espíritu que les dió común origen, para así iniciar el primer paso a la unión —bajo una Ley universal— de todos los países de la Tierra. Y es, asimismo, bajo el amparo de esa preeminencia vital que las anima, como pueden acomodarse en un plano de igualdad, sus intereses y aspiraciones.

Rigen los aconteceres causas superiores a cualquier obstáculo. Son los impulsos conformando los deseos; las potencias promotoras que el tiempo va acumulando, hasta convertirlas en conciencia y anhelos irreprimibles. La libertad, tal cual emerge *naturalmente* en tierras americanas, al consustanciarse en conciencia del hombre, se convierte en ley natural de su existencia. Es el proceso psicológico de una aspiración que flota de las cosas y de la tierra misma, hasta concretarse en idea determinante de todo deseo, de toda actitud. Vale la pena exponer como se incuba en el proceso psicológico la idea de libertad, para comprender su trascendencia en el avenir de los pueblos y los hombres americanos. Y como esa *idea*

está latente en la conciencia y es aspiración que vincula a los individuos y naciones del continente.

Según Sánchez Viamonte, la *idea de libertad* podría estar incluida en las ideas generales de Ribot y en las ideas fuerzas de Fouillée, llegando a constituir una idea pura, de esas que Stammler llama simplemente *idea* y la distingue del *concepto* "porque no puede realizarse jamás en la experiencia limitada". Agrega Sánchez Viamonte,[107] como Juan José Brenner, en su prólogo al libro de Rodolfo Stammler, "Doctrinas modernas sobre el Derecho y el Estado", explica la opinión de ese autor en la siguiente forma: "El querer puro es una *idea* y ésta, en el sentido preciso de la palabra, se distingue netamente del concepto. La *idea* es una representación de la totalidad de cuantos fenómenos son posibles en el mundo de las aspiraciones; totalidad que, naturalmente, no debe entenderse en un sentido cuantitativo, como numeración hasta el infinito, sino como algo cualitativo y peculiar; lo absoluto opuesto a lo concreto. Tampoco puede concebirse la *idea* como totalidad de las formas que condicionan nuestro conocimiento, sino como totalidad de los datos condicionados de nuestra conciencia. Tanto el *concepto* como la *idea* son formas puras, pero seccionan la materia condicionada en direcciones radicalmente distintas, pues no es lo mismo reducir una aspiración concreta al concepto del querer, determinando sus características formalmente fijas, que juzgar de su rectitud con arreglo a la idea del querer, esto es, tomando como pauta la representación de una armonía de la masa variable de todas las posibles aspiraciones. Se sigue de aquí que el concepto del querer se encuentra realizado plenamente en cada una de las aspiraciones concretas que él condiciona, mientras que la idea del querer no puede realizarse jamás en la experiencia limitada. Esta última, que consiste en la pureza o libertad del querer, es, por consiguiente, un fenómeno de orientación fijo y absoluto, pero eternamente inasequible. Stammler lo compara con la estrella polar, a la que el marino eleva su mirada, no para llegar a ella y desembarcar allí, sino para orientarse y alcanzar la meta de su viaje".

Posiblemente lo reproducido hubiera podido simplificarse, pero,

107. Nota de su libro *El Problema Contemporáneo de la Libertad*. Ob. cita.

es indudable que nos da una clara visión de la idea de libertad en América. Y, sobre todo, permite explicar la dimensión espiritual de esa idea, abarcando la totalidad de las voliciones ético-sociales que identifican y nivelan los pueblos del Nuevo Mundo.

Se discute actualmente la declinación del liberalismo e individualismo, y, a la vez, atribúyese igual mengua a la libertad. Por lo pronto, menester será advertir que tanto el liberalismo como el in-individualismo, son versiones peculiares de la libertad, pero nunca la liberta misma, la libertad en idea. Halévy [108] habla de su decadencia; sin embargo no hay decadencia en lo que no muere, como no decae la vida en sentido natural indeterminado y genérico, aunque pueda decaer en lo individual o determinado, sin variar el orden y nivel de la vida.[109]

En esta crítica fluye lo desatinado de imaginar lo malo en el pueblo y lo bueno en el gobierno, esto es, el pensamiento y la conciencia humana frente al poder político. Spinoza aclara el juicio cuando afirma: "Todos, en efecto, gobernantes y gobernados, son hombres y por lo tanto, naturalmente inclinados a las malas pasiones".[110] Llegados a este punto, merece recordarse el siguiente epígrafe de Mirabeau: "Lo difícil es no promulgar más que leyes necesarias, permanecer siempre fiel a este principio verdaderamente constitucional de la sociedad, ponerse en guardia contra el furor de gobernar, la más funesta enfermedad de los gobiernos modernos". Lo manifestado no tiene desperdicio en el presente y explica que toda oposición al enunciado kantiano de la "*facultad de hacer o de no hacer a discreción*" —definición cabal de la libertad— atenta a la idea de libertad en lo que atañe a la personalidad moral, en suma, a su esencialidad y naturaleza.

Acceder al poder del gobierno sobre ese sentido ideal y ético de la libertad, es decir, a la coacción exterior, queda definido por Daunou concretamente en estos términos: "La libertad es el goce

108. Daniel Halévy, *Decadence de la liberté.*

109. Herbert Spencer llega a esta conclusión, más sociológica que filosófica y jurídica, pero que corresponde acertadamente al régimen democrático americano: "La misión del liberalismo en lo pasado —dice— fué trazar límites al poder de los monarcas; la misión del verdadero liberalismo, en lo futuro, será trazar límites al poder de los parlamentos." *(El Individualismo contra el Estado.)*

110. Benito Spinoza, *Tratado teológicopolítico.*

completo de las garantías individuales. No quererla, es encontrar laudable el que perseveren las personas expuestas a prisiones, detenciones o destierros arbitrarios; las propiedades, a expoliaciones irremediables; la industria, a todo género de trabas; las facultades intelectuales y morales a las más duras contradicciones y al más estúpido entorpecimiento." [111] Como corolario simplista vale manifestar que todo el derecho positivo se funda en las garantías individuales. Cercenarlas en cualquier sentido, involucra cercenar el derecho, con la pérdida de los valores morales que dignifican la personalidad humana, —base integral de la sociedad y del Estado— fuente de la cultura y origen sumo de la justicia.

Especialmente debe señalarse el error de confundir la libertad en lo que es problema ético de la personalidad humana, con el problema técnico de la economía y del patrimonio. No es del caso atribuir a la libertad un carácter místico, sino de aspiración moral, y dentro de ella adquiere el valor de ideas en el drama humano de la Historia, y más de la Historia de América, donde expresa en su forma cabal la dignidad del hombre y la defensa de la personalidad humana. Tal el significado que penetra en la conciencia y es conciencia americana, haciéndose actividad y deseo. Frente a las nuevas corrientes que lo confunden, ha menester exaltarlo y definirlo como el sentimiento esencial y determinado de nuestros pueblos. Para nosotros, la idea de libertad, impulsa la necesidad de entendernos y complacernos mutuamente en la práctica de los negocios comunes. Está sobre el culto del dinero y el tráfago cotidiano, porque es una norma intelectiva de perfeccionamiento moral, proporcionando a la ambición objetos más nobles que la adquisición de la riqueza. No es libertad lo que proclaman los déspotas que la quieren para sí únicamente, y la niegan a quienes esperan de ella el poder de hablar, respirar sin coacciones, ni más gobierno que el de Dios y el de las leyes. La libertad como idea, más que una imposición intelectual es un sentimiento sublime de la propia realidad de ser; por eso, quien busque en la libertad otra cosa que no sea ella misma, ha nacido para la servidumbre. Tal lo expresa Tocqueville, "ella se apodera por sí misma de los corazones grandes, que Dios ha preparado para

111. P. C. F. DAUNOU, *Ensayo sobre las garantías individuales,* anotado por Sánchez Viamonte. Ob. ctda.

recibirla, y los llena y los inflama. Renunciemos a hacer que la comprendan las almas mediocres que nunca la han experimentado. Pienso que yo había amado la libertad en todos los tiempos; pero me siento inclinado a adorarla en el tiempo en que vivimos".[112]

Joaquín V. González nos habla de la idea de libertad en estos términos: "La afirmación del sentimiento de la democracia, como ideal político, ético y poético y aun religioso, da nacimiento a esa fuerza eterna de cohesión que es la simpatía y el amor. Éste comienza a obrar su milagro en el hogar, para ensancharse en la ciudad y en la Nación, hasta unir en la misma comunión la humanidad entera." [113]

Los países de América, con excepción de Canadá, los Estados Unidos, la Argentina y el Uruguay, constituyeron sus poblaciones con el trasplante y asimilación recíproca de europeos y aborígenes. En los Estados Unidos y el Brasil, principalmente, los de raza africana conforman un sector importante de la masa total. Estas circunstancias, en cada caso, dan origen a fenómenos sociológicos con características propias. Estructuran condiciones anímicas que se manifiestan en impulsos singulares, sedimentando una voluntad *sui generis*. De consiguiente, ciertas concepciones comunes a los núcleos de origen cosmopolita europeo, semejantes en los países de gran inmigración y sin estamentos de población indígena (los ya nombrados. Canadá, Estados Unidos, Argentina y Uruguay) o en los centros de población donde el indígena está en minoría, se modifica a través de medios étnicos distintos. Y su variación responde a diferentes grados de *sensibilidad*. De acuerdo a esa percepción sensitiva, que pertenece más al sentimiento que a la razón, los pueblos comprenden su libertad. De tal suerte, cabe decir que la libertad consiste en el dominio del hombre sobre el hombre, ejercido por influjo de su cultura en la convivencia social.

112. A. DE TOCQUEVILLE, *El Antiguo Régimen y la Revolución*.
113. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Obras Completas*, ya citadas.

XXIV

# ORIENTACIONES

*Dictados de la Historia.*

No obstante el paralelismo significativo de las ideas expuestas, y los fenómenos que confunden la comprensión del actual conflicto social y político del mundo, donde lucha la heterogeneidad nacionalista con la unidad supranacional, es preciso buscar su explicación en los dictados de la historia. Nunca como ahora, los hechos transcurridos serán más útiles a la cabal interpretación de lo actual.

Por lo pronto, reduzcamos el problema universal a los límites de un territorio, donde, al igual que hoy, los hombres procuraban conquistar la libertad y la seguridad de sus vidas. Corrían los años que mediaban el siglo XVIII, y el país aludido estaba en América. También entonces, lo mismo que ahora, los colonos angloamericanos del continente — como todos los núcleos sociales —, fortalecían su unión ante el peligro. Era el temor a los holandeses, a los franceses y a los indios. Pero, la opresión británica superó las amenazas. Por fin, en 1765, ante la odiada ley de sellos, las colonias decidieron actuar. Y nueve de ellas se reúnen en el famoso Congreso de Nueva York, formulando reclamos por sus derechos. Así, en un clima conminatorio llegó el año de 1774, cuando aparecen las "intolerables leyes", haciendo que Samuel Adam aconsejara: "este es el momento en que todos deberíamos estar unidos para oponernos a la violación de las libertades de todos", palabras cuyo significado virtual, en cualquier momento del tiempo, debe mover la voluntad de los hombres.

Vino la guerra; ahora son *todas* las colonias las que envían sus delegados al Congreso de Filadelfia y en 1775, la Declaración de Independencia fué proclamada. Entretanto, Jorge Wáshington al frente de un ejército de colonos-ciudadanos, lucha bravamente hasta obtener la victoria final de Yorktown. A partir de tal instante, comienza el proceso en cuyas etapas y antecedentes encontraremos expuesto el constante problema que agitó y agita la historia política del mundo. Emancipadas las colonias, procuran constituir un gobierno central suficientemente poderoso que les permita existir en paz y prosperidad. Para ello siguen el primitivo proyecto de Franklin. Este nuevo plan, inspirado en un espíritu elevado y racional de las relaciones sociales, pero ajeno a la realidad humana, estipulaba en los "Artículos de la Confederación" una unión libre de los Estados, conservando éstos el mayor poder y donde el gobierno central sólo actuaría como agente de ellos. Era una *"Liga de las Naciones"* o una *"Unión de Naciones"*, en *"liga de amistad"*. El gobierno establecido residía en el Congreso, "pero — dice un historiador — era una especie de tres congresos en uno". Dentro del límite de sus poderes, el Congreso dictaría leyes, las pondría en vigencia y se constituiría en tribunal en caso de disputa. Representaba el poder legislativo, ejecutivo y judicial. Por su parte, los Estados, aunque por su extensión tuvieran siete representantes, no se les computaría más que un sólo voto. Por último, además de poseer poderes de gran importancia "por y para la unión", incluía los de reclutar y sostener un ejército y una armada, declarar la guerra, firmar tratados, tomar empréstitos, acuñar moneda y organizar y administrar oficinas postales.

Sin embargo, prácticamente todo falló, al punto de que a la etapa correspondiente entre 1783 a 1789, se le denominó el "período crítico". Ahora eran los Estados que comenzaron a temerse unos a otros, sobre toda otra cosa.

Falló por carecer de poder financiero. No podía imponer *directamente* contribuciones al pueblo. Tampoco tenía poder para reglamentar el comercio entre los Estados, que por su parte aplicaban los impuestos regionales. Sus facultades, asimismo, resultaron deficientes para los indispensables poderes militares. A causa de litigios fronterizos, de la moneda, y la pugna de las tarifas e impuestos comerciales, los Estados entraron en tan extrema violencia, que el gobierno central

se vió seriamente amenazado por rebeliones y levantamientos. El mismo Congreso de Filadelfia hubo de huir por la revuelta soldadesca. En 1786, Wáshington escribía: "...Hay combustible en todos los Estados y una chispa puede provocar el incendio."

Toda la debilidad del gobierno establecido, residía en el hecho de que no podía obligar a los Estados a cumplir sus órdenes. El gobierno del Congreso carecía del poder suficiente. La "Liga de las Naciones" fracasó por lo mismo y la "Unión de Naciones", recién constituída, fracasará por idéntica causa.

Progresivamente la situación se agravaba. Motivos comerciales provocaron el litigio acerca del derecho de *soberanía* sobre el Potomac y el Chesapeake, suscitando la guerra entre los Estados hermanos de Virginia y Maryland. Ello motivó la convocatoria — 1786 — de la Convención en Annápolis. Pero, únicamente concurren los delegados de cinco Estados. Este nuevo fracaso puso desesperanza en el ánimo de quienes veían malograda la unión de todas las ex colonias. Únicamente con la unión se obtendría una organización política apta para arrostrar el temor. Sin embargo, en esos momentos no había nada seguro que no fuera la desunión de los Estados. Las autonomías alzaron sus barreras infranqueables al buen sentido y a la comprensión. Toca a Alejandro Hamilton, joven y brillante hijo de Nueva York, salvar tan tremendas dificultades, al proponer otra Convención en Filadelfia, en mayo de 1787, que el moribundo Congreso hace suya. Para evitar desidencias inconciliables se invita a los Estados "con el sólo fin de revisar los artículos de la Confederación".

Así, para revisar los artículos de la Confederación, delegados de todos los Estados — menos Rhode-Island —, se reunieron en el *Independece Hall* de Filadelfia, durante el verano de 1787. Concurrieron 55 representantes. Y se inicia uno de los actos más notables y trascendentes de la Historia moderna. Aun todavía sus consecuencias penetran y orientan la vida política de los pueblos. Fué, en verdad, la expresión más elevada alcanzada por la civilidad, en la unión jurídica de los Estados integrantes de una República.

Jorge Wáshington, "el más querido de los americanos", encabezaba la lista de los "Padres de la Constitución". James Madison representaba a Virginia; Alejandro Hamilton a Nueva York y de Pennsyl-

vania vino un venerable anciano, Benjamín Franklin, que entonces contaba 81 años.

Interesa manifestar como, si bien muchos delegados se hubieran hecho célebres en cualquier otra convención, otros tenían, además de su experiencia política, la experiencia intelectual que da la cultura. La mayoría habían ocupado puestos públicos, pero más de la mitad de los delegados estaba constituída por graduados universitarios. Esta circunstancia valoriza un antecedente importante: considerar que únicamente el conocimiento podía sacarlos de la trágica encrucijada en que estaban perdidos. Y pusieron sabiduría.

Comenzó a manifestarse el buen juicio al decidir reunirse a puertas cerradas y en debates secretos. Comprendieron la necesidad de enfrentar el tremendo problema, libres de interferencias extrañas. Hábilmente eludieron la colaboración pública, ansiosa de una perfección que es siempre el parcial anhelo de una aspiración individual y fragmentada de la concepción inalcanzable. Sobre todo, la discusión de esa deseada perfección que mata lo bueno y termina anulándolo todo en una fatigada aceptación de lo peor.

Todos los delegados se comprometieron a guardar en secreto lo tratado en los debates. El público conocería los resultados de la labor, cuando esta fuera presentada a los Estados. Hasta ahora, salvo las notas conservadas por James Madison —el más joven de los convencionales—, publicadas cincuenta años después de su muerte, nada se supo de las discusiones realizadas.

A pesar de haber sido convocados los delegados para revisar los artículos de la Confederación, muy otro era el propósito fundamental. Por eso se exigió un secreto absoluto; la severidad con que se respetó el pacto, da idea de la importancia que asignaba a la solución constitucional todo el éxito de sus gestiones. Era necesario establecer una unión más fuerte, y se dejó de lado la idea de *libre unión*, para lograrla con un gobierno que procurara una unión más íntima y respetuosa. Demasiado reciente estaba la evidencia de que un gobierno central sin poder coercitivo sobre los Estados, en bien común, significaba únicamente una autoridad nominal. Esa convicción decidió convenir con los Estados, el renunciamiento de algunos de sus poderes en favor del gobierno central. Y se creó realmente el *poder* en base al cumplimiento de leyes sobre el individuo y sobre los Estados.

Tras largas discusiones —como las que hoy habría por iguales causas—, se llegó a la solución razonable, conocida con el nombre de "Gran Compromiso". Ella salvaba las diferencias en pugna, mediante el establecimiento de un Congreso dividido en dos Cámaras; en la alta o Senado, todos los Estados tendrían la misma representación. En la Cámara baja o de Representantes, se elegirían diputados en proporción a su número de habitantes. De tal manera, la desigualdad de una Cámara, se compensaba en la otra. El departamento ejecutivo provocó también discusión; si el presidente y vicepresidente debieran ser elegidos directa o indirectamente por el pueblo. También en esto se llegó a una transacción, conviniendo en que los miembros de la Cámara de Representantes serían elegidos directamente por el pueblo, y los del Senado, indirectamente por las legislaturas de los Estados.[114] Al presidente y al vicepresidente, los elegiría un cuerpo especial llamado Colegio Electoral, cuyos miembros los votaría el pueblo por el método determinado por las legislaturas estatales.

Muchos Estados, por supuesto, se opusieron a la nueva constitución. En realidad, ni los mismos representantes estuvieron muy satisfechos de la obra realizada. Todos habían cedido mucha parte de sus convicciones. Jorge Wáshington, el último día, hizo su único discurso de todo el período de la Convención. "Si los Estados rechazan esta excelente Constitución —dijo—, es muy probable que jamás se presente otra oportunidad para firmar otra en paz; lo que pueda seguir será escrito en sangre." Por su parte, Benjamín Franklin pronunció en ese acto solemne uno de sus más notables discursos: "He vivido, señor presidente, ya muchos años —expresó—, y mientras más tiempo vivo, más convencido estoy de esta verdad: Es Dios quien gobierna en los asuntos humanos. Y si un pajarillo no puede caer sin que él lo observe, ¿es posible que un imperio se levante sin que él le preste ayuda?

"Nos ha sido asegurado —señor— en la Santa Palabra, que, «si el Señor no edificare la casa en vano trabajan los que la construyen». Creo firmemente en estas palabras y creo, también, que sin su ayuda no tendremos mayor éxito en la construcción del edificio político que tratamos de levantar que el que tuvieron los constructo-

114. Desde 1914, los senadores de los Estados Unidos son elegidos directamente por el pueblo.

res de la Torre de Babel. Nos veremos divididos por nuestros propios intereses partidistas locales, nuestros proyectos serán confusos y nosotros mismos llegaremos a ser el escándalo y la mofa de los tiempos futuros. Y, lo que es aún más grave, contemplando más adelante este tristísimo ejemplo, la humanidad puede que llegue a desesperar de establecer alguna vez gobiernos inspirados en la sabiduría humana y lo deje todo a la ventura, a la guerra y a la conquista".

Nuevamente se oyeron entonces las voces del saber, anunciando la verdad. Hoy estamos en el dintel de esa desesperanza y en el trance terrible de dejarlo todo "a la ventura, a la guerra y a la conquista", o que, al decir de Wáshington, "lo que pueda seguir será escrito con sangre".

. Reitero lo expresado enteriormente: la Constitución de Filadelfia fué el verbo de América en su más auténtica manifestación de voluntad y de espíritu. En las cuatro mil palabras del documento se realiza el sueño de América, que todas las naciones emancipadas más tarde enuncian como la Ley del Nuevo Mundo. ¿Que no era perfecta? Nadie jamás pudo pensarlo; hubiera sido, no sólo absurdo, sino imposible. Esa perfección revela la emoción de un anhelo humano, golpeando lo inalcanzable.

La ratificación de la Constitución de Filadelfia fué resistida. Y, como siempre, los más grandes y poderosos Estados protestaron con mayor violencia. En cambio, los más pequeños y débiles lo apoyaron. Lo cierto fué que no se hubiera aprobado de haberse presentado al pueblo y no a las convenciones estatales. Entraba entre los renunciamientos, el sacrificio de un procedimiento democrático que el pueblo de entonces, como el de hoy mismo, es incapaz de comprender en su plenitud trascendente y valorativa. La esencialidad de ciertas normas con proyecciones el futuro presentido, escapan a la capacidad mental común, aunque respondan a su espíritu.

Lo más curioso de este notable acontecimiento, que señala, como digo, un punto de arranque en los anales políticos del universo, es que los *federalistas,* en realidad, los propugnadores de la idea extrema, insólita, de una constitución que regiría a los Estados, con reconocimientos de autonomías que, hasta entonces, eran privilegios de naciones soberanas, representaban los intereses comerciales conservadores

del país. En su mayoría, ellos constituían los grandes propietarios y los más ricos hacendados. Por su parte, entre los antifederalistas estaban los hombres del pueblo y pequeños agricultores. Aquí merece anotarse cómo el sufragio universal, tan detestado por las clases "aristocráticas", es la última fuerza conservadora que subsiste todavía. Justamente lo estiman así los "Padres de la Constitución" de Filadelfia, cuando saltan esa barrera con el secreto de las deliberaciones y la ratificación por convenciones del "Gran Compromiso".

Estamos en el dintel de la desesperanza y en el trance terrible de dejarlo todo "a la ventura, a la guerra y a la conquista". Traslúcense aquí los insoportables e incurables horrores del poder, exasperado por el miedo; y la imposibilidad de que la humanidad pueda librarse de ese espantoso tormento. Ferrero, meditando sobre el hombre y la naturaleza humana, nos habla del misticismo como una defensa contra el miedo a la muerte y los miedos a la vida, "entre los cuales el más opresivo es el recíproco del poder y de sus súbditos". Llega así a comprobar que el dolor de la vida nace de la ilusión "que nos liga a bienes perecederos, aunque sólo aparentes y cuya pérdida, inevitable a causa de su propia irrealidad, nos aflige . . ." Y aquí se realiza lo más opuesto a la filosofía cristiana —señalado en los capítulos del Génesis— cuando coloca al hombre en el mundo como en su reino. Es lo que anuncia Franklin en el desesperado renunciamiento, en esa entrega a la ventura, a la muerte . . . Obligado por el miedo, el hombre se libera de la ilusión y cae en el caos. O se prepara, como lo aconseja la filosofía budista, "a ser reabsorbido por la suprema quietud de lo absoluto. Cuando no había otro remedio y defensa, la destrucción del universo por el pensamiento, podría consolar un poco a los hombres y hacerles menos intolerable la vida".[115]

Así, el mal presente, incubado en el dominio arbitrario y la servidumbre, frente a una etapa de universalidad resistida por ese nacionalismo donde se manifiesta más crudamente el instinto localista de la tribu, ha provocado el enorme trastorno psicopático del nazismo, cuya exégesis bien quedaría determinada en esos "insoportables e incurables horrores del poder" mencionados por Ferrero.

115. GUILLERMO FERRERO, *El Poder.*

A nadie se oculta que el mundo ha alcanzado el punto culminante en la evolución de un período. Posiblemente, durante siglos vinieron amontonándose las causas — que hoy son consecuencias — de la nueva orientación, señalando una nueva etapa en la Historia de la Humanidad. Y esas causas y consecuencias son innumerables e imperceptibles; las advertimos fragmentariamente al principio, y luego las estimamos con temor. El temor de todo cambio, y el temor secular que siglos de poder arbitrario, despótico, ha sedimentado en la conciencia del hombre. Lo viejo se estremece ante lo nuevo, y lo nuevo trae en sus entrañas la incógnita que aumenta el miedo frente a lo desconocido. El espanto asocia los intereses materiales y los espirituales de un mundo en peligro. Pero, ¿qué es ese peligro? Simplemente el paulatino derrumbe de lo preexistente. De esa legalidad que perdía día a día vigencia, por estar fragmentada en legalidades nacionales antagónicas, frente a un exigente principio de legalidad ecuménico.

Sin embargo, ningún cambio encuentra el clima definitivamente preparado para comprender y aceptar ese principio universalizado. La aspiración transformativa acrece lenta y temerosamente. Además, el cambio actual requiere una preparación de la inteligencia y el corazón, obra inmensa y plena de dificultades que aparecen avaladas por políticos ambiciosos, a los que apoyan escritores y filósofos aprovechados.

He citado un libro de Guillermo Ferrero, donde el brillante historiador de Roma expresa su tesis sobre la legitimidad, en un alarde genial de erudición histórica y filosófica. No obstante, el *Poder* de que nos habla, corresponde a lo que podría llamarse la "civilización política europea". Es la exégesis de un proceso original del viejo continente. La legitimidad que nos presenta, da vueltas en rededor de los sistemas tradicionales, que le confieren conciencia existencial. En lo que tiene de humano, es decir, en lo que responde a lo sustancial del hombre, a sus instintos y características esenciales, la legitimidad es una consecuencia psíquica regida por la medida del valor, de la superioridad que los individuos reconocen en algunos congéneres. Generalmente esa superioridad no significa elevamiento moral ni intelectual, sino un género de audacia o valentía, o de cierta sugestión

magnética singular que los destaca. En suma, una acción que más actúa como superstición que raciocinio; que más influye sobre la emoción y el temor, que sobre la inteligencia.

Si ésta puede ser una condición original del hombre en su relación humana, adquiere volumen y trasciende en el tiempo por la tradición ininterrumpida, convertida en régimen social y político. En necesidad psíquica, en sentimiento. Es lo que ocurre con la legitimidad de que nos habla Ferrero.

Pero, cuando el hombre europeo se traslada a América, deja su "caldo de cultivo". Nuevas fuerzas naturales destruyen los viejos conceptos tradicionales y el individuo reencuéntrase a sí mismo, frente a una vida que es una nueva realidad distinta. Entonces, también, la legitimidad basada en una condición —si se quiere esencial— del ser humano, pierde su poder de tradición social europea, para reeducarse en otra flamante tradición americana. Confírmase con ello que el "hombre no es capaz de crear en torno suyo más que un orden precario, inestable, que no le es posible mantener más que reconstruyéndolo continuamente".[116]

¿Esto puede ser la anulación del principio de *legitimidad?*

No; la legitimidad es condición inalienable, connaturalizada con el orden social. Para América, el principio de legitimidad, que es la justificación del poder, se funda en la ley. Además, "el principio de legitimidad no está jamás aislado —expresa Ferrero— y no vive, obra ni se impone jamás por su sola fuerza, sino que se armoniza siempre con las costumbres, cultura, ciencia, religión e intereses económicos de una época"'. "Con la orientación general de los espíritus", afirma claramente Gina Lombroso. A ello puede atribuirse fundadamente que el principio de legitimidad entre nosotros, tome carta de ciudadanía americana y se traduzca en la ley como suma expresión de orden y de la "orientación general de los espíritus".

América adopta la ley como fórmula de legitimidad. Expresada en sus Constituciones, regla la existencia social de los países americanos. Y se crea la *obligación* por instituciones igualitarias, sustentadas en leyes apropiadas. Queda así eliminada la fuerza como razón de derecho, porque la fuerza, estado transitorio, no puede establecer

116. FERRERO. Obra ctda.

ni un derecho ni un deber, ya que ese derecho o ese deber, desaparecería al cesar la fuerza.

América crea su *legitimidad* política con la ley. Si meditamos en su trascendencia, nos explicaremos porqué encontramos orgánicamente unidas todas las naciones del continente, en una orientación general de los espíritus. Los intereses naturales de los Estados no corren paralelos, como tampoco ocurre entre los intereses individuales. No obstante, unos y otros obedecen a una legislación ordenadora que reduce al mínimo los rozamientos. Las leyes uniforman la libertad de empresa y de acción, en derechos y deberes comunes y concurrentes. A ellas responden los Estados y los individuos que integran la Nación.

Al exponer sintéticamente el proceso que reunió a los Estados de la Unión Norteamericana, queda expresado cómo, únicamente, es posible consolidar la paz en un orden legal. Y cómo, bajo la éjida de la paz, los Estados Unidos alcanzaron su maravilloso desarrollo potencial y el elevamiento moral de un pueblo libre. Todas las demás naciones del continente colombino, han seguido su ejemplo — que es un mandato de la tierra —, con las alternativas y diferencias que dejo anotadas en anteriores capítulos, pero que no deforman el espíritu que las anima, erigido en Fe de América.

Por la fe de América llegaremos a que la paz se identifique con la ley, y ésta rompa las fronteras nacionales para constituir el orden legal del continente. Este cambio pacífico engendrará la más grande federación de naciones que viera la Historia. Es, cuando se haga conciencia un verdadero patriotismo y veintidós países americanos unan sus banderas en apoteosis de la más sublime conquista política de la humanidad. Entonces, trescientos millones de hombres, unidos en un sólo ideal de paz y poseedores de gran parte de la riqueza total del globo, iniciará con la Historia del Nuevo Mundo, una nueva Historia Universal.

Regresemos a la realidad del mundo.

En todos los asuntos, las soluciones pueden explicarse brevemente. El abuso dialéctico no garante ninguna perfección, y frecuentemente consiguió el descrédito y la mofa. En ese camino estamos con las

anodinas discusiones que van adormeciendo la conciencia y las esperanzas que el mundo puso en los dirigentes de las grandes potencias. Desilusionar a la humanidad sobrecogida aun por el espanto de la más horrorosa hecatombe sucedida, será agregar un nuevo dolor a los ya con exceso experimentados, pero, mucho más criminal, es infundirle falsas esperanzas.

Hasta ahora, todo arreglo de paz se ha sustentado en tratados. Obvio es referirse a los resultados. El número de firmantes no valoriza ni garante su cumplimiento. La historia lo comprueba; están todos manchados con sangre. Con sangre se firmaron y nueva sangre, más tarde, borró los compromisos. El tan-tan de las feroces tribus africanas y el clarín de los ejércitos representantes de la civilización occidental, siempre han sonado para poner en el aire la barbarie sobre la razón y la justicia. Los siglos han guardado hasta hoy, desde las profundidades remotísimas de la historia, esta regresión constante del individuo al salvajismo anunciado por el tan-tan y los clarines. Y el tan-tan y el clarín participó, con sus voces de guerra, como se cumplen los tratados entre los salvajes y entre los países civilizados.

La Carta de San Francisco, es un tratado multilateral, y, si es difícil su cumplimiento entre dos Estados signatarios, es casi imposible que lo acaten muchos Estados soberanos. Esa soberanía es la patente que permite realizar honorablemente a una nación, lo que privadamnte es un acto indecoroso y penable.

Reves, al referirse a la Carta de San Francisco, reconoce que es un tratado multilateral y nada más. Luego descubre su realidad cuando agrega: "Cada parte que en ella ha intervenido puede retirarse en el momento que lo desee, y sólo la guerra puede forzar a los Estados-miembros a cumplir sus obligaciones derivadas del tratado. Durante varios millares de años el hombre ha confeccionado innumerables tratados entre unidades y potencias soberanas para demostrar que puede evitarse la guerra. Con la posibilidad de enfrentarnos con la guerra atómica, no podemos correr el riesgo de confiar en un método que ha fracasado miserablemente centenares de veces sin haber tenido éxito una sola vez. La primera condición de la paz es reconocer que ese método no podrá nunca impedir la guerra. La ley, y únicamente la ley creará la paz entre los hombres; los tratados jamás.

"Nunca podremos alcanzar un orden legal modificando las disposiciones de un tratado. Para reconocer la tarea que tenemos ante nosotros deben leerse y releerse en todos los hogares y en todas las escuelas los acalorados debates de Hamilton, Madison y Jay en Filadelfia. Demuestran que los Artículos de la Confederación (basados sobre los mismos principios que la Organización de las Naciones Unidas) no pudieron evitar la guerra entre los Estados, que la modificación de esos artículos no pudo resolver el problema, que los Artículos de la Confederación tuvieron que ser dejados de lado y crearse y adoptarse una *nueva* Constitución, que estableciera un gobierno federal sobre todo el país con poder de legislar, de aplicar y de ejecutar la ley sobre todos los individuos en los Estados Unidos. Fué entonces el único remedio y lo será también hoy en el problema internacional que confrontamos." [117]

Infortunada y posiblemente sea muy difícil alcanzar tan pronto como es menester, el objetivo final y necesario: el gobierno mundial. Pero es posible realizar el gobierno continental, con la federación de todas las naciones de América. He tratado de demostrarlo.

Por lo pronto, es preciso declararlo francamente. La próxima guerra será por la hegemonía del mundo. La alcanzaremos por la sangre, sino somos capaces de lograrla por la razón del derecho y el entendimiento. En este último trance de una etapa inexorable, el papel de América puede ser definitivo. Tratemos que su ideal supere las mezquinas bastardias que nos dividen temporaria y eventualmente. Pongamos al tope de esta cruzada, la Fe de América. Que esa fe se adueñe de nuestros pensamientos; se haga exigencia y conciencia popular y acabe siendo también la fe de sus hijos. Entonces, cuando estemos seguros de que ella anima nuestra voluntad y nuestro deseo, será preciso elegir nuestros representantes que, como en Filadelfia en 1787, se encierren y en secreto, estructuren los nuevos principios de la Federación de las Naciones de América.

"Pascal dijo que la opinión es el verdadero amo del mundo. Y al iniciar nuestra lucha por un mundo mejor, debemos guiarnos por la sabiduría de Sun-Yat-Sen: "La dificultad está en conocer y comprender. Con conocimiento la acción es siempre fácil." [118]

117. EMERY REVES. Ob. ctda.
118. Ibídem.

Capítulo XXV

# EL PRIMER PASO

*La federalización de las naciones de América.*

Nuestra realidad aceptada, es anacrónica, pero la mantiene una "idea de realidad" no alcanzada, que nos consuela. Hablamos de justicia, de libertad y de paz, y trabajamos para afirmar la injusticia, la servidumbre y la guerra. Pretendemos conquistar esa justicia, esa libertad y esa paz, dentro de las fronteras de cada nación, y nos declaramos indiferentes o enemigos de la justicia, la libertad y la paz de los habitantes de otras naciones, con lo que creemos defender de nuestros propios postulados.

Afirmamos que cada nación tiene derecho sagrado de adoptar la actitud o conducta que le plazca dentro de sus fronteras, por desmesurada, abusiva y perjudicial que sea para el resto del mundo. Y esto lo fundamentamos en la soberanía y la autonomía, dos frases que, si tienen valor dentro del derecho, no tienen ninguno en las relaciones entre las naciones. Para conseguirlo en un momento dado, precísase la fuerza o el triunfo de la fuerza. La historia de los últimos años ha comprobado crudamente esta verdad.

Es muy difícil estimar lo universal con una mentalidad nacional. La trasmutación de la realidad primitiva a la realidad presente, ha sido más rápida que la evolución mental del individuo, retardada en

su intelección del momento y los aconteceres en que hoy existe. Sin embargo, quiere aferrarse a doctrinas y normas inútiles y a prejuicios dañinos, en esta trágica etapa de la Historia Universal.

Ya en el primer decenio de este siglo, el desenvolvimiento de los problemas sociales y económicos del mundo, marcaron su punto extremo de saturación. Su índice más elocuente fué el nominal internacionalismo proclamado por la Primera Internacional Socialista, cuyos programas, sin embargo, sostuvieron siempre soluciones nacionales, tendientes a transferir la propiedad al Estado. La lucha entre el liberalismo — propugnando la libre empresa y la propiedad privada de los medios de producción —, contra los núcleos socialistas y comunistas — bregando por transferir los instrumentos de producción al poder del Estado —, caracterizó el antagonismo social-económico del último siglo. Ambos, no obstante, supeditaron las soluciones al marco nacional y la estructura de la Nación-Estado, anterior a la era industrialista. La reacción fué el fascismo.

Pero el fascismo no es únicamente una imposición de lo extemporáneo, la herencia conceptual de un pasado inconveniente y nocivo a la nueva naturaleza y coacciones materiales y morales del presente. Es eso y mucho más que eso; significa la estulticia de los resignados, de los incapaces, y la conformidad indiferente de los egoístas. Nada malo puede ocurrir, dependiente de la capacidad de defensa de los hombres, cuando ellos no quieran. En todo infortunio, hay, pues, una dosis de ignorancia e incomprensión y otra de torpeza e idiotez. Infortunadamente estas condiciones influyen en gran mayoría de la comunidad. Y a su causa se deben gran parte de nuestras dificultades y a ella atribúyase la razón de que "podamos permanecer como estamos".

Es axiomático, dentro de nuestra realidad actual, que las relaciones entre los individuos de la sociedad, obedezcan a la ley, para cuyo cumplimiento únicamente la comunidad tiene el derecho de emplear la fuerza. De donde resulta que la paz es orden sustentado en el derecho. Esta conclusión aceptada en la organización del Estado, puede extenderse a la organización total de los Estados.

Al instituirse el Estado, cumplíase un tramo de la evolución histórica. De esa evolución impulsada invariablemente por la necesidad de evitar los conflictos de los seres humanos. Eran las luchas de clases

o raciales, religiosas o nacionales, económicas o lingüísticas, incubadas todas en los complejos intereses y pasiones que mueven la voluntad individual y colectiva de los hombres. El Estado aparece como un organismo de poder; y, junto al poder emergen, como una justificación del derecho de mandar, los principios de legitimidad. "Entre todas las desigualdades humanas — escribe Ferrero — ninguna es tan importante por sus consecuencias, ni tiene tanta necesidad de justificarse ante la razón, como la establecida por el poder."

En América se quiebra la tradición de legitimidad europea. La libertad le da un sentido democrático y la fundamenta en la ley. La ley la explica ante la razón. ¿Y, qué es la ley? Es la razón puesta en voluntad, en hecho, en acción, para facilitar la convivencia de los hombres en sociedad. Encontramos su génesis en las *Tablas,* con los Diez Mandamientos que Moisés anunciara desde el Monte Sinaí como ley divina; la hayamos en el *Coran* de Mahoma. "Las órdenes de Darío y Gengis Khan — dice Reves — tienen idénticos propósitos a las leyes sancionadas por el Parlamento de Londres, el Congreso de Wáshington y el Soviet Supremo de Moscú". Pero, también la ley evoluciona; deja de ser la voluntad soberana de un profeta o un tirano, para convertirse en la voluntad de un pueblo; en legalidad de costumbres o necesidades; en fórmula jurídica del derecho.

El Estado evoluciona paralelamente a esta evolución de la ley, convertida en exigencia y voluntad común, hasta llegar a un punto, en que la ley se universaliza por imposición de condiciones vitales de la sociedad humana, y el Estado, transformado en Nación, se encierra en sus fronteras. Ello engendra la anomalía de un cuerpo político-social, ajeno a los humanos intereses político-sociales de la comunidad. Y se produce la paradoja de que el Estado absorbe al individuo, estrangula la libertad y anula sus derechos fundamentales. La ley universal, extendida en norma de vida universal, con volumen universal, debe reducirse a los límites restrictivos del más pequeño de los Estados soberanos del mundo.

De tal manera se niega, por un prejuicio nacional, el principio indiscutible que toda institución social y política, es el resultado de las necesidades humanas, productos del hombre. Se llega al absurdo de suponer que esas instituciones no envejecen jamás, que son estáticas. Suponer que la evolución que es cambio, puede sujetarse a

normas invariables y paralizantes. De tal suerte, llegamos al conflicto inevitable que trae la inseguridad. El orden nacional ya no es suficiente para mantener el orden universal: la paz. La seguridad de la paz, que es la seguridad de todos los derechos y la libertad de empresa y de acción individual de cualquier hombre del mundo, únicamente puede obtenerse bajo la condición de un orden legal universal, estableciendo instituciones constitucionales con poder soberano para crear la ley constrictiva que pese sobre todos los Estados del mundo. La carencia de un sistema jurídico reconocido, hace ilusorias todas las esperanzas que los tratados de paz ofrecen a los hombres. Vivimos ahora un *statu quo* preliminar a otra guerra. El *statuo quo* ha sido siempre el único resultado de los tratados de paz. Quiere decir: *dejar las cosas como están,* o, lo que es lo mismo, cerrar los ojos para no ver, en un quietismo criminal, el perenne andar de la vida.

En estos momentos se discute en el mundo la fiscalización de la energía atómica por un organismo internacional. Jamás hubo causa de tan enorme y trascendente amenaza a la existencia del género humano. Pero, se precisó exponer su monstruosa realidad, para que los hombres se dieran cuenta de que es imposible eludir las exigencias del momento en que vivimos.

Descontando la prueba ejemplar que los Estados Unidos dan al mundo de su preocupación por el porvenir de la humanidad, preocupación formal y generosa, que manifiesta, por lo pronto, la comprensión moral y humanista del presente. Y su exacta valoración práctica. Ella reside en estimar, con criterio positivo, lo transitorio de una superioridad cuyo forzado dominio produciría el acrecentamiento —en volumen incalculable y desconocido— de todos los males que ahora afligen al mundo. Significa la imposibilidad de encerrar en las fronteras de una nación, bajo la autonomía y la soberanía nacional, un poder universal. Es decir, reconocer la exégesis de todas las cortapisas que trabaron la existencia humana del último siglo.

Ha sido menester afrontar el riesgo inmenso de un mundo derrumbándose, para darnos cuenta de que hay una armonía hasta ahora negada por supersticiones seculares e intempestivas. Únicamente la

inminencia inocultable del peligro, nos reveló la falacia de apropiarnos elementos materiales y morales que pertenecían por derecho y en justicia al total del esfuerzo humano.

Y cabe meditar, cómo la "era atómica" ha podido descubrir, a la par de la bomba temible, que ninguna de las creaciones de la inteligencia y del trabajo, pueden ser restringidas a los convencionales límites nacionales, sino al libre usufructo del mundo, en un intercambio reglado únicamente por los propios valores esenciales.

Menester fué, por lo tanto, arrostrar la amenaza integral de la energía atómica, para que germinara la idea de un Estado mundial, o de una autoridad supranacional. Exclusivamente el temor del más tremendo cataclismo, pudo abrir los ojos a un mundo enceguecido por los prejuicios que durante los últimos cien años, mantuvieron la creciente tragedia de la guerra.

Revela lo expuesto el engaño que retenía a los instrumentos de producción como propiedad nacional. Delata, además, las falsas premisas que sustentaban normas económicas y políticas extrañas a las exigencias vitales de la humanidad. Y destruye la rutina que entorpecía la normal evolución de los aconteceres que la civilización y el progreso imponían a la existencia de hombres y de pueblos. Sobre todo, descubrió que la vida es superior a toda especulación política.

Me preocupa la integración de América, sin que me inquiete la diversidad de las regiones continentales, ni las diferentes modalidades de sus hijos. Tampoco creo que haya que uniformarlas. La preocupación de la Nación-Estado, no puede ser la preocupación de quienes reconocen a la persona humana la suma de los valores. Para nosotros, es de necesidad esencial la diversidad, la desemejanza. Hoy, como nunca, debe considerársele como un factor preciso que nos proteja contra la técnica y la expansión deshumanizante del sEtado. De esa norma anormal que tiende a igualar — en un molde común — a los hombres, y a convertir al pueblo en una masa amorfa, despiritualizada.

Propugno la federalización de los pasíes americanos, no como una entrega de las naciones débiles a las naciones fuertes, sino como un baluarte de las pequeñas comunidades y como exigencia inexorable del momento.

Leía hace pocos días algo que responde exactamente a lo enun-

ciado y que comprueba, en forma alentadora, cómo las ideas precisas van tomando cuerpo en la conciencia colectiva. Dice así:

"Los que están contra el federalismo son los que desconocen el papel de la diversidad en este momento histórico. Tal como va el mundo, abolida casi la distancia por la velocidad de la máquina y disponiendo el Estado de los medios para que tengamos que escuchar o leer en todo momento lo que él desea que pensemos o anhelemos, sino fortificamos el sentido de la diversidad y estimulamos la afirmación de lo personal y distinto de cada uno, llegará un día en que cada ciudadano verá en los otros reproducida su propia imagen. Y será la hora de la suprema decadencia en la tierra, porque quien no puede salir de sí mismo enloquece o se imbeciliza. El amor y la amistad tienen un fundamento metafísico tan sólido como su fundamento biológico. Son modos de abrazar lo distinto, de calmar el apetito de diversidad, de superar la propia efigie, operaciones esenciales para al vida y la salud del espíritu.

"La persona humana, como ente espiritual, está hecha para coincidir, para comulgar en una misma realidad, para unirse por encima de las fronteras de los seres y las cosas. Sin esto no traspasaría la mera condición biológica. Pero por lo mismo que no es Dios necesita de sí y de lo diverso de sí. En tal virtud la personalidad es sagrada; lo distinto de cada uno tiene que ser intangible e inalienable.

"Sin una inviolada parte de individualismo — y véase que individualismo no quiere decir egoísmo, porque las más espléndidas individualidades suelen ser las más generosas — la vida me parece detestable. Mucho más que el auge del Estado me gusta el esplendor del hombre, de la familia, del hogar. Que cada casa marque un límite claro y tenga abrigo, luz y libertad para que el hombre forje sin temor la imagen de su mundo y el niño no sea reducido a moldes sino que, protegido en su albedrío, sea él mismo. Sin mutilación. Todo el tiempo actual se endereza contra ese tipo de hogar: de la casa independiente, se pasa a la casa de departamentos, y tal vez el próximo paso se dirija hacia la casa común organizada por el Estado. Pero hay que estar y con todo el ánimo, contra el tiempo, cuando éste repugna a nuestros ideales." [119]

119. Carlos Alberto Erro, *La Piel del País.* Pub. en *La Nación* de Buenos Aires. 16 de junio de 1946.

Federalizar las naciones americanas en un Estado Continental, significa cumplir el acto preliminar en la constitución del Estado Universal. Únicamente la federalización de todos los países del mundo obtendrá el equilibrio potencial de las grandes y pequeñas naciones. Menester es, sin embargo, dilucidar claramente lo que aparece como una defensa de las pequeñas naciones, del peligro de las grandes. Porque esa no es la realidad, aunque cueste comprenderlo a nuestras mentes "nacionalizantes".

Responde el equilibrio, al que atañe a cuerpos de volúmenes diferentes evitando absorciones forzadas, sin excluir el voluntario y normal cruzamiento de núcleos étnicos de varios Estados. Lograráse el armónico nivelamiento valorativo, cuando todos los países obedezcan a un único sistema político, constitucional y democrático.

Para comprender y posibilitar la confederación americana, imprescindiblemente debemos despojarnos de la idea de que la Nación es una propiedad irrenunciable de un determinado grupo social, y concebirla exclusivamente como una de tantas creaciones metafísicas que permitieron la convivencia de las comunidades humanas. No podemos aferrarnos a un definido principio ni sistema, sino considerarlo en su relatividad en el tiempo, ya que la corriente de la historia está más allá de nuestro control. Tampoco podríamos llegar nunca a conclusiones finales de un proceso histórico que está continuamente cambiando, en parte, por lo incontrolable y natural de ese proceso, y en otra, por el mismo esfuerzo humano. Todo debe considerarse como un aspecto de la vida en una época determinada.

Tanto el Estado como la Nación son consecuencias políticas del proceso histórico. Su definición es aun abstrusa y su *lógica* depende de la interpretación con que políticamente se la considere. "¿Qué es una nación?", escribe Grossman. "Un pueblo que pertenece al mismo linaje biológico", contesta el nazi, mientras confisca la propiedad judía y destierra a miles de ciudadanos alemanes. "Un pueblo unido por lazos históricos, filológicos y culturales", dice el inglés, que mira de reojo hacia la Irlanda del sur. "Una reunión libre de individuos que, sin consideración alguna respecto a la raza o lengua, deseen vivir unidos bajo un mismo gobierno", dice el ciudadano norteamericano, mientras espera que nadie le mencione el problema negro ni sus leyes inmigratorias. "La única definición aceptable de la nación

—agrega—, es la siguiente: Un pueblo que vive bajo un gobierno central lo suficientemente fuerte para mantener su independencia frente a otras potencias."[120] Los acontecimientos últimos evidencian que, aisladamente, ninguna nación tiene seguridad de existencia. También la nacionalidad depende de la guerra, que "puede cambiarla y la cambia, cualquiera sea la raza, el lenguaje y la libre determinación".

"La nacionalidad y la autoridad del Estado —añade Grossman— son factores elementales en nuestro medio de vida y raramente nos detenemos a analizar las condiciones que implican. Pero, tan pronto como comenzamos a reflexionar, nos damos cuenta que en ningún modo son tan evidentes o necesarias como las suponíamos. ¿Por qué debe dividirse la humanidad en naciones, cada una con sus leyes y costumbres peculiares? ¿Por qué debe cada gobierno nacional poseer su ejército propio, así como su armada naval y aérea? ¿Por qué deben trazarse fronteras entre pueblos de un origen común? ¿Por qué existen obstáculos a las comunicaciones y al comercio? Acabamos de ver que no existe más definición satisfactoria de la Nación, que la que es un pueblo bajo un gobierno común. ¿Pero, por qué este gobierno va a ser común a varios millones de individuos y excluir a otros tantos? ¿Es simplemente una cuestión de poder político, o existe algún principio lógico para la división?

"No puede darse una respuesta fácil a esta última pregunta, que es precisamente *la cuestión* de la teoría política moderna. El Estado-Nación surgió menos por el propósito humano, que por las fuerzas ciegas fuera del control del hombre, y no se basa en principios perfectamente definidos, sino originados por determinados cambios económicos y sociales que ocurrieron en Europa entre los siglos trece y el dieciséis".[121]

El planteo y las interrogantes que el ilustre profesor de Oxford anota, exponen los términos de la etapa actual del proceso histórico-político del mundo. Manifiestan, asimismo, la imposibilidad de mantener condiciones inapropiadas al presente, en un estatismo cimentado en la emoción tradicional. En una emoción originada, no en algo sustancial al hombre en su calidad de tal, sino al hombre-ciudadano, en la defensa de una idea temporaria. Es la emoción de esa idea polí-

120. R. H. S. Grossmann, *Biografía del Estado Moderno*.
121. Ibídem.

tica, convertida en mística de una necesidad en cierto momento del tiempo, en cierta etapa de la evolución social.

Por ahí dije que es imposible concebir lo universal con una mentalidad nacional. También he tratado de explicar la conformación cerebral de las ideas, y cómo ellas acaban por condicionar un estado de conciencia conceptual. Adviértase, empero, que todo responde al proceso constante, al elaborar transformativo que va determinando la diversidad de esos estados de conciencia y de los conceptos que fundamentan las ideas de cada período en que actúan con potencia de impulso.

Para obtener una exégesis comprensible del fenómeno evolutivo, es preciso desprendernos de las creaciones temporarias y radicar las causas promotoras en la esencialidad de la vida misma. En la vivencia del hombre o del núcleo humano. Lo sustancial es el hombre; su vida. Y ésta, dentro de la libertad y la seguridad, creando el derecho y la justicia. Contemplemos el problema universal en base a tales fundamentos inamovibles. Aunque también en ellos actúan transformaciones distantes y abstrusas a la comprensión mental humana. Transformaciones extrañas a la intelección, que penetran en el campo indefinido de lo imponderable.

Colocados en esta meseta de nuestra realidad actual, veremos que el horizonte del universo es la única frontera de la humanidad. Veremos también cómo se extienden los conceptos herméticos de la soberanía y la nacionalidad, hasta lograr su definitiva verdad humana y su verdad racional. No se anulan, se amplían; no son conquistados, conquistan. En esta verdad, pierde sentido el elogio de la muerte en expresión heroica, para crear el heroico sentido de la vida. Es decir, adquiere valor el *todo* universal, sobre los parciales valores nacionales que lo desvirtúan al fragmentarlo.

Innumerables son las objeciones a lo expuesto, pero todas arrancan de la negación del dinamismo que es la energía del cosmos y el impulso vital de todo lo existente. Parten del falso criterio, del concepto erróneo de la soberanía nacional, sosteniendo, como dice Reves, "la extraviada noción, de que al establecer un orden legal universal, *renunciamos* a algo, en vez de crear algo". Es decir, el contrasentido imposible que significa detener la marcha invariable de las cosas. Ese

impulso incontrolable que, cual las corrientes impetuosas, jamás vuelven a las tierras altas de donde se despeñan. Debemos creer que en la vida no hay renunciamientos absolutos; únicamente son los recodos en el cauce de los ríos, remansos de una quietud transitoria, donde las aguas se acumulan para acrecer el empuje acelerado de su curso.

En las actuales circunstancias emergen las realidades ocultas por los prejuicios, por las supersticiones, por los atavismos psíquicos que oscurecen el entendimiento y la razón. No comprendimos la intención universal de los derechos del hombre, como manifestación jurídica del derecho positivo, ni del desarrollo industrial, como esfuerzo social-económico, pero, nos convence la energía atómica como expresión de la inteligencia, en lo que tiene de amenazante para la seguridad de la vida. Fué necesario evidenciar el tremendo peligro para reconocer que las fuerzas creadas por la civilización contemporánea habían superado las fronteras de la Nación, habían excedido las soberanías nacionales, para ubicarnos irremisiblemente en el universo. El dilema de ser o no ser, con la potente amenaza de la muerte, decide ahora terminantemente la duda de ser lo que somos, o ser lo que debemos ser. Por otra parte, la alternativa revela el encuentro desigual de lo estático con lo dinámico; quedarse o andar.

Nada más definitivamente que la energía atómica descubrió la falacia de un pasado inadmisible, donde las creaciones políticas, sociales y económicas, excedieron a los anacrónicos principios políticos, sociales y económicos de un mundo transformado. Hubo necesidad de ponernos frente a la disyuntiva terrible del desastre, para ver la realidad. Una realidad que no es regresión; que no puede detenerse sino seguir.

La razón suprema de los griegos, habla a través de los siglos, y la razón no es tan o cual Estado, defendido por la emoción nacional, sino el universo escudado por la vida misma.

No obstante la tendencia del hombre a paralizar el tiempo, el influjo enorme de los prejuicios y el peso emocional de la tradición, la guerra, con el dolor de la muerte y la visión del desastre, lo enfrentó a la vida. Recién comprendió que había un espíritu por encima del materialismo cruel de la carne y la sangre sacrificada. Que existían valores superiores al condicional acuerdo social, político o económico

de los países. Y, por vez primera, se observa en los convenios internacionales la necesidad de refirmar la fe en los derechos del hombre, en al dignidad y el valor de la persona humana.

La idea de una confederación continental de naciones americanas, como núcleo inicial de un nuevo orden mundial, debe basarse en la adopción de los Derechos Internacionales del Hombre, de acuerdo a la Declaración del 12 de octubre de 1929. Su reconocimiento, "no sólo se propone asegurar a los individuos sus derechos *internacionales*, sino que se encamina también a imponer a todas las naciones una norma de conducta con respecto a todos los hombres, *incluyendo a sus nacionales*. Repudia, por consiguiente, la doctrina clásica de que sólo los Estados son sujetos de derecho internacional".[122] Adviértese el nacimiento de una nueva era, donde la preocupación de los intereses y derechos de los individuos soberanos, supera a los derechos de los Estados soberanos. De la décimocuarta enmienda a la Constitución norteamericana — mencionada en el preámbulo de la Declaración de los Derechos Internacionales del Hombre —, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos hizo una unánime interpretación "en el sentido de que los términos de la misma la hacen aplicable dentro de la jurisdicción de los Estados Unidos, a todas las personas, sin distinción de raza, color o nacionalidad, y que la protección igualitaria de las leyes, es garantía de la protección de las leyes igualitarias".[123]

Es oportuno recalcar lo tratado en este libro cuando se habló de los derechos soberanos del individuo, que son, en verdad, el origen y fundamento del derecho público y del derecho internacional, sobre el tecnicismo que pueda confundirlo. Como vemos, el camino se va aclarando y bien lo enuncia Hambro al manifestar que debemos desechar, abierta y oficialmente, la vieja doctrina de que sólo los Estados son sujetos de derecho internacional. "Han transcurrido — dice — poco más de doscientos años desde que los lores y comunes de Gran Bretaña redactaron la primera Declaración de Derechos (Bill of Rights) nacional; no sería prematura, en verdad, convertir en Derecho Internacional lo que es Derecho Nacional en todos los países democráticos." Obvio es apuntar el significado universal de tal medida.

122. Editorial del *American Journal of International Law*. Mencionado por Hambro. Ob. ctda.
123. HAMBRO. Ob. ctda.

¿Qué pudiera significar para la paz y un nuevo orden mundial, la confederación de las naciones americanas? Por lo pronto, dar el primer paso al establecimiento de un sistema legal universal. Cualquier empresa exige un comienzo de realización, y es de buena táctica, iniciarlo por el sector que menos dificultades oponga. El éxito o el fracaso de ese comienzo, puede ser el éxito o el fracaso de la iniciativa. Así sean de imperiosas las necesidades que la animen. Fracaso o postergación.

Todo el texto de este trabajo expone las condiciones peculiares y especialísimas que hace de América un continente espiritualmente uniforme. Y como ese espíritu ha orientado su organización total. Considerando los grupos humanos que habitan la tierra, ningún territorio brinda un núcleo tan numeroso de seres animados por ideas democráticas e impregnados de la cultura occidental europea. Es decir, exponentes auténticos de la actual civilización en su sentido más cabal y elevado. Por lo pronto, fuertemente unidos por los principios de libertad y la conciencia de los derechos individuales, que hoy marcan derrotero a la vida universal.

Una confederación de naciones americanas, quebraría, quizá, el *impasse* de los países europeos. No olvidemos el factor psíquico importante que supone el hecho, de que nuestro continente está habitado por seres venidos en su mayoría de Europa, y lo que ello significa en su aspecto emocional. Cualquier nación de América, es, en cierto sentido, una *sucursal* de los países europeos. Esa amalgama de razas ha sido, inconscientemente, un augurio de esta posible confraternidad humana que se desea.

No escapa a nadie que la confederación continental tampoco solucionaría el trágico problema de la paz, ni quizá eviten una próxima guerra. Tampoco es óbice para pensar que pudiera poner, momentáneamente, una barrera. Por lo pronto, significa un medio que no ha sido probado en su alcance potencial. El poder material y ético de veintidós naciones unidas para la paz, puede ser un argumento. Sin embargo, la confederación de América no pretende ser una nueva fuerza de equilibrio, sino el paso primero a un sistema universal. Los equilibrios llevan al *statu quo* que no es solución, y sus resultados prácticos hablan con una elocuencia superior a la de las palabras, de los espantos periódicos de la guerra. Además, la

política de esferas de influencia, no está ajustada a la libertad de empresa y se opone a la actividad individual. Estrictamente sólo la universalidad del sistema legal, acabará con los rozamientos entre los mismos Estados que hoy se confederaran.

Pero, ¿puede lograrse algo sin comenzar a realizarse? ¿Es posible que algo cunda y se consigan adherentes, sino se divulga? ¿Y qué puede decidir más eficazmente un hecho, que el hecho mismo?

La confederación de las naciones de nuestro continente, darán a América la oportunidad de cumplir totalmente su destino, abriendo las páginas a la Historia del Nuevo Mundo. Comencemos por escribir su primer capítulo y que él sirva de paradigma y de estímulo para los que se irán redactando en seguida. La confederación de América, abre las puertas a la confederación del mundo. No será una organización continental soberana, sino la iniciación de la grandiosa marcha al futuro, llevando como emblema simbólico, la soberanía del hombre, la inmutable soberanía de la humanidad, como Ley del universo.

Me parecen oír, al trazar estas líneas, voces que dicen: ¡Idealismo!... Reves no ha podido eludir tampoco ese pensamiento cuando escribe: "Algunos observan con aire de suficiencia: Pero eso es puro idealismo, seamos realistas." Y agrega mi propia respuesta en estos términos:

"¿Qué es idealismo? ¿Y qué es realismo? ¿Es realismo creer que los tratados — que han sido probados millares de veces sin éxito alguno — han de obrar hoy milagrosamente? ¿Es idealismo creer que la ley — que tuvo éxito siempre en todas partes que se aplicó — *continuará* siendo eficaz? Cada vez que nuestros ministros de relaciones exteriores o los jefes de nuestros gobiernos se reúnen y deciden no decidir nada y se apresuran a posponer, y se comprometen a no aceptar compromisos, los heraldos oficiales proclaman con júbilo ante el Universo: "Es un principio auspicioso" o "Es un primer paso en la buena dirección". Siempre estamos empezando... Nunca continuamos, nunca realizamos, completamos o concluímos. Nunca damos el segundo paso o — ¡Dios lo impida! — un tercer paso. Nuestra vida internacional está compuesta de una serie de remiendos de principios que nada empiezan, de primeros pasos que a nada conducen. ¿Cuándo nos vamos a cansar de ese juego? Es de las más extrema importancia contemplar esas cosas en su verdadera perspectiva. Debe-

mos rechazar las exhortaciones de los reaccionarios que dicen: "Desde luego que el gobierno mundial es nuestro final objetivo. Pero no podemos alcanzarlo ahora. Debemos proceder lentamente, paso a paso. El gobierno mundial no es un objetivo final, sino una necesidad inmediata. En verdad, lo es desde 1914. Las convulsiones de las últimas décadas son claros síntomas de la muerte irreparable de un sistema político." [124]

Reitera lo transcripto la tozudes con que se pretende detener al tiempo a costa del desastre. Tal actitud nos coloca en la alternativa de pensar si ella resulta de una falta de conocimiento, o por falta de honradez. Es increíble que la humanidad, acosada por potencias que sacuden al mundo con todo lo creado por siglos de civilización, por los esfuerzos y el dolor de miles y miles de generaciones, permanezca insensible a su realidad. Y esa realidad, por una paradoja singular, la constituye las creaciones de los hombres, que ellos mismos extendieron por el mundo.

El hombre ha agitado las potencias del universo y pretende nacionalizarlas. Cree posible poner la energía atómica bajo la soberanía de una nación. Su insanía llega al extremo grotesco de imaginar que una creación política efímera, dividida en Estados soberanos, puede controlar el Cosmos. En lugar de acatar las leyes de la Naturaleza, intenta "nacionalizarlas", cuando la razón y la lógica indican que debemos universalizarnos para conservar el equilibrio de tan inmensos valores. El control social y económico del mundo, ha excedido a la capacidad de poder de cualquier Nación-Estado.

Cada época trajo una nueva exigencia, condicionada a las nuevas circunstancias creadas. Para cumplir la que nos corresponde, debemos tener el valor de reconocer lo que haya de falso para destruirlo, y de positivo y ventajoso que construir.

Estamos en el trance ineludible de erigir un nuevo mundo, con un sistema legal que asegure la tranquilidad y la paz de nuestros hijos. Esa obra no admite hesitaciones ni demoras; es urgente. Para ello debemos todos formar en una cruzada por la nueva fe, esa fe que para nosotros es la fe de América extendida al mundo. Ella debe inculcarse a los niños de las escuelas y propagarse por todos los medios

124. EMERY REVES. Ob. ctda.

de comunicación conocidos, para que la gente la comprenda, crea en ella y luche por ella. La opinión del mundo proclamará una ley que salve al mundo.

En la vida política, y, sobre todo en la acción diplomática, pareciera haberse refugiado toda la falacia, e intriga, orgullo de aquellos ministros —émulos de Maquiavelo—, que practicaron el arte de adquirir el poder y de conservarlo, aun a costa del infortunio y la muerte de sus semejantes, compatriotas o extranjeros. Para ellos, los medios siempre eran tan fascinantes, que nunca pareció preocuparles cual pudiera ser el fin, mientras éste beneficiara al poder y sus intereses. Pero, Maquiavelo, como más tarde Richelieu y Mazarino, o luego Talleyrand y Metternich, servían el absolutismo de la monarquía, donde el gobernante estaba por encima de todo, según el político florentino. El príncipe, hallábase libre de ley y de la moral, argumentando que la fuerza era la única justificación del poder, lo que equivale a afirmar que el poder no tiene justificación. O mejor, que su justificación está en la legitimidad de lo divino. En el Congreso de Viena —1822— pudo comprobarse hasta qué punto perduraba la política absolutista del medioevo.

Desde entonces, mucha agua pasó bajo los puentes. No obstante, la política internacional del mundo continua engañando; viviendo en el engaño. Especialmente Europa, no ha podido desprenderse de la vieja técnica, quizá porque no ha podido desprenderse del viejo espíritu animador. Y en América misma, no siempre la lealtad alentó su acción diplomática. ¿Por qué? La respuesta es obvia. Las soberanías nacionales son inconciliables; al cubrir ese principio la totalidad de los intereses de la Nación, los hace, asimismo, inconciliables con los intereses de otras naciones.

De tal suerte, la sospecha y la incredulidad fundan siempre el juicio de los actores, y esa duda, en embozada amenaza, impregna la opinión pública, destruyendo el elemento insustituible de buena fe y de buena intención, que posibilita crear la solidez necesaria a cualquier convenio. Igualmente esta circunstancia negativa, anula la fe en el designio, que cae en el desconcepto. Muy difícil es, entonces, discriminar con honradez, cuando no se piensa con honradez. Algo de

esto ocurrió al ser tratada la nota que el canciller del Uruguay, doctor Eduardo Rodríguez Larreta dirigiera a las cancillerías de las demás repúblicas americanas, a fines del año 1945.

Ese documento concretaba un anhelo reiteradamente expresado y rubricado por los gobiernos de los países de América, cuyo objeto se define en los términos consagrados formalmente en congresos y conferencias continentales. En principio, lo expresado por el canciller uruguayo, coincide con el pensamiento primigenio de América; con el espíritu y el alma animadora de su propia existencia, traducida en norma de las organizaciones políticas de la totalidad de sus países. Compruébalo la historia de todo el continente. Nos habla el ministro, de paz y democracia, pero, para cumplirla, se afirma en los derechos esenciales del hombre y del ciudadano, cuya salvaguardia y respeto es, para América, la salvaguardia y respeto de la libertad, y para el mundo, obtenerla donde no existe y poner al hombre como supremo valor social de la comunidad en el universo.

Recuerda en la nota lo expresado por el presidente Roosevelt en la Conferencia de Consolidación de la Paz, efectuada en Buenos Aires en 1936, cuando dijo: "En primer lugar, es necesario deber evitar por todo medio honorable una guerra futura entre nosotros. Para ello lo mejor es fortalecer los procedimientos del gobierno democrático y constitucional, a fin de que armonicen con la actual necesidad de unidad y eficiencia y, al mismo tiempo, preserven las libertades individuales de nuestros ciudadanos".

"En Panamá en 1939 — expresa el ministro — se dijo que «más de una vez las repúblicas americanas han afirmado su adhesión al ideal democrático que prevalece en este Hemisfero; que este ideal pudiera encontrarse en peligro por la acción de las ideologías extranjeras inspiradas por principios diametralmente opuestos y que es oportuno, en consecuencia, vigilar su intangibilidad mediante la adopción de medidas apropiadas». (Resolución XXII.) En La Habana, en 1940, y en Río de Janeiro, en 1942, se reiteran propósitos similares, a fin de «prevenir o reprimir penalmente actos contra las instituciones democráticas»."

Prosigue el canciller anotando cómo en México, en marzo de 1945, "viva la experiencia de una guerra atroz que dura ya cinco años, esos conceptos adquieren una fuerza y una vigencia palpitante a

través de numerosos considerandos y resoluciones". "Conviene velar por su integridad de la democracia —dice la Resolución VII— y que la propaganda de doctrinas totalitarias pondría en peligro el ideal democrático americano". En el párrafo siguiente reproduce lo expresado en la Resolución XI de la Declaración de México, cuando expone: "El fin del Estado es la felicidad del hombre dentro de la Sociedad. Deben armonizarse los intereses de la colectividad con los derechos del individuo. El hombre americano no concibe vivir sin justicia. *Tampoco concibe vivir sin libertad*". Más adelante transcribe la Resolución LX que dice: "Proclamar la adhesión de las repúblicas americanas a los principios consagrados en el Derecho Internacional para la salvaguardia del hombre y pronunciarse en favor de un sistema de protección internacional de los mismos."

Bien lo observa a continuación el canciller uruguayo: "el concepto se extiende hasta cubrir al hombre en su calidad de tal, en sus derechos esenciales, proclamando la necesidad de un sistema de protección internacional de esos derechos". Dicha resolución encierra todo el problema actual. La tragedia en que el mundo se agita, proviene, justamente, del desamparo del hombre, ante normas políticas, intereses sociales y económicos y prejuicios morales que subsisten en su contra. Libertado de despóticas supersticiones anacrónicas, la personalidad humana ocupará su lugar en el orden social con respecto al Estado; en el orden económico con respecto a la producción y a la máquina; y en el orden humano, con respecto a su condición moral y su seguridad física. En suma, recuperará su conciencia de *ser*, en la integridad del pensamiento y la acción.

En este sentido, repara el canciller, como "en las dos Conferencias efectuadas en este final de guerra, la de México en marzo y la de San Francisco a mediados de 1945, se comprueba la aparición de nociones más firmes y claras destinadas a hacer efectiva, hasta donde sea necesaria, la defensa del ideal democrático y, la del hombre, como objeto esencial de él. Surge así, para los Estados —añade— la existencia, no sólo de deberes internacionales, sino de deberes internos de repercusión internacional. La violación persistente y reiterada de los derechos esenciales del hombre y del ciudadano, afecta la conciencia internacional. (Proemios artículos 1º, 2º, 13º, 55º, 62º 68º, etc. de la Carta de las Naciones Unidas)".

Termina exponiendo la sanción que establece el artículo 6º de dicha Carta al Estado-miembro que viole "repetidamente" estos principios, concretada a "*ser expulsado de la Organización por la Asamblea General a recomendación del Consejo de Seguridad*".

Después de estas consideraciones fundamentales, el canciller uruguayo expone su tesis. Propugna la única medida que convertirá en realidad los propósitos tan profusamente enunciados en tantos compromisos. Es la intervención. "La «no intervención» —dice— no puede transformarse en el derecho de invocar un principio, para violar impunemente todos los otros. No debe considerarse entonces —agrega—, que una acción colectiva multilateral, ejercida, con total desinterés por las demás repúblicas del Continente, acción que procure con fraterna prudencia, el simple restablecimiento de lo que es esencial, y de lo que, a la vez, importa el cumplimiento de obligaciones jurídicas libremente contraídas, hiera al gobierno afectado, sino por el contrario, han de reconocer que se ejerce en beneficio de todos, incluso de aquel país que tan duro régimen soporta."

Señala en seguida que, si bien fué siempre repudiada la acción de un Estado sobre otro, y se defendió con firmeza por todos los países el principio de "no intervención", fué excluída la hipótesis de una acción multilateral.

Cuando he hablado de prejuicios anacrónicos, quise referirme, justamente, a estos casos. El proceso político del mundo, no puede quedar distanciado del proceso que nos ha colocado en el actual instante de la existencia humana universal. No puede, por una ley de equilibrio y de armonía, perder contacto con la realidad presente, condicionada por el progreso de la ciencia, por el desarrollo de la industria, por el incremento de la cultura y por las crecientes necesidades de la producción y de la distribución de los alimentos. Todo esto ha transformado los valores morales y materiales de la vida, creando exigencias y apremios inexorables. Y todo esto no puede detenerse por causas y supersticiones, no sólo sin valor, sino nocivas para la comunidad, para los hombres.

Los nuevos principios chocan ahora con los viejos principios. Las fronteras de las naciones, creando soberanías nacionales, ponen fronteras a la vida de los hombres. Aquí se equivoca el canciller cuando

dice: "Aquellos principios a los cuales la guerra ha devuelto toda su actualidad y cuya vigencia es estimada indispensable en la persecución de un mundo mejor, no chocan, pues, con esa norma y ésta, en ningún caso resulta alterada." Se equivoca cuando pretende crear un derecho punitivo, que únicamente debe ser la sanción legal de un sistema jurídico aplicando la ley, y no puede ser, ni ha sido jamás, originada por un documento, convenio, Carta o Declaración donde se garantice la soberanía de todas las naciones signatarias.

En ese reconocimiento y en esa garantía de la *soberanía,* reside la imposibilidad de la sanción. Prácticamente lo han probado acontecimientos pasados y lo están probando los recientes. Palmariamente lo manifiesta el fracaso de los "Artículos de la Confederación" con que se intentó organizar la Unión de los Estados de Norteamérica, antes que esos Estados renunciaran su soberanía o gran parte de ella para fortalecer la soberanía de la Constitución como ley suprema del Estado. Dichos "artículos", al igual de los actuales Convenios, Cartas y Declaraciones entre Estados libres, con plenitud de su soberanía, dejaban librado el orden institucional, a un simple enunciado de intenciones en el juego de las autonomías estatales. Proponer o recomendar, no es aceptar ni obedecer; y el argumento reiterado de los intereses de la nación, de su prestigio y su soberanía, aparecen tan pronto los propósitos quieran convertirse en realidades. Esto ocurrió cuando debió formalizarse en un hecho concreto, lo propuesto por el canciller uruguayo.

Es evidente que los jueces no pueden ser jueces de sí mismos sin declinar sus cargos, sin renunciar a sus privilegios, sin perder sus inmunidades de omnipotentes magistrados de la justicia. Exactamente, la coexistencia de Estados con igual poder soberano, imposibilita toda sanción de derecho. Esa soberanía significa la inmunidad a la que no se renuncia por violaciones que, para el Estado soberano, representa simplemente el ejercicio pleno de ese derecho de soberanía. La soberanía, cual el Príncipe de Maquiavelo, está sobre la ley y sobre la moral; es intangible.

Únicamente de la ley puede emanar sentencia legal, y ley semejante no existe ni existió en nuestra vida internacional, como no existe el sistema jurídico que la cree con poder de actuar aplicando la fuerza coercitiva capaz de asignarle eficacia real.

Para Reyes, la máxima exclusiva de los gobiernos nacionales en busca de la paz, consiste en aceptar todas las medidas con excepción de la ley. Esto —agrega— nos coloca hoy tan cerca de nuestro objeto como nos hemos encontrado durante siglos. El error del canciller uruguayo consiste en creer, como creyó Franklin, que la razón y la justicia se imponen sobre las falacias políticas sedimentando el desconcepto, y sobre los intereses creados de los hombres sedimentando la ambición.

Equivocadamente el ministro Rodríguez Larreta busca llegar al hombre por los viejos caminos del nacionalismo; de la frontera que pretende limitar la vida universal, con la vida de la Nación; que intenta convertir al hombre en esclavo del Estado.

"Las consideraciones que preceden —escribe el canciller del Uruguay— están lejos de constituir una novedad. Repiten el clamor de los pueblos, las plataformas de los partidos, el juicio de los organismos y las entidades entregadas al estudio de los problemas jurídicos y políticos. Recogen el eco de la prensa libre, y la protesta de las jóvenes generaciones que no quieren ser, otra vez, defraudadas. Su única novedad consiste en ser estampadas en un documento diplomático, que muchos quieren insensible, y en señalar la necesidad de que principios y normas, tantas veces repetidos y proclamados, se transformen, cuando las circunstancias lo exigen, en realidades."

Pero, en alcanzar esas realidades estaba la dificultad. Una cosa olvidaba el canciller en su correcta aspiración; ella encierra la condición irremediable a una solución integral del presente caos del mundo. Y consiste en rescindir de nuestro apego emocional al ideal del nacionalismo supremo del siglo XVIII. Comprender que, actualmente, ese ideal es la causa de nuestras privaciones económicas, servidumbre política y guerras. Por encima de todo, es el origen de la rivalidad y antagonismo que pone en el universo el temor como antítesis dominante de la vida. A pesar de que el problema tiene la vejez de la misma humanidad, y de haberse solucionado parcialmente, sigue pesando en el orden internacional. La conquista de la libertad ha organizado la vida individual en todo lo que concierne a un derecho que termina cuando atenta contra la seguridad y la libertad de los demás. Las regulaciones establecidas para la convivencia social, están limitadas por la ley. Pero todavía no hay ley que delimite la autono-

mía de las naciones, exacerbada por un nacionalismo amenazante y peligroso. No obstante, la autonomía de las naciones es nominal y ficticia ante la realidad universal. "Las muchas unidades nacionales autónomas —explica Reves— invalidan las respectivas autonomías de todas ellas." Los hechos constantemente nos lo están demostrando.

La soberanía nacional no implica seguridad nacional. La seguridad es un concepto de extensión universal y requiere, asimismo, una soberanía colectiva universal. De donde resulta vana toda decisión que se evada de la realidad social, cuya existencia y variaciones giran entre la ley y la violencia. Tampoco es posible la acción de la vida actual, de compenetración e interrelación total en el mundo, con un hipotético aislamiento nacional. La política de aislamiento en el presente, es una irrisión de la propia realidad. Nadie que viva en el mundo, hombre o pueblo, puede desprenderse de lo universal. Pero, todo lo que existe dentro de la diversidad: concepciones o sistemas económicos, políticos y sociales, pueden coexistir dentro de un sistema legal y bajo una soberanía de Estados federados, organizados constitucionalmente.

La "no intervención" proclamada como principio de respeto a las soberanías nacionales, es otra irrisión de la verdad. Es la burla más cruel que pueda expresarse en un compromiso entre naciones. Sabemos también el valor de la neutralidad, que es una forma de "no intervención". Ambas posturas dependen, no de lo que se convenga, ni de lo que se decida particularmente por un Estado, sino de lo que resuelva el más fuerte en detrimento del más débil.

La última guerra mundial evidenció el engaño que supone confiar en la "no intervención" y en la neutralidad. Y, sobre todo, en las garantías expresadas en los tratados. Sin embargo, con el sistema de las "Naciones" es inútil pensar en salir del *impasse*.

El canciller uruguayo planteó en términos precisos una actitud que definía el valor de las declaraciones y compromisos aceptados por los países americanos. Y descubrió lo poco efectivo de tales declaraciones y compromisos. Volvíase a pretender oponer el estatismo de normas inservibles y dañinas, al dinamismo renovador de la vida. Esa pasividad que el ministro Rodríguez Larreta barrunta cuando dice: "La pusilanimidad o un egoísmo mal entendido, podrán aconsejarnos una actitud pasiva, pero resultará entonces que aquella misión de

América se habría transformado en esta otra: la de convertirnos en el refugio de doctrinas, de prácticas y de intereses execrables y en el campo propicio a su futuro renacimiento." La tesis del canciller actúa en un campo estéril a su fructificación racional.

XXVI

# CAMINO DEL IDEAL

*"De sus espadas forjarán arados y de sus lanzas hoces."*

En otro lugar de este ensayo procuré explicar donde se produce el divorcio de la mentalidad humana, como exponente ético de un período, con las creaciones de la civilización material del mismo período. Podría distinguirse así lo que es cultura y civilización, entendiendo a la cultura *"como un problema de fines y a la civilización como un problema de medios"*. "Es innegable, — escribe Sánchez Viamonte — que la civilización y cultura coexisten y una presupone la otra en todos los casos; pero a veces se altera la relación de medio a fin, en que debe hallarse la civilización *manual* respecto a la cultura, porque la civilización es adjetiva, instrumental, técnica; cuantitativa en suma. Acaso sea nuestro tiempo uno de esos momentos de la Historia en que las fuerzas de la civilización instrumental y cuantitativa, se despliegan en línea de batalla con el propósito implacable de destruir los valores de la cultura y con la vana pretensión de torcer el curso de la Historia, señalado por Hégel como la realización de la idea de libertad".[125]

La sugerencia es acertada; plantea y descubre donde pareciera que la inteligencia se bifurcara en planos antagónicos de lo humano a lo extrahumano. Retraída la cultura a las honduras del conoci-

125. SÁNCHEZ VIAMONTE. Ob. ctda.

miento en inquieta búsqueda de *fines* humanos, ha prohijado y dado existencia e impulso a una civilización materialista deshumanizante. Comienza la contienda cuando el hombre es desplazado por la máquina en la conquista del medio económico, y cuando el medio económico suplanta al fin natural y los valores éticos y estéticos de la vida. Por consiguiente, la deshumanización materialista no supone un elevamiento estético, una valoración ética, sino una regresión negadora de tales excelencias. Procura nivelar el sentimiento — como expresión del alma — con la admiración por el progreso manual y económico del esfuerzo. Supone tal absurdo, desconocer, que, al decir de Maritain, "la persona humana *sobrepasa* todas las sociedades temporarias y le es superior . . . ", y más adelante afirma rotundamente esta verdad inconcusa: "Una sola alma humana vale más que todo el universo de los cuerpos y los bienes materiales. Nada hay por encima del alma humana, sino Dios".[126]

El reconocimiento de esta anomalía deshumanizante de la obra del hombre, merece apuntarse como un síntoma perverso de nuestra época. Actúa extraviando la mentalidad social que trasciende perturbando la de la persona humana. Y estas transferencias crean un sentido extraño a su naturaleza, que tiende al desarrollo de las potencias materiales, con sacrificio total del hombre. Todo bien y toda obra deben ser por esencia *humanos* y deben contribuir al desarrollo y al mejoramiento de las personas humanas.

El progreso de la civilización ha enfrentado, por una paradoja singular, el progreso ético de la cultura, y por ende, sojuzgado los derechos naturales de la personalidad en beneficio de los derechos patrimoniales. Este proceso universal encuentra clima propicio y mayor auge donde el incremento industrial opone la máquina al hombre, subvertiendo el sentido de la Historia. También en este caso América actúa en un plano de ventaja. Su posición, con países productores de materias primas en su gran mayoría, la excluye de ver trastornado el carácter humano de sus habitantes, por la influencia del maquinismo de los países exclusivamente manufactureros.

Toda miseria y todo dolor — decía Lasalle — dependen únicamente de las relaciones entre las necesidades, las costumbres y los medios

126. JACQUES MARITAIN, *Les droits de l'homme et la loi naturelle.*

de satisfacerlas en un momento dado. Ahora, la opresión económica del capitalismo, acreció con la imposición moral del maquinismo, transformando una etapa brillante de la civilización — a través de los descubrimientos —, no en un triunfo del hombre, sino en un triunfo sobre el hombre.

El mundo se desmorona. Con todo, queremos aun mantener en la retina y en nuestras conciencias, imágenes y normas que yacen abatidas para siempre. Se olvida en este caso que entre la realidad y la idea de realidad, hay siempre una absoluta distancia. En esa distancia, se pierden, frecuentemente, los rumbos racionales de la vida.

A pesar de lo espantoso que eran esas realidades y de los dolores que ellas trajeran a nuestros corazones, el tiempo disipará toda gravedad en las penumbras del pasado. Sin embargo, todo existió y todo volverá a repetirse en un plazo cercano, si las causas generadoras subsisten. Esa sola posibilidad, debiera despertar nuestra morbosa indiferencia; transformar nuestro egoísmo; mover nuestras actividades, incitar nuestras más hondas inquietudes. Cualquier hombre y cualquier mujer del mundo, juega su suerte y la suerte de sus hijos. No es dable que esta amenaza pueda desoírse, que el peligro pueda despreciarse. A pesar de tales advertencias, es lo posible. Y el mundo verá nuevamente espantos más terribles que los que tanto acongojaron y pesan aun sobre los seres.

Eludiré una prolija exposición de la crisis económica a que asiste el universo. No está en mi propósito tratar tan complejos problemas. Con todo, es imposible cerrar los ojos y los oídos a lo que se vé y se siente en expresión de este momento en que vivimos. Donde, a la par de la rapiña vergonzosa de los jerarcas nazis y de las no menos vituperables maniobras de las *bolsas negras,* unos saqueando catedrales y museos, y las otras, especulando con el hambre y las necesidades, se ha producido la caída estrepitosa de la economía mundial.

Vivimos frente al espejismo del inflamiento y las especulaciones, mientras la miseria extiende sus alas pavorosas sobre pueblos agotados física y moralmente. En tanto esas muchedumbres dolientes desfilan entre los escombros de las viejas ciudades destruídas, o lo que fueran

alegres alquerías de la campiña europea, elevando del suelo yermo el clamor de su desconsuelo, la humanidad sigue sorda a los llamados de la vida.

Para América, no es esta vez una mancha oscura extendida sobre el obrerismo desamparado y menesteroso, sino la confusión de derechos que enfrentan al capital y al trabajo, extremada por realidades actuales. Y en estas realidades coexisten los aspectos económicos de antigua cepa, y las nuevas aspiraciones morales, imprecisas pero vigentes. La miseria social contemporánea —en América principalmente—, ha dejado de ser una expresión apremiante de la necesidad, para convertirse en un acuciante complejo de igualdad y de justicia. La crisis presente va consumando en breve plazo lo que no pudo lograr el más vigoroso y extremo programa socialista: la desaparición de la desigualdad en las grandes acumulaciones de riqueza. Nuestra crisis es simplemente una revolución moral, y así debe considerarse, aunque aparentemente aparezcan factores económicos y sociales, como fuerzas impelentes. Es una revolución moral del hombre tras el perfeccionamiento de la libertad, que, al decir de Sánchez Viamonte, sólo tiene historia desde el punto de vista psicológico y moral. "*La libertad* —escribe— *tiene una dimensión social con base de sustentación económica,* y no puede tener más sujeto que el hombre mismo, por su condición de hombre". En dicha afirmación reside hoy el problema económico, en conclusión extrema, y la explica el autor aludido manifestando que dentro de la igualdad jurídica, la libertad de cada uno debe ser del mismo tamaño que la de los demás, suprimiendo los *handicaps,* "con que se desnaturaliza el resultado de la capacidad y del esfuerzo que cada individuo aporta a la comunidad". En seguida añade: "En esto consiste la esperanza secreta —y casi siempre angustiosa— del hombre a través de la Historia. La idea de libertad como íntima expresión del más humano de los anhelos humanos, es una fuerza que viene abriendo su propio cauce desde que el hombre existe, y por eso merece sea considerada una *entelequía,* es decir, algo que lleva en sí el principio de su acción y que tiende por sí mismo a la realización de su propio fin." [127]

El inflamiento del costo de la vida producirá, indudablemente una

127. SÁNCHEZ VIAMONTE. Ob. ctda.

pérdida de riqueza del mundo económico, cuyas consecuencias gravitarán en la holgura y bienestar de millones de personas, especialmente burgueses ricos y clase media. Los resultados quedan al capricho de soluciones inesperadas. La visión del porvenir descubre el verdadero carácter del mundo futuro, sustentado en un régimen moral emergente del dolor. Cúmplese también esta vez la ley inexorable que, únicamente el dolor, provoca transformaciones trascendentales. En veinte millones de cadáveres y una cifra no menor de lisiados, se apoyan hoy las razones de la humanidad, procurando una integral revisión de los métodos económicos en base a un régimen moral de convivencia humana. Todo influye a la modificación de hábitos y necesidades creadas por costumbres anacrónicas, impropias a la justicia e inadecuadas a la vida misma. No hay confabulación premeditada, ni protestas, ni rencores que puedan acomodar las verdades presentes, con las viejas verdades que trajeron tan gran desgracia mundial. Tampoco puede haber resignación posible ante la catástrofe ineluctable. Por encima de todo ordenamiento económico, ha menester reconocer como factor esencial e irrenunciable, el dolor y la miseria consumiendo las energías físicas y anímicas del género humano. Ante la injusticia de cualquier nuevo ordenamiento social-económico del mundo, está el peligro inminente de caer otra vez en una tragedia, que nos llevaría al desastre universal, al hundimiento de la cultura y a la pérdida de toda conquista racional que los hombres lograron en los siglos de su historia.

Esta es una revolución moral; estamos en plena lucha del espíritu y la materia. Nadie puede negar que los millones de seres caídos en la terrible contienda por la libertad, fueron a ella tras un ideal superior a cualquier cálculo de ventaja materialista. Los muertos mandan; el silencio de sus tumbas recuerda un deber que ningún hombre honrado puede desatender. Es el mandato de quienes dieron todo lo que poseían para abrir sendas luminosas a la justicia, a la igualdad, y al amor de todos los hombres que vendrán. Porque no hay interés superior al de la vida misma, y nadie, sea quien sea, puede especular con ella.

Llegamos al fin. Y así, cual fuera mi desazón al comenzar a escribir las primeras cuartillas, domíname ahora la duda de no haber

logrado el propósito perseguido. No obstante estar cierto de no alcanzar el cumplimiento de mi deseo, me queda la esperanza de dejar el camino señalado para ingenios de más alta jerarquía. Quizá este libro ofrezca las sugerencias necesarias.

Al poner término a una tarea realizada con el apremio del tiempo, ante la certidumbre de que él no admitía postergaciones al intento que animara la labor, dejaré apuntadas las últimas expresiones de mi pensamiento. América exige una contemplación interior. Siempre es saludable detenernos a mirar dentro de nosotros mismos. Estoy seguro, de que así percibiremos el latido generoso de nuestra tierra, dándonos aliento para continuar la brega. Y una fuerza moral, traducida en abnegación en favor de nuestros hermanos de todo el continente.

América simboliza un ideal. La libertad lo ilumina y le marca seguro derrotero. Ese ideal se halla expresado en la Biblia, y es la visión de una nueva era de paz universal, obtenida por la unión de todas las naciones de la tierra. Ese ideal es la concreción total de las aspiraciones. Los profetas de Israel lo anunciaron: "De Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalem. Y juzgará a las naciones y convencerá a muchos pueblos, y de sus espaldas forjarán arados, y de sus lanzas hoces. No alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra".

Hace miles de años fueron pronunciadas estas palabras; durante tan largo tiempo, muchos imperios cayeron y grandes ciudades, otrora populosas y activas, yacen cubiertas por las arenas del desierto. Pero el tiempo no logró borrar la profecía del recuerdo humano, porque ella encerraba en su sabiduría, el deseo inmenso e imperecedero de todos los hombres y mujeres que, desde entonces, sufrieron y gozaron en los caminos del mundo y de la vida.

Quiero cerrar este trabajo, mientras las primeras luces del alba penetran por mi ventana, con estas palabras del sabio maestro, que expresan, mejor de lo que yo pudiera, mi propio pensamiento: "Si estamos —dice—, en un momento de meditación, ¿no hemos de preguntarnos si acaso, entre los caminos para llegar a la paz social, no se ha extraviado el verdadero, el del ideal, que no sólo es trabajo lucrativo, acumulación de riquezas, saciedad de goces, monopolio de poder sobre los hombres y pueblos, sino una fuerza acumulativa de

energías morales, de simpatías y de renunciamientos en favor de la masa?" [128]

Y yo os digo, hermanos de América, todo renunciamiento es una conquista.

Buenos Aires, 21 de mayo de 1946.

128. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. Ob. ctda.





